

A painting of a woman in a red dress holding a blue bowl, with a harbor scene in the background. The woman is in the foreground, looking down at the bowl. In the background, there are several sailing ships in a harbor. The scene is set in a stone building with arches.

CRISTINA BAJO

La trama
del pasado

Lectulandia

1840, Vigo, Galicia. Una joven aristócrata, Ignacia Arias de Ulloa, abandona a su marido y huye con una criada llevándose muy poco: su estuche de esgrima, y el halcón preferido de él. Al llegar a la casa solariega de su madre se encuentra con que esta, viuda y nacida en las provincias del Río de la Plata, ha decidido regresar a su tierra para ajustar viejas cuentas. Sin pensarlo, Ignacia se embarca con ella. Mientras el país se desangra en la guerra civil que en la primera mitad del siglo XIX asoló a la Argentina, desde la Córdoba americana don Fernando Osorio y Luna, descendiente de un antiguo linaje, emprende con sus hombres un viaje a caballo hacia Buenos Aires, con un mensaje secreto para don Juan Manuel de Rosas, jefe del partido federal. A mitad de camino, y en una de las batallas más cruentas de la historia argentina, Ignacia y Fernando se encontrarán, sin saber que sus lazos provienen del pasado, de trágicos misterios familiares que, desde los orígenes de su estirpe, parecen alcanzarlos como una maldición.

Asechado por enemigos desconocidos que atacan salvajemente a su mujer y a su hijo, involucrado en venganzas y reencuentros, amenazado con la expropiación de sus tierras, Fernando encontrará que la mayoría de los privilegios que los suyos mantuvieron por siglos han desaparecido; que los Osorio han caído en desgracia, y que aquella joven del halcón, Ignacia, pertenece al círculo de los enemigos de su familia.

¿Puede un hombre de acción como él, valiente, fiel a sus ideas y a su gente, permanecer indiferente ante la matanza y las injusticias a que todos los días se ve sometida su ciudad, por aquellos que se decían sus aliados?

En esta nueva entrega de la saga de los Osorio, no será una mujer de la familia la protagonista, sino un hombre: Fernando, el Payo, hermano de Luz y primo de Laura. Junto a él, personajes históricos y ficcionales desentrañarán una trama tejida con sangre, secretos y ausencias: La trama del pasado, una novela vibrante, estremecedora, que confirma una vez más el talento narrativo y la pluma avezada y mágica de Cristina Bajo.

Lectulandia

Cristina Bajo

La trama del pasado

La saga de los Osorio: 3

ePub r1.0

diegoan 29.01.16

Título original: *La trama del pasado*
Cristina Bajo, 2006
Diseño de cubierta: Isabel Rodríguez

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Menciones y agradecimientos

A los amigos que acudieron en mi ayuda con paciencia y sapiencia, aportando datos históricos poco conocidos, lecturas, críticas y préstamos de obras inhallables. Ellos son en democrático orden alfabético de nombres:

Eduardo Arnau, Graciela Fernández, José Ignacio Romero Díaz, Luis Carranza Torres, Nelson Gustavo Specchia, Prudencio Bustos Argañaraz y
Teresita Mendiburu.

A San Judas Tadeo, que respondió a mi plegaria en una época difícil.

A Alfredo Franchín, que me prestó uno de los libros sobre halcones.

A Ángel Remón Ruiz, maestro cetrero del Centro Cetrero El Ángel, de Albalate de Cinca (Huesca), España; fue él quien me dio la clave de cómo traer en un largo viaje, desde España al Río de la Plata, en 1840, un halcón peregrino, enseñándome cómo alimentarlo, mantenerlo sano de cuerpo y espíritu, y posteriores actividades de Zegrí, el halcón de Ignacia Arias de
Ulloa.

Y muy especialmente, para Julio Torres. Él sabrá por qué.

INTRODUCCIÓN

«Y si algún día conoces las amarguras de la vida, el caballo primero, después el perro y el halcón podrán serte compañeros preciosos que te hagan olvidar un poco».

Conde Alphonse de Toulouse-Lautrec, dedicatoria en un libro de cetrería a su hijo Henri, en el día de su nacimiento.

EN EL PAZO DE ZELTIA
VIGO (GALICIA) ESPAÑA
JUNIO DE 1840

I

Ignacia había dejado la casa de su marido antes del amanecer, a caballo y seguida por una criada en mula, llevándose consigo a Zegrí, un halcón peregrino. Costearon el río hasta el vado, donde las esperaba el hijo del guardabosque de una finca vecina, que justamente tenía que viajar a Vigo por cuestiones de su señor. La criada lo había recomendado por eso, y porque se decía que su familia conocía los senderos olvidados de la región; el padre del muchacho le había aconsejado que evitaran poblados y caminos transitados donde pudieran dar noticias del paso de una joven dama acompañada por dos servidores.

No esperaba Ignacia que su marido fuera a perseguirla de inmediato, pero era mejor hacerle pensar que, en vez de volver con su madre, había pasado a Portugal, para refugiarse en Oporto con su tío, Braz Ramires de Castro, un juez de importancia al que no sería fácil quitarle una parienta de entre las manos.

Cabalgaron bajo la luna de verano que colgaba sobre ellos como una cimitarra, y cuando entraron en la helada profundidad del bosque, Ignacia pensó que el lugar se parecía al vientre de una catedral cuyos pilares y arcos estuvieran formados por árboles altísimos donde algunas rendijas dejaban pasar un parpadeo de luz.

Clareaba cuando salieron de la espesura y vieron ante ellos las ruinas de un monasterio, tan destruido que mal podía darles refugio. Pero el chico, después de observar los signos tranquilizadores del paisaje —los pájaros cantaban sin descanso y varios animales silvestres huyeron al oírlos—, apartó unas matas y les hizo señas para que lo siguieran. En la base de la construcción había una abertura, y entraron, con los animales a tiro, en una especie de cripta. Era un lugar abandonado, pero con ventajas para el peregrino que buscara resguardo, ya fuera de perseguidores, del clima o de la hora: una vertiente natural, leña para hacer fuego, una mesa medio coja, a la que habían nivelado con un ladrillo, rescatada vaya a saberse de qué celda.

Pronto la criada la cubrió con un trapo, puso un cuchillo, un jarro y una pieza de queso. El chico aportó el pan que su madre acababa de sacar del horno cuando

partiera, mantenido tibio entre su cuerpo y la blusa. Ignacia buscó la bota de vino de la montura y después de tomar el primer trago, sirvió en el jarro y lo pasó a los chicos.

—Hay que dormir —dijo el muchacho con la voz empastada de queso—; nos iremos en cuanto anochezca.

A Ignacia le costó abandonarse al sueño. Se cubrió con la capa y fue a ver al halcón, que se mantenía enhiesto y atento en su percha. Poniéndose el guante, le ofreció el puño y salió al exterior con el pájaro encapuchado. Afuera, la claridad echó sobre ella el campo florecido, y la brisa, el olor de los bosques. La embargó una suave melancolía que le hizo dudar del paso que había dado; el corazón de una mujer que escapa del hombre que la hace infeliz es un mundo en sí, pensó, mucho más complejo que el de un corazón enamorado que no se plantea preguntas ni requiere sentencias.

Un golpe de viento le dio en los oídos y le recordó el comportamiento de su esposo una semana atrás: el arrebato de furia cuando ella se negó a entregarle la llave del cofre de las joyas de su dote —ya la había despojado de las que él mismo le regalara—, las frases duras, la frustración de saber que la había relegado de sus favores por una tonadillera de mala muerte.

No era la primera vez que era rudo con ella; al principio era un juego impetuoso que los arrojaba a uno en brazos del otro, consumidos de pasión. No recordaba en qué momento había cambiado el espíritu de aquello, tornándose violento, donde el encuentro amoroso no era el fin, sino el medio. Para entonces, le había advertido que no estaba acostumbrada a tales tratos y no pensaba acostumbrarse, pues bien cierto era que sus padres no la habían criado para mártir.

La última vez que se vieron, ella estaba practicando con su maestro de esgrima y su marido irrumpió en la sala, ordenándole a este que saliera. Cuando Alfonso le exigió la llave del cofre de joyas, ella le contestó que ni muerta se la daría, cosa que él no tomó a bien, echándose encima y obligándola a retroceder hasta la mesa, donde había dejado el florete un momento antes. Fue sentir el acero, tomarlo con rapidez y volverse, encarándolo con el arma en la mano. Como él se le acercara riéndose de su atrevimiento, ella, con un golpe en el filo del tablero, hizo saltar el botón de la punta y la dirigió a la garganta de su marido. Todo acabó con ambos temblando: Alfonso, con el chaleco manchado de sangre pues ella no había retirado el acero de su cuello cuando él hizo un intento de acercársele; Ignacia, porque durante un instante sintió el deseo de matarlo, diciéndose que podía argüir que fue un accidente mientras estaban practicando. Sólo el maestro podía atestiguar lo contrario, pero el viejo le era decididamente leal.

Alfonso, embravecido, se retiró al dormitorio, donde causó destrozos. Cuando Ignacia finalmente oyó que partía, se acercó a la ventana y lo vio subir al carruaje con el cofre de sus alhajas.

Pensó en abandonarlo, pero tenía que ser una acción rápida, que él no pudiera

detener. El lacayo de Alfonso regresó días después, a buscar ropas y armas para el señor, y contó a las criadas que se iban a Madrid, de juerga con la tonadillera.

Era un buen momento para escapar, pero necesitaba ayuda, y se confió a su doncella, una chiquilla criada en el Pazo de Zeltia, que tenía amores con el hijo del guardabosque; entre la muchacha y el chico planearon la huida. Tomar el halcón había sido una venganza y un placer. Le gustaba el pájaro, que Alfonso usaba cuando salía de cacería —amaba las antiguas artes de cetrería, aunque ya no estuvieran de moda—, pero apoderarse de él fue también un acto de compensación por las joyas perdidas.

Y ahora, mientras huía, más que de él, de ella misma, le pareció que desde las verdes profundidades de junio el verano la envolvía en el olor del romero. Sintió una hermandad extraña con el cautivo y lo nombró «Zegrí, Zegrí», con un chasquido de los labios; le quitó el lazo, la caperuza y, con un envión, lo dejó volar. «Vete; vete ahora que puedes», pensó al verlo desplegar las alas.

Había algo más que simple melancolía en su ánimo, y era la duda. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar? ¿Volvería con él, cuando apareciera a buscarla? ¿Qué le diría a su madre, quien en casos anteriores se había sonreído con un dejo de... de compasión, de burla, de impaciencia?

Su madre, doña Leonarda Arias de Ulloa, que toda la vida había mantenido una discreta dominación sobre su esposo, el padre de Ignacia. Mal podía aquella mujer comprender la rabia, el amor desbocado, el dolor de ser engañada y dejada de lado por aquel hombre que le trastornaba el seso y el cuerpo.

Vio al halcón preparándose para cazar y recordó el viejo proverbio árabe, «elevándose con la suavidad de una plegaria» para descender luego sobre la presa sorprendida «con la rapidez de una maldición».

Se dormitó a la suavidad del sol de la mañana y cuando recuperó la conciencia, vio los restos de plumas y a Zegrí volando suavemente en círculos. Cuando se puso de pie para entrar en la ruina y dormir un rato, el pájaro se lanzó en picada y se posó en su puño enguantado. Sintió que se le humedecían los ojos, quizá como un reflejo de su espíritu, que reconocía la debilidad del animal en sí misma, y poniéndole los cueros que lo tranquilizaban regresó a la cueva.

II

Llegaron al Pazo de Zeltia en el anochecer de la fiesta de San Juan. El aire olía a almendras, a trapos quemados, a leños de manzanos apolillados. Entraron a la propiedad por los establos, y luego de dejar los animales con el caballero, recomendándole el halcón, Ignacia mandó a los criados a la cocina y se detuvo, indecisa, entre las torres de piedra. Necesitaba un momento de soledad antes de presentarse a su madre, así que decidió dar una caminata para desentumecer el cuerpo

y la mente. Desde el bosque, mientras atravesaba la glorieta cubierta de glicinas, le llegaron rumores nocturnos —animales, brisas nacidas quién sabe dónde, quizá trasgos—; salió al rosedal y, cuando se acabaron los escalones de piedra, tomó por la senda de tierra. Llegó al linde de la arboleda, donde los castaños de Indias, traídos por antepasados inquietos y amantes de la botánica —la debilidad de la familia de su padre—, se mezclaban con robles, pinos y araucarias mientras los magnolios florecidos recordaban los tenebrarios de Jueves Santo.

Noche de San Juan, tiempo de fogatas que temblaban en los huertos, en las calles, en los caminos; el humo había envuelto como en nieblas el Morrazo, del otro lado de la ría.

Se detuvo al borde del estanque en un raro estado de inquietud; muda y tersa, el agua apenas si descubría un brillo furtivo —un pez desvelado, una hoja condenada—, ausentes los cisnes y los patos.

«¿Dónde duermen los cisnes?», se preguntó, la mirada en el islote donde se vislumbraba una especie de santuario de piedra gris, elevado a dioses ya desaparecidos.

«¿Desaparecidos o sólo indiferentes?», pensó. Quizá dormían, de momento, y en ese sueño se desvanecerían la vida de su madre y la suya propia. Muerto el señor del lugar, quizá, como en las sociedades antiguas de las que le hablaba su padre, condenarían a desaparecer, junto con él, a sus mujeres, sus siervos y sus animales.

Era un pensamiento apropiado para aquella noche. Porque en noches de ese ánimo, anhelaba cosas que no debía anhelar, cosas que parecían respirarse con el aire, que fantasmaban en la sombra de los árboles, en los senderos ocultos, entre la rosaleda, que se mecían en las lánguidas ramas de los sauces. Cosas que nacían de las entrañas de los bosques más antiguos del mundo donde, si uno se fijaba, podía distinguir el relámpago de una pezuña, los cuernos gruesos, curvados, naciendo de una cabeza humana que parecía moldeada con la más tosca arcilla del sueño de la humanidad.

Pensó en su padre, alquimista moderno y benévolo que, desde que ella recordara, había ocupado la vida en buscar, a través de hierbas y químicos, la cura para la melancolía.

Sintiendo que el pecho se le cerraba de emoción ante su recuerdo, volvió por la senda estrecha levantándose la falda para que no se le enredara en las matas espinosas de los toxos.

La sala donde su madre solía descansar estaba iluminada; subió la escalinata de piedra, llegó a la terraza y antes de que pudiera espiar por el ventanal, doña Leonarda abrió la puerta vidriada y se quedó mirándola.

Ignacia, algo avergonzada, fue consciente de su desaliño, de su ropa polvorienta, de su cabellera enredada.

—¿Qué te ha pasado ahora? —preguntó su madre, llevándose el puño, donde apretaba unos papeles, a la cintura.

Ella se le acercó e inclinó la cabeza para que la besara en la frente. Quizás hubo algo en ese gesto de entrega filial que hizo que la señora le rodeara los hombros con un brazo y la llevara hasta el sillón, donde se sentaron las dos. El quinqué de la mesa de apoyo coloreaba la escena con el tono dorado, íntimo, de las ceremonias domésticas.

Doña Leonarda plegó la carta que tenía en la mano, recogió otras, desparramadas por la alfombra, y las dejó sobre la mesita. Luego preguntó con menos ironía:

—Bueno, ¿qué sucedió?

—Lo abandoné. Me golpeó y se llevó las joyas. Tiene una amante que lo ha vuelto loco.

Y adelantándose a lo que ella pudiera decir, aclaró:

—Esta vez no volveré.

—Tu marido podría acudir a la ley. Para tu desgracia, decidiste casarte en vez de tener una aventura con él.

A medias escandalizada, Ignacia tartamudeó:

—Eso hubiera matado a mi padre.

—Hija, el bendito ni se habría enterado.

Y tomándole la mano, dijo confidencialmente:

—Como ya eres casada, te hablaré sin vueltas: las pasiones no deben pasar por la iglesia, porque ahí quedan enterradas. Es más saludable gozarlas en los bosques, en los camposantos o en las cuevas.

—Usted se burla de mí.

—Te aseguro que no.

—A veces me parece que no cree en el matrimonio.

—Es verdad; no creo en él.

—¿Acaso alguna vez se arrepintió de casarse con mi padre?

—Nunca; pero tu padre era un hombre muy especial.

Hubo un silencio largo, y saliendo de él con un suspiro, doña Leonarda le dijo, echándose hacia atrás:

—Quizá fuera mejor que pasaras a Oporto, porque cuando venga Alfonso, yo no estaré aquí para protegerte. He decidido volver al Río de la Plata.

Y al ver el desconcierto en su hija, comenzó a decir:

—Hay alguna herencia de por medio y...

La señora desistió de explicarse y se sinceró, por lo que le pareció a Ignacia, con mucha ambigüedad:

—Tu padre murió mientras planeábamos este viaje; el primo Fernán... —y como los Fernán eran varios en la familia, doña Leonarda aclaró—: Fernán Quiñones de Orive, el que es pariente de unos Oribe de Montevideo, nos allanó mucho las cosas por medio de la cancillería. Parece que se ha desatado una guerra civil por aquellas tierras. Por lo que entendimos, están sentados sobre un polvorín.

Y con una nota de duda, se alzó de hombros.

—Supongo que preferirás esperar que tu marido venga por ti, pero yo debo viajar antes de que sea demasiado tarde. Está la herencia y... y debo enderezar algunas cosas de las que no quiero hablar ahora. Tú puedes quedarte aquí o hacer lo que prefieras.

Ante el silencio desconcertado de Ignacia, doña Leonarda suavizó la voz.

—Mira, no tienes muchas opciones.

Y fue tocándose los dedos a partir del meñique:

—Una, regresas con Alfonso; dos, te refugias en Oporto con tu tío, Braz de Ramires; tres, te atrincheras aquí y gastas tu fortuna contratando abogados y curas para que te libren de esa bestia; o cuatro, te vas conmigo, y que gaste él su fortuna en tratar de hacerte volver. Tómame esta noche para pensarlo, pero desgraciadamente no puedo darte mucho más. El barco zarpa en diez días. Ahora, vamos a descansar, que buena falta te hace.

Al llamado de la campanilla, aparecieron dos criadas, y mientras una cerraba ventanas y puertas, la otra, con un candil encendido en alto, esperó a que doña Leonarda recogiera las cartas y las guardara en un cofrecito. Mientras la muchacha las guiaba por el corredor, Ignacia recordó que nunca, desde que era niña, había encontrado abierta aquella caja, siempre guardada en el ropero de su madre, entre chales de encaje y flores de corpiño.

Frente a sus dormitorios, donde las esperaba, cabeceando, otra criadita, Ignacia pidió a su madre la bendición; doña Leonarda la bendijo y luego la abrazó, besándola cariñosamente.

—Me harás feliz si decides acompañarme —reconoció.

Ignacia despidió a la chica antes de entrar a su dormitorio y se desvistió sospechando que entre las páginas percutidas de encierro de aquellas cartas estaba la clave de la vida de su madre. Desde que era niña, había notado las diferencias que las separaban de la familia paterna; no sólo era el acento, marcadamente del Río de la Plata, y las costumbres americanas de las que su madre hacía —y la instaba a hacer— fidelidad, era algo más, un misterio que flotaba sobre las conversaciones de sus parientas, que se transmitía en murmullos, que hacía sonreír a su padre con secreta satisfacción, que había provocado en ella, su hija, desde muy niña, una especie de recóndito respeto por los poderes intangibles de su madre.

Demoró en dormirse, pensando en qué decisión tomar, qué rumbo dar a su vida. No se sentía del todo preparada para separarse de Alfonso, eso era verdad, pero le tentaba la posibilidad de un viaje al Río de la Plata en compañía de su madre. Se entregó finalmente al sueño mientras cavilaba sobre lo que se llevaría a América, en caso de decidirse. En ese momento, sólo pudo pensar en los cuadernos y en los libros de su padre.

Doña Leonarda dejó que la criadita encendiera los candelabros, la ayudara a

quitarse la ropa, le pusiera la bata de dormir y le trenzara flojamente el cabello. Cuando la chica se fue, se acercó al secreter, lo abrió, buscó el librito donde Clodio, su difunto marido, guardaba direcciones con nombres y parentescos, y encontró el de Manuel Oribe.

Sacó la bandeja de escritura y con buena letra, como que había sido educada por monjas y había tenido un maestro calígrafo, puso su nombre en el encabezado, le recordó parentescos, nombró al marqués del Pazo, le comunicó que iría al Río de la Plata y esperaba que pudiera aliviarles el viaje, una vez en tierra americana, aconsejándoles la mejor forma de llegar al interior del país. Con suerte, la esquila llegaría diez días antes que ella.

No estaba segura de si Manuel era general o presidente de la Banda Oriental, como llamaban los rioplatenses a la provincia de Montevideo. Había cierto parentesco entre Clodio y él, que era de origen vasco, y aunque ella no lo recordaba bien, se habían tratado mientras vivieron en Montevideo, Clodio dedicado al estudio y la recolección de sus hierbas medicinales. Ignacia había nacido y se había educado allí, y cuando regresaron a la propiedad ancestral de los Ulloa, en Vigo, hubo intercambio de cartas con los Oribe del otro lado del océano, y el anuncio de una visita a Galicia, que quedó en la nada.

Suspiró. Extrañaba a su marido, aunque no lo había amado profundamente. Se habían casado siendo ella bastante menor que él, y él la hizo feliz de una manera tranquila y divertida, sin molestarla mucho, pues tenía su atención puesta en la alquimia y la herbolaria. La había dejado a cubierto de futuros sobresaltos económicos pero, sobre todo, había tenido la amabilidad de morir antes de que ella fuera demasiado mayor para encargarse de viejas cuestiones sin resolver.

Decidió que a la mañana siguiente iría a la Colegiata de Santa María, de la cual el bendito era devoto asistente, y encargaría una misa a perpetuidad por el descanso de su alma.

Frente al suyo, estaba el dormitorio de Ignacia; sabía que la joven estaría pensando en Alfonso, ese apuesto sinvergüenza que había hecho perder la cabeza a solteras, casadas y hasta monjas —se rumoreaba— de Vigo a Málaga. Sabía que aún latía la pasión en ella, y la pasión no cede la presa antes de haber sido agotada. Si Ignacia quería deshacerse de él, debía acudir a alguna fibra oculta, dura como el cable de un navío, que impusiera su dignidad —la primera víctima del amar— al reclamo de los sentidos.

Sospechaba también que se había fijado en las cartas, donde su pasado podía leerse como en un libro abierto. Se sonrió; Ignacia era una muchacha de mucho carácter y acostumbrada a hacer su real gana: por su real gana se había casado con Alfonso, al que ni ella ni Clodio aprobaban. Al menos, pensó ahora, ella tuvo firmeza en educarla, tratando de balancear la liberalidad del padre.

¿Y qué le contestaría si se empeñaba en saber el motivo del viaje?

Bien, la niña tendría que quedarse en ascuas, porque ella no se sentía capaz de

hablar del tema; ya llegaría el día, pero no ahora, no antes de emprender el viaje. Tal vez, cuando pisaran las riberas del Plata.

Recordó lo que le había dicho el maestro de cuadra cuando le anunció la llegada de su hija: «Se ha traído el halcón de don Alfonso, y no creo que el señor lo tolere».

Porque hasta aquel hombre sabía que aunque Alfonso no quisiera de vuelta a su esposa, jamás dejaría en posesión de ella a su halcón favorito.

PRIMERA PARTE

De las ofensas debidas

1. EL ÁNGEL DEL VIENTO DEL SUR

«Yo te invoco, oh Saquiel, ángel grande y poderoso, que eres el jefe y el dominador del Jueves, y te conjuro a que operes para mí, y atiendas todas mis demandas y deseos según mi voluntad, para que lleve a buen término mi pedido».

El libro de San Cipriano y otros Rituales de Potencia: Consideraciones e invocaciones para cada uno de los días de la semana. Monasterio de Broken.
Año de Gracia de 1001

LOS ALGARROBOS
TERCERO ARRIBA (CÓRDOBA)
ARGENTINA
SEGUNDA MITAD DE 1840

Sentada al borde de la mesa, mientras le armaba el lazo de la camisa, Calandria dijo con la voz agarrotada:

—No te vayás.

Fernando miró el rostro moreno, la cabeza de huesos armoniosos con el pelo cortísimo, los labios gruesos, el arco superior provocativo y a la vez vulnerable. La joven no lo miraba a los ojos. Su expresión, más africana que nunca, parecía perderse en algún laberinto.

—No lo hago por capricho; me lo pide Quebracho. En quince días estoy de vuelta.

Le acarició la cintura para calmarla.

—¿Estás celosa?

—No. Tengo un... no sé... ¿y si les sale el malón?

—¿Con la cantidad de tropas que andan entre Mendoza y Santa Fe? ¿Te creés que los ranqueles son sonsos?

Ella siguió acomodándole la ropa. Luego le ordenó:

—Date vuelta.

Pasó las palmas humedecidas por la melena de él, larga, rubia, enrulada cuando no se la ataba; la dividió en tres mechones y se la trenzó en una coleta que sujetó con una cinta roja. Luego lo tomó de los hombros, lo volvió de cara a ella y le peinó, con los dedos, la barba y el bigote blanqueados por el sol. Él la besó en el hombro. Ella, impulsivamente, le rodeó el cuello y lo besó en la boca.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Fernando en cuanto pudo respirar, acariciándole las nalgas con el roce áspero y pesado de la mano.

El llanto del niño, desde la puerta de la habitación, los obligó a enderezarse. Era Lucían, desnudo, que lloraba sin lágrimas mientras se refregaba los párpados. Calandria le tendió los brazos y el chico corrió y apretó la cabeza contra el vientre de su madre.

—¿Qué pasa? —preguntó Fernando levantándolo y poniéndolo de pie sobre la mesa—. ¿Le duele la pancita?

—Tengo miedo. Me perdí.

—¿Y dónde será que se ha perdido sin salir de la cama? —se burló su padre.

—Me perdí —insistió la criatura.

—Ha sido un sueño, no tengas miedo —dijo Calandria, y lo tomó en brazos a pesar de que ya tenía cinco años.

Vivían en las piezas de servicio de la estancia de los Osorio, a medias abandonada, al sur de Córdoba. Ella, esclava de la familia, y él, hijo del antiguo propietario, eran los únicos que la habitaban. La guerra civil había obligado al resto a dejar el lugar.

Después de estar atado a lealtades políticas de caudillos que ya habían muerto, perseguido más tarde por los enemigos de estos —inexplicablemente, federales también—, Fernando había regresado desde las provincias del oeste buscando un lugar seguro para él, su mujer y su hijo.

Mientras alineaba las armas, pensó si sería sólo eso —encontrar un refugio—, o si estaría respondiendo al mandato de la conciencia, que le recriminaba haber desobedecido a su padre, haber luchado contra sus hermanos, haber desdeñado una sociedad cerrada donde su relación con una mulata era considerada más escandalosa que si, casado con una mujer de su clase, tuviera un harén de negras y mestizas.

No habitaban la parte principal de la casa porque Calandria se sentía incómoda en esas habitaciones enormes, sin muebles, y silenciosas como sepulcros. Las voces resonaban de una pieza en otra cuando hablaban, y ella tenía la sensación de escuchar un murmullo, siempre más allá, que le recordaba los relatos de locas y aparecidos que durante más de doscientos años habían tejido el encaje de la historia de la familia y de Los Algarrobos.

Fernando se allanaba a su capricho. Mientras la tuviera a su lado y sintiera reír a Lucían, todo estaba bien.

A él también le molestaba emprender aquel viaje, pero quería complacer al gobernador. Rodeado de gente en la cual poco confiaba, López «Quebracho» había tenido que soportar y sofocar varias conspiraciones, y no deseaba que colaboradores y supuestos partidarios especularan sobre la índole de los despachos que remitía a Rosas, el gobernador de Buenos Aires.

En una amplia alforja, Calandria le había acomodado varias prendas, entre ellas, la ropa de ciudad; estaba un poco ajada, pero la usaba tan raras veces que no valía la pena desecharla por prendas nuevas. A pesar de que su mujer se la había oreado, todavía olía al laurel con que la resguardara de la polilla.

—Seguro que la Luchi te manda a comprar ropa —dijo Calandria. Ella y Luz, la hermana mimada de Fernando, se habían criado a la par en los patios de los criados manteniendo, a través de la distancia social y a pesar de las ausencias, una fraternidad casi sanguínea.

Fernando salió al patio y se calzó el facón en la rastra. El sur amenazaba tormenta, pero tuvo la esperanza de que corriera hacia el norte y no hacia el camino de Buenos Aires.

Volvió a la habitación, se sentó en la silla de paja y disimuló las pequeñas pistolas inglesas —regalo de su hermana— dentro de la bota, para un caso de apuro. Oyó la voz de Calandria, arrulladora, que preguntaba al niño:

—¿Te perdiste?

—... taba oscuro.

—No te vi salir, y eso que estuve acostadita a tu lado...

El niño guardó un instante de silencio y luego dijo, inspirado:

—El duende me llevó.

—¡Qué sinvergüenza te me has venido! —exclamó ella—. En castigo, te como la panza.

Lucián gritó y rio y Fernando, como oyera el relincho de los caballos en los corrales, y las voces de sus hombres, que iban llegando de los puestos, le advirtió:

—Pascual está ensillando los caballos, Cala; en cuanto estén listos me voy.

Ella, con la expresión desolada, regresó del otro cuarto. Él se puso de pie, sin saber cómo consolarla, con esa inutilidad teñida de impaciencia del hombre que tiene una vida fuera de la casa. La abarcó en un abrazo, con Lucián entre el pecho de ambos, les murmuró palabras cariñosas y unos minutos después salió hacia las barracas seguido por la mulata y su hijo. Una partida de peones, cuyas familias habían permanecido por generaciones en las tierras de los Osorio, lo esperaba.

Los saludos fueron parcos, un murmullo mientras se recogían riendas y se acomodaban lanzas.

Fernando, desgano de partir, se entretuvo en palmear su caballo, un malacara de mucho cuerpo. Luego se apartó un poco con el peoncito de la casa.

—Cuidate de las levas, Pascual. Hacele caso a tu tío y si él los manda al Puesto Encerrado, ahí se van —y señaló con un movimiento imperceptible a la morena y al niño—; por lo menos, hasta que vuelva Lienán de los toldos.

Lienán, el ranquel, su amigo, su mano derecha, había viajado al desierto a ver a los suyos. «No podía haber sido en peor momento», pensó Fernando, preocupado.

Había que emprender la marcha, así que murmuró: «Vamos», y el Manco Videla, el hijo del capataz, que estaba al mando del grupo, levantó el sable, abriendo la marcha.

Él volvió la cabeza para mirar a su mujer y súbitamente recordó cuando abandonara Los Algarrobos, once años atrás, después de la muerte del capitanejo Enmanuel a manos de su familia. Aquella vez había oído gritar a Calandria desesperada, corriendo detrás de él como una corza, llamándolo y rogándole que la llevara al desierto.

El recuerdo de la bárbara muerte del amigo, la jauría cebada en su cuerpo, Luz desmayada en los brazos del hermano mayor, lo llenaron de angustia.

—Sigán —dijo, y regresó al trote.

Calandria lloraba quedamente —raro en ella, que era tan escandalosa— con la frente apoyada en el tronco rugoso del algarrobo. Lucián, prendido a su falda, se chupaba el dedo gordo, abstraído.

Saltó del caballo y tomó la cara de su mujer entre las manos, besándola con fuerza.

—¿De qué tenés miedo? ¿De que ande con mujeres, que me quede por ahí con otra? Hace años que estamos juntos; de siempre nos queremos. ¿Creés que abandonarías a Lucián?

Ella, resignada, lo rodeó blandamente con los brazos y acomodó la cabeza entre el cuello y el hombro de él, sorbiéndose las lágrimas.

—Tengo miedo que te achuren —sollozó.

—Ya ves, Dios o el Diablo han decidido que viva para cuidar de vos y del chico —la consoló, y después de conseguir que suspirara con fuerza y se limpiara los ojos, le dijo—: ¿Por qué no te vas a lo de Aurorita, a Río Cuarto, y visitás a los chicos?

Aurora era la hija menor del capataz. Se había casado bien, pero no había podido tener hijos. Como Fernando y Calandria, al salir de La Rioja, habían recogido a dos huérfanos, le permitían que se los llevara cada tanto, pues la joven les había tomado cariño.

Calandria asintió con la cabeza, casi sin mirarlo, pero reconoció:

—Capaz que ya se quieran volver, los pobres; será mejor que les haga una visita...

Él volvió a besarla, montó y se adelantó a la tropa. Cuando llegó al alto, donde el camino se hundía en el llano que se estiraba hacia Santa Fe, levantó el brazo.

Calandria lo vio partir enferma de inquietud. Era brava, de frontera, capaz de torear peligros, pero a pesar de la fuerza física, de su estatura y de su valentía, se sentía abandonada sin él.

—Viene fiero, Cala —dijo Pascual, mirando el cielo—; viene negro del sur.

La mulata, que temía a los relámpagos, se santiguó antes de que un pensamiento nuevo le golpeará las entendederas: ¿Y si lo mataba un rayo al Fernando? Sacudió la cabeza y se puso a rogar a San Cristóbal que lo protegiera en el viaje.

En el cielo, los nubarrones cambiaban rápidamente de forma, imitando sombras aterradoras: la cabeza de Mandinga, el rasero del Diablo, los genitales de Lucifer... Se resistió a mirarlos. La negra Severa, su madrina, solía decir que a veces era mejor desconocer el significado de los presagios.

Sin siquiera meditarlo, se oyó decir:

—No lo voy a ver más.

Pascual tomó la mano a Lucián, que había empezado a llorar de nuevo. Los nubarrones se tragaron el sol, y ellos entraban por las barracas a la cocina cuando el viento embistió contra las copas de los árboles, entrechocando las ramas con un ruido de huesos.

Era jueves y el viento soplaba del sur; se apresuró a entrar a la casa a rezar la oración que le enseñara Severa para el Ángel del día Jueves, y atarlo en la promesa de que cuidara de su hombre.

2. LA TRAMA DEL PASADO

«... Cada individuo fue ampliando su contexto social a través de las íntimas relaciones en que estuvo implicada su familia. Pero más allá de los favores, preferencias o solidaridades políticas que produjeron, los parentescos significaron la permanencia en el poder de determinados grupos familiares, a través de cabezas de linajes alternativas».

Ana Inés Ferreyra, *Elite dirigente y vida cotidiana en Córdoba, 1835-1852*

SAN LUIS DE LA PUNTA
MITAD DE 1840

En el atardecer, un paisano con aspecto de miliciano —chaquetilla de un azul desteñido y un sable a la cintura— cabalgaba por el largo callejón entre tapiales de la entrada a San Luis de la Punta. Si bien se oían voces tras los muros de adobe, no se veía a nadie: la tormenta que se cernía había metido a muchos en sus casas.

Frente a la plaza, la iglesia mayor y la Casa de Gobierno lucían como las describiera Samuel Haigh tiempo atrás. Todo era pobreza y apatía; diez años de guerra civil no habían pasado en vano para las provincias sin puerto.

Los nubarrones, y un vientecillo tibio y terroso, enturbiaban la claridad que quedaba. Aún no estaban encendidos los faroles de la calle.

A dos cuadras de la plaza y a cincuenta metros del descampado, se alzaban unas casas de muros muertos, sostenidos por plantas de tunas que protegían las rajaduras de las paredes. El hombre se detuvo frente a una que mostraba los faroles de la entrada arrancados y la vereda hundida; en el frontis nacían unos hierbajos que se elevaban sobre el techo. Ató el caballo al palenque de la calzada y golpeó la puerta con el talero, pero sólo le respondió el silencio. Volvió a hacerlo, se recostó contra la pared y lio un cigarro. Una vieja desdentada, con un pañuelo que le sostenía la quijada atado a la cabeza, preguntó «¿Qué hay, qué hay?» por la rendija.

—Recado de don Manuel —dijo el paisano.

La vieja le hizo señas de que entrara, cerró la puerta y sus pasos arrastrados se perdieron en la lejanía de patios y corredores mientras le hacía señas de que pasara. El hombre se quitó el sombrero, más como reflejo de una remota educación que por respeto, y siguió la desmedrada candela entre las tinieblas interiores. La cabeza de la mujer boyaba en la oscuridad y él, hombre de espacios abiertos, sintió que la casa a oscuras, con las paredes que vislumbraba cercanas, le producía un desagradable ahogo.

La luz crepuscular daba cierta claridad al patio y la maraña se enseñoreaba a metros del aljibe; en el brocal, varios gatos se lamían la pelambre, indiferentes a un perro que, encadenado, ladraba rabiosamente. En los respaldos de unos bancos derrengados, cloquearon varias gallinas. Otra débil luz flameaba a través de una

puerta entreabierta, y hacia allí se dirigió la mujer.

Entraron en una habitación alta y espaciosa; unos cuantos muebles desvencijados y una más perdurable mesa componían el mobiliario, todo avaramente iluminado. Un hombre estaba sentado a la mesa, el codo en el brazo del sillón que ocupaba, la cabeza caída hacia la izquierda y sostenida por dos dedos.

El paisano insinuó un movimiento de cabeza y el dueño de casa una caída de párpados: fue todo el saludo.

—De Pampayasta —dijo el mensajero entregándole un rollo de papel atado con una cinta punzó.

El otro observó el lacrado, donde distinguió la torre con las siete banderas, lo hizo saltar con la uña y comenzó a leer.

—Esto lleva muchos días en camino —dijo agriamente al concluir la lectura.

El hombre aclaró:

—No sé cuándo la remitió el gobernador; yo la recibí hoy de mañana.

El dueño de casa no era apuesto, pero lo desagradable, más que en su físico, estaba en la expresión, en los ademanes, en aquel bajar la cabeza rehuyendo los ojos para mirar después de soslayo.

Plegó la comunicación y luego de permanecer encorvado, tamborileando sobre la mesa, murmuró:

—Dígale a Su Excelencia que allí estaré.

Se despidieron sin palabras, apenas con un gesto. Y mientras esperaba oír la puerta que se cerraría tras el intruso, el hombre de la sala se mantuvo quieto, como atrapado en un guadal de recuerdos.

Al rato entró la vieja mascullando plegarias o maldiciones y puso delante del patrón un plato hondo y una sopera donde se mecía un caldo poco prometedor; en él se distinguían presas de gallina, hígados y patas. Una yema endurecida, redonda y amarilla, flotaba en el líquido.

La anciana regresó trayendo un vaso y un botellón con vino. El hombre mondaba las patas del ave, quitando con delicadeza las uñas y los pellejos desprendidos.

El perro se había callado y los gatos entraron, alertas, restregándose contra los muebles. Acariciándolos, les ofreció un hígado, una panza, algunos cueros que los animales tomaron con melindres sin dejar de ronronear.

La mujer puso sobre la mesa una tabla de madera, con unas costillas de vaca gruesas, negras de estar al aire libre, y una bandeja que contenía queso, un cuchillo, un cuenco de arropo y una pequeña cuchara de plata.

—Soltá al perro —ordenó el hombre al tiempo que cortaba una tajada de queso, desmenuzándolo sobre el arropo. Lo removiό y, con mejores maneras que aspecto, comenzó a comer. De a ratos, el maullido gutural de los felinos conseguía que él pescase algo de la sopa y se los entregara en la boca, sin descuidar a ninguno.

Un perro enorme y de aspecto feroz, que apenas mereció un bufido protocolar de los gatos, entró a los saltos, gimiendo de excitación. Puso las patas sobre el sillón e

intentó lamerle la cara, y él lo esquivó sin desagrado, acariciándolo. Después de unos segundos, lo apartó, le ofreció uno de los huesos de costilla y colocó el cuenco de madera en el suelo. El animal comió vorazmente y luego, ante los ojos vigilantes de los felinos que habían saltado sobre los muebles, correteó olisqueando el rastro del mensajero.

Cuando el hombre acabó el postre, bebió dos tragos de vino, enjuagándose la boca con él. Se puso de pie, bajo, compacto y fuerte a pesar de la edad, y aunque el pelo le huía de la frente, le colgaba tapándole las orejas. El bigote le daba aspecto de malvado.

La higiene se redujo a limpiarse los labios y las manos con el pañuelo; alzando al gato amarillo, peludo y de ojos salvajes que había saltado sobre la mesa —su preferido—, tomó la palmatoria y se perdió en las impenetrables tinieblas de los corredores, guiado, más que por la luz, por los saltos complacidos del perro.

Acariciando con el mentón la cabeza del gato, pensó en el ofrecimiento de su tío político —que era menor que él, por esas circunstancias de las familias prolíficas—, don Manuel López «Quebracho».

«Por supuesto que iré a Córdoba», se regocijó. «Por supuesto que aceptaré el cargo que Manuel quiera ofrecerme. Le pediré una plaza en Propiedades...», y al abrir el cuarto donde dormía, más miserable que pobre, dejó al gato sobre la cama y la palmatoria en un banquito.

En pocas semanas podría viajar. Posiblemente Quebracho resintiera la falta de aquel que fuera su protector, el gobernador de Santa Fe, don Estanislao López, muerto hacía unos años. Mientras se quitaba la levita, murmuró: «No me iré antes de cobrarle a Alves».

El gato, sobre las mantas, jugaba con su cola y el perro, sobre la estera, seguía ocupado en triturar el hueso que se había traído. El hombre cerró los postigos y puso llave a la puerta, colgando el pañuelo sobre la cerradura. Luego se dirigió a un pesado arcón, lo corrió, se arrodilló sobre el tapete y tanteó hasta dar con una baldosa suelta, tan bien calzada que nadie lo habría notado. La levantó con un cuchillo y, metiendo la mano en el hueco, quitó primero unas piedras, después unos ladrillos para por fin sacar un morral de cuero de potrillo, bastante pesado.

Se sentó sobre la cama, retiró del morral un gran pañuelo y volcó su contenido sobre la manta: algunas monedas de oro y muchas de plata, joyas y pequeños objetos preciosos brillaron sobre el terciopelo carmesí.

Se entretuvo acariciándolas mientras se preguntaba por los Osorio, cuyo recuerdo había despertado la carta. «¿Vivirá Doña Adelaida? ¿Y Francisca?». Sabía que Carlos y Felipe habían muerto, y sin pudor reconocía que se alegraba del asesinato de ambos. Sabía, como sabía todo lo que ocurría en la región, que Fernando, el Payo Osorio, el Chañarito de los indios —quien había matado a su sobrino preferido porque este le disparó desde el techo de su tienda a un ranquel que pasaba por la calle—, vivía ahora en Los Algarrobos, amancebado con una negra y ya padre de un

mulato. Bien se lo merecía Carlos: la hija aquella, Luz, casi se le escapa con un indio, y el hijo, con una esclava.

Sus dedos tomaron un alfiler de corbata, de oro y con un ónix grande, acorazonado. La expresión se le volvió sombría. Cuando sacudió la cabeza para librarse del recuerdo que le enturbiaba la mirada, el cabello entrecano se corrió y mostró un agujero contraído y rojizo: le habían rebanado la oreja izquierda a ras de cráneo. Se encogió como un mochuelo y se alisó el pelo, ocultando la horrible mutilación.

Sopesó la joya mientras pensaba en aquel gaucho malo al que había contratado varias veces para convencer a algunos propietarios pobres, renuentes a venderle tierras o minas abandonadas. Decían que se había refugiado en las tolдерías pero él sabía cómo contactarlo; la vida entre indios y cristianos, en la frontera, era un extraño vínculo de matanzas y pactos. Aunque todavía dudaba en encargar a aquel facineroso lo que tenía en mente, la idea le satisfacía. Vengar la sangre.

—Por ti será —murmuró, pensando en su sobrino muerto, el que hubiera heredado sus bienes, al que quería como si fuera el hijo que nunca tuvo. Al que un Osorio levantisco y aindiado había matado de un tiro.

—Por ti, y por los muertos y las injurias que me deben.

Guardó el tesoro, y acariciando al gato y dejando que el mastín le lamiera la otra mano, se acostó entre las sábanas remendadas. Todavía sonreía.

3. CORRER LA SUERTE

«Nunca Rosas se había encontrado en una situación más apurada. La Francia bloqueaba sus puertos; las provincias se habían alzado contra él. El Estado Oriental se preparaba para atacarlo; sus ejércitos, desmoralizados, huían ante los libertadores. Y Lavalle, en estas circunstancias, no tenía más que estirar el brazo para tocar con su lanza las puertas de Buenos Aires».

Magariños Cervantes, *Estudios históricos*

CIUDAD DE BUENOS AIRES
FINALES DE 1840

Una semana atrás, en la sala del hotel de Faunch, Ignacia observaba a su madre discutir sobre cómo salir de la ciudad rumbo a las provincias del interior. Habían llegado hacía menos de un mes, con dos criadas andaluzas, un joven sacerdote franciscano, el padre Filemón, un muchachito moreno que habían tomado en Montevideo... y el halcón.

No había sido sencillo traer a Zegrí desde Galicia, y en un momento Ignacia estuvo tentada de dejarlo en Vigo, a cargo del maestro de cuadra, para que se lo entregase a su marido. Pero la solución vino, inesperadamente, de parte de su tío el juez, Braz Ramires de Castro, que, al ser consultado por doña Leonarda sobre la situación de su hija —y del pájaro—, les dio un dato que solucionó las cosas: el halconero de los Andrada, amigos de los Ramires de Castro y parientes del tutor del joven emperador de Brasil, don Pedro II, viajaba a América llevando de regalo unas cuantas aves de presa. Él podría encargarse de Zegrí en el viaje. Tras algunas deliberaciones, las señoras cruzaron la frontera hacia Oporto, donde se encontraron con su pariente, que luego las instaló en el navío en que viajarían las aves y su cuidador.

Este no sólo se encargó del halcón, sino que instruyó a Ignacia, en los días de calma, sobre los secretos del cuidado de aves de cetrería que ella ignoraba, pues sabía sólo lo elemental. Como Ignacia se declarara incapaz de matar a las palomas que llevaban en jaulas de caña, para alimentarlo en el viaje, el hombre se entendió con uno de los marineros, que haría aquella faena en el trayecto que mediaba desde Río de Janeiro, donde él descendía, hasta Montevideo. «Luego», le dijo, «podrá dejarlo cazar. Aquellas tierras están pobladas de pájaros». Le había fabricado un varal y una caja de transporte para que, según las circunstancias, las colocara en el sitio más conveniente durante el viaje en galera.

Contrario a lo que opinaba doña Leonarda, las cosas no fueron tan dificultosas y el cuidado del animal, una vez que pisaron tierra, distrajo a Ignacia del recuerdo de Alfonso.

El disgusto mayor del viaje fue enterarse, al desembarcar en la Banda Oriental, de que el general Manuel Oribe estaba en Buenos Aires, comisionado por el gobernador

de allí, don Juan Manuel de Rosas, para cortarles el paso a las tropas del general Juan Lavalle, cabeza del partido unitario, opositor a su gobierno. La familia Oribe les entregó una carta del general, donde les anunciaba que había reservado habitaciones para ellas en uno de los mejores hoteles de Buenos Aires, donde estarían bien atendidas y se les facilitaría cuanto necesitasen. Suponía que iban a encontrarse en Córdoba, hacia donde pensaba llegar él también; se ponía a disposición de sus parientas y lamentaba el desencuentro, pero los compromisos políticos debían cumplirse.

Los dueños del hotel estaban impresionados por la categoría del que había hecho la reservación y porque, en muy pocos días, las Arias de Ulloa habían conseguido el salvoconducto para partir, mientras muchos rosistas permanecían en la ciudad, angustiados por la cercanía de las tropas de Lavalle y por la amenaza de la armada francesa, cuyas lanchas cañoneras se veían desde la costa.

Doña Leonarda vivía irritada por los inconvenientes que el terror que ejercía la Mazorca a todas horas había provocado en la ciudad. Antiguos oficiales de Lavalle o La Madrid —otro de los generales enemigos de Rosas—, ya retirados, fueron degollados en la calle, a pleno día, o de noche, en sus casas. Los mazorqueros, enfurecidos con los franceses que habían ofrecido ayuda a Lavalle (llegó antes el tratado de estos con Rosas que las tropas prometidas al jefe unitario), mataron a varios extranjeros: portugueses, algún italiano, un suizo, un francés. Los ingleses no fueron molestados.

Como sus huéspedes provenían de la Banda Oriental, la inglesa del hotel dejó sentado que no creía que en Montevideo, entre el sitio, la cantidad de exiliados argentinos y los mercenarios de todos los países que iban a ofrecerse al bando rebelde, las cosas estuvieran mejor. Finalmente, les dio una dirección en la calle Potosí, donde una tal María Belmonte alquilaba carruajes.

—Una galera —dijo la Belmonte, buenamoza y con bozo sobre el labio—. Pero sólo hasta Luján.

Y con el puño a la cintura, les aclaró:

—No sé qué pasa más allá, y no quiero que me incauten el coche. Ah, lleven comida. Casi seguro que tendrán que abandonar el camino de postas.

—Pero Luján no es siquiera la mitad del trayecto —protestó doña Leonarda—. Además, ¿qué haremos con los libros y los arcones? Para ellos necesito una carreta, al menos. —Y viendo que no conseguiría nada, preguntó imperiosamente—: ¿Cuánto cuesta en Buenos Aires un coche?

María Belmonte, después de un momento de mudez, respondió:

—Mucho.

—¿Dónde puedo comprarlo?

Respetuosa ante la manifestación de riqueza, la mujer les dio la dirección del

negocio de exportaciones e importaciones de míster Brian Harrison.

—El inglés vende de todo, y de lo mejor —aseveró. Luego les ofreció—: Cuando tengan el coche, vuelvan, que yo encontraré quién lo guíe.

—¿Y la carreta?

—Deje sus bártulos en lo de Faunch, y en cuanto tenga un carretón libre, se los mando. Tendrá que resignarse a esperar treinta o cuarenta días.

Sin embargo, les consiguió caballos de remuda, dos troperos, cuatro gauchos armados que trabajaban para ella, y se encargó de las vituallas.

Un día después de que se les entregara el coche, antes de la primera claridad, demorada por la cerrazón de nubes, se aprestaron a viajar. Al acercarse a la luz de la linterna del carruaje, vieron que una muchacha se disponía a subir al pescante a tomar las riendas. Era tosca, hermosota, de brazos fuertes y gruesas muñecas. Su pelo encrespado y la blanquísima dentadura denunciaban algo de sangre africana. Vestía de chiripá y calzón, con chaleco y vincha colorada.

—¿Ella guiará el coche? —preguntó, fastidiada, doña Leonarda.

La dueña del corral se justificó:

—Usted quería viajar de apuro, ¿no? Bueno, o espera que vuelvan mis mayores, o se va con Monserrat.

La muchacha, el pie calzado con bota de potro apoyado en el estribo, las miraba, socarrona.

—Mire, señora, conozco a Monserrat desde chica —insistió la Belmonte—. Sabe de caballos como un hombre, es baqueana y conoce todos los rumbos. Yo tengo conchabados a los hermanos, pero cuando están borrachos o presos, ella se hace cargo. Nunca he tenido queja. Las dejará en destino y se volverá en la primera galera que consiga.

Ignacia observó que la muchacha, que llevaba una vieja carabina a la espalda y una faca enorme en la cintura fajada, escuchaba fumando un cigarro en chala.

—Le aseguro que puede confiar en ella, señora. Además, lleva la escolta —señaló la mujer hacia los gauchos que debían protegerlas de indios y asaltantes—. Puedo recomendarle a Nazario como si fuera de mi familia —palmeó la espalda del que guiaría a los hombres.

Doña Leonarda pensó en Nóbrega, un portugués que le había servido de cambista, que había visto matar dos días antes, arrastrado entre alaridos por las calles, con el pecho cubierto de flores que iban cayendo a medida que rebotaba sobre el empedrado, la cabeza casi separada del tronco. No quería permanecer un día más en Buenos Aires. Se llevó la mano a los ojos y, más que convencida, resignada, ordenó a los suyos:

Suban, o perderemos el fresco. Varias leguas después, desacomodados dentro de la caja del coche tirado por cuatro mulas atolondradas que los llevaban a campo traviesa, Ignacia maldecía el viaje, los caminos y el país donde había nacido su madre.

A media mañana se detuvieron en la posta de Puente de Márquez, donde un piquete de «colorados» mantenía acollarados a unos pocos presos con aspecto de gente acomodada. Cuando ellas descendieron y uno de los peones les alcanzó la caramañola de agua, Ignacia notó la mirada afiebrada de los prisioneros, los labios llagados y la piel sumida sobre los huesos. Sin una palabra, tomó el jarro de viaje, sirvió a su madre y a la señora de compañía y mientras la escolta y Monserrat bebían de la otra caramañola, sacó del cofre una garrafa de vino envuelta en paja.

Monserrat, con curiosidad, la vio acercarse al sargento con una actitud decidida; habló con él, señaló a los prisioneros, y el hombre terminó por asentir con la cabeza. Mientras los militares se empeñaban en destapar la garrafa, la joven dio de beber a los cautivos. Uno, muy joven, balbuceó entre sollozos: «Nos matarán... por favor... mi novia...».

—Hay qui'rse —dijo el sargento, y a patadas e insultos, obligaron a los presos a ponerse de pie y marchar mientras ellos se pasaban el vino.

En el coche, doña Leonarda y las criadas habían quedado consternadas ante la escena. Mientras Ignacia se abanicaba para darse un poco de frescor, la puestera, una mujer servicial a pesar de su aspecto desaseado, se acercó a ella con unos papeles en la mano.

—Mire, señorita.

Ignacia no quiso recibirlos.

—Serán órdenes —le advirtió—. Mándelas con uno de sus hombres.

—No, no —dijo la puestera—. Lo escribió el desgraciadito antes que lo ataran. Parece carta, ¿ve? Me doy cuenta, aunque no sé leer.

Ignacia desplegó la hoja; la nota, de letras grandes, deformadas por el temblor de la mano, estaba dirigida a una mujer. Después de varias frases de amor, el joven le explicaba que, por sus ideas políticas, lo llevaban a Santa Fe para ser juzgado, «pero me doy cuenta de que piensan matarnos en el camino». Y terminaba con un ruego: «Quiera mi Ángel de la Guarda que un alma buena te haga llegar estas líneas, no vayas a creer que te he abandonado sin decirte nada. Dios te bendiga, mi amor...».

La joven miró el reverso de la misiva: allí había un nombre y una dirección, además de un agradecimiento a quien se atreviera a hacérsela llegar.

Monserrat se acercó a ella y le arrebató el papel de las manos.

—Deben ser comunicaciones de salvajes unitarios. Yo las entregaré a la policía —y sujetó la nota bajo la muñequera de badana. Dándoles la espalda, dijo que era mejor partir—. Más adelante hay agua —informó.

Ignacia, furiosa, iba a protestar, pero su madre le hizo una seña imperceptible.

La puestera lanzó una mirada rencorosa a Monserrat mientras Ignacia entraba al coche sin entender la actitud de su madre.

—¿Tengo que permitir que ese marimacho me quite el papel de las manos? —susurró, furiosa.

—Después me las arreglaré con ella; primero salgamos de acá, no sea que los

soldados regresen por el vino que ahora saben que tenemos; en este país se mata por menos.

No habían andado media legua cuando Monserrat detuvo el coche y señaló una laguna, instando a los hombres a reponer el agua de las caramañolas, ya que los animales habían bebido en la posta, antes de la partida intempestiva.

Cuando se alejaron, la muchacha saltó del pescante, acomodó los tiros, revisó los arreos, hizo un chiste al morenito de las señoras y se acercó a la ventanilla. Acodándose en ella, dijo en voz baja:

—Perdonen sus mercedes, pero no confío en aquella —y cabeceó hacia la posta—. No es de mala entraña, pero se chupa sus buenas cañas y después suelta todo. Y ahí van muchos colorados a beber y a buscar chismes. Yo le haré llegar a la mocita la carta. Mejor no las enrieden a ustedes, ¿eh?

Doña Leonarda le agradeció, indicando a una de las criadas que le alcanzara el monedero, pero la muchacha se negó a recibirle nada.

—¿Ves cómo tenía razón, Ignacia? —dijo su madre en un murmullo—. Hay que extremar la prudencia.

Como si no la hubiera escuchado, la joven sacó un frasco de agua de Colonia y se mojó las sienes y las muñecas.

«Clodio la educó como a varón», pensó doña Leonarda, sin preocuparse demasiado. Sus ademanes eran decididos y su ropa tenía un dejo masculino. Además, desde que era criatura no temía a nada, a los diecisiete años ya manejaba el florete y a los veinte disparaba la pistola, todo enseñado por su difunto padre. ¡Y aquel capricho de criar halcones!

Doña Leonarda permitió a las criadas bajar, y el moreno saltó del pescante y se puso a perseguirlas con una lagartija muerta que había levantado del suelo. Ignacia se retiró unos metros y entabló conversación con Monserrat.

Ya aturdía el sol de media mañana en la pampa, pero siguiendo los pareceres de la «mayorala», continuaron el viaje fuera de la ruta oficial.

Había mucho movimiento de gente, hombres heridos, mujeres con niños en brazos, caballos ensillados, inquietos y perdidos.

—Son dispersos —puntualizó doña Leonarda—. Quizá Manuel no esté lejos.

Tanto los de la escolta como Monserrat sentían curiosidad por esas puebleras que no parecían demasiado asustadas al internarse en un territorio ocupado por varios ejércitos.

Comenzaron a encontrar muertos; el padre Filemón hacía detener la marcha y se apeaba a dedicar una oración por sus almas, tapándose la nariz y espantando nubes de moscas verdes.

Ignacia, la vista perdida en una planicie sin hitos que les indicase el rumbo, salvo el sol y las estrellas, se preguntaba qué había llevado a su madre a dejar las comodidades de Vigo para regresar a aquella tierra que parecía devorarse a sí misma. Sabía que algo la atraía a Córdoba, que le debía algo a su pasado (o quizá su pasado

le debiera algo a ella) y que para su madre había llegado el momento de saldar cuentas.

Disimulados entre la vegetación amarillenta, Ignacia distinguió los hocicos puntiagudos de varios perros cimarrones. El estómago se le contrajo: le habían advertido que eran salvajes y andaban en jauría. Ordenó a los criados que subieran al coche, tomó su pistola y disparó al aire.

Los hombres y los caballos se sobresaltaron; los hocicos, sin que se moviera una brizna, desaparecieron en el alto pastizal. Dentro del coche, se oyó el aleteo nervioso del halcón.

4. HACIA EL CREPÚSCULO

«Lavalle entró en la provincia de Buenos Aires en agosto de 1840, listo para atacar a Rosas. Pero en ese momento su juicio —o su voluntad— lo traicionó. Ante la consternación de sus partidarios, en septiembre se replegó en dirección a Santa Fe, y su ejército, ya desmoralizado por el fracaso y las deserciones, comenzó su larga retirada al norte».

John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*

CAMINO A SANTA FE
FINALES DE NOVIEMBRE DE 1840

El camino a Buenos Aires costaba por un trecho los terrenos de la estancia y muchas leguas adelante se anudaba en una posta. Allí se detuvo Fernando a preguntar «si el campo estaba quieto».

—Dicen que lo esperan a Lavalle por Las Tunas. Oribe lo viene arriando —le informó el maestro de posta.

Hacía meses que se preveía aquel choque entre unitarios y federales, esperanzados los primeros en acabar con la tiranía de Rosas y los segundos en conservar el poder sin restricciones.

El avance del general Lavalle se había mostrado errático desde un principio, alarmando a sus enemigos y desconcertando a sus aliados. ¿Arrasaría Buenos Aires? ¿Eliminaría a Rosas (de quien había sido amigo y hasta hermano de leche) como hiciera con otro gobernador —Dorrego— años atrás, cuyo asesinato seguía justificando tantas matanzas?

A la muerte de Quiroga, el caudillo más fuerte del federalismo de las provincias del interior, Fernando, descolocado en los cuadros de mando, había pensado en unirse al coronel Gaspar Indarte, federal como él, pero el gobernador de Córdoba, don Manuel López, lo había hecho desistir.

En la sala de armas de la gobernación, fresca y oliendo a la grasa con que se cuidaba el acero de las armas, le había dicho con esa manera suya, esquiva, brusca, pero campechana:

—Te necesito a mano.

Y después, aunque acababa de ser reelecto, murmuró algo sobre revoluciones pasadas y asonadas por venir.

—Tenés que llevarme unos partes a Buenos Aires... Ya sabés a quién. Yo tengo que correrme a la frontera, no me puedo ausentar —y le dirigió una mirada llena de significados.

Fernando había recibido los papeles, guardándolos en la cartera interna del cinturón, y enseguida había vuelto al sur de la provincia para preparar a sus hombres.

Ahora, camino a Buenos Aires, recordó el recelo de Quebracho por los cordobeses de la ciudad. Mientras se aprestaban a pasar la noche al raso, para evitar

las chinches y las pulgas que se enseñoreaban dentro del rancho que hacía de posta, colocó el facón al alcance de la mano, disimulado bajo el poncho con el que se protegía del rocío. El cansancio lo desmayó en el sueño, no antes de pensar, con un escalofrío, en los presentimientos de Calandria.

Dos días después comenzaron a encontrar en el camino fugitivos y refugiados, mujeres embozadas como beduinos que arreaban un burro con los bártulos y las criaturas. Algunas de ellas llevaban a tiro un matungo manso, al que habían atado una angarilla, donde un anciano sujetaba varias gallinas con las patas atadas con tiento; detrás de ellos, muchachitos, más criollos que aindiados, arreaban un par de vacas con cría y unas pocas cabras.

Les dijeron, atemorizadas, que los unitarios habían pasado «haciendo daño» por Santa Fe y que al ejército de Oribe no lo habían visto, pero lo habían percibido en las polvaredas que se perdían hacia el oeste, de venados inquietos y ñandúes que cortaban, espantados, el horizonte.

Ya Fernando había notado grupos de perros cimarrones dirigiéndose, esquivos, hacia los ecos de latones, relinchos y voces que llegaban desde lejos, y Antenor, el baqueano, le había hecho notar los pájaros de las lagunas mudándose intempestivamente, bajo el calor del mediodía.

«¿Qué irá a hacer Lavalle?», se preguntó Fernando. Pensó en el jefe unitario, que había ilusionado con sus proclamas a los opositores de Rosas, que se alzaron en rebeldía, llamándose a sí mismos «los Libres del Sur». Aquella revolución fue ferozmente ahogada porque muchos de los comprometidos, ante la demora y los titubeos de las tropas de Lavalle, comenzaron a despertar recelos entre los seguidores del gobernador de Buenos Aires y no tuvieron más remedio que lanzarse a la lucha, esperanzados en la ayuda del ejército unitario, que no llegó.

Casi todos sufrieron muertes atroces en manos de los federales; se les habían negado los restos a las familias, lanzándolos a las fosas comunes; se colgaron cuerpos en jaulas, para que la gente escarmentara con el horror. La cabeza de Pedro Castelli, por orden del hermano de Don Juan Manuel de Rosas, Prudencio, había sido expuesta en la plaza de Dolores, ensartada en una lanza. ¿Hubiera llegado don Juan Manuel, o acaso don Prudencio, a ordenar la ejecución del menor de los hermanos, Gervasio Rosas, implicado con los «salvajes molineros»? Nunca se sabría, pues este había conseguido huir a Montevideo en una embarcación francesa.

El levantamiento de los hacendados del sur de Buenos Aires había provocado una reacción en cadena; la oposición en las provincias, hasta entonces silenciosa, se dejó enredar en conspiraciones, siempre ilusionados con la aparición del ejército «celestes», y había sacado proclamas, dándose a conocer antes de tiempo, con la intención de hacer el último esfuerzo para derrocar a los gobernadores rosistas. Muchos de estos conspiradores fueron delatados, descubiertos y ajusticiados de

inmediato: el país se iba convirtiendo en una gran mancha de sangre, y por el momento casi toda era sangre de unitarios.

Fernando se negó a seguir pensando en eso; federal hasta la médula, cada vez se sentía más reacio a dejarse sojuzgar por el federalismo porteño que exigía el sometimiento de los gobiernos de las provincias.

Al día siguiente se encontraron con los primeros desertores y el baqueano le advirtió a Fernando:

—Mejor nos hacemos a un lado. Están hambreados y los caballos son pura costilla.

Se metieron en el monte y siguieron avanzando hasta que a media tarde comenzaron a oír, detrás del horizonte, el bombardeo continuo y ensordecedor de los cañones. El ladrido de los fusiles resurgía cuando se hacía un corto silencio; ambos ejércitos, por fin, se habían enfrentado.

Poco después contemplaron el desbande de las fuerzas celestes, convertidas en una turba desorganizada. Adelante, cabalgaba Lavalle, hermoso como un héroe de leyenda, y aunque vencido, con la cabeza en alto. No pasaba lo mismo con sus hombres, que mostraban en el rostro la desesperación de la derrota.

Consternados, los golpeó la tristeza de ver vencido a un héroe, aquel que mereciera, parecía que siglos atrás, en las luchas por la independencia, el mote de El León de Río Bamba; ya no habría para el valiente regreso a la gloria. Sabiéndolo o no, marchaba hacia el crepúsculo.

Horas después, de espaldas a Córdoba y casi sobre la frontera santafesina, tuvieron a la vista el campo de Quebracho Herrado y desde una pequeña altura pudieron observar a los vencedores levantando las tiendas.

Fernando ordenó a dos de sus hombres que se presentaran al campamento de Oribe llevando enastadas en las moharras de sus lanzas un trapo blanco y un gallardete punzó, dándose a conocer como emisarios del gobernador de Córdoba.

El peligro hacía sudar a los mensajeros al acercarse al campo de batalla, todavía ocupado por la tropa «colorada», porque los crímenes más absurdos de una batalla se cometían después del combate, entre el enardecimiento, la confusión y el relajamiento de la disciplina.

Por suerte, el primer oficial que encontraron cerca del campamento de Oribe fue el capitán Ignacio De la Torre, cordobés, medio pariente de los Osorio, que pertenecía al regimiento del coronel Gaspar Indarte, el más íntimo amigo de Fernando.

5. AL RESPLANDOR DE LOS INCENDIOS

«También las carretas de familia quedaron a merced de la saña del ejército rosista (cuya) reserva estaba comandada por el coronel Vicente González, encargado de iniciar su tarea precisamente una vez concluida la acción. Alguien le había dicho: “Amigo, lo han puesto donde no hay nada que hacer”. “Se equivoca, compadre —contestó el Carancho—, la reserva es para el postre y es donde habrá más que hacer, habrá que tocar violín y violón con música de la Refalosa”».

Patricia Pasquali, Juan Lavalle, *Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura*

QUEBRACHO HERRADO
FRONTERA DE CÓRDOBA CON SANTA FE
28 DE NOVIEMBRE
AÑO 1840

Dazario, el gaucho que guiaba la escolta de doña Leonarda Arias de Ulloa, hizo una seña a Monserrat para que detuviera los caballos. Estaban en Santa Fe, casi tocando la frontera con Córdoba, y el retumbar de los cañones tenía a todos inquietos.

—Y ahora, ¿qué pasa? —preguntó Ignacia, saliendo del sopor, mientras una de las criaditas la abanicaba con unas hojas de palma. El calor de la llanura santafesina era insoportable.

—Dice el guía que están combatiendo los ejércitos de Oribe y de Lavalle —le respondió su madre, que acababa de hablar con el hombre.

—¿Y por qué no seguimos viaje? Ya sabemos dónde está Oribe; mientras no nos metamos en medio de la batalla...

—Le parece más seguro esperar —dudó la señora.

—No es cuestión de lo que a él le parezca —dijo entre dientes Ignacia y, enderezándose, tomó una fusta del bolsillo de la puerta, sintiendo que le daba cierta autoridad—, sino de lo que nosotras decidamos.

Y bajó del coche, plantándose ante él con el latiguillo en una mano, la otra en la cintura.

El hombre la atajó de inmediato:

—No me parece juicioso seguir, señorita. ¿No oye los cañones? Están peleando ahicito nomás.

—Pero si nos adelantamos, podemos ponernos bajo la protección del general Oribe —le hizo ver ella—. O de cualquier general, si vamos al caso.

El hombre se dio cuenta de que a la joven no le temblaba la voz, como si tuviese la seguridad de conseguir cualquier cosa que se propusiera; desconcertado, se rascó detrás de una oreja y miró hacia la lejanía. La mayorala, desde el pescante, lo observaba sin pestañear. El curita, las criadas y Casildo, el moreno, esperaban,

inquietos. Sólo la señora mayor, su hija y Monserrat se mostraban tranquilas.

—¿Y dónde cree usted que están peleando? —preguntó la morena.

—Se me hace que en Quebracho Herrado —dijo Nazario.

—Pues sigamos hacia Quebracho Herrado, y según se presenten las cosas, decidiremos —acabó Ignacia con la cuestión. Volvió al coche, pidió a una de las criadas que le alcanzara un estuche de ébano, y de él sacó una pistola, a la que cargó diestramente. La fusta colgada de la muñeca, la pistola cruzada en el cinto, Ignacia se recogió las faldas y subió al pescante, sentándose al lado de Monserrat, que hizo restallar el látigo sobre las cabezas de las mulas.

El gaucho, que rumiaba advertencias, calló y las miró de reojo. La señorita había disimulado el arma en el asiento, cubriéndola con un pañuelo que solía ponerse sobre los hombros. El salto de los animales al arrancar no la había hecho siquiera parpadear.

A mitad de la tarde, desde una elevación donde languidecían las ruinas de un rancho, se detuvieron a observar el llano; hacía rato que no se oían los cañones.

Abajo, el campo estaba cubierto de cadáveres y los vencedores correteaban tratando de atrapar a los caballos sueltos. Los animales trotaban en círculo, relinchando y esquivando, inquietos, a sus captores.

Vieron grupos vestidos de colorado que caminaban entre los caídos, inclinándose de vez en cuando; un forcejeo, un pataleo, indicaba que estaban degollando a los heridos. Algunos se dedicaban sin apuro a la matanza y al saqueo mientras, más lejos, otros comenzaban a levantar las carpas.

Mezclados por la distancia, se oían murmullos alterados, conversaciones, gritos destemplados, alguna orden, nerviosismo, gemidos de heridos, y el lamento y los jadeos ahogados de los «despenados».

Al resplandor de los incendios, próximos al campo de batalla, vieron las carretas de las familias de los soldados unitarios, que no habían podido o no habían querido huir. Llantos desconsolados de niños, chillidos de mujeres atropelladas, el aullido de los perros sacrificados a bayonetazos y mandobles, porque defendían a sus dueños, sumieron en el silencio a los observadores.

—Ese es el uruguayo —dijo Nazario, refiriéndose a Oribe, y la nuez de Adán subió y bajó visiblemente, denunciando un respetuoso temor.

Con un nudo en el estómago, Ignacia trató de mantener firme la voz:

—¿Cómo lo sabe?

—Tienen uniformes. Los de Lavalle parecían mendigos. Los vi cuando entraron a Santa Fe.

Volviendo al coche y la joven dijo a su madre:

—Están matando a los heridos. Hay carretas con niños y mujeres.

—¡Dios de Misericordia! —murmuró doña Leonarda—. Tenemos que socorrerlos.

«Están locas», pensó el guía. La joven se mostró dudosa:

—No creo que los soldados nos permitan acercarnos.

—Le mandaré una esquila a Manuel —dijo, decidida, la mujer—. O quizá sea mejor que vaya yo misma...

Monserrat dio un paso.

—Si quiere la señora... —se ofreció.

Doña Leonarda le agradeció con la mirada, pidió papel y pluma a una criada, y sobre la caja de escritura, en cinco líneas puso al general Oribe al tanto de que estaban allí y de lo que iban a hacer. La firmó con un solo trazo y abajo aclaró su nombre y título nobiliario. La dobló en tres y se la entregó a la muchacha, que, acomodando la caronilla sobre uno de los caballos de la tropilla, montó a lo varón.

—A quien te corte el paso, que somos parientes del general Manuel Oribe y que él espera noticias nuestras.

—Descuide, señora —aseguró la muchacha.

—Aguarda —dijo Ignacia, y le alcanzó la fusta donde había anudado una servilleta blanca en señal de tregua.

Los hombres de la escolta acababan de comprender que semejante parentesco volvía casi intocables a las extranjeras, y sus modales se volvieron cautelosos mientras sacaban las monturas del baúl acomodado bajo el pescante, para ensillarles los animales.

—Doña Leonarda, las acompaño —tartamudeó el franciscano—. Uno o dos capellanes no podrán con tantos moribundos.

Mientras veían a Monserrat descender hacia el campamento, uno de la escolta arrimó los caballos a un muro de adobe, que era cuanto quedaba del rancho caído, para que las señoras pudieran acomodarse a mujeriega en las monturas. Y como la tormenta se armaba sobre sus cabezas, Ignacia buscó las capas, y después de colocárselas de cualquier manera, montaron al tiempo que oían la respiración del viento y la voz de una corneta que apagaba el quejido de los sacrificados.

Los de la escolta se dividieron para seguirlos, pero la señora los detuvo diciéndoles que era mejor no provocar a los soldados con su presencia.

—No creo que se atrevan con dos mujeres y un cura —explicó, dejándolos al cuidado del coche. Viéndolas alejarse, Nazario movió la cabeza, admirado a su pesar: había que tener coraje para meterse entre aquella turba que no se había hartado de matar todavía.

6. LAS DAMAS DEL ATARDECER

«El desastre aniquilador de Lavalle en Quebracho Herrado se debió a la inferioridad que resultó de sus menores efectivos, de la deficiencia y escasez de su armamento y ganados, y del decaimiento físico y moral de sus hombres, ya antes de la lucha. Esta inferioridad se habría subsanado si Lavalle hubiera podido reunirse a Lamadrid y Solá (lo que no sucedió) por la falta de enlace entre las dos agrupaciones».

Coronel de Estado Mayor Félix Best, *Historia de las guerras argentinas*

QUEBRACHO HERRADO
(LÍMITE DE SANTA FE CON CÓRDOBA)
NOVIEMBRE DE 1840

El sol comenzaba a bajar y la tormenta avanzaba sobre el campo de batalla. El aire olía a sangre, pólvora y fuego. Los vencedores estaban reunidos alrededor de las tiendas, donde los oficiales se curaban las heridas mientras decidían las acciones a seguir. Lo sombrío de la tarde se acentuaba por los relámpagos y el ronquido de los truenos, como si la batalla continuara en el cielo.

Algún oficial, el cigarro entre los labios, miraba hacia el campo, donde todavía se despojaba a los muertos. También se veían cuarteleras que buscaban a sus hombres mientras eran tironeadas, manoseadas o golpeadas por los soldados. Dóciles, se quedaban quietas, tercas en su calvario, para iniciar nuevamente la búsqueda en cuanto les daban respiro. Con un nudo en la garganta, Fernando vio cómo algunas se abrazaban fuertemente al herido para impedir que lo mataran, sufriendo a veces la misma suerte que ellos. «¿Hasta dónde seremos capaces de llegar?», se preguntó; buscó a Indarte, y le pidió que interviniera.

Indarte, extenuado, le contestó que sus hombres no alcanzaban a hacerles llegar las órdenes a todos.

—Hay por lo menos mil quinientos muertos, y eso sólo de Lavalle. He mandado a mi ayudante con un piquete para que traigan a las familias cerca del campamento, pero las mujeres están enloquecidas buscando a sus hombres y no quieren obedecer —y, con amargura, dijo, mirando hacia otro lado—: Además, los hombres del Carancho González no obedecen a nadie, salvo a él. Todo parará cuando a ese carnicero se le ocurra darles el alto.

Luego, apartándolo a un lado, se pasó la mano por el rostro pálido y descompuesto.

—Ha ocurrido algo vergonzoso —murmuró. Y encendiendo con manos inseguras un cigarro que Fernando le ofreciera, continuó después de la primera pitada—: Lavalle tuvo el gesto de devolvernos al general Garzón y a otros oficiales uruguayos que había capturado, y para mayor seguridad, los mandó con Rufino Varela, el hermano menor de Florencio y de Juan Cruz, que no llega a los veinte años. Acababa

de dejarlos a salvo cuando un tenientito sin discernimiento lo fusiló delante de los mismos que acababa de salvar, y sin que pudieran impedirlo.

Se volvió de espaldas a su amigo y, echando hacia atrás la cabeza, lanzó al aire el humo que había retenido en los pulmones.

—¿Estoy loco, o estas cosas antes no sucedían?

—¿Antes, cuándo?

—Antes, digo, cuando peleábamos contra los ingleses, los españoles o los brasileños...

Indarte hizo una pausa dolorosa.

—... antes de que nos achuráramos entre hermanos —concluyó, arrojando el cigarro a medio consumir.

Fernando lo siguió, ofreciéndose para ayudarlo. En ese momento vio a Oribe, aseado y con el uniforme de general lleno de oro y cordones, atendiendo a una mujer vestida a lo gaucho que habían llevado ante él. Oribe era delgado, elegante, más bien bajo, el rostro afilado, inexpresivo mientras ordenaba la ejecución de los oficiales unitarios. A los soldados se les perdonaría la vida para que engrosaran el ejército federal.

—¡Miren! —exclamó el corneta y señaló detrás de Fernando. Un cura y dos mujeres, como saliendo del atardecer, cabalgaban hacia el sitio de combate. No eran mujeres de pueblo. Un muchachito moreno tropezaba detrás del cura cargando algo en las manos.

Sin dudarle, Fernando subió al caballo, hizo una seña a los suyos y se acercaron al galope. A mitad de camino se encontraron con el capitán De la Torre.

—Van hacia Córdoba —les dijo, señalando a las señoras que se acercaban a las carretas—. Quieren ayudar con los heridos y los chicos. Dicen que son parientes del general Oribe. No parece que mientan.

Ante la mirada de ambos, un grupo de soldados orientales contenía, a punta de bayoneta, a un montón de mujeres y niños aterrados que amenazaban desbordarlos; las viajeras se dirigieron hacia ellos.

Fernando se disponía a cortarles el paso, temiendo que fueran atacadas, cuando un rayo de sol, abriéndose paso entre la tormenta, iluminó la franja del campo por donde ellas avanzaban.

Matar también es un acto místico, pensó, impresionado, ante el silencio supersticioso que hicieron los soldados al ver la luz que parecía seguir a las mujeres.

La que iba a horcajadas no se había quitado la capucha y cabalgaba con la seguridad de un hombre. Desmontó ágilmente y ayudó a la mayor a hacerlo. Luego, con paso largo y seguro, sin mostrar temor, enfrentó al jefe del pelotón.

El sacerdote, revestido de los atributos para dar la extremaunción, se encaminó hacia los caídos, volviendo a los que estaban cara a tierra, escudriñando entre los mutilados, cerrándoles los ojos a los muertos, acomodándoles los brazos cruzados sobre el pecho. Pronto había conseguido que dos o tres «despenadores» le ayudaran a

separar los muertos de los heridos. El peoncito moreno llevaba los santos óleos. Las dos mujeres seguían conversando con el cabecilla de los soldados orientales.

—Mandona como cabo de fortín —murmuró De la Torre, admirado de la seguridad con que la joven, indudablemente, presionaba al militar.

—Mejor sería que armaran la enfermería cerca de las tiendas —sugirió Fernando—. Pueden quedar atrapadas en la oscuridad con asesinos y salteadores. ¿Hay gente en el coche? —señaló hacia la lomada de la tapera.

Las criadas y los postillones. Les dije que lo arrimen al acantonamiento.

—¿Y la que habla con Oribe?

—Buena hembra para un revolcón —dijo De la Torre, sopesando a Monserrat—; debe hacer el amor como una gata montesa...

Al ver la impaciencia en los ojos de Osorio, se apresuró a agregar:

—Dice que es la mayorala de las señoras, la que guía el coche.

«Cuántas rarezas», se dijo Fernando, inquieto aún, y atento a cualquier peligro que pudiera caer sobre las mujeres y el cura.

Ya cuando la tarde enrojecía el horizonte, las viajeras consiguieron que las cuarteras y los niños subieran a las carretas y se pusieran en marcha. Luego pidieron teas encendidas y se dedicaron a ayudar al sacerdote. Fernando se adelantó para conminarlas a que se alejaran. Al enfrentarse a la más joven, que sostenía la cabeza de un herido, ella se volvió, levantó el rostro y lo miró. Era una mujer de una belleza poco común. No hecha de suavidades y líneas delicadas: sus hombros eran rectos, las facciones marcadas, los labios plenos. El color del pelo era de un castaño oscuro y los ojos, al resplandor de las antorchas, brillaban como monedas de oro. La otra mujer, probablemente, era su madre.

Por más que De la Torre insistía en que debían abandonar el campo, recién cuando se puso tan oscuro que las teas, debilitadas, no las ayudaban en la tarea, decidieron obedecerle. Escoltadas por los hombres de Fernando, llegaron al campamento, donde Oribe les salió al encuentro; tomándoles ambas manos y besándoselas, las saludó, les preguntó por el viaje, les presentó a sus oficiales y las invitó a sentarse mientras preparaban una tienda de la oficialidad para que se acomodaran en ella. Ya se había dispuesto que la galera se acercara con el resto de la gente. Si querían descansar, les avisarían cuando la comida estuviera lista.

Todos los oficiales andaban inquietos ante la presencia de las mujeres, y hubo una corrida para tratar de mejorar el aspecto que presentaban.

Ya de noche, cuando se disponían a sentarse a la mesa recién armada, Fernando, vestido con sus ropas puebleras, De la Torre y Gaspar Indarte, que se habían cambiado los uniformes, fueron presentados a las mujeres. Fernando notó que la mayor lo miraba con detenimiento, y cuando ya comenzaba a incomodarse, ella le preguntó:

—¿Qué es usted de Francisca Osorio?

—Sobrino —se sorprendió él—. ¿Acaso la conoce?

La mujer tenía un acento agradable, aunque no pudo dilucidar su origen.

—Años hace que falto de Córdoba —aclaró ella—. Desde antes que naciera mi hija. Panchita ni se acordará de mí. ¿Y cuál de los Osorio es su padre?

Sorprendido al ver que sabía tanto de su familia, él le aclaró:

—Carlos, el que era dueño de Los Algarrobos.

Hubiera querido seguir la conversación, pero la señora se había vuelto hacia Indarte y le preguntaba sobre el destino de los heridos. Nadie se atrevió a decirle que ultimaban a los enemigos y que los propios se curaban sólo de milagro; uno o dos médicos no bastaban para atenderlos. Si no se contaba con un amigo que auxiliara en el trance, no se llegaba vivo al próximo combate; la gangrena y el tétanos eran las causas más comunes de muerte entre los hombres de guerra.

La joven hablaba poco, aunque atraía la atención de los hombres. En aquel momento su mirada se encontró con la de Fernando y se demoró en ella. Las maneras, la ropa, la forma de hablar, eran de una dama, pero no esa desvergüenza de clavarle los ojos. Y el acento era un atractivo más, pues tenía una cierta dulzura, una cadencia que suavizaba las terminaciones.

A su lado el franciscano, joven y tímido, comía a desgano y doña Leonarda picoteaba la carne mal asada. Cerca del coche, las criadas y el moreno conversaban con varios soldados, pero Monserrat había preferido guarecerse entre la comitiva de María Belmonte.

En poco tiempo, Fernando descubrió cuanto podía descubrir de las viajeras: viajaban con un confesor, y aunque no lucían alhajas, llevaban jarros, platos, fuente y cubiertos, todo de plata, que la criada limpió escrupulosamente antes de guardar en un cofre de madera. También llevaban buenos vinos, que compartieron con ellos, un mantel y servilletas.

Sus vestidos eran de calidad, el de la señora mayor de acuerdo con sus años y condición, pero el de la joven, distinto de todo lo que él conociera: usaba ropa cómoda, la falda con poco vuelo y algo corta, la blusa cerrada, sin los reveladores escotes que estaban de moda. En vez de la mantilla que supuestamente escondía lo que en realidad se pretendía mostrar, lucía una chaquetilla casi varonil que resaltaba sus hombros. Y vestía colores marrones, del más suave tabaco, y no esos rojos y amarillos cegadores, o esos rosas y blancos candorosos. No calzaba chapines, sino bota de cabritilla. Parecía una mujer acostumbrada a salirse con la suya, sin artificios, de frente.

La oyó reír ante un chiste del general Pacheco, y no había en su risa la contención de las mujeres de clase, aunque tampoco había zafiedad: era una risa franca, una risa que, se sorprendió, salvando las distancias, le recordaba a la de Calandria. «Si tuviera tiempo...», pensó, tentado. A la mayor no le molestaba el comportamiento de su hija, y la frialdad y la melancolía de Oribe parecían haberse atenuado ante ella.

Cuando se retiraban a dormir, a Fernando le pareció que la joven lo había rozado adrede. «¿Estará buscando guerra?», se preguntó, divertido. La observó como al descuido; debía andar por la mitad de los veinte. ¿Viuda, soltera? Mientras la miraba, ella se inclinó hacia él como por casualidad e hizo un mohín apenas perceptible: había olido el laurel con que Calandria preservaba su ropa de la polilla.

Enrojeció y se dedicó a limpiar el cuchillo y acomodarlo en la vaina. «Me he vuelto bagual», se dijo, y por primera vez en años lamentó, breve y superficialmente, aquella vida de monte que llevaba.

No pudo dormir. La tormenta, que partía la noche en relámpagos y explotaba en truenos, lo tuvo a mal traer. Aquellas mujeres habían despertado en él una expectación sin nombre, un deseo irresoluto. ¿Qué las llevaría a Córdoba? ¿Quizá la mayor esperaba revivir amores perdidos, recuperar una herencia, casar a la hija, que no era ninguna jovencita y que andaba por las tierras de Dios sin un hombre que la cuidara?

Suspiró. Quizá nunca supiera la respuesta.

A la mañana, muy temprano, supo que las mujeres habían pedido por los oficiales prisioneros, y que se les habían concedido unas cuantas vidas, siempre que los beneficiados juraran no tomar nuevamente las armas en contra de la Santa Federación. Algunos prefirieron morir antes que jurar, y las descargas empezaron a estremecer el campamento desde el amanecer.

Encontró a doña Leonarda sentada, el codo en la mesa de campaña, al reparo del toldo de la tienda. Se sostenía la frente con la mano y parecía afligida; unos cuantos documentos y algunos papeles, sostenidos por una piedra, aleteaban, manchados de sangre, ante una brisa malhumorada.

—¿Piensa avisar a sus familias? —inquirió Fernando, comprendiendo que eran documentos o filiaciones de los muertos.

—En cuanto llegemos a algún lugar civilizado —respondió ella sin mirarlo. Y después de un silencio, murmuró:

—Venir desde tan lejos para morir aquí.

Y como él la miró sin entender, señaló los papeles con un gesto aristocrático de la mano.

—Jujeños, santafesinos, mendocinos, cordobeses, entrerrianos... podría seguir la letanía. Hasta hay uruguayos, chilenos y bolivianos.

Algo más allá su hija, junto con las criadas, remojaba unas vendas en vinagre, para volver a usarlas. Indudablemente, había echado de nuevo mano a su bolsa, pues dos soldados estaban enterrando a los que acababan de ejecutar.

Fernando la observó. Parecía no ver, no escuchar. Le recordó las historias clásicas que les leyera Sebastián, su hermano mayor, cuando eran niños; aquellas que hablaban de heroínas que mandaban a la guerra a sus hijos sin flaquear y mataban a sus hijas para que no las tomara el enemigo.

Ella, desviando la vista hacia el amontonamiento de muertos, humanos y

animales, dijo:

—Nunca me había puesto a pensar en quién entierra a los muertos después de una batalla. Porque supongo que si ustedes deben continuar la persecución, no se demorarán en sepultarlos. Dentro de unos días el campo será un pudridero...

Y viendo unos cuantos perros cimarrones que salían del monte, cada vez más audaces, aunque con la cola entre las patas y la cabeza gacha, dictaminó:

—Aun para ellos es demasiada carne.

Fernando, impresionado, dejó pesar un silencio y le enrostró:

—¿No se le encoge el corazón ante semejante idea?

Ella miró a aquel hombre apuesto, corpulento, más alto que los que lo rodeaban; había dejado la ropa de ciudad por la de campo, que le sentaba mejor: pantalones sueltos, un cinturón ancho, de cuero, revestido de monedas de plata y oro, con un cuchillo de empuñadura lujosa calzado en él. Sobre la camisa amplia, de mangas anchas y arremangadas, llevaba un chaleco punzó. Sus ojos azules y la cabellera casi blanca de rubia contrastaban con el color atezado de su piel. Ignacia desvió la vista y se alzó de hombros.

—No tengo corazón —respondió, despejando el rostro del pelo, que se le había soltado, con un giro de la cabeza. Y volviéndose de pronto, con aquella mirada tan directa que lo cohibía un poco, le dijo—: ¿Para qué lo querría? Algún hombre se encargaría de rompérmelo.

—No todos son tan malos —respondió Fernando con intención, apoyando el brazo en el poste de la enramada.

Ella rio significativamente, moviendo la cabeza, y él se sintió desnudo y al descubierto: la joven había captado en su expresión, en su acercamiento, más de lo que él deseaba mostrar. La dejó allí, mientras trataba de imaginar cuál habría sido su vida para haberse convertido en una mujer tan distinta del resto de las de su sexo.

Cesó el viento que molestaba desde la noche anterior y la lluvia se descargó con fuerza. Harto de la matanza, ordenó a sus hombres prepararse y pidió autorización a Oribe para seguir hacia Buenos Aires, pues le urgía cumplir con la entrega del recado de Quebracho para don Juan Manuel de Rosas.

Mientras disponían las cosas para partir, vio a la señora en la entrada de la tienda. Estuvo a punto de preguntarle si se iban a quedar en Córdoba, pero aquella risa sugestiva de la hija lo había avergonzado. Se acercó, no obstante, a saludarla, esperando que la joven saliera de la carpa para despedirse de él.

Antes de que dijera una palabra, doña Leonarda le tomó la mano entre las de ella, palmeándoselas.

—Lo he estado mirando a usted; se parece mucho a uno de sus tíos.

Fernando replicó, desconcertado:

—¿A tío Felipe? No creo que...

—No, no; me refiero a Ignacio Osorio.

—Tío Nacho murió hace años —contestó echándose el poncho sobre el hombro

—. En realidad, todos los hermanos de tía Francisca han muerto. De los mayores, ella es la única Osorio que queda viva.

Doña Leonarda se llevó la mano al medallón que lucía ese día sobre el vestido. A Fernando le pareció impresionada. «¿Habrás tenido amores con alguno de ellos?», se preguntó; si era así, ¿con cuál?

—¿Y doña Adelaida?

—Murió a principios del año pasado, fiel a lo que siempre dijo: que no se iba de esta vida hasta que viera a los jesuitas de vuelta.

La señora perdió, por un instante, el hilo de los pensamientos y reaccionó llevándose una mano a la frente, murmurando:

—Ah, sí; se comentaba en Buenos Aires que la esposa del gobernador Rosas había trabajado mucho para que volvieran al país...

Después de unas frases, guardó silencio, como si caminara entre recuerdos.

—¿Ya tienen apalabrado alojamiento en Córdoba? —indagó Fernando, cambiando de tema. La señora, de pronto, se veía muy cansada.

—Sí; el doctor Manuel Cáceres nos ha conseguido casa.

—Está en buenas manos; es nuestro procurador —le sonrió.

La joven seguía sin aparecer, aunque debía escucharlos desde la carpa. Decepcionado, tomó el capote que le alcanzaba uno de sus hombres y se inclinó sobre la mano que le tendía la señora. Al enderezarse, preguntó:

—¿Cómo es el nombre de su gracia?

—Leonarda Arias de Ulloa. ¿Lo veré en Córdoba?

—No voy muy seguido, pero cuando baje, pasaré a saludarla. Cáceres me dará sus señas.

—Lo recibiré con gusto.

Tendría que partir sin ver nuevamente a la joven, pues muy temprano había llegado un chasqui para él, donde el secretario del gobernador le comunicaba que, en vísperas de la entrada del general La Madrid a Córdoba, mientras López «Quebracho» andaba enredado con las tribus del sur, una revolución lo había depuesto, suplantándolo por el doctor José Francisco Álvarez. Quebracho le pedía que apurara su diligencia ante Rosas.

Observó la carta, manoseada y ajada de tanto rodar de puesto en puesto, hasta que había dado con él. Ni siquiera podía vislumbrar cuál era la situación de la ciudad en aquel momento, pero algo era seguro: el ejército de Oribe acabaría con la rebelión; el general Pacheco, terrateniente de los fuertes, hombre de Rosas, oficial destacado, se disponía a marchar hacia Córdoba para aplastar a los subversivos. Quebracho sería reintegrado a su cargo.

Ya estribado, Fernando lo vio conversar con la Arias de Ulloa. Pensó que las treinta mil hectáreas que poseía en la pampa se le notaban en los ademanes de porteño culto y elegante, las largas piernas enfundadas en el pantalón del uniforme bien cortado. Doña Leonarda llamó a su hija, quien asomó la cabeza por la abertura

de la tienda. Sorprendido, Fernando vio que la joven llevaba una mano enguantada hasta el codo, y sostenía un pájaro de presa en la muñeca, encapuchado y con cascabeles que tintineaban cada vez que se movía.

Pacheco, retrocediendo con un paso elegante —le pareció que prefería distanciarse del halcón—, se puso a comentarle algo. Ella lo escuchaba con una semisonrisa distendida, mirándolo directo a los ojos. Tampoco Pacheco debía tenerlas todas consigo, pues se llevó la mano al bigote rubio, largo, acicalado y comenzó a acariciárselo.

Con una punzada de inquietud, Fernando recordó que la noche antes, en la cena, el general había conseguido acomodarse, no sabía cómo, a la diestra de Ignacia. Sacudió la cabeza con malhumor y levantó el brazo para que sus hombres se pusieran en marcha. Tenía que continuar viaje y cumplir con lo prometido; el pundonor y la lealtad al amigo, al vecino, al mandatario de su partido, se lo imponían. La inquietud que le despertaba la joven era nada comparada con su más profundo temor: que algo le pasase a Calandria y a su hijo, pues aunque había un acuerdo tácito en respetar mutuamente a los familiares que cada cabecilla del otro bando pudiera tener, siempre quedaba una punta de duda, un pinchazo de aprensión de si aquella ley no sería transgredida, como en Quebracho Herrado, por un tenientito demasiado celoso de sus funciones.

Seguiría hacia Buenos Aires, decidió, no obstante, pues esa era la ley de los varones. Comprendió que no dormiría en paz hasta que pudiera regresar a Los Algarrobos.

7. EL OLOR DE LA VERBENA

«El perfume de los espíritus del aire del Viernes es la Verbena».

El libro de *San Cipriano y otros Rituales de Potencia*, Año de Gracia de 1001

LOS ALGARROBOS
TERCERO ARRIBA (CÓRDOBA)
PRINCIPIO DE NOVIEMBRE DE 1840

Por fin, el día había amanecido claro y seco después de dos semanas de tormenta.

Esa mañana, Calandria decidió armar los colchones con la chala nueva que venía juntando, y tratar de terminar, antes de que llegara el Payo, la colcha de algodón que estaba haciendo en el telar desde hacía un mes.

Al tiempo que con un ojo cuidaba el puchero que hervía en el fogón y sumergía los lienzos en la lejía, no perdía de vista a Lucián que, sentado en el suelo, jugaba concentradamente con barro. De pronto, tomó conciencia de que no recordaba cuándo había sangrado por última vez. ¿Estaría de nuevo preñada? Hacía rato que deseaban otro hijo. Una hija para el Payo, bromeaban, porque Lucián era de ella.

Mientras revolvía con un palo el líquido de la colada, oía a Pascual, en las barracas, cortando leña con un machete. El campo estaba florecido por las lluvias, que habían llegado muy a tiempo aquel año, y un olor agreste, apenas perceptible, a verbenas silvestres, le llegó con la brisa que se colaba por el portón. Le gustaban las verbenas.

Al levantar la mirada, vio que los perros paraban las orejas y olisqueaban el aire. Uno lanzó un aullido corto, como si hubiera husmeado a la Muerte; el otro se enderezó, pura costilla de galgo, la boca abierta y las babas cayendo y, de pronto, huyeron hacia el monte, esquivándole el cuerpo a la mirada.

Sobresaltada, salió y observó hacia el camino del este, el que iba a Buenos Aires; no podía ser Fernando, se dijo. Era demasiado pronto; además, los perros siempre le anunciaban su llegada, contentos por la vuelta del amo. De ser él, no se hubieran asustado.

Un frío le heló la cintura. ¡Ranqueles! Tenían que ser indios: los caballos y los perros de los cristianos enloquecían cuando husmeaban desde lejos el fuerte olor a grasa de potro con que se empavonaban el cuerpo.

—Pascual —lo llamó, conteniendo la voz—: Subite al campanario. Si ves algo, tocá a rebato para que nos oigan del puesto.

—¿Y usted?

—Preparo el petiso. Si pasa algo, te llevás a Lucián.

—Yo me quedo con usted —protestó el muchacho, inquieto.

Calandria sólo podía pensar en sus malos presentimientos. Quizá —comprendió de un fognazo— no era Fernando quien estaba en peligro, sino Lucián y ella.

—¡Obedecé, carajo! —estalló, y corrió a buscar el recado para el caballo. Lucián, sentadito contra la pared, la miraba sin entender.

«Que no sean indios, que no sean indios; que si son indios, sea ese piojoso de Lienán...», rogó, desesperada. Siempre había sentido desagrado por Lienán, desagrado que provenía de haber vivido en la frontera, donde el indio era el demonio que brotaba de improvisto del horizonte a raptar mujeres, a robar ganado, a llevarse cuanto pudiera dejando detrás de sí fuego, muertos y destrucción. Siempre peleaba con Fernando, que confiaba en ellos y que luchaba por mejorar las relaciones entre las tribus y los estancieros.

—Un día te han de matar —le pronosticaba, mientras él se reía—, y por la espalda.

Ya tenía el animal ensillado cuando Pascual bajó, pálido. Eran ranqueles, aunque no llegaban a diez.

—¿Y qué hacés ahí que no estás tocando? —le increpó ella—. Se van a dar cuenta de que estamos.

—Ya se han dado cuenta. ¿No ves que pitamos por todos los fogones? Andá, no perdás tiempo.

Se volvió y atravesó corriendo los tres patios mientras recordaba lo que solía decirle Luz: «Esta casa es un fuerte. Sólo tiene dos puertas y las paredes son muy altas. Les llevaría mucho tiempo entrar, especialmente si no saben trepar con sogas».

La campana de la capilla atronaba el aire. Dejó a Lucián en el suelo, cerca de ella, y consiguió, con esfuerzo, cerrar y calzar todas las trancas de hierro de la enorme puerta del frente. Volvió por Lucián, lo alzó y corrió hacia la cocina. Llamó a gritos a Pascual y le entregó al chico.

—Andate al puesto por el bajo, para que no te vichen. Seguro que Oroncio o los Cepeda están viniendo para acá.

De pronto, retuvo el petiso que montaba el chico, sujetándolo del cabestro.

—Esperate.

A tirones, se quitó la cadena de oro con la medalla de la Virgen que una vez le regalara Luz y se la pasó a Lucián por la cabeza. La besó fervorosamente, rogándole por la vida de su hijo, y luego besuqueó frenéticamente al chico.

—A vos no han de tocarte —murmuró entre dientes.

Pascual, en su aturdimiento, trataba de calcular qué iba a enfurecer más al patrón: si se quedaba y los mataban a todos, o si dejaba a Calandria sola para poder salvar al chico. La desesperación de la madre lo decidió; saltó sobre el petiso, aferró a Lucián contra el cuerpo y se largó por la vena abierta del cañadón.

Después de cerrar el portón trasero, Calandria trepó al techo por los escalones de la pared del patio. Su cabeza no dejaba de buscar conjuros, pero ni siquiera podía recordar el nombre del ángel que procuraba protección los días viernes.

Disimulada al borde del espinazo del tejaz, bajo las ramas del algarrobo más próximo a la casa, observó el horizonte. El grupo se había detenido después de oír los campanazos, tratando de descubrir si la casa estaría defendida, y por cuántos.

Eran pacientes; quedaron inmóviles largo rato, uno de ellos parado sobre la grupa del caballo y sosteniéndose de la tacuara clavada en tierra, la mano haciendo visera sobre las cejas y escudriñando hacia la casa y sus alrededores.

Mientras el corazón le latía hasta nublarle la vista, Calandria se mordió el brazo para no desmayarse. Ella, que había enfrentado a soldados armada sólo con su desfachatez, su lengua y su influjo de hembra, además de algún palo, tenía un miedo recóndito, paralizante, que compartía con los perros cimarrones: enfrentar al indio cara a cara.

«No podrán entrar, no podrán entrar», se repitió, preguntándose cuándo llegarían los hombres del puesto.

Mientras más demoraran en avanzar, más tiempo le daban a Pascual para poner a salvo a su hijo, más tiempo ganaba para que acudieran los Cepeda.

Parpadeó. ¿En qué momento se habían puesto en marcha? Ahora estaban muy cerca, aunque siempre cautelosos. No llegaban aullando y golpeándose la boca con la mano, al galope y las lanzas en ristre. Avanzaban tranquilos, como si fueran indios amistosos. ¿Y si fuera Lienán? No; Lienán hubiera galopado nombrando a gritos al Payo, a Lucían, a Pascual.

Ya estaban bajo los muros. Subieron a la galería delantera con los caballos. Desde ahí no podían verla, pero oyó cómo golpeaban la puerta, no con intención de llamar—ningún indio se hubiera presentado a pedigüeñar por la entrada principal— sino probando derribarla.

Recordó a la negra Severa cuando les contaba, a Luz y a ella, en las noches heladas, las terribles historias de otros Osorio muertos a manos de ranqueles. Recordó a la primera esposa del fundador de Los Algarrobos, que se había ahorcado para no ser deshonrada, mientras los indios incendiaban la casa y se llevaban cautivas a sus hijas y mataban a sus hijos varones.

Pero entonces Los Algarrobos era poco más que un rancherío.

Los oyó hablar en voz alta y, aunque no entendió lo que decían, comprendió que iban perdiendo el miedo. Quizá no la vieran en el techo. Decían por allá que los indios no levantaban la vista, que mucha gente se había salvado subiéndose a un árbol bien alto; quizá, si conseguían entrar, miraran en los aljibes, buscaran en los sótanos, sin imaginar que ella... Salvo que subieran a la capilla. La torre era un poco más alta que los techos.

¿Hubiera sido mejor meterse en aquel hueco que le daba terror, bajo el altar del oratorio, donde encontraron el cuerpo del Aparecido? No sólo la superstición la había detenido: lo primero que solía hacer el malón al entrar en una estancia era incendiar la capilla. Si ella estaba debajo, iba a morir achicharrada o la cazarían a campo traviesa. ¡Gracias a Dios que había mandado a Lucían con el muchacho!

Ahora no los oía. Ella se había acomodado del otro lado del techo, que caía hacia el frente. La transpiración le corría, salada, hasta chorrearle entre los pechos. Quiso pensar en todo lo que tenía que hacer mientras esperaba al Payo: los colchones, las sábanas, el almidón, la manta... No podían matarla antes de que terminara la manta.

Oyó un ruido atronador, un quejido, un crujido, un sollozo de hierros y madera, seguido por otro, y otro y otro más agudo, y supo que estaban echando abajo la puerta que daba al patio de la cocina. Comprendió que los goznes, viejos y herrumbrados, y la madera reseca, que no se habían cuidado en años, estaban cediendo al embate de las grupas de los potros.

No podía mirar abajo. Las manos se le estaban endureciendo, el cuerpo le pesaba, el pecho le dolía al respirar. Escondió la cara en el hombro y sollozó en silencio.

Reaccionó al no oír los destrozos habituales. Parecían andar por la casa con pisada de gato, murmurando y abriendo las puertas con delicadeza. Aquello le daba aun más miedo, por lo extraño.

De pronto, comenzó a entender algunas frases.

—¿... tará ausente el hombre?

Los otros contestaron en un español enrevesado.

—La hembra y el chico están... Hay fuego.

Lo que ella había temido por años tomó forma en su mente: los malditos venían buscando desquitarse del Payo. No era cosa de ranqueles, era cosa de cristianos.

Abajo, la conversación seguía tranquila, los pasos parecían pasos de ánimas. Muy cerca de ella, alguien gritó. Uno de los indios había subido al campanario y la había divisado. En una jerigonza inentendible, llena de sonidos desparejos, señalaba hacia ella y llamaba a sus compañeros. Aturdida de terror, miró el rostro ennegrecido con grasa de ñandú y le pareció ver a Mandinga. Caminó en cuatro patas sobre el tejado, siempre a punto de caer porque tenía las manos húmedas y había mucha teja floja.

Oyó al que hablaba en español subiendo por la escalera del muro. Intentó sostenerse de una rama y bajar por el tronco del algarrobo, pero un puño de hierro con una muñequera de tiento se estrelló contra su cara. El otro indio quería tomarla de las piernas, pero se defendió a las patadas, y como ellos no sabían trepar, ni escalar, ni mantenerse de pie en las alturas, a las que les temían, no consiguieron mucho.

El puñetazo le había dejado la cabeza confusa, aunque pudo ver que su captor era blanco, un cristiano renegado de los que apodaban «indios blancos», más sanguinarios que los mismos ranqueles.

Por un momento pareció que iba a conseguir largarse por el árbol, pero el ranquel del campanario había aparecido debajo de ella y comenzó a pincharla con la tacuara en las nalgas, en los muslos, en los brazos, hasta hacerla aullar de dolor.

El gaucho pasaba de una rama a otra con agilidad. Desesperada, arremetió contra él y consiguió llegar al borde del tejado. Allá estaban otros dos ranqueles que la tomaron de los brazos y tiraron de ella hasta que hizo pie en las tejas. Ella los pateó

con toda su fuerza, y consiguió lanzar a uno al vacío. Pero el renegado, detrás de ella, la tomó del cuello y apretó hasta sofocarla. Ya no pudo defenderse. Sintió que la arrastraban como a un animal, que la bajaban al patio rebotando el cuerpo por la escalera, y oyó el crujido de su cabeza al dar en el filo de un escalón. Ya nada le dolía, aunque veía todo como si su ánima flotara en el aire. Pero oía. Supo quién los había mandado, oyó que comentaban la suerte de haber dado con una hembra hermosa. Vio cómo el cristiano rasgaba, con un cuchillo enorme, la tela del corpiño del vestido para liberarle los senos, sin importarle si abría surcos en su cuerpo. Dos le sostenían los brazos, otros dos las piernas, el cristiano le subió las faldas. Ella movía los labios sin atinar con el nombre del ángel del día viernes, el que, según Severa, debía protegerla. Clavó los ojos en el cielo blanco del mediodía, percibió las figuras borrosas de los que miraban, alentando a gritos, al que se había acomodado entre sus rodillas. Sólo pudo pensar: «Lucián está a salvo, Lucián está a salvo».

El denso olor a grasa de caballo con que se untaban los cuerpos se había impuesto al amado olor de las verbenas.

8. LA VIEJA DE TEGUA

«Magos que reunían los atributos de sacerdote, médico y hechicero, que evocaban al demonio, haciendo ayunos y penitencias para merecer sujetar a su albedrío el poder de los elementos, aparecen entre las diversas generaciones indígenas, y aparecen curando de un modo casi uniforme. Usaban de yerbas y de cauterios de luego, pero siempre acompañados de visajes y gritos, o del hablar entre dientes».

Daniel Granada, *Supersticiones del Río de la Plata*

LOS ALGARROBOS
NOVIEMBRE DE 1840

Montaban en pelo por el apuro, armados con lanzas y algunos fusiles. Años atrás, los habían recogido del tendal de muertos que quedaron en el combate de Oncativo; envueltos en trozos de tela encerada, los habían ocultado de los piquetes que requisaban armas, y los sacaban sólo en los apuros bravos.

Galopaban castigando a los caballos, sin saber si iban directo a una emboscada o sólo a espantar a unos merodeadores atrevidos. Detuvieron el galope a doscientos metros de la estancia y pusieron los animales al paso; a la vista de la casa, sobre la boca del cañadón, observaron. Se oían gritos de poca gente adentro; afuera, y en el horizonte, ni un alma.

—Cuando avise, hagan fuego —ordenó el mayor de los Cepeda, y cayeron como un rayo sobre varios indios amontonados alrededor de Calandria. En la puerta de la cocina, uno tironeaba con los dientes de un trozo de carne que había pescado de la olla y, al pie de la escalera, otro orinaba tranquilamente.

El gaucho se arreglaba la faja y, sobre el cuerpo de la morena, un ranquel había tomado su lugar. Silverio Cepeda lo ensartó con la lanza, arrastrándolo más allá de la joven, clavándolo en tierra. Benito, su hermano, disparó sobre el cristiano, dándole en medio del pecho. Fue el desbande; dos fusiles descargados y cargados sucesivamente podían más que las largas tacuaras de los pampas, que pronto no supieron por dónde escapar. Con las piernas arqueadas, pues desde chicos vivían sobre los caballos, eran malos corredores y huían en el laberinto de habitaciones sin encontrar la salida. Afuera, dos de los peones les sacrificaban los caballos para que no escaparan montados, porque ningún caballo pampa se alejaba de su dueño, por más alboroto que hubiese.

Mientras Silverio ultimaba a lanzazos al ranquel, el gaucho, que había caído de rodillas, logró incorporarse sobre una pierna, tratando de contener, con las manos, la sangre que salía a borbotones de la herida. Benito se le acercó sin apuro, lo tomó de la melena, le echó la cabeza atrás, a la derecha, y lo degolló en un solo movimiento; sacudiéndole la cabeza floja, mientras se desangraba, murmuró mirando los ojos del moribundo, que se iban opacando aunque todavía mostraban entendimiento:

—Si tenés hembra o guachito, los vamos a encontrar.

Con la esperanza de que lo hubiera oído, lo dejó caer, de una patada lo hizo rodar lejos, y fue por un poncho para cubrir a Calandria. Todavía estaba viva.

En los cuartos vacíos, se oían los alaridos de los indios que iban siendo aniquilados por sus hombres. Uno de estos apareció por el segundo patio, limpiándose la sangre de la cara con el antebrazo, y él le ordenó recoger dos tacuaras y una manta para hacer una angarilla. Luego sacó agua del pozo y limpió el rostro de la mujer del Payo con suavidad. Ella movió la cabeza, llamando a Lucían.

—Ta bien el chico, doña Cala, en el puesto, con mi mujer. Ahora la llevamos a usted.

Ella quedó muda, como si no lo entendiera. Luego se largó a llorar y su mano aferró la del hombre.

—Quieren al Payo; hay que avisarle...

La voz le salía quebrada, horrible, y recién entonces el hombre vio las marcas oscuras sobre la piel café con leche de su cuello.

—Como mande —la tranquilizó mientras pensaba: «¿Y dónde doy yo con el Payo?».

La llevaron hasta el Puesto Encerrado a campo traviesa, temiendo que se les muriera en el camino, que les salieran al paso ranqueles emboscados. Dos de los peones habían quedado en la casa, baldeando la sangre y apagando los fuegos, encargados de tirar, como se hacía desde siempre, los cuerpos de los ranqueles muertos al río Tercero.

—¿Y el renegado?

—Cortale la cabeza y traemelá; la voy a meter en sal hasta que venga el mozo. Parece que lo buscaba por encargo. A lo mejor lo conoce —dictaminó Silverio Cepeda. Su hermano Benito murmuró—: No hay indio que tenga queja del patrón, y así le pagan.

El Puesto Encerrado era un bolsón natural que quedaba apartado de la ruta de ejércitos y galeras, difícil de encontrar si uno no conocía la región. Allí conseguían mantener unas cuantas reses y unos caballos a salvo del despojo con que los ejércitos de ambos bandos y los gobiernos de todos los partidos los empobrecían.

Era un conjunto de ranchos, dos de ellos más viejos, más grandes y fuertes que el resto. Allí vivían, desde hacía dos siglos, las familias de los Videla y de los Cepeda. En los otros, se acomodaba la poca peonada que no se había llevado la leva; varios de aquellos hombres mostraban mutilaciones ganadas en enfrentamientos con indios y con tropas.

Cuando Oroncio los oyó llegar, encargó a una de sus nietas que se llevara a Lucían, pues sospechaba lo peor.

Luego, con cuidado, acostaron a Calandria en un jergón para que su mujer

podiera atenderla. El pronóstico no podía ser peor. Sangraba mucho «por los abajos», parecía que le habían roto el tragadero, le habían clavado las manos al suelo con lanzas, semejando la crucifixión, y tenía un pezón casi arrancado a mordiscos. La oreja le sangraba, y marcas de cuchillo y puntazos le cruzaban el cuerpo.

—Pero lo peor —dijo Juana, la mujer de Oroncio— está acá, ¿ven?

Tomó suavemente la cabeza de Calandria y señaló una hendidura que se hinchaba a ojos vista. La morena ya deliraba.

—En lo demás, me atrevo, aunque no creo que quede bien del todo. Pero rotura de sesos, no sé...

Luego de un silencio, la mujer de Silverio dijo: «¿Y aquella vieja de Tegua?».

—¿Cuála?

—La machi, la mano santa, la india que salvó a la niña Luz.

—No me nombrés infieles ahora —se enfureció su marido.

—No, no; si ella tiene razón —terció la Juana—. Es muy güena la Melchora. Yo creo que hay qu'ir a Tegua.

Y viendo la duda en todos, que sentían más ganas de descuartizar a la india que de aceptar su ciencia, les soltó:

—¿Qué? ¿Creen que al mozo le parecerá mejor que le entreguemos a la mujer muerta porque no quisimos acudir a una pampa?

Oroncio les volvió la espalda y salió del rancho. Después de un momento de silencio, ordenó a los Cepeda que fueran por la bruja y la trajeran aunque tuvieran que sacarla de bajo una piedra. Al levantar la vista, el capataz vio a Pascual que iba echando sal gruesa en un tonel, cubriendo la cabeza del degollado.

—Esperate.

Se acercó y la levantó de los pelos; de pronto, algo confuso, dijo:

—Sí, lo vi una vez, pero no me malicio ande...

—Parece que doña Calandria sabe quién lo mandó. Ella le dirá.

—Si vuelve a hablar —murmuró Oroncio, rumbeando para los corrales.

Los hombres encargados de deshacerse de los cuerpos volvieron a la tarde. En varios días, los muertos saldrían a flote y navegarían en la correntada, advirtiendo a cada cristiano que los viera que los pampas andaban cerca, y a cada ranquel, que se cuidara.

Benito Cepeda volvió al día siguiente con la Melchora, una mujer pequeña, simiesca, arrugada como una pasa, casi un esqueleto color tierra. Nunca nadie la había oído hablar, salvo en sus canturreos. Jamás preguntaba de qué adolecía el aquejado, sólo revisaba suavemente con sus dedos largos y finitos como ramitas, la boca desdentada sumida sobre las encías, los ojos velados por una mucosidad blanca dirigidos hacia el techo.

Todos le temían, todos la respetaban. De alguna manera se hacía comprender,

sacaba su bolsa de yuyos, huesos, piedras, polvos, y ya alguien le alcanzaba un brasero, una olla con agua caliente, una tela limpia, una vela encendida. Esa misma persona no podía explicar después cómo era que había entendido una orden dada sin palabras ni gestos.

Calandria empeoraba; Oroncio había mandado por Fernando a Buenos Aires, pero sabía que el tiempo entre encontrarlo y que regresara podía ser más largo que el que le quedaba de vida a su mujer.

Antes de llegar la machi, Calandria, entre ronquidos de agonía, les había rogado que pusieran a su hijo bajo el amparo del comandante Farrell, un pariente lejano que vivía en Córdoba, pues juraba que alguien quería matarlos a los tres. Oroncio, sabiendo cuánto confiaba el patrón en el comandante, lo consultó con su mujer, que estuvo de acuerdo con la morena.

—Pero ¿no será pa pior salir ahora? —dijo él—. El campo está muy inquieto. Con La Madrid dando vueltas y Lavalle derrotado, anda loca la gente.

Benito Cepeda recordó que López «Quebracho» estaba con sus hombres por el Río Cuarto.

—... Será cuestión de ver cuándo regresa a Córdoba, porque a La Madrid le queda poco lazo...

Se decidió que uno de los Cepeda fuera a consultar a don Manuel López que, además de ser el gobernador de Córdoba, era hombre de respeto en la región, amigo de los Osorio, con quienes compartía los peligros de la tierra. Además de ser padrino de algunos de los hijos del difunto don Carlos, existía entre él y el Payo un entendimiento mayor que con cualquiera de sus ministros.

Aparte de encargarse de Lucián, quizá pudiera encontrar al patrón más pronto que ellos.

9. LA HONRA DE LOS HOMBRES, LA VIRTUD DE LAS MUJERES

«Vicente Fidel López llegó a Córdoba en marzo (1840). Se instaló en la casa de la familia Lozano, uno de cuyos miembros —Cayetano— había sido diputado en 1837. Comenzó a conspirar desde casi su llegada y, al poco tiempo, fundó una filial de la Joven Generación Argentina junto a un grupo de conocidas figuras del ambiente político cordobés».

Ana Inés Ferreyra, *Élite dirigente y vida cotidiana en Córdoba, 1835-1852*

CIUDAD DE CÓRDOBA
DICIEMBRE DE 1840

Los hombres del general La Madrid, aliado de Lavalle, al saber de la derrota de este en Quebracho Herrado, se curaron en salud levantando el campamento y comenzando el éxodo, dejando a los revolucionarios librados a su suerte.

Poco después, los derrotados de Quebracho Herrado los siguieron costeano la ciudad, rumbo a Jesús María, arrasando quintas, asaltando gallineros, robando cabras y carneando reses a la vista del propietario. Ya no conformaban un ejército, eran una montonera de hombres de barba enredada, sucios, de uniformes desgarrados, sus caballos tan extenuados como ellos.

Avanzaban con las banderas deshilachadas, bordadas con lemas: «La vida por Lavalle» o «Unitario hasta la muerte», que a duras penas conservaban. Ahora que el espejismo del triunfo se había borrado, parecían flojos para el facón y endebles para cargar las lanzas.

Restos de batallones que habían salido vencedores de cien combates, que habían defendido con orgullo la divisa celeste, artilleros quemados por la pólvora, uno que otro viejo con morrión de granadero, oficiales de otros tiempos, de más altos ideales, se mezclaban con los infantes agotados en la marcha. Todos tenían aspecto de bandoleros.

Detrás de ellos llegó el ejército federal. Compuesto en su mayoría por uruguayos, porteños y santafesinos, había fluido por varias calles hacia la Plaza Mayor haciendo sonar el empedrado bajo los cascos de los caballos. Órdenes gritadas con tonada extraña habían sobresaltado a los ciudadanos que, encerrados tras las puertas de sus casas, ilusamente se creían a salvo. La ciudad parecía desierta, pero por las hendiduras de los postigos, disimulados en las azoteas, guarecidos en los campanarios, había ojos que espiaban a los invasores.

—Ahí van —murmuró misia Francisquita Osorio a Consuelo, la joven que la acompañaba.

Estaban en el piso alto, en un cuartito de trastos, frente a un ventanuco al que habían tenido que quitar unas tablas para observar la calle. Desde abajo no podían

verlas, ocultas por el follaje y los racimos de la glicina que, desde el patio central, trepaba y se extendía por los techos.

—Los dueños de la ciudad —murmuró misia Francisquita con amargura—. Pronto estarán atropellando la honra de los hombres y la virtud de las mujeres.

La joven se estremeció, y le alegró que su madre, ante la inminencia de la llegada de las tropas, se hubiera guarecido en el convento de las Teresas, como tantas otras damas. Sin embargo, en el fondo de su corazón admiraba a misia Francisquita por haberse negado a seguir los consejos de todos, obstinada en permanecer en la casona.

Detrás de la tropa apareció un coche, un buen coche, casi lujoso, rodeado por una escolta de paisanos y conducido por una muchacha vestida a lo gaucho. Ante el asombro de las dos, se detuvo frente a la puerta de la casa.

—Lo que faltaba; que nos metan oficiales heridos para que se los atendamos —se molestó la señora, inquieta al observar que el coche no se movía—. Menos mal que tu tío nos acompaña; él sabe afrontar estas cosas.

Se corrieron las cortinillas del carruaje y dos mujeres se asomaron a mirar la casa. Una de ellas era joven y atractiva; la otra parecía mayor y llevaba el rostro velado por una gasa oscura, como toca de viuda. Su mano enguantada señaló hacia donde ellas estaban, diciendo algo a la joven que la acompañaba, y aunque Consuelo pensó que no podían haberlas visto, ella y misia Francisquita se echaron atrás. El coche se puso en movimiento y cuando volvieron a mirar, ya había doblado la esquina.

—¿Será la amante de Oribe? —preguntó Consuelo.

—Si es ella, estamos perdidas. Parece que hubieran elegido la casa. ¡Y ese Quebracho, perdido entre la indiada!

Bajaron a la sala del primer patio, donde el tío de Consuelo, el doctor De la Mota, las esperaba con paciencia virreinal.

—No debieron quedarse en la casa —les recriminó en cuanto ellas entraron—. Tendrían que haberse internado en algún monasterio hasta ver qué sucede.

—Oh, no te preocupes; todavía se respeta a las mujeres de nuestra clase; sólo se nos deja consumir en la miseria, o se degüella a nuestros hombres delante de nosotras —respondió la señora mientras se sentaba frente a él.

—Pronto no se podrá usar luto —dijo Consuelo—. Parece que Rosas lo ha prohibido y que don Manuel piensa seguir su ejemplo.

—Me contó Fragueiro que en Buenos Aires una de las Maza, al no poder vestir de negro por sus muertos, pintó de alquitrán el frente de la casa.

Desdeñando osadías inútiles, el doctor De la Mota les advirtió con impaciencia:

—Eso no es heroísmo, es temeridad, locura, irresponsabilidad. No esperen de mí que propicie tales defectos. No se obtiene nada con provocar a los tiranos. Bien hicieron los que se han ido para no pasar por los peligros y las indignidades de la derrota.

Muchos opositores del gobierno habían huido para enrolarse con Lavalle o Aráoz de La Madrid. Otros, sin convicciones políticas, se curaban en salud trasladándose a

provincias o países vecinos: Chile o Bolivia, porque llegar a la Banda Oriental desde Córdoba era muy arriesgado. Algunos pocos se habían perdido en sus campos, confiando en que, si no estaban a mano, nadie los buscaría.

—No olviden salir con el moño punzó, porque les embrearán las cabezas en cuanto pongan un pie fuera de la casa. Y no valdrán apellidos ni amistades. A ti, Francisca, no puedo obligarte; pero tú, Consuelo, como que eres mi sobrina y mi responsabilidad desde la muerte de tu padre, debes obedecerme.

Consuelo puso cara de atenderle mientras pensaba en cómo hacer para visitar a doña Mercedes, la esposa del comandante Farrell, que estaba enferma, a la que apreciaba y debía muchos favores.

—Además —continuó don Teodomiro, paseándose por la sala con las manos a la espalda, bajo los faldones de la levita—, no vas a negarme, Francisca, que para el ciudadano común es un alivio la llegada de Oribe...

—Ver para creer, Teodomiro —puntualizó misia Francisquita, pues venían discutiendo el tema desde varios días atrás.

—... porque las tropas de La Madrid y de Lavalle son de lo peor y sus jefes no saben cómo contenerlas.

—Ojalá tenga que comerme mis palabras, pero sospecho que por más linaje de sangre que tenga Oribe, ha venido con la consigna de aplastar toda rebeldía, y a cualquier costo. Rosas sabe que en este lance se juega lo que ha ganado después de la muerte de Quiroga.

Don Teodomiro murmuró, nostálgico:

—Cuando éramos monarquía, no había disidentes.

Alguien llegaba desde la parte posterior de la casona; era el padre Ferdinando, emparentado con los Osorio.

—No me atreví a entrar por el frente, no fueran a meterse algunos indeseables —les explicó el mercedario—. Vengo del Cabildo, fui por uno de nuestros negros, que ayer lo pescaron en una gresca. Justo entraba el general Pacheco con sus hombres. Nadie, ni en el Cabildo ni en la Casa de Gobierno, sabía qué hacer con los porteños, a quién obedecer, qué lugar les correspondía. Oribe llegó detrás y en menos de media hora asumió el cargo como gobernador y desplazó a la gente de Quebracho para poner a la de él. Oí que mañana sale para La Tablada, a enfrentar a La Madrid. Y Lavalle...

—Basta, no nombren a esos atolondrados que metieron a nuestros jóvenes en esta asonada sin sentido; ahora andan huyendo y más de uno perderá la vida y dejará abandonada a su familia; muy luego les incautarán los bienes, ¿y qué será de las viudas y los niños? —sentenció, furiosa, la señora—. Nos va a pasar lo mismo que durante la Revolución de Mayo; a ellos les pegan cuatro tiros y que Dios los acoja, pero las mujeres quedan acá, teniendo que alimentar a sus hijos, vestirlos y educarlos. Sin techo ni campos, y pagando impuesto al aire que respiran para mantener a los verdugos y a sus ejércitos.

Se hizo un silencio que ella misma rompió al exponer al sacerdote su preocupación por el coche que se había detenido a observar la casa.

—Sí, sí; esas señoras han llegado con Oribe; vienen desde España, y son parientes de él. El apellido es Arias de Ulloa, creo. Manuel Cáceres las estaba esperando; ellas son las que han apalabrado la casa de Luz. ¿Por qué preguntas, Francisca?

—Anduvieron mosqueteando nuestra casa; me preocupó que la más joven fuera la querida de uno de los jefes, y que pretendiera alojarse con nosotras.

—No, no; son gente de calidad, te lo aseguro. Hasta vienen con un sacerdote, un seráfico muy joven...

—Espero que no sean francesas —dijo misia Francisquita, que había tenido, años atrás, problemas con una de ellas. Y suspiró, murmurando:

—La casa de mi hermano, habitada por extraños. ¡Tener que verlo!

Pronto llegaron las criadas con una enorme bandeja donde relucía el cristal de las copas y la jarra de limonada; se sirvió la bebida, se pasó la fuente con las colaciones santiagueñas y cuando la calle se aquietó, ambos hombres se despidieron, tranquilizados al ver que algún jefe de López «Quebracho», liberado ante la huida de los revolucionarios, se había preocupado de poner en la casa de misia Francisquita una guardia uniformada en la puerta principal y otra en la entrada de mulas.

10. BAJO EL JACARANDÁ

«Veo, señor, que estáis perplejo por cuanto sucede y no entendéis una palabra de lo que ocurre».

Oliver Goldsmith, *El vicario de Wakefield*

CIUDAD DE CÓRDOBA
DICIEMBRE DE 1840

Después de dejar al padre Filemón en el convento de los franciscanos, doña Leonarda hizo desviar el coche hacia una calle lateral.

—Quiero mostrarte una casa que espero comprar —aclaró la señora a Ignacia, que se mostró interesada, aunque algo impaciente, como quien observa a una persona mayor dudando ante un pasado lejano. Ella sólo quería saber, y al parecer su madre no creía que hubiera llegado la hora de decírselo, por qué andaban medio perdidas en aquel país empantanado en una guerra sangrienta.

Monserrat, guiada por uno de los soldados cordobeses que Manuel Oribe había puesto a disposición de ellas, detuvo los caballos ante una casa de calidad, de una fachada tan hermosa que se distinguía entre las otras de la cuadra. Doña Leonarda señaló hacia arriba, a una ventanita disimulada entre una chorrera de glicinas y la sombra florecida de un granado.

—Desde allá solíamos espiar la calle.

—¿Usted con quién?

—Con la hija de los dueños de casa. Ambas íbamos al Colegio de las Huérfanas.

Ignacia alzó la vista; unos viejos tablones cegaban la abertura, pero le pareció vislumbrar a alguien espiándolas desde la negrura interior. No le sorprendió; los pobladores de la ciudad debían estar más que inquietos con tanto movimiento de tropas.

—En unos días, podrá venir a saludar a su amiga y recordar viejos tiempos.

—Posiblemente ya ni viva acá. Seguramente se habrá casado. Dejando caer la cortinilla, doña Leonarda tocó con el bastón el techo para que siguieran viaje hacia la casa que había rentado.

Contrario a lo que temían —que el notario llegara tarde debido a la entrada del ejército—, ambas se sintieron tranquilizadas al ver a dos uniformados en la puerta y un joven que, evidentemente, era Manuel Cáceres. Su atildamiento, el buen corte de pelo y sus lentes plegados, colgados de una cinta marrón, al tono del traje, lo delataban. Más elocuente era su actitud: los pulgares en los bolsillos del chaleco, caminaba de un lado a otro, consultando el reloj de bolsillo de vez en cuando. Al ver

que se acercaba un coche, pareció distenderse.

—Se parece a su madre —murmuró doña Leonarda, e Ignacia adelantó la cabeza para observarlo: era un joven de unos treinta años, de apostura discreta, algo envarado, un poco tenso (en un momento, metió el índice entre el corbatín y el cuello, como intentando aflojarlo), que trataba de impresionar a las viajeras.

Ante la curiosidad de su hija, la señora agregó:

—Nuestras familias se conocían.

El coche paró con cierta suavidad. «Realmente», se dijo la joven, «la Belmonte tenía razón; Monserrat dirige los caballos mejor que un hombre». Durante el camino había pensado que, ya que tenían el coche, no sería mala idea contratarla de cochero. «Pero seguramente tendrá un hombre por allá y querrá volverse», pensó. Además, ya había descubierto las miradas que le lanzaba Nazario, que no era pretendiente desdeñable, siempre que la muchacha no tuviera otro que le suspirase al oído.

La puerta del coche se abrió y se asomó doña Leonarda, que no se quitó el velo de la cara. El joven, que había entregado el sombrero a un muchachito que lo acompañaba, estiró la mano y tomó la de ella, enguantada, ayudándola a descender; después hizo lo mismo con Ignacia y la señorita de compañía. El último que bajó fue el morenito, que llevaba en andas el soporte del halcón, haciendo que el notario diera un respingo.

Cáceres se presentó con aquel tipo de cortesía que no se aprende, sino que se hereda, dándoles la bienvenida y pidiéndoles que entraran rápidamente, para poder cerrar la casa; luego advirtió a Nazario que dieran la vuelta por atrás —el niño los guiaría— y se encerrasen en las barracas. Ya mandaría quien se encargara de ellos, aclaró, por más que la señora Arias de Ulloa le aseguró que, siendo parientes del general Manuel Oribe, era difícil que se atrevieran a molestarlos.

—Aún andan hombres de La Madrid y dispersos de Lavalle, asaltando y metiéndose en las casas. Están asustados con la llegada de Oribe; se han vuelto peligrosos —insistió Cáceres.

Ignacia casi no lo escuchaba, porque se había detenido a observar la casa donde vivirían hasta que su madre arreglara las cosas que tenía pendientes. Era una casa de importancia, con un diseño que realzaba el frontis, sobre el ancho portal de la entrada; las ventanas lucían un enrejado que se destacaba contra el reborde superior de mampostería, que semejaba una ceja impertinente. Estaba en perfectas condiciones, se la veía sólida, imbuida de su propia belleza, de la armonía de su arquitectura. Ella había esperado algo más sencillo, menos imponente, y le extrañó que una casa de ciudad tuviera las dimensiones de una casa de campo española.

Sin esperar que Cáceres las guiara, pasó al zaguán; le gustaron la puerta cancel, los poyos, el farol que colgaba desde el centro de una roseta, entre las puertas de izquierda y derecha; empujó la reja, y el patio la dejó sin aliento: era hermoso, con un aljibe importante, de mármol amarillento, el brocal casi dorado y sobre él, el coronamiento trabajado finamente. El espacio estaba rodeado de galerías, y en una

esquina nacía una escalera cubierta que subía hacia la planta alta. La brisa de la tarde le hizo llegar el perfume de los jazmines. Cuando, encantada, giró sobre sí misma para admirar el entorno de aquel vergel, vio un viejo jacarandá, aún florecido, y distinguió, algo borrosa por la oscuridad de la esquina del corredor, a una de las sirvientas negras, ya mayor, que le sonreía como dándole la bienvenida. Se volvió a mirar a su madre, que al filo de las baldosas, entre las galerías y los ladrillos del patio, se apoyaba con fuerza en el bastón, como si quisiera aspirar la atmósfera de la casa.

Una mulata joven y risueña, que las saludó con una sentadita, iba encendiendo los faroles del corredor, pues ya caía el crepúsculo. La ayudaba el chico que había vuelto de guiar a la tropa a las caballerizas. Una segunda morena se acercó con una jarra de agua y otra de granadina, y una más jovencita aún, con una bandeja con vasos.

En las salas abiertas, los fanales comenzaban a parpadear como los fuegos de San Juan.

La verborragia del notario había cesado y un silencio casi de hechizo los rodeó, un silencio moteado de pequeños chasquidos, roces de faldas en las paredes encaladas, pisadas que se atenuaban al cruzar por los ladrillos del patio manchados de musgo.

El murmullo de los criados y las risitas sofocadas de aquellos que los espiaban detrás de la madreselva ponían un toque alegre e inquietante, como si hubiera duendes jugando a las escondidas con ellos.

La tarde se apagaba en un cielo verde oscuro que se diluía en rojizo, y de pronto Ignacia cayó en la cuenta de que la casa guardaba como un silencio y un secreto, donde los sonidos de la guerra, de la tropa, del desorden, quedaban afuera, mientras ella, viviente en su argamasa, su hierro, su piedra y su madera, se ensimismaba al recibir a aquellos extraños. Un estremecimiento la recorrió y el halcón, al que transportaba Casildo, dio un aleteo inquieto y un píido ríspido, corto, agudo.

Aquello pareció aflojar el encanto, y sintió el suspiro de su madre y el carraspeo discreto del notario.

—Veamos las salas —reaccionó doña Leonarda, y se levantó el velo, dejándolo caer sobre su nuca.

Ignacia preguntó:

—¿De quién es la propiedad?

—Es de los herederos de don Carlos Osorio.

—¿Don Carlos Osorio? Conocimos en el campamento del general Oribe a un Fernando Osorio —intervino Ignacia—. ¿Será pariente de él?

—Pues sí, el Payo es su hijo. Nosotros..., es decir, mi difunto padre y yo, hemos administrado sus bienes por muchos años. Casi todos los herederos están lejos, la política los ha separado. Es muy triste todo esto.

El joven se dirigió hacia la sala mayor y con un solo movimiento abrió las dos puertas y les cedió el paso mientras aclaraba:

—El Payo, quiero decir, Fernando, se ha embanderado con los hombres de la Federación. Su hermano mayor, que era unitario, debió exiliarse. Ahora vive en París, con uno de sus primos. Es pintor.

—¿Y el resto de la familia?

—¿Usted los conoció? —Se sorprendió el joven.

—Es imposible haber vivido en una ciudad pequeña y no saber quiénes eran los Osorio.

—Verdad. En fin, don Carlos y don Felipe Osorio fueron asesinados con algunos años de diferencia. Sus esposas también han muerto. De los mayores, sólo vive doña Francisquita. Doña Luz Osorio, hija de don Carlos, se ha casado con un inglés y está en Buenos Aires. Y la hija de don Felipe se ha casado con un escocés y viven en los campos de La Antigua.

—¿Y conservan Los Algarrobos?

—Sí; allá vive Fernando.

—Miremos la sala —dijo con sequedad la señora, como para dar fin a la conversación.

Era una de las «habitaciones de respeto», con sus sillones y sillas tapizados en brocado color durazno, sus consolas y espejos, sus cortinados hasta el suelo.

—Falta el pianoforte. En mis tiempos, no había casa de fuste que no lo tuviera.

—Por desgracia, faltarán algunas cosas, señora, aunque ninguna de necesidad; no todo pudo recuperarse. La señorita Isabel, hermana de doña Luz, cuando se metió a reclusa, donó a la Curia y al monasterio lo que no le pertenecía, y para mayor desgracia, permitió que gente que tenía ascendencia sobre ella enajenara el resto de los bienes. Por suerte, doña Luz y misia Francisquita recuperaron casi todo.

—¿Así que hay una Osorio de monja? Me alegro por ellos. Siempre quisieron meter alguna en un convento, porque en lo que va de la historia de esa familia, no ha habido una sola mujer que profesara.

El rostro de Manuel Cáceres dejó escapar un tic de incomodidad, pero Ignacia vislumbró, en el tono de su madre, alguna oscura rivalidad entre apellidos, unida quizás a ofensas de amor y heredades usurpadas. No debía ser casual que hubieran rentado aquella casa; quizás una de las cartas que de vez en cuando recibía de Montevideo le había advertido algo, y eso la había decidido a cruzar el océano. Se acercó a un espejo y se miró en él. Se veía cansada y algo despeinada, así que se sujetó el pelo con un lazo que llevaba atado a su muñeca. Reflejado en la luna, vio a Manuel Cáceres que la miraba, embobado, y oyó a su madre pedirle:

—Me gustaría ver las piezas que se abren al zaguán; si mal no recuerdo, se usaban como despacho o bibliotecas.

—¿Decía usted? —Reaccionó el notario, apartando la vista del espejo.

—Las piezas que dan al zaguán.

—Lo siento; esas dos habitaciones, y el dormitorio de doña Luz, en el piso alto, están cerrados. Allí se guardan algunas cosas de la familia. Es lo único a lo cual no

tendrán acceso.

A Ignacia le pareció razonable. Continuaron el recorrido, y su madre pareció apaciguada, pues no volvió a disparar dardos ni a hacer preguntas capciosas. Todo estaba en orden, las camas hechas, los arcones abiertos, esperando la ropa, ya con bolsitas de aromas frutales para alejar la polilla.

Finalmente, se reunió a la servidumbre para ser presentada.

Dos de las morenas, les dijo Manuel, se habían criado en la familia y se llamaban Fe de los Desesperados y Nombre de Dios. Las demás eran chicas de poca edad, primas o sobrinas de ellas. Las criadas andaluzas, paradas detrás de la señora, las observaban con desconfianza.

—¿No contrató una mujer mayor que las dirija?

—Por supuesto, señora, una mujer de confianza; pero le mandé avisar que venga mañana a la mañana, porque vive del otro lado del río y no sabíamos con qué talante iba a entrar el ejército federal en la ciudad.

—En cuanto a cochero —dijo Ignacia—, pensé en que podríamos hacerle una oferta a Monserrat...

Su madre no pareció oírla. El chiquilín que acompañaba a Cáceres les dijo que había que ir por carne para la tropa.

De pronto, todos sintieron que tenían hambre.

Doña Leonarda delegó en la mayor de las criadas la tarea de organizar la comida, pues era inútil esperar en eso ayuda de Ignacia, a la que despidió para que fuera al que sería su dormitorio y ordenara sus libros, su caja de escritura y sus documentos.

Solos entonces, doña Leonarda y Manuel Cáceres se encontraron mirándose a los ojos, él a punto de despedirse, pero sin saber cómo hacerlo. Doña Leonarda sonrió, aunque no era la suya una sonrisa alegre ni amistosa, sino como de necesidad.

—Me ha hecho usted una buena impresión. Yo conocí a su padre. Era un hombre probo del que debe enorgullecerse.

Y antes de que él pudiera responderle, le pidió:

—Ofrézcame el brazo y vayamos a la sala. Tengo que hablar con usted. Debo ponerlo al tanto de algunas cosas. No iba a hacerlo, pero usted me ha inspirado confianza.

Una oleada de satisfacción hizo enrojecer las mejillas del abogado. Se dirigieron a la sala y cuando la señora tomó un vaso de agua que le traía el negrito, ordenó al chico, señalando el banco donde guardaban a Zegrí, que había quedado sobre uno de los poyos:

—Llévate ese pájaro y que Nacha te diga dónde piensa ponerlo; luego vas al fondo, donde está la mayoral, y le dices que pase para este lado del patio, que dormiré en la casa.

El Casildo no se hizo rogar; en algunos momentos de ocio, y por entretenerse, Ignacia había comenzado a enseñarle a manejar el halcón, que lo tenía fascinado.

Dejando el vaso en una consola dorada, la señora se sentó en el sillón e hizo un

gesto a Cáceres para que se ubicara a su lado. Era evidente que estaba muy cansada, y el joven se preguntó qué cosa tan urgente debía tratar con él que no podía esperar hasta el día siguiente.

Después de unos instantes en que la señora, muda y distante, se llevó los dedos a la sien, como hilvanando las frases que iba a pronunciar, finalmente habló. Su voz era distinta, con altibajos de ronquera, y tuvo que apoyar ambas manos sobre el puño del bastón porque habían comenzado a temblarle.

—Don Manuel, quiero que usted se comprometa a ser nuestro notario.

—Señora, con muchísimo gusto.

—Tengo cosas pendientes muy delicadas, que necesitan de alguien capaz, pero también discreto... y leal.

—Si usted conoció a mi padre, como dice —replicó el joven, con un dejo de enfado—, no debería siquiera...

La mano de la señora se posó brevemente sobre la rodilla de Manuel.

—Lo dije para que nuestras palabras tengan la fuerza de un papel sellado.

—Lo acepto, entonces.

—Debo explicarle mi situación, porque usted será depositario de mis secretos. Por ahora, nadie debe saber que estoy aquí.

—Pero, señora, esto es una aldea. Ya hay gente que está comentando su llegada...

Doña Leonarda movió la mano, como negando, y luego tomó aliento, como si el pecho se le hubiera cerrado.

—No me importa que hablen de Leonarda Arias de Ulloa —aclaró—, porque ni Leonarda es mi nombre ni Arias de Ulloa es mi apellido. El primero es adoptado; el segundo es el apellido de mi difunto esposo.

Manuel, alarmado, levantó la mano e intentó detener la confesión, pero no alcanzó a pronunciar palabra, pues quedó mudo de asombro cuando ella le dijo su verdadero nombre.

—¿Comprende usted? Es mi verdadera identidad la que quiero mantener oculta por ahora.

El joven comprendió que tendría una difícil tarea entre manos; suponía a qué había venido doña Leonarda a Córdoba, y no se sintió seguro ni de su capacidad para dilucidar el problema, ni de qué efecto podría tener sobre los Osorio la presencia de aquella mujer en la ciudad. Hasta se preguntó si era correcto llevar ambos legajos al mismo tiempo sin advertir a misia Francisquita de ello.

11. RESTAÑAR LAS HERIDAS

«Para Echeverría, la nación había que construirla desde adentro y con la mirada fija en las necesidades del pueblo: “El pobre pueblo ha sufrido todas las fatigas y trabajos de la Revolución, todos los desastres y miserias de la guerra civil y nada, absolutamente nada, han hecho nuestros gobiernos y nuestros sabios por su bienestar y educación”. Se había perdido más de un cuarto de siglo en vanas disquisiciones, guerras fratricidas, tumultos y otras calamidades para venir a dar en el punto de partida».

Félix Weinberg, *El Salón Literario*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE 1840

Tres días después de la entrada de Oribe, Consuelo, empeñada en aliviarla en su enfermedad, encontró la forma de llegar a lo de doña Mercedes. Se encargó de que tomara una tisana de carqueja, la acompañó en el rosario de las Siete Llagas y después de dejarla adormecida, salió de la habitación en puntas de pie. Al pasar a la sala familiar, se encontró con las hermanas de la señora, recién levantadas de la siesta. Las llamaban «Niñas» porque eran solteras, aunque entre ambas sumaban más de cien años. Beatonas y románticas, eran algo esperpénticas y dadas a vivir las vidas de otros a través de chismes y murmuraciones.

Siempre estaban tratando de casar viudas con viudos, jovencitas pobres, aunque de linaje, con recién llegados de mucho dinero y demasiados años, o reconocidos tarambanas con señoritas de otras provincias que no se explicaban por qué mozos tan guapos no se habían casado todavía.

—El doctor Pizarro la encontró mejor —las tranquilizó—. Recomendó que le dieran mucha agua hervida, papilla, compota y todas las infusiones que quiera. Ahora me voy, o doña Francisquita despertará y notará que me he escapado.

—¿No sabes si vendrá a ver a Mercedes? —más que una pregunta, había un toque de súplica, que remarcó su hermana al decir:

—¡Ojalá se olvide de aquel disgusto!

—¡Le haría tanto bien a Mecha recibir su visita!

Consuelo, sin demasiada certeza, les aseguró que la señora iría en cuanto se tranquilizase la situación.

—¿Y cómo volverás ahora a la casa? ¡No tenemos ni un esclavo que te acompañe! Hasta Serafín está en Ascochinga, con Eduardo.

—¿Han avisado al comandante que doña Mercedes está indispuesta?

—Sí; nos extraña que no haya llegado.

—Seguramente se cruzó con La Madrid y su ejército —dijo la joven.

—¡San Cristóbal, que no le pase nada! —exclamó doña Adoración, despertando la inquietud en su hermana.

Consuelo las calmó recordándoles que tanto La Madrid como Lavalle apreciaban al comandante.

—Sí, querida, pero se fue del ejército cuando voltearon a Dorrego... —le hizo ver la mayor.

—Y le enrostró a Lavalle que cometía un crimen al ordenar que lo fusilaran —machacó la otra.

La joven se impacientó: «Es como si prefirieran esperar tragedias, mentar la desgracia», se dijo, y seguida por ellas, que se pisaban las faldas, enfiló hacia la puerta de calle. La criadita negra encargada de atender los llamados pispeó la calle por si había soldados a la vista, luego se asomaron las otras a dar el visto bueno, y como todo parecía tranquilo, Consuelo se cubrió con el mantón y echó a andar hacia la casa de misia Francisquita. Para llegar a ella, no había forma de soslayar las tropas apostadas en la Plaza Mayor o, si elegía el otro camino, las de la calle Ancha. Dar un rodeo significaba acercarse a las rancherías, donde se había guarecido la milicia rasa, que era la más peligrosa.

Córdoba parecía ocupada por enemigos y no por aliados del gobierno federal, pero la persistente llovizna mantenía a los soldados fuera de la calle. Muchos residentes habían desaparecido de la ciudad: la entrada de los federales había conseguido el desbande de los revolucionarios, «los hijos de Echeverría», como se llamaban a sí mismos un grupo de muchachos, casi todos pertenecientes a la Asociación de Mayo, fundada por Vicente Fidel López aquel mismo año. Uno de ellos, pretendiente de Consuelo —Ocampo de apellido—, le había explicado algo sobre Esteban Echeverría, escritor de renombre e ideólogo de la juventud.

Era mejor no prestar atención, pensó Consuelo; la política, como decía misia Francisquita, «se padecía». A ella le gustaba leer poesía, historia universal, Santa Teresa de Jesús, obras de teatro y andaba, como ratón de biblioteca, husmeando las polvorientas estanterías de sus parientes.

Ocampo, que se encontraba en Buenos Aires cuando Marcos Sastre se vio obligado a rematar su librería, se dedicó una tarde, en compañía de Luz Osorio y aconsejado por ella, a separar libros para llevar a Córdoba: obras de Victor Hugo, de Lamartine, de Petrarca; Dante, Shakespeare, Calderón y Cervantes les hacían compañía. Con ellos iban autores que él ni sospechaba que existieran y que miró con desconfianza: Jane Austen, Walter Scott y una serie de novelones sobre la historia de España que le llamaron la atención.

Pero lo máspreciado para Consuelo fueron unas poesías de Juan Cruz Varela, en la letra de su hermano Florencio, que el autor había desechado, antes de morir, por ser excesivamente crítico con su obra en verso. No llevaban firma, pues era peligroso conservar papeles con los nombres de reconocidos unitarios. Los registros de casas eran impredecibles, y alguno de los intrusos podía saber leer.

Sus poemas, pensó la joven, cuando pudo librarse de Venus y Cupidos, del lecho de Tritón, del carro de Febo y las armas de Marte —que la aburrían soberanamente

—, eran realmente hermosos. Había memorizado unas estrofas que le recordaban los primeros momentos de su relación con Marcos Mateo Ocampo:

... Luego, sentada de tu amiga al lado,
Lugar en medio para mí quedaba;
Yo temblando llegué, y el sonrosado
Color de tus mejillas asomaba.
Tu tierno corazón no acostumbrado
A los combates del amor estaba;
Temblaba de lo mismo que quería,
y de placer y de temor latía...

Así se sentía ella cuando, acompañada por su amiga Laura Osorio, él llegaba a La Antigua, en Ascochinga, y se sentaba entre ambas.

Pero había otro poema, que parecía augurar un futuro de intimidad, que ponía rojez en sus labios de sólo pensar en los versos:

Sola conmigo la adorada mía
En las calladas horas se encontraba
De una pesada siesta; y era el día
Que amor para su triunfo reservaba.
Nada nuestro silencio interrumpía,
Nadie nuestros suspiros escuchaba;
Que hasta el sordo ruido de las gentes
Cesa en las horas del estío ardiente...

Juan Cruz Varela, muerto en el exilio apenas un año atrás.

«Murió de pena», pensó Consuelo y recordó amigos de su infancia y otros mayores —legendarios ya— como Sebastián y Edmundo Osorio. Lejos de la patria, soñándola como a una amante inalcanzable; tocar su cuerpo de tierra y de raíces era ganar la muerte.

La tristeza de esos pensamientos la llevó a recordar el ataque que sufriera años atrás, a manos de un loco. Destemplada, sintió, con angustia, que se adentraba en una especie de ciénaga. Era inevitable recordar lo ocurrido en días como aquel, en que la humedad despertaba el dolor de las viejas heridas, todavía alertas bajo las cicatrices oscurecidas.

Intentó despejar su mente. Sosteniendo con fuerza el mantón sobre la cintura, pensó en doña Mercedes. Había hecho bien en visitarla; tres años antes, en un

momento en que su familia pasaba penurias económicas, la señora le había conseguido un trabajo en la Casa de Huérfanas y ella sentía, además de afecto por la matrona, tan dada a ayudar a desvalidos, una especie de deber por su bienestar, especialmente desde que doña Francisquita, su amiga de toda la vida, se negaba a visitarla y hasta a dirigirle la palabra.

Escuchó cascos de caballos a su espalda y apuró el paso. No quería volverse, no quería mostrar miedo, pues bien sabía que el temor de la víctima avivaba el instinto del verdugo.

—Consuelo.

Se volvió, tranquilizada al reconocer la voz: allí estaba el comandante Eduardo Farrell con su ayudante Camargo, un correntino aindiado. Suspiró con alivio, y los brazos le resbalaron, envueltos en el chal, a los costados del cuerpo.

—Don Eduardo.

Él descendió del caballo y le entregó las riendas a Camargo. Se cubría con un poncho que lo protegía de la lluvia y al sacarse el sombrero, la llovizna marcó su rostro apuesto con una capa de gotitas plateadas.

—Entraba por los fondos cuando me avisaron que acababas de irte, así que vine tras de ti. Has hecho mal en salir —la reprendió—; no son días para andar sola por la calle.

Sin esperar que contestara, le ofreció el brazo y, haciéndole una seña a su ayudante para que los siguiera, caminó junto a ella.

—¿Cómo están por La Antigua? —preguntó la joven, que extrañaba la compañía de Laura.

—Gracias a Dios, como el lugar no está sobre el camino de las tropas, no nos han molestado. Laura y Robertson, vergonzosamente enamorados. Mi sobrina Inés y su marido, bastante bien. Pero me preocupa que algún infeliz se acuerde de que Luis era hombre del general Paz y se largue a dañinear. ¿Y tu madre, y Francisca, cómo están?

Consuelo no pudo contestar; el estruendo de una caballada desembocando en la calle del Cabildo los obligó a detenerse.

—Quebracho —murmuró Farrell, y retrocedieron para dar paso a la tropa.

El gobernador, emponchado, avanzaba con sus hombres hacia el Pasaje de Santa Catalina. Iba montado en un animal brioso, una figura alta, recia, más comandante de fortín que gobernador de la ciudad más culta del país. Lo seguía una tropa dura, bien alimentada, tensa por el enfrentamiento constante con el indio. Se distinguían los hombres de la escolta, todos montados en caballos blancos, con chaquetillas de un azul casi negro y de pantalones rojos, tocados con quepis. Los demás llevaban un muestrario de uniformes, y algunos simplemente iban de paisanos.

López detuvo su caballo, saludó con parquedad a Consuelo al tiempo que estiraba el brazo hacia Farrell; se estrecharon las manos y luego, a una seña de López, se apartaron unos metros. Curiosa, Consuelo vio a Quebracho poner una mano sobre el hombro de Farrell, hablándole corta pero intensamente; vio palidecer a Farrell, que

miró sobre las cabezas de los caballos, como buscando a alguien. Oyó al gobernador mascullar entre dientes y, después de palmear el hombro de don Eduardo, ponerse nuevamente al frente de sus hombres.

Farrell la tomó de un brazo y la arrastró sin esperar que pasara la caballada. Ella no se atrevió a preguntar, pero presintió que algo grave había sucedido. Cuando terminaron de pasar los lanceros, Consuelo vio al muchacho que había sido ayudante de míster Robertson. No recordaba su nombre, pero le sorprendió que llevara un niño de pocos años en brazos, cubierto por un poncho liviano, la cabeza al aire, y dormido.

Farrell se adelantó y ordenó secamente:

—Andate a casa, Pascual. Estoy allá en un rato. Entrá por el fondo.

Y sin más explicación, en cuanto llegaron a lo de misia Francisquita llamó a la puerta con fuerza, metió a la joven al zaguán, y murmurando «Lo siento, Consuelo, tengo que irme», desapareció bajo la llovizna con su ayudante.

Al oírla entrar, misia Francisquita salió de la sala recriminándole su inconsciencia.

—Algo ha pasado —la interrumpió Consuelo, contándole el encuentro entre el comandante y el gobernador.

La señora quedó pensativa.

—¿Estás segura de que era Pascual?

—No me acuerdo el nombre, pero era el criado de Robertson.

—A ese muchacho lo habían devuelto a Los Algarrobos con el Payo...

De pronto, cayó en cuenta.

—Algo le ha sucedido a Fernando. Por eso se ha puesto así Farrell. Lo han mandado a Pascual a avisarnos, y por no darnos un disgusto, se lo han dicho primero a Eduardo.

—Pero ¿por qué no ha venido el comandante a hablar directamente con usted?

—Quizá quiera averiguar primero lo que ha pasado; quizá Quebracho, que es muy parco, se lo explicó a medias...

Llena de dudas, le ordenó a la joven que escribiera una carta para Claudio Antonio de Arredondo y la despachara con uno de los soldados.

—Dile que necesito dos hombres de escolta. Y ya que estás, dile que acaba de llegar el gobernador con sus terceranos.

—Y usted, ¿qué hará...?

—Me cambio y nos vamos a lo de Farrell. Si algo le ha pasado al Payo, quiero enterarme. Es el último hombre vivo de nuestra sangre que nos queda de este lado del mar.

Antes de dejar la casa, discutieron sobre la divisa punzó, que misia Francisquita se negaba a usar. Al fin, Consuelo consiguió hacerla entrar en razón, y en el momento en que se oía el más melancólico de los sones, las campanas de Santo Domingo llamando a oración en una tarde oscurecida por las nubes, se dirigieron a lo de Farrell escoltadas por dos soldados de Arredondo.

En cuanto la criada abrió la puerta, misia Francisca arremetió hacia el interior de la casa sin que nadie se atreviera a detenerla con la excusa de avisar de su presencia. Iba llegando a la pieza de su amiga, con quien se había enemistado hacía un tiempo, cuando tropezó con una de las hermanas de Mercedes, que prorrumpió en exclamaciones de gozo, exclamaciones que ella detuvo con dos sacudidas de la mano enguantada.

—¿Cómo está tu hermana, Sagrario? Seguro que ha vuelto a hacer un desafuero; ha comido mal, se ha cansado demasiado...

Pero mientras conversaban, avanzaba hacia el dormitorio como un carro de guerra imposible de interceptar. En alguna parte, se oía el llanto de un niño.

Alcanzaba la puerta de su amiga cuando tropezó con Farrell, que salía de la pieza, y lo detuvo tomándolo del brazo con fuerza.

—Por lo que más quieras, Eduardo, dime si le ha pasado algo a Fernando.

El rostro de él se distendió por un momento.

—Panchita, por lo que sé, el Payo está bien, quizá volviendo ya de Buenos Aires.

—¿Y a qué ha venido Pascual, entonces?

Farrell miró a Consuelo como recriminándole la infidencia pero ante la vergüenza de ella, dijo con tranquilidad:

—Se quedaron sin azúcar y harina; con esto de la guerra, no se consigue nada en las pulperías. Tengo que mandarles una carretilla con víveres.

—Gracias a Dios; temí por él...; siempre anda metido en líos.

Golpeó por pura fórmula la puerta del dormitorio de su amiga, y entró sin esperar respuesta. El aspecto de Mercedes la preocupó. Se habían querido mucho, con un poco de impaciencia de parte de ella, con admiración de parte de la enferma. Después de un desagradable escándalo, donde la esposa de Farrell había intervenido por ignorancia, fue desplazada de la Casa de Huérfanas por un grupo de mujeres de fuerte presencia federal, que iban ocupando los lugares de las viejas familias que se mostraban políticamente tibias. Sabía misia Francisquita que no por eso Mercedes había dejado de hacer caridades, y que andaba por los bajos ayudando a mujeres que se «abandonaban» y atendiendo enfermas en el hospital del Pilar.

La habitación olía a tisanas y la esposa de Farrell se veía ojerosa y débil; nunca se había notado tanto la diferencia entre los esposos: ella más bien fea y patética en su tozudez, Farrell apuesto e inteligente; ella mayor, él cada día más joven; él sano y fuerte, ella encogida y macilenta. Pero no debía sentirse tan mal, pues sostenía en brazos a un niño como de cinco años, que era quien gritaba, tironeando de su pelo mientras se retorció con furia.

A misia Francisca no le atraían los niños, salvo que llevaran su sangre, y la exasperaba el mal comportamiento de ellos con los mayores. Así que se acercó a la cama, tomó al chico sin consideraciones —debía ser uno de esos huérfanos encontrados por ahí, porque era muy moreno— y lo puso en brazos de Farrell.

—Llévatelo, Eduardo. La va a volver loca. Mira al salvaje; hasta tiene mechones

de pelo de Mercedes en las manos.

El comandante se apresuró a retirarse, porque el niño, berreando más fuerte ante el trato de la señora, le tiraba patadas a la cara. Misia Francisquita se volvió hacia la enferma, que lloraba quedamente de emoción, estirando los brazos hacia ella.

Consuelo vio cómo se sentaba a su lado, en la alta cama, abrazándose ambas apretadamente.

—Mecha, no se te puede dejar sola. ¿Qué has estado comiendo? Seguro que te atracaste de mollejas, que te has pasado de cansancio...

Consuelo notó que la firmeza de Francisca Osorio flaqueaba y que sus hombros temblaban bajo la capa.

Emocionada ante aquella reconciliación, la joven cerró la puerta suavemente y salió al corredor. No se veía a nadie, para su alivio, pues no quería recibir recriminaciones del comandante.

Lejos, se oía aullar al niño. Sintió una punzada al corazón: no era el llanto del encaprichado; con la experiencia que había adquirido en la Casa de Huérfanas, sintió que era un lamento de miedo, de desconcierto, el de un niño cuyos mayores, de grado o por fuerza, han abandonado. Así gritaba ella el día en que murió su padre.

12. CORTEJO DE TINIEBLAS

«¡Oh, las campanas, las campanas! ¡Qué cuento de terror cuenta su desesperación! ¡Cómo retumban, chocan y rugen! Pero el oído sabe, por la vibración y el resonar, cómo el peligro mengua y crece; cómo se hunde y se hincha en la ira de las campanas, en el clamor y el retumbar de las campanas, de las campanas, de las campanas...».

Edgar Allan Poe, *Las campanas*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE 1840

En una ciudad con escasos hospedajes, fue necesario dar alojamiento a la oficialidad federal en residencias particulares. Los dueños de casa debían mostrarse amables y hospitalarios con los «aliados invasores», y acostumbrarse a esos extraños sentados a sus mesas. A veces, los intrusos se mostraban educados y sensibles, condolidos por la ciudad, por la provincia, por la patria, por el luto. La familia lo agradecía: un día u otro podían necesitar de su buena voluntad.

Las mujeres de los vencidos que se salvaron de esa hospitalidad forzosa se atrincheraban, en cambio, en el orden familiar, la religión y los principios sostenidos con fuerza de ley: las jóvenes debían recatarse y poner en práctica lo que habían aprendido de bordado y de encaje, para que luego las criadas salieran a vender las manualidades por unas monedas; los niños debían lavarse las manos antes de comer y enjuagarse la boca después de comer; las criadas debían limpiar los patios y encender el fuego, airear las habitaciones y cambiar las sábanas una vez a la semana así vinieran ahorcando.

Pero afuera, la ciudad, de limpia y cortesana, se hundió en el abandono. Hasta los perros habían desaparecido del centro. Se veían señoriales casonas reducidas a cuarteles porque sus dueños, al no mostrarse fanáticamente rosistas, habían sido arrojados de ellas. Soldados ociosos se asomaban a sus rejas, o se tiraban en los zaguanes y molestaban a las mujeres que pasaban. De los balcones colgaban sus trapos miserables y muchos mantenían el fuego con los muebles.

En las afueras de la ciudad, entraban en los ranchos, violaban sin desdeñar niñas ni ancianas, para después matar la última cabra que les quedaba y comerla mientras se oían los sollozos de las víctimas.

El gobernador, los conspiradores, los vencidos, los vencedores: todos exigían dinero a una sociedad quebrada por el trabajo interrumpido, por las levadas, la requisa y la falta de moneda circulante.

Hubo esperanzas los primeros días —después de todo, el gobernador era incondicional de don Juan Manuel de Rosas—; hubo esperanzas y algo de calma.

Pero cuando el gobierno de Santa Fe impuso al «Tuerto» Bárcena, famoso por su crueldad, como jefe de Estado Mayor, las calles comenzaron a teñirse de sangre y la

noche a quebrarse con el alarido de algún desgraciado al que degollaban por no haber mostrado la debida obsecuencia.

Sin embargo, poco a poco, un remedo de cotidianidad comenzó a respirarse y los vecinos se atrevieron a salir a la calle. Ignoraban que lo peor aún no había llegado.

Declinaba la tarde cuando un estruendo sacudió la casona de doña Francisquita Osorio, al mismo tiempo que el atronador sonido de las campanas de San Francisco le agregaba una rúbrica de alarma: tocaban a incendio.

Misia Francisquita, sobresaltada, volcó el tintero sobre la carta que estaba escribiendo a su sobrina Luz; Consuelo dejó caer el libro que sostenía y ambas, tensas, de pie, prestaron atención, tratando de adivinar qué sucedía afuera. La preocupación no era vana, pues la calle del costado del templo era una de las pocas entradas a la ciudad, y ambas pensaron que otro ejército bajaba por allí hacia la plaza.

Cuando se dieron cuenta de que la gritería se acercaba, corrieron al altillo, y Consuelo tomó la pistola que tenían cargada por si sufrían un ataque.

—Si es Lavalle que vuelve, estamos perdidas. Oribe va a incendiar la ciudad cuando acabe con él —sentenció la señora y bendijo a Arredondo, que no había quitado a los soldados que protegían la casa.

Como se les había hecho costumbre, espionaron entre los tablones que sellaban la ventana.

Lo que venía por la calle no era una formación militar, sino una turba de mujeres encabezada por un hombre, un espantajo donde lo taimado y lo perverso se aderezaban con una chispa de demencia. Su rostro y su figura resaltaban bajo el resplandor de las antorchas que iluminaban la atmósfera fantasmal de aquella hora que se balanceaba entre la última luz y las primeras tinieblas.

El hombre, de edad incierta, era de baja estatura y de fuertes espaldas; sus ojos eran grandes y saltones y los cabellos le colgaban en desorden alrededor del rostro, hasta los hombros. Su aspecto era alarmante, pero al mismo tiempo trasuntaba algo lastimoso y risible.

Vestía un traje roto, con chaleco punzó bajo una chaquetilla que había adornado por propia inventiva, con cordones colorados y galones de oro que relucían sobre la tela gastada; los puños de encaje parecían robados de una sepultura, pero llevaba el cuello —ancho y tan corto que permitía que la barbilla le tocara el pecho— al descubierto. En la coronilla, el gorro mazorquero, pequeño para su abultada cabeza, se bamboleaba sin llegar a caer. Colgaba de su cinto un espadín mellado que se meneaba como un largo falo, y las mujeres remataban con risotadas y golpes de bombos sus jadeos y groserías.

La confusión de sus harapos revelaba el desorden de su razón, pero con el paso de los días aquello que parecía evidente terminaría por volverse dudoso, preguntándose la gente cuánto había de loco y cuánto solamente de perverso en él.

Lo seguía una masa de mujeres indistinguibles entre prostitutas y cuarteleras, que aclamaban sus actos con gritos y clarinadas para amedrentar a los que se les cruzaran.

Mientras las campanas atronaban advirtiendo a los que estaban fuera de sus viviendas que se pusieran a resguardo, el loco y su cohorte avanzaban hacia la plaza balanceando una lanza con una rotosa bandera federal atada en la punta, gritando barbaridades mezcladas a los vivos y mueros de rigor mientras se turnaban para transportar un busto de Rosas.

Detuvieron a un hombre que pasaba por la vereda, que no atinó a retroceder al toparse con semejante comparsa. Quisieron obligarlo a que se arrojara ante el busto de yeso, pero como él se negara, ya fuera por no entender qué le exigían, o por no prestarse a la humillación, lo tiraron al suelo, le quitaron la chaqueta, luego las botas, para finalmente, desnudo, revolcarlo en el barro. Cuando quiso incorporarse, dos de las mujeres montaron sobre sus espaldas, obligándolo a transportarlas en cuatro patas, mientras otras lo fustigaban en las nalgas.

Sin que doña Francisquita saliera de su estupor, vieron avanzar un carruaje. En él iba un concejal del gobierno de Quebracho, Carmelo Benítez, que, molesto, hizo que el coche se detuviera y por la ventanilla les lanzó una orden terminante, amparado en su investidura y en su condición de «federal rabioso», como le gustaba definirse. Pero no sirvió de nada: eran gentes de afuera, de Santa Fe y de Buenos Aires; respondían a Bárcena y no reconocían ni contemplaban cargos. Abrieron la puerta del coche y lo sacaron de allí tirando de él de brazos y luego de piernas, pues Benítez, al verse en peligro, calzó los pies en los parantes del marco. Mientras le quitaban los zapatos y las medias, algunas de las mujeres, con las botellas que llevaban en las manos, rompieron los vidrios del carruaje. El moreno que lo guiaba intentó defender a su patrón, pero lo aturdieron a rebencazos. El muchacho echó a correr entre las burlas de las mujeres que pronto se encontraron en medio de las coces de los caballos, espantados y sujetos a las varas. Una de ellas, que blandía una estaca más gruesa, comenzó a apalear ferozmente a uno de los animales en la cabeza hasta que, entre relinchos desesperados, cayó al suelo, donde otras desenfrenadas comenzaron a acuchillarlo. El otro quiso escapar, pero el coche y su compañero caído le impidieron hacerlo y sólo consiguió volcar el vehículo y quedar atrapado en la maroma del corraje. Entre los relinchos y el ruido del empedrado castigado por los cascos, los gritos de don Carmelo habían dejado de ser iracundos para convertirse en un desesperado pedido de auxilio.

Consuelo se largó a llorar, volviéndose de espaldas y cubriéndose el rostro.

—Lo van a matar... hay que hacer algo...

Misia Francisquita le arrebató la pistola del puño; la joven, espantada, trató de quitársela:

—¡No, no! ¡Voltearán las puertas...!

—Los guardias matarán a unas cuantas y las otras saldrán como ratas por tirante
—aseguró la señora amartillando el arma. De hecho, los hombres de Arredondo,

inmovilizados por la sorpresa, reaccionaron y les ordenaron desbandarse.

Las mujeres habían conseguido arrancar una de las ruedas del coche, y el relincho del caballo moribundo era un sonido terrible, casi humano.

Misia Francisquita disparó el arma sobre la cabeza de la multitud y, como si fuera una señal, los guardias comenzaron a golpear con las culatas a las desaforadas. Se oyeron nuevos estampidos: era el cochero del concejal, con varios hombres del gobernador, que disparaban al aire.

Una de las ruedas arrancadas casi los llevó por delante, pues la habían hecho rodar hacia ellos. Entre los guardias y los soldados de la gobernación consiguieron contener a latigazos, tiros y patadas a aquellas furias. El hombre que las dirigía había desaparecido junto con el busto de Rosas. Finalmente, con un toque desafinado de clarín, las mujeres se retiraron insultando, escupiendo y estrellando botellas vacías contra el empedrado para que los soldados a caballo no pudieran seguirlas. Algunas iban de uniforme, con pantalones, y de vez en cuando se detenían a bajárselos para mostrar el trasero desnudo y hacerles señas obscenas.

Las campanas cesaron bruscamente de doblar; el silencio se hizo en la calle, donde sólo se oía el cocear del animal atrapado por las correas y el relincho asmático del que agonizaba. Uno de los hombres de Quebracho sacó una pistola y acabó con él. Iba a hacer lo mismo con el otro, pero el criado le rogó que le permitiera liberarlo, porque no quedaban caballos en la ciudad; los ejércitos unitarios habían requisado casi todas las tropillas y aun los caballos de tiro que encontraron en los ranchos.

Misia Francisquita y Consuelo bajaron apresuradamente y se toparon con los guardias que cuidaban los fondos, que habían entrado a la casa escalando los portones, pues creyeron que las asaltaban. Fueron ellos quienes, después de observar la calle, abrieron la puerta para atender al herido.

Don Carmelo Benítez, encogido sobre sí mismo, parecía muerto. Doña Francisquita se cubrió los ojos y luego dijo, comprendiendo que no se podía hacer otra cosa:

—Llévenlo a la sala y vayan por un médico.

Pero ya el criado del concejal había corrido en busca del doctor Pizarro.

Misia Francisquita detestaba a don Carmelo por su fanatismo político y porque varias veces, en vida de su hermano Felipe, los había denunciado como unitarios. Resignada a portarse como una samaritana, se dijo, mientras acomodaban un almohadón bajo la nuca del funcionario, que Dios le devolvería alguna vez el favor que le prestaba a un enemigo.

Los hombres de Quebracho y los de Arredondo estaban furiosos por el ataque a uno de los hombres de su gobierno, y el cabecilla de la partida salió para el Cabildo a protestar por la salvajada mientras la señora convencía a los soldados de que no fueran a avisar de lo sucedido a la familia del concejal.

—Tengo miedo de que la mujer o las hijas salgan a la calle y las atrape esa turba —explicó.

—Pero ¿quiénes son? —preguntó Consuelo, todavía temblando.

—Serán gentes de Lavalle... —dijo uno de los concejales.

Misia Francisquita preguntó con sorna:

—¿Reverenciando el busto de Rosas?

Uno de los hombres de Arredondo reconoció:

—Es la chusma que ha traído Bárcena.

En ese momento, Canela y otra criada entraron con agua tibia y compresas, toallas y vendas. Misia Francisquita mandó traer la botella de whisky que Robertson guardaba para cuando venía a la ciudad y les dijo a los soldados que abrieran la boca de don Carmelo y le echaran un buen trago en la garganta; luego, hizo servir un vaso a los guardias.

Benítez reaccionó, medio ahogado y tosiendo, en el momento en que llegaba el médico. Ceñudo y parco, Pizarro les comunicó que el peatón que había sido atacado primero estaba muerto: en el entrevero, le habían clavado un cuchillo en los riñones y se había desangrado sobre las piedras. Ignoraban quién era, así que no podían comunicárselo a la familia. Se había decidido llevar el cuerpo al hospital San Roque, y poner bando para que se acercaran aquellos que tuvieran un pariente que no hubiera regresado a la casa.

El coche y el caballo muerto serían retirados lo antes posible, prometieron, mientras, en angarillas y con escolta, sacaban a don Carmelo para llevarlo a su casa y dejarlo al cuidado de su familia.

Misia Francisquita fue al oratorio familiar y se arrodilló un buen rato acompañada por Consuelo. Al santiguarse y aceptar el brazo de la joven, murmuró:

—No creí que alguna vez pudiera decir esto, pero ¡gracias a Dios que mi madre está muerta y que no me queda ni un hermano, ni un sobrino en edad al que puedan asesinar!

—Salvo Fernando —le hizo ver la joven.

—Ese —respondió doña Francisquita serenamente—, ese morirá matando.

Comieron a desgano, en silencio, alumbradas con una sola vela. Cada tanto, una de las criadas asomaba la cabeza por el corredor y miraba furtivamente: parecían criaturas asustadas que necesitaban comprobar que los mayores estaban allí para detener al lobo antes de que entrara en la casa.

—Tendría que haber mandado a Canela a lo de las Núñez del Prado. Sobre que son pacatas y asustadizas... —murmuró la señora.

—Martina quería ir a atenderlas cuando usted estaba con el doctor Pizarro, así que le di permiso. Hace días que están con descomposturas; no resisten nada en el estómago.

—Ya veo; deben haber comido de la misma fuente que Mercedes —dictaminó Misia Francisquita, llevándose la servilleta a la boca. Y después de beber un corto sorbo de la copa de vino de un púrpura casi negro, suavizó la voz para reconocer—: Estoy contenta de haberme amistado con Mercedes; la verdad es que la extrañaba.

¿Con quién iba a pelearme, si no?

Y como Consuelo le dedicara una sonrisa de costado, se encogió de hombros, soltando una risa corta y sincera.

—¡Ah, qué diablos! La verdad es que la quiero mucho. Que nos queremos mucho. No se puede romper una amistad de toda la vida. Me preocupa ese mocoso montaraz... ¿De dónde lo habrán sacado?

A la hora de acostarse, misia Francisquita hizo entrar a los guardias al zaguán, donde se les dio de comer y se les alcanzó unas mantas; los del portón de mulas se guarecieron en las barracas, sobre la alfalfa. Los hombres dormían de a ratos, mientras uno se mantenía en vigilia.

Pero el horror no cesaría esa noche. Sintiendo pasos, corridas y ruidos afuera, Consuelo, en el piso alto, se acercó a la ventana de una pieza que daba a la calle y, sin encender la palmatoria, espió hacia abajo.

Varias linternas se movían de un lado a otro —como luces malas, pensó—, impidiéndole ver qué sucedía. Por fin, dos de los faroles fueron asentados en el suelo, otro colgado de un árbol y varios quedaron en manos de los que estaban de pie.

Al aquietarse el resplandor, comprendió que eran las mujeres que habían regresado. Mientras unas comenzaban a arrancar del coche los arreos, la seda colorada del tapizado, el espejo y cuanto pudiera servirles, otras, con pericia de matarife, descuartizaban el caballo, arrojando los trozos de carne en los canastos que habían llevado. Consuelo quedó hipnotizada, sin moverse, ante aquella escena dantesca. Cuando las abultadas entrañas del animal se derramaron sobre el empedrado, las piernas le fallaron y, sosteniéndose de las paredes, se alejó de la ventana tanteando la oscuridad. Apenas entró al dormitorio, corrió hacia la palangana con la última arcada.

Sosteniéndose el costado, se cubrió con la capa y bajó al primer patio. Uno de los guardias espiaba por el ventanuco de la puerta. Se miraron y él le hizo una seña de que se tranquilizara, que estaban atentos.

Aquella noche nadie dormiría en la ciudad: el «Monitor», secuaz de Bárcena y protegido de los jefes porteños, orientales y santafesinos, había llegado a la ciudad con su legión de meretrices, decidido a entronizar la efigie de Rosas.

13. LA SOMBRA DEL GRANADO

«Tira la pluma y déjalo.
Otro día dirás de esto que sufres. Haz un esfuerzo. Vive,
y espera que tu dolor se haga melancolía...
Esta noche se llora y no se escribe».

Fernández Moreno, *Dolor*

CIUDAD DE CÓRDOBA
DICIEMBRE DE 1840

Tal vez por el horror que crecía hora a hora, Consuelo, nerviosa y tensa, había estado recordando a Sebastián, el hermano de Luz, y a su primo Edmundo, el hermano mayor de Laura. Ambos jóvenes, reconocidos unitarios, habían tenido que dejar el país diez años atrás. Se creía que estaban en París, pero apenas si les llegaban noticias, pues una carta de ellos podía significar, si es que conseguía sortear la censura y el espionaje, un peligro para quien la recibiera.

«Al menos están a salvo», se dijo mientras regaba, en el primer patio, las macetas acomodadas bajo el granado cargado de capullos color naranja.

Quizá por la desazón que le maltrataba el alma, al cortar una ramita seca recordó la historia de amor por la cual había nacido aquel árbol. Laura se la había contado alguna vez, no recordaba cuándo. El granado era el vástago de otra planta que crecía en la casa de una morena liberta de la familia de los Farrell, a quien el comandante había amado profundamente.

Laura le había contado que, siendo niña, Canela solía llevarla a la quintita que la morena tenía en el Bajo de Galán. Todo amor prohibido atraía el interés de las jóvenes, y Consuelo había preguntado a su amiga: «¿Y cómo era ella?». Laura, con una expresión de ternura en el rostro, había bajado los ojos y después de un instante había dicho, le pareció a Consuelo, con alguna lágrima contenida: «Apacible». ¿Qué palabra era aquella para definir a una mujer?

La historia, por lo que recordaba, decía que don Eduardo se había enamorado de esta joven, la había sacado de la casa y la había llevado a una quinta en las afueras, por el Bajo de Galán. Allí fueron dichosos y tuvieron un hijo. La familia quería que él rompiera aquella relación, pero el mozo se había negado sin discutir, pero sin vacilar.

Su madre había elegido a doña Mercedes, hija de una gran amiga suya, para que fuera su esposa, pero él se negó a comprometerse. Fue más adelante, en una de sus licencias durante la guerra con el Brasil, que sus padres consiguieron que se casara con Mercedes, amenazándolo con una antigua costumbre colonial por la cual podían pedir que se expulsara a la morena de la ciudad.

Se llamaba Florinda.

Cuando, ya casado a disgusto, el comandante regresó nuevamente del Brasil,

después de Ituzaingó, se encontró con que la joven y su hijo habían muerto de tifus. Ni siquiera pudo hallar la tumba: a los pobres se los enterraba en la fosa común.

Mucho de aquella historia lo sabía Consuelo por Laura, pues sus niñeras solían llevarla al Bajo de Galán. Al morir la joven, Laura y Canela habían tomado en secreto un vástago del árbol y lo habían plantado en el centro del patio, sin que nadie supiera su origen. Consuelo recordó haber visto muchas veces a don Eduardo sentado en el borde de piedra que servía de banco, con la cabeza gacha y los hombros vencidos. Ahora lo sabía; no era cansancio aquello, era dolor por el bien perdido.

Mientras Consuelo juntaba las hojas secas del borde de piedra, recordó que Edmundo, el hermano de Laura, solía decir de la morena, con dulzura: «La de nombre florido y de triste destino». Tocó los botones naranjas con suavidad; ya estaban por reventar las flores.

Aquel recuerdo, sumado al de los Osorio exiliados, provenía de la certeza de que ella también quedaría sola, ya que su pretendiente, Marcos Mateo Ocampo, oculto por el momento, tendría que huir —si aún no lo había hecho—, pues estaba en peligro por pertenecer a la liga de intelectuales que se reunían con Vicente Fidel López.

El joven López, integrante del Salón Literario disuelto en Buenos Aires, había llegado hacía unos meses a la ciudad, dispuesto a fundar una extensión de aquel en Córdoba, con un periódico que lo apuntalara: el Estandarte Nacional.

El Estandarte, si bien tenía noticias culturales, se convirtió en la voz de los revolucionarios que habían depuesto al gobernador de Córdoba.

Los que habían llegado con la orden de eliminar toda reserva contra Rosas —aun la proveniente de federales disconformes— no iban a pasarlo por alto.

Marcos había intimado rápidamente con Vicente López, a quien había conocido en Buenos Aires con motivo de la lectura en público de *La cautiva* de Echeverría. Un año después, en otro viaje que Marcos hiciera al puerto, Vicente López, junto a doña Luz Osorio, de quien era amigo, lo había llevado al remate con que se cerró la librería de Marcos Sastre.

Mientras una de las negritas sacaba agua del aljibe y le llenaba la jarra, Consuelo pensaba, con un nudo en el estómago, cómo averiguar sobre el paradero de Marcos sin ponerlo en peligro.

Al levantar los ojos para cortar unas ramitas agostadas, vio venir a Canela, secándose las manos en el delantal, desde el segundo patio.

—Niña, el chico de don Calleja está en el fondo con los géneros que le encargó.

Consuelo no recordaba haber pedido nada al comerciante, e iba a decir algo cuando una mirada evasiva, una cierta inquietud en la expresión de la mulata, hizo que dejara la jarra y la siguiera. Al llegar a la huerta vio, entre los frutales, un borrico cargado de géneros y alforjas. Canela le señaló la pieza de los arneses y eso la convenció de que algo raro pasaba.

Empujó la puerta endeble, construida malamente con maderas casi sueltas y con

un botón de tiento por tirador. En la pieza estrecha y sofocante, donde el olor a cuero engrasado parecía echar su aliento hacia el patio de la servidumbre, vio, entre las sombras del fondo, a un emponchado. Ya no tuvo dudas. Se volvió y pidió a la muchacha en voz baja:

—No dejes que nadie ande por el patio, Canela.

Al volverse y avanzar de costado entre los arreos de caballería, vio a Marcos, quitándose el poncho, que se quedaba mirándola con ansiedad. Estaba sucio, la barba crecida, despeinado. La preocupación y un temor controlado le cambiaban la mirada que ella tan bien conocía: divertida, algo irónica, de muchacho que se sabe inteligente y tiene la petulancia de los niños de familias privilegiadas.

Por primera vez desde que se trataban, ella se echó sobre el pecho de él; se confundieron en un abrazo, sin ser capaces de decir nada por unos segundos. Luego se separaron un tanto para mirarse a los ojos, y al ver las lágrimas en los de la joven, Marcos se atrevió a besarla. Era el primer beso que se daban, pues ella nunca había estado segura de si su relación con él tendría futuro y, más que por guardar su virtud, por no ilusionarlo vanamente, había esquivado las ocasiones que hubieran podido prestarse a un beso.

Durante unos instantes murmuraron cosas incoherentes, frases entrecortadas, hasta que, sentándose sobre el caballete de las monturas, tomados de la mano, él con el brazo sobre los hombros de ella, le dijo lo que ya sabía: que tendría que exiliarse. Con Vicente Fidel López y dos o tres jóvenes más, creadores del Estandarte Nacional y responsables de la puesta en escena de El barbero de Sevilla —por años inolvidable en Córdoba—, iban a intentar escapar a Chile. Los guiaría un baqueano de confianza, que los Ortiz de Ocampo de La Rioja habían mandado por pedido de su padre.

Años después, Consuelo no pudo recordar las cosas que se dijeron, las promesas que se hicieron, los juramentos que pronunciaron y que seguramente no podrían cumplir. Sólo recordó la angustia, la sensación terrible, que disimuló para darle ánimo, de que nunca volverían a verse. Era el único hombre que había conseguido, a fuerza de empeño, paciencia y determinación, traspasar la muralla tras la que ella escondía las marcas que había dejado en su cuerpo y en su mente el perturbado Hubert De Bracy cuando la atacara, varios años atrás, en La Antigua.

Si Marcos se iba, no sólo perdía al amado, perdía cualquier posibilidad de casarse, de llevar una vida propia, de tener un hogar que pudiera llamar reino, porque no se sentía capaz de entregar su confianza y sus estigmas a otro hombre que no fuera él. Y mientras ambos lloraban, ella levantó la mano y le acarició suavemente el rostro, pasándole el dorso sobre la barba áspera, mal crecida.

—Estoy sucio —murmuró él, cohibido—. Nos escondimos en las cuevas del río. Pero no podía irme sin verte; quería explicarte... quería decirte...

Al borde del sollozo, le tomó la mano y se la besó repetidas veces. Ella apenas si lo pensó un instante, y así como había mezuquinado antes sus labios al beso, su cuerpo al tacto, liberó su mano y con dedos inseguros comenzó a desprenderle los botones de

la camisa, a soltarle la faja, a abrirse el canesú del vestido. Él tuvo un instante de fortaleza para tratar de resistirse, pero flaqueó y, cubriéndole la nuca con la mano como si fuera un cántaro, la besó primero largamente y luego descubrió su cuerpo blanco, delgado por demás y, arrodillado, besó las cicatrices que habían dejado marcas moradas en su vientre, en su cintura, en sus pechos infantiles, que apenas si llenaban la palma de su mano. Se recostaron sobre el piso, él desató la cabellera de ella hasta que el pelo negro cayó como una cortina sobre su rostro, le besó los ojos y pronunció las palabras con las que juraba, ante la medalla de la Virgen del Rosario que colgaba de su cuello, que se casaría con ella en cuanto volviera.

Cuando Martina, la negra mayor de misia Francisquita, atravesó el hueco en la tapia que dividía las huertas de los Osorio y de las Núñez del Prado, notó algo extraño: ni una de las criadas andaba por allí, no se oía ninguna voz, apenas el ruido de las ollas y las latas de la cocina. Se había cruzado a atender a las Núñez del Prado, señoritas mayores, sin recursos y asustadizas, que emparentaban con doña Francisquita y que venían de soponcio en soponcio con cada revolución.

Pensaba en aquella rareza —de que las muchachas no anduvieran canturreando y echándose agua en el patio— cuando oyó susurros y algún sollozo que provenía de la pieza de las monturas. Pensando que podía ser una de las chicas a su cargo, encerrada con algún enamorado, tomó una vara de durazno y se asomó entre los tablones de la puerta. Vio a Consuelo y a Marcos Ocampo sentados al fondo del cuartucho estrecho, sobre el piso, con las ropas desarregladas y ella con el pelo suelto. Conversaban en voz baja, la joven conteniendo los sollozos, él, avergonzado, limpiándose una lágrima casi con rebeldía. Las frentes se tocaban y ella prendía con manos inhábiles por la emoción los botones de la camisa de él.

Martina se ocultó, apoyándose en la pared. No hacía falta tener la experiencia que ella tenía para saber qué había pasado. Se llevó la mano a su vientre, recordando todavía aquel hijo que había tenido que sacar de su cuerpo a la muerte de Ignacio Osorio, por miedo a lo que podría pasarle. Ella sabía lo que era perder al hombre amado, y sólo la tranquilizó el haber oído decir que Consuelo no podía tener hijos a causa de las cuchilladas que le asestara el francés que se había vuelto loco.

En aquel momento vio a Canela que asomaba la cabeza por una ventana, y le hizo señas para que se retirara. Con cautela —como si los sentenciados pudieran advertir algo más que su propio suplicio— cruzó hacia la cocina y encontró allí, como en un velorio, a todas las criadas de la casa.

—Ella nos pidió...

—Está bien. Déjenlos despedirse. Él tendrá que juir y capaz que ni llegue al río y lo maten.

Su color moreno oscuro se había vuelto de un gris malsano, pero ninguna de las chicas, tan jóvenes, podía sospechar que ella estaba recordando la muerte de su

amante, el hermano mayor de misia Francisquita, en lo que se le antojaba una vida anterior.

Alguien le alcanzó un vaso de agua.

—Entornen la puerta; no, mejor bajen la totora —señaló la cortina de junco enrollada sobre el dintel.

Un rato después, oyeron los cascos del borrico encaminándose hacia el portón del fondo. En silencio, vieron pasar apresuradamente los pies de Consuelo bajo la cortina. Esperaron unos minutos antes de levantarla y seguir con sus tareas. Pero ya no tenían ganas de reír ni de hacer bromas.

Esa tarde, uno de los sirvientes de los Ocampo se encontró en la feria con Canela y le contó que el mozo había conseguido salir vivo de la ciudad, con Vicente Fidel López y Casacuberta, el director de la compañía de teatro. También le contó que varios de los comediantes, pensándose ajenos a toda política, habían decidido quedarse. Más tarde, al descubrirse la huida, fueron sacados por Bárcena de la casa en que se alojaban y degollados en plena calle.

Al saberlo, Consuelo, que había estado tratando de escribir algo que le recordara hasta el fin de sus días lo sucedido aquella mañana, dejó la pluma, ocultó bajo llave el cuaderno donde plasmaba de vez en cuando algún pensamiento, una reflexión, una modesta poesía, y se dejó caer de espaldas en la cama, donde la angustia, el temor por lo que podía pasarle a Marcos y el esfuerzo físico y afectivo la habían volteado.

Atacada de un estallido de llanto, enterró la cara en la almohada y mandó a una de las criadas a avisar a misia Francisquita de su malestar, aunque restándole importancia.

—¿Es por el chico que lleva el nombre de dos apóstoles? —preguntó la señora a Martina.

—Por él hai ser —contestó la negra mientras acomodaba los rosarios en sus cofrecitos.

Después de un silencio, la señora sentenció secamente:

—Es demasiado pedir que los hombres se comporten como gallinas melindrosas. Antes o después, ella tendrá que entenderlo.

Y cambiando bruscamente de tema, preguntó:

—Esa criatura que le han llevado a Mercedes, ¿de dónde la han sacado?

Esta vez Martina hizo un corto silencio antes de contestar:

—Creo que se la han traído del campo. Los ranqueles casi le han muerto la madre.

Y poniendo toda su atención en la tarea, la morena alineó los cofres de plata sobre el tablero de la cómoda de la señora. Como estaba de espaldas, doña Francisquita no pudo ver la expresión de su cara.

14. LA CIUDAD POR CUARTEL

«Pues mire, ¡a fe de Isidora, me voy con sangre en el ojo!
Y he de volver con antojo con mi comadre Melchora;
Y a toda la que se piensa que me ha de andar con diretes,
Le he de cruzar los cachetes y le he de cortar la trenza.
¡Moño grande, que se vea, se han de poner a la juerza:
y a la que medio se tuerza se lo he de pegar con brea!».

Hilario Ascasubi, *Isidora la mazorquera*

CIUDAD DE CÓRDOBA
DICIEMBRE DE 1840

Al día siguiente, a media mañana, Consuelo fue sorprendida por Canela, que le anunció que el comandante Farrell estaba en la sala y quería hablar con ella.

—¿Conmigo? ¿No será con misia Francisquita?

—No, si él sabe que la señora está en su casa de él, acompañando a misia Mercedita —le aseguró la morena—. Me dijo que con usted.

Aunque no se sentía muy bien, Consuelo fue al encuentro de Farrell; estaba en la sala, de pie, el sombrero en la mano; en el rostro serio se leía una profunda inquietud. Casi sin las fórmulas de rigor le preguntó a boca de jarro:

—¿Es verdad que tu madre se ha refugiado con las monjas, Consuelo?

—Sí, ella... —se desconcertó la joven, pero Farrell la interrumpió:

—¿Y quién vive ahora en tu casa?

—Tía Antonia —respondió ella, sin tiempo a pensar en lo insólito de la pregunta.

Se hizo un silencio en el que el comandante se quedó mirándola tan largamente que se sintió turbada y comprendió aquel amor de Laura por él, con el cual habían tenido que luchar misia Francisquita, Robertson y ella.

—¿Podré confiar en ti? —preguntó finalmente él. Y tomándola de los codos, la arrastró hasta el sillón, la obligó a sentarse, apoyó ambas manos sobre los brazos del mueble y se inclinó hacia ella.

—¿Es de total confianza tu tía?

—Sí, por supuesto.

Una idea desagradable hizo que Consuelo desviara la vista. Todos sabían que el comandante y su esposa estaban separados. Él vivía casi siempre en El Oratorio, en Ascochinga, y su mujer en Córdoba; cuando él bajaba a la ciudad, esas veces en que, por guardar el respeto a doña Mercedes, la acompañaba en los grandes acontecimientos religiosos o familiares, no dormían en la misma cama, ni siquiera en la misma pieza. Él era un hombre atractivo, joven aún, sano, activo. ¿Y si todo aquel interrogatorio fuera para pedirle que le prestara la casa para encontrarse con alguna amante? Pero ¿tendría una amante? Y mientras ella se hundía en un montón de dudas

y de especulaciones desagradables, él se acuclilló frente a ella, todavía con las manos sobre los brazos del sillón, y le dijo lo que ella no quería oír:

—Necesito que me prestes tu casa. No sé por cuánto tiempo; necesito de una mujer para que cuide a otra mujer...

Consuelo, sensibilizada por lo sucedido el día anterior, sintió que enrojecía y se le llenaban de lágrimas los ojos. Sintióse insultada —pero sobre todo desilusionada— tomó sus manos, las arrancó del sillón y quiso ponerse de pie para desaparecer en los dormitorios, donde él no pudiera seguirla.

Sin apartarse, le dijo suavemente:

—No pienses mal. Ha sucedido una desgracia. ¿Sabes que Fernando tiene una mujer?

Consuelo había oído algo sobre los amores de Fernando con una mulata de los Osorio, que había huido de la casa para irse con él al monte, y de pronto, como quien baraja el destino, unió el día en que entró López «Quebracho», la conversación de los dos hombres en voz baja, la preocupación de Farrell y el niño moreno, muy moreno, de ojos azules, como los de Fernando, como los de Luz, que el peoncito traía en sus brazos.

—¿Es la madre del niño que han llevado a su casa? ¿Le ha pasado algo a esa mujer? —preguntó, sintiendo que la opresión del pecho desaparecía en la tranquilidad de encontrarse ante el mismo Farrell de siempre, uno de los hombres más íntegros que conocía.

—Sí, querida. ¿Sabes quién es ella?

Iba a decir: «Sí, una negra», pero se contuvo y asintió con la cabeza.

—Cayeron unos facinerosos a atacarla. La han dejado medio muerta. Tengo que traerla para que la atienda un médico. Si la dejo allá, morirá sin remedio. Fernando está en Buenos Aires, no sabe nada de esto. No puedo dejar que llegue a Los Algarrobos y se encuentre sin el hijo y con la mujer delirando... o enterrada.

Consuelo no dudó.

—Vamos a ver a Antonia.

—¿Tu madre no pensará volver a la casa?

—Oh, no me parece; se quedará en el convento porque es miedosa y, además, porque ahí no tiene que gastar en nada —respondió ella con cierta malevolencia.

En muy poco tiempo se pusieron de acuerdo con la tía de Consuelo, una mujer práctica que había sido más madre de la joven que su propia madre. La casa de los Achával lucía pobre, la mitad de los bienes vendidos, pero, bajo el dominio de la mujer, llena de luz, de orden y de limpieza. Años había pasado doña Josefita, la madre de Consuelo, con las ventanas cerradas temiendo que los vecinos vieran las salas vacías, sólo adornadas con los retratos familiares y alguna imagen que no se había atrevido a vender.

Farrell les dijo que ya venía una carreta desde Los Algarrobos, donde traían a la joven con los pocos medios de comodidad de que disponían. Él saldría en dos horas a

encontrarse con ellos y escoltarlos. Entrarían a la ciudad cuando todos durmieran. López «Quebracho» les había mandado un piquete armado para servirles de escolta en caso de que se encontraran con los asesinos de Bárcena, que salían a la medianoche, como animales salvajes, a cazar presuntos unitarios.

—El doctor Pizarro nos esperará acá, con una enfermera del San Roque. Quiero que la mujer del Payo esté bien atendida, y para eso confío en ustedes —les dijo. Echó mano a la faltriquera y sacó unos pesos fuertes, que dejó sobre la mesa.

—Para la comida y los remedios. De todos modos —agregó con una sonrisa— usted y yo, Antonia, daremos mucho que hablar, pues tendré que venir a cada rato a enterarme de su estado.

—Comandante, no sabe el gusto que me da. No quería morirme sin que alguien hablara mal de mí por imaginarme en amoríos —replicó la mujer con humor.

Mientras regresaban, Consuelo preguntó a Farrell:

—¿Sabe misia Francisquita que ese niño...?

—No, y prefiero no decírselo.

—¿Y quién lo cuidará?

—Mercedes.

Consuelo calló la pregunta, pero él la respondió como si se la hubiese hecho:

—Le he contado todo a Mercedes y ella quiere encargarse del chico. Ya sabes el corazón que tiene; lo cuidará como si fuera propio. Y por ahora, querida, nadie debe enterarse de esto. Es el Payo quien debe decidir qué dice y a quién lo dice; además, parece que el ataque ha sido por una venganza contra él, y temo que no se conformen con un intento fallido.

Poniéndose de acuerdo, caminaron hasta la casa de Farrell, desde donde el comandante las acompañaría, a ella y a misia Francisquita, en coche, de vuelta a la casa.

Doña Mercedes estaba en la sala, ya levantada, rodeada por sus hermanas, varias amigas, y las Núñez del Prado, cuñadas de misia Francisquita, con quien se habían presentado a visitarla. Consuelo saludó afectuosamente a todas y se sentó a escuchar, pues la esposa de Farrell contaba, llena de aflicción, que la madre y las hermanas de Manuel Cáceres habían vuelto trastornadas a la casa por el mal rato pasado, pues fueron despojadas en plena calle de sus zapatos de raso, mantillas y bolsos, con la excusa de que el moño punzó que llevaban era muy pequeño y no tenía bordadas las consabidas frases de fidelidad a la Santa Federación. Después de burlarse de ellas soezmente, las empujaron contra la pared, las abofetearon y no las dejaron ir hasta que a una de las jóvenes le dio un ataque de nervios.

—Manuel presentó la denuncia, pero con esos extraños en la Casa de Gobierno, y con Quebracho que ni se hace ver, nadie nos defiende. Y te digo, Francisca, que no sé qué va a pasar. ¡Están matando a los propios federales acusándolos de ser unitarios!

—Dicen que todo va a empeorar... —agregó fúnebremente doña Sagrario.

—Menos mal que tu enamorado ha conseguido salir de la ciudad, Chelito —dijo la otra hermana de doña Mercedes, Adoración.

La turbación de Consuelo, que había sacado una sonrisa disimulada a Farrell, no duró mucho, porque misia Francisquita se puso de pie e hizo llamar a Canela, que andaba por los fondos con las otras criadas.

—Ya que Eduardo tiene que viajar, no lo demoremos más. Y dirigiéndose a las señoritas Núñez del Prado, las instó a que se retiraran juntas.

Cuando se dirigían a la casona en el coche de Farrell, se cruzaron con otro carruaje, guiado por una muchacha amulatada: eran aquellas mujeres que habían llegado con Oribe. A través de la ventanilla, vieron al general uruguayo que acompañaba a la señora del velo y a la joven, hermosa y altanera, que respondió al saludo de Farrell con una leve inclinación de cabeza, llevándose el abanico a los labios.

—¿Esas son las que ocupan la casa de Luz? Mercedes dice que Pacheco les ha puesto escolta. A mí no me van a convencer de que la muchacha no es la querida de uno de ellos —dijo misia Francisquita mirando para otro lado.

—Mi amiga, ¡qué suspicaz es usted! Son dos damas portuguesas, parientes del general Oribe —la amonestó Farrell, divertido.

—¿Desde cuándo dejan entrar portugueses a este país? Son casi tan poco confiables como los franceses.

—Según veo, usted anda con aquello de: «Piensa mal y acertarás».

—Y ese dicho, mi querido Eduardo, me suena a francés.

Aquello los hizo reír, y alivió la inquietud que los embargaba en cuanto salían a la calle.

—¿Se han fijado? —dijo Consuelo, que se había quedado mirando por la ventanilla trasera—. El coche es del negocio de míster Harrison. Así dice el escudo de atrás.

—¿Conocerán a Luz esas mujeres? —preguntó Julita, una de las Núñez del Prado, con curiosidad.

Nadie le respondió, pues en aquel momento apareció otro coche; cubierto de polvo, con los caballos cansados y sin escolta, no pertenecía, que ellos supieran, a ningún conocido.

—¿Más extranjeros? —murmuró misia Francisquita, observando al hombre que ocupaba la cabina. Al colocarse el monóculo, dictaminó—: Pero no, tiene cara de criollo.

Era un hombre casi anciano, delgado, con un rostro desabrido y al mismo tiempo imperturbable. Traía un gato enorme, amarillo, entre los brazos, y un perrazo negro, con la lengua colgando, asomaba cada tanto su cabezota por la ventanilla.

Al cruzarse los carruajes —el de Farrell se había detenido para dar paso al otro en la esquina— misia Francisquita quedó a centímetros del viajero. Él le sostuvo la

mirada con la suya, biliosa y teñida de malicia; luego se llevó la mano al sombrero, se descubrió apenas y bajó la cabeza, saludándola.

Consuelo, sorprendida, vio que el monóculo de su bienhechora resbalaba hasta quedar pendiendo de las cintas sobre su pecho, y al mirarla al rostro, notó que había palidecido y que el desconcierto y otra emoción, que no pudo distinguir, le enturbiaban el semblante.

Farrell, advertido, se preocupó:

—¿Lo conoce, Francisca?

Y ella, cubriéndose los ojos con la mano, murmuró:

—He visto un fantasma.

Un silencio desusado se hizo entre ellos, y poco después todas descendían en la casa de la señora, pues las Núñez del Prado cruzarían a la suya por el paso que habían abierto entre las huertas de ambas propiedades.

Consuelo se demoró en el umbral observando el coche del comandante que desaparecía rumbo al sur de la ciudad y, a su derecha, el del desconocido, que se dirigía hacia la Plaza Mayor.

15. EL MANDATO DE LA SANGRE

«Hay algo trágico en la forma en que un hombre se debate en contra de su parentela. Pero es un combate que no carece de fundamento. La fuerza de los lazos carnales sigue siendo a pesar de todo insoslayable».

Historia de la vida privada. De la Europa feudal al Renacimiento, Texto de George Duby, Dominique Barthélemy y Charles de La Roncière

CIUDAD DE BUENOS AIRES
FINALES DE DICIEMBRE DE 1840

Al llegar a la ciudad de Buenos Aires, Fernando Osorio, cansado, preocupado y malhumorado por lo que había presenciado en la campaña, se encaminó con sus hombres al barrio de Nuestra Señora de Monserrat, donde habían parado en los viajes anteriores. Encontraron la plaza del Buen Orden repleta de carretas con productos de todas las regiones del país y se detuvieron frente a la Casa de la Balconada, envuelta en el olor a guano y a amoníaco que, al calor del sol, se elevaba de los corrales. Las mujeres de vida alegre comenzaban a asomarse por los balcones, desarregladas y apenas vestidas. Otras, con un jarro en la mano, se acercaban a las negras que ordeñaban directamente sobre el cacharro la leche de la vaca.

Lo primero que hizo Fernando fue asearse en una palangana, buscar su mejor ropa —el olor a laurel le recordó a la sobrina de Oribe—, y encargar un coche para ir hasta la casa de Luz.

La propiedad de los Harrison era una de las famosas quintas de la Recoleta, donde buena parte de la comunidad británica de Buenos Aires había comprado terrenos y levantado propiedades. Todas eran de estilo neoclásico, la mayoría construidas y decoradas por un arquitecto londinense —Richard Adams—, a pedido de Thomas Whitfield, para ser alquiladas o vendidas. Eran construcciones notables, con los últimos adelantos en calefacción y sanitarios, con hermosos jardines y vista al río sobre las barrancas.

Mientras se encaminaba por una calle flanqueada de árboles que servían de divisorios a otras propiedades, seguido por uno de sus hombres a caballo, Fernando admiró la belleza de un terreno muy verde, donde pastaban unas cien ovejas gordas y bien cuidadas. Lejos, un jardinero se dedicaba con parsimonia a recortar setos con formas extrañas.

Sin embargo, a pesar de la presencia de aquel hombre y de que salía humo por las chimeneas, al ser atendido el llamador de la puerta le informaron que su hermana estaba en La Severa, con sus primos, los Lezama. Al parecer, Luz había dado con Gonzalo y Martín. Se alegró, porque hacía años que no sabían de ellos.

Se quedó un rato por allí, atendido por Gracia, que saltaba de alegría y no dejaba

de preguntar por Calandria y Lucián. Guiado por ella miró los establos, admiró caballos árabes, briosos y estilizados, que se empleaban para la calesa en la cual paseaban por el Vauxhall porteño; la siguió por las terrazas desde donde se veía el río inmenso que reverberaba, abúlico, al sol. Debajo de las barrancas, podía oír las voces y las risas de las lavanderas.

Averiguó la dirección del delegado británico —James Olivier—, amigo de su cuñado, para pedirle ayuda. Le urgía regresar a Los Algarrobos, preocupado por la marcha de Oribe y Pacheco sobre las provincias, y por los rumores de un golpe político contra el gobernador de Córdoba. La ansiedad por Calandria y Lucián lo tenía desvelado desde que dejó Los Algarrobos. Siempre había tenido respeto por los «pálpitos» de las mujeres.

Y cuando abandonaba la zona residencial donde estaba la casa de su hermana, pensando en que debía encontrarse con el delegado británico, decidió alojarse en uno de los hoteles del centro, para facilitarle las cosas.

Fue pensarlo y ordenar al cochero que se dirigiera a la calle 25 de Mayo, donde había oído decir que existían varios hospedajes respetables. Encontró uno, administrado por ingleses, que le agradó; el lugar tenía cierto lujo, mucha limpieza y era como entrar en otro mundo, de voces bajas y criados diligentes. Tomó una habitación y mandó al peón por sus cosas, que habían quedado en la Casa de la Balconada.

Acomodado en una sala que servía de despacho para los clientes, escribió una nota para el delegado británico, haciéndole saber que, al estar míster Harrison ausente, necesitaba su ayuda para encontrarse con Rosas, lo antes posible.

Una vez en su habitación, recibió de la recepción cigarros cubanos, un periódico de Buenos Aires y otro en inglés, el British Packet, y una copita de jerez, todo como atención del hotel.

En la pieza había una bañadera de madera oscura y tersa, que lo tentó a darse un baño, e inmerso en la tina, con una vela encendida porque el cigarro se le apagaba a cada rato, se sintió en una especie de limbo que lo llevó al adormecimiento, y el adormecimiento, a la reflexión.

Parte del malestar, se dijo, venía de que le costaba digerir las desilusiones políticas. El asesinato de Quiroga lo había dejado profundamente amargado, pues nunca creyó que hubieran sido los Reynafé los que se atreviesen a semejante barbaridad si alguien no les hubiera asegurado que desde lo más alto del federalismo se iba a mirar hacia otro lado. Aquel crimen, estudiado por donde se lo estudiase, era obra de federales. El poder de don Juan Manuel de Rosas sobre las provincias, arrollador desde las muertes del caudillo riojano y del de Santa Fe, lo tenía a mal traer, y sólo la lealtad de parentescos, de vecindad y de provinciano le permitía apoyar al hombre de confianza de aquel en Córdoba, don Manuel López «Quebracho», al que quería y admiraba.

Pero otras cosas se sumaban a esto, cosas más personales: había comenzado a

añorar la forma de vida que llevaba antes de abandonar Los Algarrobos a causa de que su padre matara a un capitanejo ranquel, que era su amigo y aliado.

Sintió como si de pronto deseara regresar a la manada de la que había creído prescindir. No le atraían las tertulias ni la vida de sociedad, pero añoraba la mesa familiar, conversar con sus hermanos, ver a los más chicos, preocuparse por su hermana Inés y los hijos de ella, discutir con Luis, su cuñado; matear al amanecer con Farrell, bromear con Luz, decir cosas escandalosas para asustar a las tías Núñez del Prado, y hacer bromas intencionadas con tía Francisca.

En fin, asumir el papel que las circunstancias le habían echado encima: ser cabeza de familia, el protector, el administrador, el jefe del clan, ya que su hermano mayor andaba veleteándose por las Europas, pintando mujeres desnudas y barcos que encallaban en la niebla, según le dijera Luz, que había recibido unos cuadros de él.

Al menos, recordó mientras sumergía la cabeza en el agua, había podido despedirse de su abuela al morir, un año atrás, y ella había expirado con la tranquilidad de verlo junto a las desamparadas mujeres de la familia. Doña Adelaida había aceptado la ayuda de Robertson, el marido de su nieta Laura, a regañadientes, pues nunca había aprobado aquel casamiento, como no había aprobado el de Luz con el inglés.

Unas horas antes de sumirse en la inconsciencia final, al saber que él había viajado desde Los Algarrobos para verla, pidió hablarle a solas. Casi sin voz, pero con los ojos increíblemente lúcidos, le apretó la mano con largueza y cuando juntó fuerzas, le dijo: «Tienes que volver. La sangre manda...».

La sangre manda. ¿Cómo hacía uno para librarse de la sangre? ¿Vaciar las venas, escapar del linaje, renegar de la piel? Atrincherarse en territorios lejanos no le había dado resultado. Siempre deseó volver a Córdoba, siempre añoró Los Algarrobos, siempre extrañó a la familia, de la que había creído liberarse. Primero había traicionado el mandato de su padre. ¿Traicionaría ahora el de su abuela, devuelta a las sombras de los antepasados?

Y recordando a su padre muerto, se preguntó si también Luz tendría remordimientos por la actitud que ambos habían adoptado ante la muerte del capitanejo Enmanuel. Él los tenía, y más fuertes cada día que pasaba. Sentía la necesidad de levantar la estancia —el viejo sueño de Luz— para que volviera a ser lo que era antes de la muerte de don Carlos, antes del abandono.

El agua se había enfriado así que apagó el habano en el suelo húmedo, se puso de pie, enrolló un lienzo grueso a la cintura y salió de la tina estrujándose el pelo. El espejo le devolvió la imagen de un hombre muy alto, de anchos hombros, piel quemada, el pelo largo y la barba, rubios y encrespados. Los ojos muy azules lo miraban como si fuera otro.

No acababa de vestirse, dispuesto a comer algo, cuando le anunciaron que James Olivier lo esperaba en el salón de música.

Rosas los recibiría en Palermo, y Fernando maldijo tener que llevar a cabo una misión oficial mezclada con una visita social. Había oído de Manuelita, de su corte, de los ingleses que mariposeaban tras ella, de los bufones que mantenía Rosas para solaz, pero sobre todo para molestar a las visitas cuando se le diera en gana. No estaba para perder tiempo en charlas anodinas o para soportar bromas pesadas. Sólo quería entregar los mensajes y regresar cuanto antes.

La quinta de San Benito de Palermo había sido tomada por don Juan Manuel de Rosas como casa de gobierno, y pocas veces salía de allí, como no fuera para actos oficiales y militares.

Mientras se adentraban en el parque, Fernando quedó impresionado ante la vastedad del terreno que se extendía ante sus ojos. Varios jardineros con aspecto de extranjeros —Olivier le dijo que casi todos eran gallegos— trabajaban al rayo del sol.

A través de un manto de pasto muy verde y mullido, se encaminaron hacia un hermoso bosque de magnolios donde, flanqueada por dos hombres de pie, uno de ellos extranjero, encontraron a Manuelita sentada en un banco de madera; a su espalda, apoyado en un árbol, había un joven con expresión malhumorada: era su hermano Juan, que lidiaba con las tonterías de uno de los locos que andaba a los trompicones entre las visitas. Tres indios de aspecto montaraz extendían una alfombra roja, y varias señoritas esperaban que las negras acomodaran los almohadones para sentarse sobre ella.

Las jóvenes tenían el aspecto despierto y algo soberbio de las porteñas, conscientes de su importancia social y sus privilegios. Cuando James Olivier lo presentó, Manuelita les dijo que su Tatita estaba en la casa, ocupado como siempre, pero que seguramente los recibiría enseguida.

Fernando, por necesidad, se había dejado llevar por Olivier a la tienda de un inglés que traía ropa hecha desde Londres, y aunque costó encontrar prendas para su talla, finalmente compró un traje excelente y caro que pagó refunfuñando. No quería gastar tanto en algo que pocas veces usaría al volver a Córdoba. Por consejo de su acompañante, había añadido un chaleco rojo y las cintas bordadas con las machaconas frases contra los unitarios.

Incómodo con aquella prenda, que vulneraba sus ideas de independencia personal, había caminado por Buenos Aires y viajado en el coche con la levita prendida hasta el cuello, a pesar del calor, y sólo se la había desabotonado al llegar a Palermo, siguiendo nuevamente el consejo de Olivier.

Mientras el delegado británico se deshacía en atenciones, Fernando, con el sombrero en la mano, sentía sobre sí la expectación con que era observado, y sintió fastidio ante las risitas de las jóvenes, que escondían sus rostros tras los abanicos o en el hombro de la amiga después de echarle una mirada apreciativa.

Aquello le recordó lo que detestaba de las tertulias: los melindres, la hipocresía de las mujeres de buena cuna, maceradas en consejos de beatas y anatemas de curas, con la sensualidad amordazada.

Olivier, afable y encantador, requebraba a las jóvenes, intentando introducir en la conversación a Fernando que, imperturbable, se negó a colaborar con él sin que pareciera un desprecio, sino más bien consecuencia de su carácter arisco y provinciano. «Que piensen que soy un chúcaro», se dijo. La opinión de aquellas mujeres le importaba poco; después de haber mirado a una fijamente, la había visto enrojecer y bajar los ojos, al tiempo que se mordía los labios. De darse la ocasión, comprendió, y teniendo él voluntad, supo que hubiera podido seducirla sin demasiado trabajo.

De reojo vio que Juancito, el hijo de Rosas, susurraba algo al oído del loco Biguá, que clavó la mirada en él y luego, con más aspavientos de los que ya había hecho gala, se le fue acercando.

Recordó los comentarios oídos y se preguntó qué hacer en caso de que el otro se sobrepasara, como decían que solía suceder, a veces hasta con el obispo, mientras su patrón se hacía el que no veía nada. El loco, un mulato desmedrado que vestía una sotana inmundada, empujó un poco a las jóvenes y, haciendo como que chocaba contra un árbol, se tiró sobre él y se aferró a su cintura, babeándole la levita nueva. Comprendió que, salvo Olivier, todos esperaban aquello, dispuestos a divertirse un rato con la provocación.

Sus reflejos actuaron de inmediato. Prefería no tener que golpearlo, pero no estaba dispuesto a aceptar la farsa, así que rodeó el cuello de Biguá y mientras sonreía, apretó hasta que sintió que al infeliz se le cortaba la respiración; lo mantuvo un rato así, simulando chocotear, riendo y sacudiéndolo como a un muñeco, hasta que sintió que se desmayaba. Entonces aflojó y Biguá se desplomó a sus pies.

El silencio que siguió fue de estupor, pero Fernando, haciendo gala de buena voluntad, levantó a Biguá, lo zarandó, le limpió la ropa con dos o tres manotazos pesados, como de advertencia, y siguiendo con la jarana, le dijo con una sonrisa:

—¡Pero vean que había sido flojo para jugar el monseñor!

Manuela soltó una carcajada, los otros sonrieron forzadamente y el Biguá — atontado— se alejó a las trastabilladas, sacudiendo la cabeza entre toses e improperios.

En aquel momento, un tinterillo se acercó desde la casa anunciándole que don Juan Manuel lo esperaba en su despacho y él, haciendo una inclinación galante que lo redimía de sus anteriores maneras, siguió al escribiente a su cita.

16. EL OLOR DE LA MUERTE

«También los mazorqueros, como los augustos señores de la Sociedad Popular Restauradora, figuraban en la lista de pago del Estado y eran retribuidos con fondos provenientes de partidas especiales. Llegaron a ser más terroristas que el gobierno al que respondían. Como las demás escuadras de la muerte que en el mundo han sido, la Mazorca adquirió en su accionar una semiautonomía incontrolable».

Eugenio Rosasco, *Vida cotidiana. Color de Rosas*

FINALES DE DICIEMBRE DE 1840
BUENOS AIRES - CAMINO A CÓRDOBA

La casa era grande, fresca y silenciosa. Deambulando alrededor de ella, un tipo de traje y sombrero, con una vara cimbreante, se encargaba —según le explicó Olivier en voz baja— de mantener a los sirvientes en silencio durante el día para que el señor de la mansión pudiera dormir, y de noche a raya a los gatos, para que el gobernador pudiera trabajar.

A primera vista, parecía desierta, pero Fernando pudo ver, cruzando patios y corredores, a escribientes concentrados en sus papeles o mazorqueros que jugaban ociosamente al naipe.

Le llamó la atención la dimensión de los cuartos, que eran pequeños comparándolos con las amplias habitaciones que estaba acostumbrado a ver en Córdoba.

La puerta de dos hojas del despacho se abrió bruscamente y un momento después se encontraba frente a don Juan Manuel de Rosas, el hombre más poderoso del país. En el silencio del cuarto, el único sonido que se oía era el de la pluma de este, raspando el papel, y el suspiro de la hoja cuando volvió la página.

Por fin, el Restaurador de las Leyes levantó los ojos y su mirada, inexpresiva en ese momento, se clavó en él. Era la primera vez que Fernando lo veía de cerca y, pese al magnetismo que irradiaba aquel hombre, al que no fue inmune, el orgullo de su sangre impidió que bajara la vista.

Don Juan Manuel pareció divertido, le estrechó la mano, lo invitó a que tomara asiento y, con una economía notable de gestos y palabras, lo instó a hablar.

Conversaron un rato a puertas cerradas, con reserva de ambas partes, sobre la situación en Córdoba. Don Juan Manuel pareció darse cuenta de que aquel era un hombre de armas, de carácter e inteligente, y comenzó a interrogarlo sobre la situación de las provincias del oeste y luego sobre la de López «Quebracho» en Córdoba.

—Me preocupa lo que escuché en el camino —contestó Fernando—; hay rumores de una asonada.

—No hay cuidado; he recibido parte de Oribe; él y Pacheco han entrado en la

ciudad y los unitarios se han desbandado. Reina el orden nuevamente.

Fernando prefirió no pensar lo que sería de su ciudad, de su familia, de sus amigos, con aquel ejército de ocupación, y nuevamente sintió la urgencia de regresar.

Rosas, a quien indudablemente le había caído bien, lo invitó a cenar con sus hijos y los otros visitantes, pero Fernando se negó con firmeza, aduciendo que quería partir cuanto antes, preocupado por la situación del gobernador.

—Quebracho me necesita —le dijo con convicción—, prometí no entretenerme.

—¿Tiene usted hombres a su mando?

—Tengo un centenar de peones leales, además de una cuadrilla de ranqueles bastante disciplinados.

Aquello agradó a Rosas, que captó cierta similitud en sus capacidades; cuando llegaron a la galería que miraba al parque, vieron acercarse a Olivier acompañado del hijo de Rosas y más atrás, a Biguá corriendo en círculos por el prado.

—¿Le gustan los bufones, Osorio?

Alguien le había comentado lo sucedido, pensó Fernando, o él mismo los había estado espiando, así que contestó con soltura:

—Oh, sí, cuando no tengo nada que hacer.

—Pienso lo mismo. ¿Dónde se hospeda usted; en casa de míster Harrison?

—No, en un hotel; mi cuñado y su familia están en la estancia.

—Todavía no conozco a su hermana. Nunca nos ha visitado.

¿Traslucían cierta molestia sus palabras? Fernando prefirió no darse por enterado.

—Rara vez está en la ciudad —dijo como al pasar—. Se queda en el campo por los niños; por miedo a la tisis.

Ya fuese que Rosas lo creyese o no, le extendió la mano, como aprobando su explicación.

—Esta misma noche le hago llegar los papeles por medio del delegado —señaló a Olivier.

Después de ceremoniosas despedidas, y ya en el coche, Fernando se quitó la levita, prácticamente se arrancó el chaleco y se desprendió la camisa. Estaba furioso, cansado, acalorado e impaciente. Contó a Olivier, en pocas palabras, lo sucedido en la entrevista, y el otro lo felicitó por cómo había manejado al infeliz Biguá.

—Y ha impresionado usted muy bien a las señoritas. No han hecho más que preguntar sobre su persona y su estado civil.

Fernando no se mostró interesado, ni dio datos de sí mismo. Le dijo, eso sí, que Rosas había prometido mandarle unos documentos a través de él.

—No se preocupe. En cuanto los tenga en mi poder, se los alcanzo —le aseguró el inglés.

Finalmente, todo había resultado provechoso, pensó Fernando, salvo la sensación de disgusto que le provocaba la injerencia de aquel porteño en los asuntos de las provincias; después de todo, como dijera una vez su hermana, Rosas sólo era gobernador de Buenos Aires, no presidente de una —al menos hipotéticamente—

república que se regía por otros supuestos principios democráticos.

Esa noche, ya con los papeles a resguardo, avalados por la impresionante firma de Rosas, Fernando se sintió más comunicativo con Olivier y lo invitó a cenar en el hotel, pese a que la comida era insulsa, para tener la oportunidad de saber algo de su hermana y sus sobrinos.

Entre otras cosas, el diplomático le contó que Luz se había encontrado por casualidad con sus primos, los Lezama —Martín y Gonzalo—, que estos visitaban seguido la mansión de la Recoleta, y que Luz estaba feliz por haber dado con ellos.

—¿Conoce usted La Severa, señor Osorio?

Un negrito se asomó furtivamente al comedor, como si temiera ser echado, ofreciendo cigarros. Mientras le hacía señas para que le alcanzara unos atados, Fernando reconoció:

—Nunca vengo con el tiempo suficiente para pasear.

—Es una propiedad magnífica. Además de las ovejas laneras, Brian está criando caballos de raza. Y su señora hermana de usted ha conseguido que le haga un invernadero para sus flores. Hay otras estancias cercanas; los Towers y los Morton llegaron a Buenos Aires junto con mister Harrison, pero también están relativamente cerca los Sheridan, los Harrat...

Y mientras Fernando pagaba el tabaco y dejaba una propina al chico, Olivier nombró otros apellidos ingleses, que eran los hombres fuertes en el negocio lanero de Buenos Aires.

En tanto él comentaba los logros de sus compatriotas, Fernando comía, desganado, y pensaba en los campos improductivos de las provincias que estaban del otro lado del Carcarañá, en Los Algarrobos casi en ruinas, en La Antigua, detenida en el tiempo, en las tierras de su cuñado Luis Allende Pazo, agonizando en el abandono forzoso. No había resentimiento contra los otros, sino desconcierto con respecto a qué le había pasado a su país, el país que contaba su riqueza en vacas, mulas, caballos y mieses y que ahora hasta debía importar harina del Brasil o los Estados Unidos para hacer el pan diario.

La amargura la reservaba para la política gubernamental, que requisaba vacas, caballos y acémilas a los estancieros argentinos, y jamás tocaba la propiedad de los británicos.

Mientras saboreaba un postre irlandés, el único plato del hotel que comía con deleite, sintió otra vez la urgencia del regreso. De pronto, quiso recoger sus cosas, emprender viaje y llegar cuanto antes a Los Algarrobos, hacerle el amor a Calandria hasta extenuarse y llevar a su hijo, de pie en las ancas del caballo, sujetándose de su cuello, a recorrer el campo.

Ya de sobremesa, y mientras bebían un chocolate escocés, Olivier, al ver su gesto de desagrado ante el nombre de los cigarros —«Juan Manuel»— que acababa de

comprar, le ofreció su cigarrera de plata.

—Tabaco de Virginia —le aclaró.

Al despedirse, Fernando le entregó una carta para su hermana, otra para sus primos y en cuanto el otro se retiró, organizó rápidamente la partida. Quería salir a la mañana siguiente, muy temprano. Cuando subió a su pieza, apenas si alcanzó a desvestirse y cayó sobre el colchón, muerto de cansancio.

En mitad de la noche despertó, la garganta áspera, las uñas clavadas en las palmas de las manos y una indefinible sensación de dolor en el pecho. Se levantó, abrió la ventana y desde la altura del piso superior miró la ciudad dormida. Lejos, vio una hilera de teas encendidas que se alejaban entre el repicar de los cascotes sobre el empedrado. Guardias nocturnos, pensó. O mazorqueros de correrías. ¿Se habría despertado por los gritos de una víctima, por los alaridos de los sayones? Se dirigió a la palangana, la llenó con el agua de la jofaina y se mojó la cabeza, la cara y el cuello. Luego se pasó pensativamente la mano húmeda por la barba y la dejó resbalar hasta el pecho, deteniéndola sobre el corazón. Algo le dijo que Calandria había acertado con sus premoniciones y una desgracia aún no precisada estaba a punto de caer sobre ellos.

En el último tramo del camino se levantó un viento huracanado, molesto, terroso. Fernando sentía, mientras galopaba, desgredado y con los labios cuarteados por el aire seco, como si todo el viaje hubiera sido una excursión a través de la desolación, la desdicha y la oscuridad. Fue inútil que se dijera que nada era real, que sólo se sentía así por la inseguridad en que se vivía, que había despertado, la noche antes de la partida, no por un mal sueño que no le había dejado recuerdo, sino por los alaridos de algún infeliz al que degollaban. Pero ¿por qué no quiso averiguar, a la mañana siguiente, si habían matado a alguien por las cercanías?

Las jornadas se le hicieron eternas, y se sostuvo en la certeza de que cada legua que devoraba era una menos para llegar a destino. «Llegar a destino», pensaba, con una especie de frío en las entrañas que no le permitía comer ni dormir, «qué frase ominosa».

En mitad del camino se habían cruzado con una procesión fantasmal: eran los prisioneros de Quebracho Herrado que no habían sido ajusticiados, y se le remitían a Rosas; una caravana de desesperados que se esforzaba en ayudar a los moribundos y cargar con los heridos. Iban descalzos, los pies llenos de cortaduras. Algunos llevaban ropas que no les pertenecían, pues estaban rotas y ensangrentadas, y ellos se veían ilesos; era indudable que los mazorqueros, que en gran número habían integrado el ejército federal, los habían desnudado para quedarse con las mejores prendas.

Pensó que seguramente los internarían en la prisión de los Santos Lugares —de nombre tan equívoco— y se preguntó de dónde nacía la fuerza que llevaba a aquellos

hombres a sobrevivir para sufrir un destino aun más infame.

A medida que se acercaban a la frontera, comenzaron a encontrar los cuerpos de los que no habían resistido el rigor de la marcha o fueron pasados a cuchillo por sus guardianes para no cargar con moribundos.

Galopando en la oscuridad, recordó a la señorita de Ulloa y sus frases sobre los muertos insepultos, pues flotaba en el aire, esquivo a veces, sorpresivamente pesado otras, el hedor de los cadáveres.

Dolorosamente, deseó a Calandria, su piel de seda, la rotunda línea de sus caderas, la suavidad de sus labios cuando él la acariciaba y ella quedaba inmóvil, entregada, como en estado de gracia.

Su mujer, la única mujer que había amado en su vida.

17. LA «TRÁGALA»

«Ya Arredondo había dictado, el día de su asunción como gobernador delegado, un decreto de indulto. Pero sus disposiciones eran papel mojado ante la voluntad de Rosas de realizar un gran escarmiento en Córdoba. Ignacio Garzón, que alcanzó a conocer y escuchar a muchos de los sobrevivientes de aquellas trágicas jornadas, consignó detalladamente los crímenes de los mazorqueros porteños contra los cordobeses».

Roberto A. Ferrero, *Manuel López «Quebracho» y la época rosista*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE DICIEMBRE DE 1840

Aquella ciudad a la que habían llegado con vistas a quedarse un tiempo, ocupada militarmente y, más que gobernada, sometida por varios poderes —los jefes uruguayos y argentinos que habían vencido a Lavalle, el «Tuerto» Bárcena, el gobernador delegado y el mismísimo gobernador, aunque ausente—, no debía parecerse en nada, pensaba Ignacia, a la que conociera, de joven, su madre.

Por lo que había visto desde que pisara Buenos Aires, Córdoba era ediliciamente una de las ciudades más importantes: la universidad era su gloria; sus conventos, su pasaporte al cielo; sus familias, las más castizas del país. Debía ser difícil para ellos vivir en aquel desorden y suciedad, en la más aterradora oscuridad de noche, pues para mejor moverse en sus correrías sangrientas, el jefe de Estado Mayor, el temido Bárcena, había eliminado casi todos los faroles callejeros y a casi todos los serenos que daban la hora y anunciaban el tiempo.

Ellas tenían suerte, se dijo, mientras observaba la ciudad desde el techo de la casa y daba un poco de libertad al halcón. Oribe seguramente había impuesto alguna orden, o los mazorqueros sabían que no se jugaba con él, pues la manzana de la casa que ocupaban y las calles cercanas estaban libres de los desastres que se sucedían sin tregua en otras casas, en otras calles. La guardia que permanentemente estaba a la puerta las avergonzaba, no porque se creyera que fuera la amante de uno de los jefes, como se decía, sino porque las señalaba como intocables mientras otras familias sufrían humillaciones y matanzas en sus mismos patios, en sus zaguanes, en sus veredas.

Pero la vida doméstica, para las Arias de Ulloa, tenía su tiranía. Había llegado por fin la señora que mandaría sobre las criadas; se llamaba Clotilde, y tenía el orgullo de que los Farrell, los Osorio, los Núñez del Prado, los Vélez la ponderaran como respetuosa y respetable. Ella había regido la casa de míster Robertson, aquel gringo que se casara con la niña Laura, la sobrina de misia Francisquita Osorio, contaba Clotilde, muy en dueña de llaves.

Cuando su madre la llamó para que la conociera, Ignacia quedó desconcertada.

—Entonces, ¿va a despedir a la otra?

Y como ambas la miraran con extrañeza, aclaró:

—Una negra de edad, muy bien puesta. Siempre anda cerca del jacarandá.

Doña Leonarda se volvió a la recién llegada.

—¿Hay alguien así entre la servidumbre?

Clotilde se santiguó rápidamente.

—Había —contestó.

—¿Cómo que había?

—Es Severa, señora.

Y al verlas interesadas, continuó:

—Señora, si usted ha sido de acá, como me dijo el mozo Manuel, debe recordar a Severa, ¿no? —y añadió en voz más baja—: La negra mayor de don Carlos, pues. Por ahí le gusta venir de visita.

Su madre, algo tensa, aclaró:

—Oh, sí; ahora me acuerdo.

—¿Se ha retirado del servicio, entonces? —insistió Ignacia.

Clotilde contestó con una sonrisa maliciosa:

—No del todo; cada tanto se allega y les da un tirón de orejas a las chicas para que se porten bien.

Sólo a la tarde, mientras le daba de comer al halcón con una de las jóvenes de servicio, Ignacia se enteró de que Severa había muerto hacía unos años.

A partir de aquel día, la joven solía sentarse con las morenas bajo el parral del fondo, mientras separaban la cáscara del maíz, para hacer afrecho, y contaban historias de la negra. A veces, si se hacía lerdo el trabajo por falta de brisa que las ayudara, una de las chicas gritaba: «¡M'aber, Severita, si manda un chiflido pa que venga el aire!».

Y una tarde, un fuerte silbido, salido no se sabía de dónde, las hizo huir en desbandada al tiempo que un manotazo de viento les enredaba las faldas y encrespaba al halcón.

Desde la cocina, las chicas se asomaron a espiar cómo la señorita Ignacia se cansaba de llamar al pájaro para que volviera, pues el animal, como si hubiera visto algo inquietante, sobrevolaba los techos y los árboles, sin querer descender. La joven tuvo que permanecer en el patio hasta que se hizo oscuro, hora en que el halcón, con una especie de cloqueo, se posó finalmente en su mano enguantada.

Las criadas comentaron esa noche la sencillez con que la señorita las trataba, cómo le gustaba escucharlas, y recordaron a la niña Luz, que solía sentarse a tomar mate con ellas y a bromear junto a Severa cuando contaba historias de la familia.

—¿Te acordás cómo la quería la niña a la Calandria? —dijo Fe esa noche a Nombre de Dios.

—Como hermana... —balbuceó la otra, medio dormida.

—De leche, eran. Severa les dio de mamar a las dos.

—Esa negra tenía teta para diez.

Y recordaron los amores del mozo Fernando con la mulata. No se hablaba de ellos en los salones, sino en las cocinas, en la fuente pública, en los ranchos de las orillas.

Alguien, alguna vez, les pondría letra y música y se enredarían entre las cuerdas de una guitarra, bajo algún algarrobo, o entre las ramas de los sauces, a la orilla del Suquía.

No sabían que Calandria, desde hacía dos noches y a unas cuerdas de allí, arrastraba una larga agonía, asistida por un médico, cuidada por Antonia y protegida por Farrell.

La Navidad de 1840 fue una de las más tristes que recordara la ciudad. La sangre de los opositores corría a baldes. Se habían instalado «mataderos» en varios puntos, uno de ellos muy cerca de la Iglesia del Pilar, donde se enterraba en fosas comunes a los asesinados, negándoseles a los familiares la entrega de los cuerpos. Había otro cerca del Paseo del Virrey Sobre Monte, en el mismo lugar donde muchos ciudadanos habían donado dinero para levantar un templo bajo la advocación de San José. La ironía estribaba en que algunos de esos contribuyentes fueron asesinados en aquel barrial de sangre.

Nuevamente la ciudad había quedado en manos de soldados y habitada por una mayoría de mujeres solas: muchos hombres, al ver que ni la filiación federal ni la amistad y el respeto del gobernador López «Quebracho» alcanzaban a protegerlos de aquella turba feroz, habían huido a sus casas de campo, a otras provincias, a países limítrofes y, los más comprometidos, al monte, a las cuevas, a vivir como salvajes.

Faltaba mercadería, porque a veces las carretas que entraban a la ciudad con suministros eran requisadas por los federales o asaltadas por los dispersos de las fuerzas unitarias, y porque muchos comerciantes, expoliados sistemáticamente, sacaban de circulación cuanto podían.

Sólo las cabezas más altas del ejército y los grupos más comprometidos con el régimen no pasaban apuros.

La vida social se retraía, y aquello no ayudaba a la inserción de las Arias de Ulloa en las familias que, en otros tiempos, les hubieran dado una acogida cordial.

A pesar de que la Navidad pasó casi desapercibida, más a puertas cerradas que a Catedral de fiesta, el año no terminó sin una invitación, que provino de la señora del gobernador López. A pesar de que este andaba castigando a las tribus ranqueles, en el sur, su mujer decidió, junto con los Arredondo, dar un sarao la noche del 31 de diciembre.

Doña Leonarda dudó, pues no tenía deseos de salir, a pesar de que se hacía en honor de los generales Oribe y Pacheco.

—Cómo no ha de ir usted —le dijo Clotilde mientras le rendía cuentas de los gastos—. Hasta misia Francisquita, que hace rato no se apesencia en ningún lado, va a ir. Como la dan las gobernadoras, y ella es muy de su amistad...

—A Manuel le caerá mal que no nos presentemos, mamá. Ya demasiado recelo despierta con lo que pasa.

—Bien le está. Ha soltado a los diablos y ahora no hay quién los sujete.

—No nos toca a nosotras criticar su política, que no somos de acá.

—Tú, no; pero yo, sí.

Ignacia guardó silencio. También ella estaba impresionada por las cosas que pasaban. Noches atrás, la había despertado la famosa «Trágala» entonada por las ménades que seguían a aquel ser grotesco, no por infeliz menos peligroso, llamado Monitor. Acompañadas por música de bombos, aquellas furias desgredadas repetían obsesivamente, mientras golpeaban con puños y palos las puertas o ventanas de reconocidos unitarios, un versito amenazador que decía:

Trágala,

Traga la Federación.

Días antes, había preguntado a Cáceres, que siempre las visitaba, si no sería mejor dejar la ciudad e irse a las sierras.

—No, Ignacia. Allá estarán menos protegidas. Los ejércitos andan por toda la campaña y los desertores unitarios han formado bandas que asaltan y matan por una gallina. Acá, al menos, están amparadas.

—¿Y qué será de nosotras cuando se vayan Oribe y Pacheco?

—Es posible que entonces, si Rosas no nos depara otra ordalía, respiremos un poco. Cuando se retiren los santafesinos y los porteños, quedará don Manuel López, o Arredondo, que es un caballero, como su delegado. Ninguno de ellos permitirá desmanes. Créame, Ignacia, los cordobeses somos mesurados hasta para odiar.

Y la dejó pensando, mientras él iba a encerrarse con su madre en el despacho, para tratar cosas que ella ignoraba. Una vez, desde el zaguán, lo oyó advertirle:

—Doña Leonarda, yo creo que usted debería tomar ya disposiciones. Me siento incómodo con esta situación. Usted sabe cómo mi familia ha estado unida a la de los Osorio...

Una historia de amor, se dijo Ignacia. ¿Quizá con el dueño de aquella casa, don Carlos, el padre de Fernando Osorio? ¿Una promesa no cumplida? ¿Quizá la familia no consideró, por entonces, suficientemente claro el linaje de su madre, para que emparentara con ellos? ¿Buscaba su madre venganza a través de tantos años, desde

tierras tan distantes, después de haber estado casada con otro hombre? ¿Y si ella no fuera hija de quien le había dado el apellido? ¿Y si fuera media hermana de aquel gigante rubio, que olía a laurel, dueño de una voz que la golpeaba suavemente en algún lugar sensible, bajo la cintura?

Realista y práctica a veces, su carácter tenía un dejo de romanticismo que había exacerbado su crianza en Galicia, donde cada mata tenía un don, cada correntada una ninfa y todo puente estaba guardado por algún espíritu.

18. A TRAVÉS DEL VELO OSCURO

«Partidas de mazorqueros encabezadas por Bárcena, un mayor Martínez y el oficial Costa, asaltaban las casas de familia, cometiendo cuanto acto repugnante y criminal es dable imaginar».

Ignacio Garzón, *Crónica de Córdoba, Tomo III*

CIUDAD DE CÓRDOBA
31 DE DICIEMBRE DE 1840

La reunión sería en casa del gobernador, situada en la calle Minerva —que pasaba por detrás del Cabildo y de la Catedral—, cerca de la cripta de los jesuitas.

Alrededor de la manzana donde vivían los López, las calles estaban limpias, regadas, libres de soldadesca y bien iluminadas. Dos enormes teas encendidas flameaban a cada lado de la puerta de calle, y había guardias uniformados en la vereda.

Las Ulloa llamaron la atención en cuanto entraron, doña Leonarda del brazo del general Oribe, Ignacia con el general Pacheco. Era insólito y mal visto todavía andar del brazo de un hombre que no fuese esposo o familiar, aunque las costumbres iban cambiando.

Como era de esperar, al momento de ser anunciadas se hizo un silencio notable, y un centenar de ojos se volvieron para observarlas.

Ambas vestían de negro, riguroso el de la señora, atenuado el de la joven por una esclavina y unos mitones de encaje blanco; sus ropas lucían extrañas a la moda local, sus joyas llamaban la atención, lo mismo que los zapatos de moaré donde reverberaban pequeños brillantes y hebillas de plata.

Una sensación de incomodidad entre la concurrencia creó la ausencia de algo punzó en sus atuendos. La señora de Arredondo hizo discretamente correr la voz de que, debido al luto reciente, y a que eran extranjeras, se las había eximido de usarlo.

Al verlas adelantarse en el salón, más de uno recordó la historia de la francesa que, años atrás, había llegado cargada de riquezas, con su hijo y un gigante negro, de terrible fama, al que alguien mandó calladamente a la tumba.

No hacía tanto de eso, y todos tenían en el umbral de la memoria los espantosos sucesos que derivaron de haber permitido que los De Bracy se introdujeran en la sociedad. Se supo después, por cartas llegadas de Francia, que *madame* Clementine había cimentado su fortuna entregando por dinero cientos de víctimas a la guillotina.

Hubert, su hijo, codiciado por cuanta madre tuviera hijas solteras, se había obsesionado con Laura Osorio y ante el rechazo de la joven, en un arranque de locura, se había introducido en La Antigua, la estancia de Ascochinga, con la intención de atacarla a puñaladas. Laura había quedado por un tiempo con la razón

alterada, y su amiga casi muerta por las innumerables heridas que recibiera. Era un milagro que siguiera viva.

De las recién llegadas, ya se sabían cosas extrañas, como que la señora no se presentaba en público sin el velo en la cara. En principio se pensó que tendría lepra, o una horrible cicatriz, u otro defecto repugnante, pero las criadas aseguraron que no, que era buena moza, y se cubría el rostro por una promesa que hizo a la muerte de su marido, el marqués.

La hija era más extraña: había traído con ella un halcón de cetrería, salía a practicar tiro de pistola acompañada por una mulata cerril, vestida de gaucho, que les hacía de cochera, y practicaba esgrima con alguno de los jóvenes oficiales de Pacheco.

Fue entrar doña Leonarda a la sala, amueblada con lujo y buen gusto, y darse cuenta de que la mitad de las familias cordobesas no estaban presentes. ¿Tantos unitarios había en Córdoba?, se sorprendió, pero el padre Ferdinando, que compartía con ella una amable conversación, le explicó luego que en Córdoba casi no había unitarios, pero sí federales —muchos gustaban llamarse «federalistas»— que se oponían a las facultades omnímodas que se atribuía el gobernador de Buenos Aires. Esos eran los que, de momento, estaban sufriendo las consecuencias.

El sarao discurría en un ambiente amable, luminoso, donde los grandes espejos reverberaban en las paredes y los criados de librea servían atentamente y cuidaban de que las copas se mantuvieran llenas.

Al fondo de la sala, rodeada de amigas y vecinos, tocaba el piano una de las hijas del gobernador.

Misia Francisquita, que miraba nerviosamente alrededor, como buscando a alguien, con Consuelo y las Núñez del Prado, junto a Farrell y la parentela de su esposa, formaban un grupo compacto, donde los abanicos se mecían sobre los rostros acalorados con un ritmo de pavana.

Las Arias de Ulloa estaban rodeadas por la familia del gobernador, de los Arredondo —don Claudio Antonio se había retirado un momento— y la oficialidad superior de los ejércitos federales.

En honor a las extranjeras, que no conocerían las danzas lugareñas, una orquesta de negros, a pedido de la gobernadora, inició un vals, que preludiaba el baile de la noche.

Al principio los generales, los funcionarios y los caballeros más cercanos al régimen de Quebracho solicitaron la compañía de las matronas, algunas de las cuales rehusaron el honor. Luego les tocó el turno a las jóvenes. Consuelo Achával fue reclamada por el comandante Farrell, mientras Oribe extendía la mano hacia Ignacia y el general Pacheco sacaba a la señora de don Claudio de Arredondo.

Con el movimiento de los invitados, misia Francisquita y doña Leonarda quedaron sentadas a poca distancia, sin nadie que se interpusiera entre ellas. La de Ulloa se abanicaba lentamente, siempre con el velo sobre el rostro, y la de Osorio,

inquieta porque buscaba con los ojos aquel fantasma que, días atrás, había visto entrando en coche a la ciudad, contenía el deseo de retirarse y observaba disimuladamente las alhajas y el atuendo de la otra. «¿Marquesas, a mí?», pensaba, recelando de cuanto extraño llegara con la maleta cargada de títulos de fantasía y de linajes inventados. Algo le llamó la atención en el movimiento de la mano de la señora, un color opaco, oscuro, que desdecía la finura de las otras joyas que lucía. Una hoja pareció caer en el estanque del recuerdo de misia Francisquita, y los tenues círculos formados se volvieron, a poco, más nítidos. Y cuando, con el pulso desatinado, levantó los ojos para escudriñar a través del velo de la mujer, vio reflejado en el espejo que estaba del otro lado de la habitación, entre las sombras de los cortinados que enmarcaban el piano, otro rostro, el que hubiera deseado no ver nunca más en su vida, el fantasma del coche. El hombre estaba en la penumbra, y un candelabro de pared le iluminaba la calva incipiente, el arco de las cejas, y dejaba en sombras sus ojos.

En aquel momento, un tumulto en el zaguán desvió su atención: unos gritos desaforados, un vozarrón aguardentoso, la hicieron mirar hacia la puerta.

Era Bárcena, no hacía falta que se lo presentaran. Vestido de paisano, en cabeza, entró en la sala tropezando contra las sillas.

La escena quedó paralizada y las parejas, como si jugaran a «las estatuas», en la pose en que, al detenerse la música, fueran sorprendidas. Sólo un violín gimió antes de callarse.

Cuando los presentes comprendieron que las manchas que oscurecían la ropa del «Tuerto» Bárcena eran de sangre y no de barro, un murmullo de desaprobación partió de los varones, y una especie de quejido se elevó desde donde estaban las damas. La señora de Arredondo, desesperada, buscó a su marido con la mirada, pero él aún no había regresado y ella, pálida, sin pronunciar palabra, se aferró al brazo de Pacheco.

Bárcena, trastabillando, manoteó la esquina de un mueble. Traía un poncho en la mano, en el que sostenía un bulto del tamaño de una sandía. Un reguero de sangre había marcado su paso vacilante a través del salón. El rostro feroz —afeado por el ojo maltrecho, que había perdido el parche—, tembloroso en el esfuerzo de respirar, mostraba una sonrisa ambigua, mezcla de mueca y rictus de satisfacción.

Con la lengua pastosa de alcohol, tartajeó que venía contento porque había degollado con sus propias manos a unos cuantos unitarios, y antes de que nadie pudiera preverlo, hizo el ademán que haría en una cancha de bochas, y arrojó lo que llevaba en el poncho por el piso del salón. La cabeza rodó como algo salido de un cuento de horror. Manchando el piso, salpicando a algunos, enredándose en sus propios cabellos, mostrando las venas claras o azuladas del cuello, fue a parar a los pies de la señora de Arredondo, manchándole el ruedo del vestido. La mujer soltó primero un quejido de repugnancia, pero al tiempo que retrocedía, creyó reconocer en aquellos despojos el rostro de su esposo.

Farrell avanzó sobre Bárcena, pero Consuelo, que temía lo que podía sucederle,

se prendió de su brazo. En ese momento, Oribe dio una orden a su edecán, y mientras la señora de Arredondo gritaba desesperadamente que habían matado a su marido, y corría como loca por la sala, trastabillando con su falda y llevándose por delante a la gente, el «Tuerto» fue arrastrado a la calle. Afuera, varios amigos tuvieron que contener a Farrell porque, fuera de sí, el comandante quería matarlo con sus propias manos.

En aquel momento, por la parte interior de la sala, regresaba Claudio Antonio de Arredondo, y uno de los hijos del gobernador López lo arrastró hacia donde su mujer aullaba incontinentemente, en el suelo, acurrucada contra un rincón.

Fue inútil que se lo mostraran, que él le hablara con ternura, que la alzara y abrazara, que cubriéndola con los brazos la arrastrara fuera del salón y de aquella cosa horrible que, con los ojos abiertos, marcados en la expresión del espanto, los contemplaba desde el centro del piso.

Las señoras, que se habían puesto de pie y apretaban las manos de sus hijas, querían abandonar la casa, pero no se atrevían a salir por la puerta principal, por miedo a los mazorqueros de Bárcena que, en la vereda, se habían trezado en una feroz discusión con los jefes cordobeses.

Alguien dijo: «¡Por los fondos!», y saltándose el ceremonial, huyeron por el interior de la casa, voltearon el portón de mulas, saltaron tapias, subieron a los techos. Hubo mujeres que, en la desesperación, treparon a los árboles, desgarrando sus ropas, para lanzarse desde allí a la casa vecina, antes de que una orden vociferada por Pacheco dejara vacía la calle del frente. Un coro de perros les servía de fondo.

Misia Francisquita, de pie y apoyada firmemente en el bastón, era una de las pocas que había quedado en medio de la sala, conteniendo con el brazo extendido a las mujeres de su familia. Estaba determinada a salir por el frente, aunque fuera en medio de los verdugos, tal cual había salido de la Catedral, sitiada por los hombres de Quiroga, antes de la batalla de La Tablada. Pero alguien más parecía haber pensado lo mismo: doña Leonarda, del brazo de Manuel Cáceres, se dirigía hacia la puerta de entrada; Ignacia, acompañada por el padre Ferdinando, caminó detrás de ambas. Las señoras se encontraron bajo el dintel. Por un momento, ante los escalones, la oscuridad y los hombres que discutían acaloradamente en la vereda, doña Leonarda se levantó el velo de encaje. Volvió a distinguir misia Francisquita aquel raro anillo, una piedra sin valor colocada en el dedo medio y rodeada de piezas más finas; sin poder contenerse, la miró francamente, justo en el momento en que la otra, advertida, dejaba caer el velo. Si no salió una exclamación de su boca fue porque la impresión que recibió, al ver el rostro de la de Ulloa, la dejó sin voz.

Pacheco ordenó a uno de sus edecanes que acompañara a doña Leonarda y su hija hasta la casa, y Manuel Cáceres se les unió a una seña de la señora.

Farrell luchaba con las mujeres de su familia, que estaban histéricas, a las que metía en el coche casi a empujones, mientras el padre Ferdinando y Consuelo hacían lo mismo con las Núñez del Prado, que ocuparon el del doctor De la Mota. Misia

Francisquita, sin embargo, quedó plantada en la vereda, pues había distinguido, del otro lado de la calle, como si fuera apenas una sombra perfilada, a aquel desconocido que ella llamara fantasma; el hombre miraba hacia ellas, los pulgares en el chaleco, algo encorvado, la cabeza inclinada, con aspecto de mochuelo. Un escalofrío la sacudió, y se volvió hacia De la Mota, presionando sobre su brazo.

—¿Conoces a aquel hombre?

Don Teodomiro levantó los ojos impacientes, pero enseguida su mirada se volvió asombro.

—Dios santo, Francisca. Si es Toribio. Debe hacer treinta años que no se deja ver por Córdoba.

—No puede ser, esto no puede estar sucediendo...

—Bueno, Paquita, no es para tanto... —la frenó el abogado. «Lo único que falta, que hasta ella, que siempre es tan sensata, se me trastorne», se impacientó, y en cuanto se acomodaron en el coche comenzó a reprender a las mujeres para que moderaran sus llantos.

Finalmente, el mercedario lo consiguió al sacar el rosario y comenzar a rezar por el alma de los asesinados durante la noche de San Silvestre. Sin dudarlo, el coro femenino lo secundó, salvo misia Francisquita, que seguía muda, la vista fija en la negrura de la calle. Salió de su mutismo pidiendo que dejaran a sus cuñadas en casa de ellas, y en cuanto las mujeres hubieron cerrado la puerta de calle, se volvió nerviosamente hacia el abogado.

—Teodomiro, llévame a casa de esa mujer, la no-sé-cuántos de Ulloa.

—¡Por Dios, Francisca, que no estamos para veladas a esta hora!

—Entonces, que detengan los caballos. Iré a pie.

—Yo la acompaño —la apoyó Consuelo.

—¡Ni lo pienses! —Se plantó el señorón—. ¡Ferdinando, haz que entren en razón!

El sacerdote, pensando que el episodio presenciado había desquiciado a su prima, trató de hacerla desistir, pero ella se puso aun más furiosa.

—Pero ¿qué se creen, que soy idiota? Si quiero ir allá es porque no dormiré esta noche sin saber si lo que he creído... lo que he visto...

Tomando aire, con una mano sobre el corazón, explicó ante la sorpresa de los otros:

—Creo que sé quién es esa mujer.

Y volviéndose hacia su amigo de toda la vida, le apretó la mano:

—¡Por mis antepasados, Teo, tienen que acompañarme, porque les juro que necesitaré de un notario y de un cura para soportar lo que está sucediendo!

Un breve silencio, y el doctor De la Mota asomó la cabeza por la ventanilla y ordenó al conductor que se dirigiera a la que fuera la casa de don Carlos Osorio. Los caballos aminoraron el paso y dieron una suave curva antes de emprender la subida hacia el Alto de San Francisco. A mitad de camino de la Plaza de Armas, a treinta

metros sobre la calle que la cruzaba hacia el río, se levantaba la casona.

—Dos fantasmas en la misma ciudad son demasiado para mí —murmuró misia Francisquita, sin que nadie se tomara el trabajo de entenderla. Cuando se acomodó el monóculo, vio que las Arias de Ulloa estaban en la puerta, como esperándolos.

19. «DE ALMA FÚLGIDA Y CARNE SOMBRÍA»

«*Mi alma es frente a tu alma*
como el mar frente al cielo:
pasarán entre ellas, tal la sombra de un vuelo,
¡la Tormenta y el Tiempo y la Vida y la Muerte!».

Delmira Agustini, *Desde lejos*

CIUDAD DE CÓRDOBA
31 DE DICIEMBRE DE 1840

Si bien su casa estaba cerca de la del gobernador, Farrell prefirió usar el coche, por temor a desplazarse con las mujeres por la calle una noche en que los mazorqueros parecían haberse vuelto locos. Ya casi estaban a salvo, cuando oyó el galope de varios caballos que venían detrás de ellos. Se volvió por la ventanilla y vio una decena de hombres emponchados, con los rostros a medias tapados por la prenda que levantaba el viento, y sin cuidarse de asustar a sus cuñadas tanteó buscando la pistola y el cuchillo que había escondido bajo el asiento del coche. Pero al llegar a uno de los pocos postes iluminados, los jinetes los pasaron, siempre al galope parejo, y el rostro del que parecía ser el jefe quedó al descubierto. Doña Mercedes, con una exclamación, sacudió el brazo de su marido:

—¡Farrell, Farrell, es el Payo; el Payo con sus hombres!

—¿Está segura?

Y sacando medio cuerpo por la ventanilla del coche, el comandante instó a Serafín a que apurara los caballos y, al acercarse a los jinetes, comenzó a vociferar: «¡Payo, Payo!», coreado por su mujer y sus cuñadas.

El jinete dudó; sofrenó el caballo y lo volvió en media luna. El coche paró y el comandante descendió, acercándose a él.

—¿Tío Eduardo?

Fernando era un fantasma de sí mismo. Ya lo sabía, entonces, suspiró Farrell, y dio gracias a Dios por no tener que explicarle nada. Osorio bajó del caballo y se abrazaron estrechamente, el joven temblando y con la garganta cerrada. Farrell sintió una humedad de lágrimas en la mejilla.

—¿Dónde está?

—Primero vamos a casa, a que veas a tu hijo.

Él, como si no fuera capaz de tomar decisión alguna, asintió con la cabeza; recogió las riendas, pero el llamado de doña Mercedes lo hizo regresar al coche y, a través de la puerta abierta, se abrazaron sin palabras.

—Lucián está bien —murmuró la señora—. No te preocupes por él, que lo tenemos bien cuidado.

Entraron a la casa por los portones del fondo, con coche y jinetes, y trancaron la

entrada. Mientras los hombres de Fernando desmontaban, él, hosco, flaco, consumido, se quitó el poncho y, mudo, siguió a sus tíos a través de los patios.

Nadie hablaba; toda palabra, toda expresión parecía miserablemente pobre ante el dolor que campeaba sobre ellos. En silencio atravesaron los corredores y llegaron a la pieza de doña Mercedes. Una pequeña luz parpadeaba adentro. Había una cama en un rincón. Farrell tomó la palmatoria e iluminó las figuras que yacían en el lecho: una chiquilla y Lucián que, con la boca abierta, la cabeza sobre el brazo de la morena, dormía profundamente. Fernando, temiendo despertarlo, se inclinó y le tocó suavemente el cabello crespo y renegrado, le rozó la línea de la mejilla con el dorso de la mano, y cuando la chiquilla despertó, espantada, se llevó un dedo a los labios, reclamándole silencio mientras retrocedía hacia el centro de la habitación. Bajó el rostro, escondiendo el dolor en la penumbra apenas iluminada por la llama temblorosa.

Farrell le palmeó la espalda y salieron a la galería del segundo patio. Mandó a sus cuñadas a la cama, encargó a Serafín que trajera algo de comer, y pasaron a una de las salas domésticas, donde encendió los candelabros y le sirvió una caña; Fernando, que se había desplomado en un sillón, se la bebió de un trago y extendió la copa por más.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar después de pasarse el dorso de la mano, como al descuido, por los párpados.

—En casa de Consuelo. Su madre está internada en las Teresas, sólo quedan Antonia y una criada. Ellas la cuidan todo el día, con Cora, nuestra Cora, la que cuidó de Laura, ¿te acuerdas? La hice venir de las sierras. Entre ellas y el doctor Tamini hacen lo humanamente posible.

—¿Tamini? —preguntó Fernando, desconcertado.

—Pizarro nos recomendó consultarlo; es un médico italiano, de lo mejor que hay. Atiende a Quebracho.

—Las monjitas le dedican una cadena de oración —dijo doña Mercedes—. Tu hijo está bien, sólo que la extraña, y te extraña a ti. Pero le dijimos que pronto vendrías.

Fernando dejó la copa al borde de la mesa, recogió el poncho y el sombrero y dijo:

—Después me cuentan. Ahora quiero verla.

Mientras salían, doña Mercedes pellizcó a Farrell y susurró:

—Eduardo, tiene que traerlo de vuelta.

—Él hará lo que quiera, Mecha. Sabe que su hijo está a salvo contigo, y creo que va entendiendo que a su mujer la pierde. Deja que tome sus decisiones por ahora, que ya después podremos incordiarlo.

Era tal el estado de aflicción de la señora, que ni siquiera protestó ante la palabrota. Pasó la carne a una servilleta, hizo un atado, y le dijo a Serafín que se la diera a Camargo, por si Fernando tenía hambre de pronto.

—Y llévala la caña, por si acaso —susurró al chico—. Falta les va a hacer.

Y viendo los ojos del muchachito brillar de picardía, le dio un tirón de orejas amenazándolo con olerle la boca cuando volviera.

Salieron de la casa nuevamente por los fondos, montados y en compañía de Camargo, el ayudante de Farrell, y uno de los hombres de Fernando, Benito Cepeda, por si se topaban con provocadores.

—¿Y el hijo de Oroncio? —preguntó Farrell, sorprendido de que no hubiera venido con él; los Videla eran, por varias generaciones, los hombres de confianza de los Osorio.

—Le encargué los partes para Quebracho. Oroncio se quedó para fortificar la casa; no estoy seguro de que esto haya acabado —dijo Fernando, sin comentar su llegada a la estancia.

Farrell iba explicándole lo que sucedía en la ciudad, para que supiera cómo debían moverse por aquellos días, cuando sintieron un tropel de caballos, tiros y voces. El comandante se llevó rápidamente la mano a la pistola calzada en el cinturón, y la amortilló, pero sin mostrarla. Por la esquina apenas iluminada apareció una partida de seis mazorqueros cortándoles el paso. Venían borrachos, y Fernando sintió un fuego en el estómago al oír las tonadas santafesinas y porteñas y al ver la prepotencia con que los encararon. Eran hombres reclutados de los estratos más bajos de la sociedad, que parecían deleitarse en producir temor en dos caballeros con sus ayudantes.

—Los pases —dijo uno haciendo castañetear los dedos hacia ellos.

Camargo, resentido por la provocación, le advirtió:

—Pare, hombre; está hablando con gente de bien.

—A mí se me hace que hablo con cajetillas unitarios —lo provocó el otro.

—Caje... tillas... traidores... —tartamudeó uno que venía rezagado.

Fernando, impaciente por seguir su camino, les advirtió:

—Soy enviado del gobernador López.

Hubo risas, palabras soeces contra el gobernador, burlas sobre los cordobeses que «comían piquillín», vivas a Bárcena, al Restaurador y alusiones escatológicas sobre lo que les harían a los «inmundos traidores».

El más sobrio del grupo insistió en que le mostraran los pases, y Farrell, temiendo que la situación se volviera incontrolable, se dispuso a sacar el arma, pero Fernando lo detuvo con la mirada mientras dispensaba un gesto conciliador hacia el cabecilla.

—Está bien, está bien —lo aplacó—. Si acá todos somos amigos del orden. A ver, en cuál la puse...

Y se inclinó sobre su bota, donde ocultaba la pistola inglesa que Luz le regalara hacía años. Mientras simulaba que le costaba sacar el papel, hizo una seña a Farrell, que permanecía atento.

—Y está firmada por el mismísimo Restaurador... —Fernando no esperó a incorporarse para disparar: apuntó hacia arriba y Farrell disparó casi junto con él, a tiempo que Camargo y Cepeda, con los cuchillos en la mano, se lanzaban sobre los

otros. En un santiamén cuatro estaban muertos o moribundos. Los otros dos hicieron recular los caballos y soltaron una andanada de insultos antes de salir al galope.

—¡Siga nomás, comandante —gritó Camargo—, que nosotros nos encargamos!

Y junto a Cepeda espolearon los caballos en persecución de los mazorqueros que, no conociendo bien la zona, galopaban en derechura hacia una de las partes más altas de las barrancas que daban al río.

Antonia oyó los caballos rodeando la casa y pensó que debía ser el comandante con Fernando Osorio.

Levantó un poco la mecha de la lámpara, se enjugó los ojos con agua de la palangana y, con las manos húmedas, se alisó primero el pelo y luego el delantal. Abrió la puerta del dormitorio donde padecía Calandria y encontró la impenetrable mirada indígena de Cora.

—Creo que ha llegado el marido —le dijo, con la voz arrugada de sueño.

La india, que estaba acurrucada en una mecedora, al lado de la cama, asintió con la cabeza, y ella también se puso de pie, se desperezó y bebió de un vaso que mantenía sobre la mesita. Mientras cerraba la puerta, la mujer vio que tomaba una sarta de piedras que llevaba oculta entre la ropa, y agachándose mientras movía los labios sin que se oyera una voz, rozó con ella la frente de la mulata.

Antonia cerró sin ruido y sacudió la cabeza; la india le encrespaba la piel, aunque no sabía por qué, ya que era tranquila, sin exigencias, silenciosa. Raras veces hacía un comentario, aunque una tarde, después de rezar el rosario, cuando Calandria cayó en un estado de pesado sopor y ella dijo que temía que se muriese antes de que llegara el marido, Cora le contestó:

—Todavía no va a morir. Aguanta porque lo está esperando.

En el corredor retumbaron las botas de los dos hombres, y Antonia se apresuró a abrirles la puerta.

Pocas veces había visto al hijo de don Carlos, pues el Payo había vivido más en el campo que en la ciudad. La sorprendió su altura, su corpulencia, la apostura de sus facciones y la desesperación que se notaba en sus ojos.

El comandante se adelantó quitándose el sombrero y presentándola a su sobrino.

—¿Cómo está?

—Tranquila. Hace un rato se fue el doctor Tamini.

—¿Y Cora?

—No se mueve de su lado.

Con un «Vamos», Farrell se adelantó hacia el dormitorio. Por un instante, con la mano en el picaporte, se detuvo y miró a la criadita y a Antonia, que dieron media vuelta y salieron al corredor. Luego, sin poder sostener la mirada de Fernando, dijo:

—Valor, sobrino —y cuando el otro asintió con la cabeza, abrió la puerta de la habitación.

Fernando quedó paralizado por unos instantes, la vista fija en una chispa que parecía venir por un río negro hacia él. Demoró en comprender que era Cora, la inefable Cora, la despenadora, la «yuyera», la mujer que decían podía estar en varios lados a un mismo tiempo, la que podía hacer que un corazón volviera a latir, o que un corazón dejara de latir, simplemente cantándole. Era ella quien traía un vaso de vidrio donde flotaba un pabilo encendido en un poco de aceite, como si le ofreciera, hecho llama contenida en cristal, el corazón de Calandria.

Con un sudor ardiente, comprendió que, una vez que atravesara aquel umbral, no volvería a ser el mismo.

20. UN COSTAL DE DISPARATES

«¡Ea! ¡Vamos adentro!, que no quiero que si pasa alguien se entere de lo que os digo; que secreto de muchos no es secreto de ninguno, y de lo que hace la mano derecha no le des cuenta a la izquierda; y os daré también un real para la fiesta, porque el dar limosna no amengua la bolsa».

Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana*

CIUDAD DE CÓRDOBA
ENERO DE 1841

Después de la sangrienta noche de San Silvestre, Córdoba quedó como encerrada en sí misma, rogando que las tropas de Oribe salieran a perseguir a Lavalle y a La Madrid, o que alguien acabara con el «Tuerto» Bárcena antes de que él acabara con los hombres que todavía quedaban en la ciudad. Ya corrían, para consternación de todos, los nombres de varios de los asesinados: uno era don Lázaro Bravo Díaz, sobrino de José Javier Díaz, vecino influyente; junto con él se había degollado a don Francisco Ramos Mejía, y lo que llenó de pavor: nada menos que a Andrés San Millán, «federal neto». En la alborada del primer día de enero, las criadas que, bostezando, iban por agua a la fuente del Marqués de Sobre Monte, huyeron dando alaridos al ver las cabezas ensangrentadas sobre un banco de la Alameda y colocadas, por una broma macabra, como si departieran entre ellas.

A medida que se indagaba, otros nombres se fueron sumando a aquellos. Por otra parte, la salud de la señora de don Claudio Antonio de Arredondo, contrario a lo que se pensara en el primer momento, no mejoraba, sino que su demencia parecía empeorar con el tumulto de las calles, con las campanas doblando a difunto, con los cascotes de los caballos repicando sobre el empedrado como disparos de metralla. Nadie encontraba palabras para consolar tanto a don Claudio como a la familia de ella, que era hija del difunto brigadier Juan Bautista Bustos, que fuera gobernador de Córdoba, recordado con respeto aun fuera de la provincia.

El hecho tomó un cariz político cuando las recriminaciones a los jefes federales empezaron a cundir a voces en la gobernación, de sala a sala, sin cuidado de que fueran escuchadas por los oficiales de Rosas.

Pero una maraña de habladurías de muy diferente tono puso un toque de alivio entre las señoras. Las traían las criadas que salían a encargarse de algún recado urgente, y que volvían con toda suerte de cuentos en los bolsillos.

Uno de ellos: que misia Francisquita se había presentado, sobre el filo de la medianoche, en la puerta de «las portuguesas», como algunos llamaban a las recién llegadas, y que a partir de ahí, ambas señoras se habían abrazado. Clotilde y Martina negaban saber nada del asunto... cosa que nadie creía.

No se alcanzaba a agotar el tema cuando otra de las morenas llegaba anunciando

que habían sorprendido al comandante Farrell saltando la tapia de la casa de Consuelo, donde por esos días sólo vivía Antonia, una parienta lejana de los Achával, mujer que nunca había dado que hablar... hasta ese momento.

Pero tal cuento quedaba olvidado cuando una visita anunciaba que no era Farrell, sino el mismísimo y desde hacía años desaparecido Fernando Osorio el que entraba y salía de aquel lugar como si fuera propio; que habían visto llegar angarillas con heridos; que se había traído a la india de los Farrell desde Ascochinga; que aquella casa se había vuelto ahora, con misia Josefita en las Teresas, un burdel para caballeros de distinción: ¡si hasta el doctor Tamini se presentaba con su valijín, haciendo como que iba a visitar enfermos!

Claro que eso no duraría, porque la mismísima doña Mercedes, acompañada por el padre Ferdinando, se había llevado a Farrell de vuelta al hogar, llorosa la señora, pero triunfante. ¿Y el morenito que estaba criando, precioso y de ojos azules? ¿Sería de Farrell, a quien desde joven le atraía la sangre oscura? No era la primera vez que una esposa sin hijos criaba al ilegítimo de su marido como si fuera propio. Esas largas temporadas que el comandante pasaba en El Oratorio, y Cora, que no era de mal ver...

Pero ya Mercedes se había encargado de mandarla a la sierra, con sus yuyos y sus silencios que otorgaban misterios.

Otros dichos eran que Fernando Osorio estaba en la ciudad, pero que su tía no sabía de eso, y que en cuanto lo supiese, le daría un patatús de aquellos, porque misia Francisquita era muy sanguínea; que el halcón de las Arias de Ulloa había matado a todos los pájaros de la cuadra, incluyendo las mascotas plumudas que se guardaban en jaulas, y hasta había picoteado al mastín de los Bustamante cuando le gruñó a la señorita, al pasar por la vereda que él guardaba. El perrazo huyó ante el ataque que le cayó del cielo, porque al parecer el bicho seguía por el aire a su dueña.

Entre tantas cosas sorprendentes, un hecho pasó desapercibido: la desaparición de seis mazorqueros.

Cuando fueron a decirle a Bárcena que no se habían presentado en dos días, este mandó que se patrullara la ciudad buscándolos. Y aunque no quedó pulpería ni burdel sin cepillar, ni ranchos de la costa sin revisar, no dieron con ellos.

—La putísima redención —barbotó Bárcena en medio de su borrachera—. En cuanto aparezcan, los degüello.

No sospecharon que les hubiera pasado algo, puesto que no dieron con los caballos, que solían quedar sueltos, pues la posesión de un animal del gobierno podía acarrear la muerte al que lo montara.

Con el ingenio del residente que lucha contra el invasor, los hombres de Fernando, guiados por Camargo, habían entregado los cuerpos, la misma noche de la escaramuza, a los guardianes de la Iglesia del Pilar; los muertos iban desnudos, como

si fueran ajusticiados por los hombres de Bárcena.

Los encargados de la fosa común, dos sacristanes del templo llamados Hermógenes Casas y Antonio Matos, estaban desvelados y rendidos de cansancio. Los hombres de Bárcena los tenían amenazados para que permanecieran en guardia durante todas las horas del día y de la noche. Los asesinados debían ser enterrados antes del amanecer, para que los parientes no pudieran ver los cuerpos ni reclamarlos.

Los muertos eran llevados por los mismos verdugos, a veces en carros, otras arrastrados a lazo, siempre desnudos, a veces sin cabeza.

Camargo, Cepeda y varios peones de Los Algarrobos no alcanzaron a retirarse de allí cuando oyeron el siniestro golpeteo del pisón que aplastaba los cuerpos cubiertos por una delgada capa de tierra. En medio de la oscuridad, dos muchachitos, alumbrados por un candil, abrían fosas nuevas para los ejecutados que llegarían durante el día siguiente.

Los caballos de los mazorqueros fueron llevados a El Pueblito, barrio de indios tan viejo como la ciudad, donde ni los mazorqueros se atrevían a entrar porque eran atacados desde los árboles, los matorrales o la cresta de las barrancas, con flechas y pedradas, sin que pudieran ver a nadie.

—Hay que cuidar los animales... —comentó Camargo, mientras mateaban, al amanecer, en el rancho de la mujer que hacía años se entendía con él. El olor del pan recién horneado que ella iba envolviendo en paños toscos pero limpiísimos les hacía agua la boca—. ...para cuando llegue la hora del escarmiento.

También las chaquetillas coloradas y los bonetes mazorqueros fueron escondidos, maliciando que pudieran necesitarlos.

Sin saberlo, habían comenzado la primera resistencia a los desmanes de Bárcena.

A pesar de tantos comentarios que iban de criada a ama y de esclavo a caballero, muy pocos sabían qué había pasado la noche de San Silvestre entre misia Francisquita y la Arias de Ulloa.

Aquella noche, cuando el cochero saltó del pescante para abrir la portezuela, encontró que misia Francisca, casi fuera de sí, había manoteado el picaporte y lo apuraba para que bajara la gradilla del estribo. Detrás de ella descendieron Consuelo, el doctor De la Mota y el padre Ferdinando.

Las Arias de Ulloa esperaban en la vereda, acompañadas de Manuel Cáceres, que se adelantó a hablar con la de Osorio.

—Permítame explicarle, doña Francisca...

—Hazte a un lado, hijo —dijo ella, dándole en las rodillas con el bastón—. Tú y yo hablaremos más tarde.

Doña Leonarda, con aire de emperatriz, las manos unidas sobre la cintura, no le cedió un paso a la malhumorada señora; Ignacia, aunque no entendía nada, se mostraba serena.

Las criadas abrieron la puerta sin encender los faroles, pero misia Francisca volvió a levantar el bastón y ordenó secamente:

—Aunque no te veo, Clotilde, sé que estás, así que llévate a las chicas y te encierras con ellas. No quiero a nadie ni en el patio ni en el zaguán.

Un cuchicheo nervioso, unas pisadas amortiguadas por los pies descalzos sobre las baldosas se perdieron en la oscuridad, remarcadas por el chancleteo malhumorado de Clotilde, que no estaba acostumbrada a aquel trato.

En el silencio que se hizo, doña Leonarda dijo en un tono de voz que Ignacia no le conocía:

—Veo que los años no te han domado el carácter, Panchita.

Al oír su voz, misia Francisquita pareció vacilar sobre sus piernas, y los hombres tuvieron que sostenerla.

—¿Es posible que seas tú —dijo, como temiendo engañarse—, o la memoria me está jugando una mala pasada?

Doña Leonarda se adelantó y, ya frente a ella, levantó el velo que le cubría el rostro, pálido a la luz azogada de la luna.

—No te engañas, querida. Soy Leonor, en cuerpo y alma. —Y le echó los brazos al cuello mientras se estrechaban, llorando ambas y pronunciando frases que los presentes no alcanzaban a entender.

El primero en salir de su estupor fue el padre Ferdinando.

—¿Leonor dijiste? ¿La Leonor que...? ¿Es posible? ¿Eres tú, realmente?

La de Ulloa, secándose los ojos, pero con una sonrisa que la volvía niña, estiró el brazo y apretó, en un ademán íntimo, de sangre compartida, la mano del religioso, llamándolo por su nombre de bautismo:

—Sí, querido Servando. Soy tu prima, que ha vuelto a casa.

Los testigos guardaron el secreto de lo que sucedió entonces: misia Francisquita, perdido el empaque, sollozaba con la cabeza apoyada en el hombro de la otra mientras la de Ulloa le besaba la frente y le acariciaba el pelo, conteniéndola entre sus brazos.

Don Teodomiro, saliendo de aquella siesta mental en que parecía flotar casi todo el tiempo, abrió los ojos y dijo, al igual que cuando viera al fantasma frente a la casa de López «Quebracho»:

—Dios Santo, Francisca, si es Leonorcita... Debe hacer treinta años que falta de Córdoba...

Las únicas que no entendían nada eran las jóvenes. Consuelo e Ignacia se miraron y siguieron a las mujeres. Detrás, y algo cohibido, caminaba Cáceres. Ignacia le susurró en el zaguán: «Ya me entenderé con usted, señor notario, que me ha estado ocultando cosas».

Manuel tartamudeó excusas que ella, por inquietarlo, hizo como que no quería oír. Al llegar al corredor que daba al aljibe, sobre la puerta cancel que dividía los dos patios, distinguieron unas sombras que huían, nerviosas, aunque sin irse muy lejos.

Doña Leonarda levantó la voz:

—Clotilde, que las chicas traigan luz a la sala grande. Mucha luz, toda la luz que puedan.

—Y una copita de algo. Estoy que desfallezco con tantos sobresaltos —pidió el doctor De la Mota con la voz aflautada que le salía cuando se ponía nervioso.

Las dos jóvenes se miraron de reojo. Una sonrisa cordial partió de Consuelo; Ignacia le respondió con otra al tiempo que se alzaba de hombros como diciéndole: «Yo tampoco entiendo nada».

21. CONDENARSE AMANDO

«El amor es atroz como el infierno,
candente red, que no deleite blando,
mas sólo es digno del amor eterno
aquel que sabe condenarse amando».

Leopoldo Lugones, *El tesoro*

CÓRDOBA
ENERO DE 1841

A la mañana siguiente, misia Francisquita hizo sonar la campanilla muy temprano —rareza que alertó a las criadas— y después de permanecer en silencio mientras la ayudaban a vestirse y la peinaban, hizo llamar a Martina.

Consuelo había ido al convento de las Teresas a visitar a su madre.

—Mi hermana Leonor ha regresado de Dios sabe dónde. Hoy vendrá a comer, así que pongan la mesa para cuatro, pues tiene una hija. —Y satisfecha de haber dejado a la negra boquiabierta, sonrió con malicia—. Es la que se hace llamar Arias de Ulloa. ¿Vas a decirme que no sabías nada?

—No sabía —puntualizó Martina, reponiéndose—. En de no, yo misma la hubiera ido a ver. Y sin decirle a usted —remarcó, molesta por la desconfianza de la señora. «Pero sí sé otras cosas», pensó mientras bajaba a los patios, «que no te van a gustar. Querría estar lejos cuando te enteres».

Porque si bien Fernando Osorio no se dejaba ver mucho, ya comenzaba a decirse que tenía una mujer en Córdoba, y se especulaba, además, sobre la criatura que estaba criando doña Mercedes. Y cuando se levantara la perdiz, alguien iba a afinar la puntería.

De todos modos, tuvo que hacer un esfuerzo para reponerse de la sorpresa. Cuando la niña Leonorcita —como solían decirle— se ausentó, ambas tenían algo menos de veinte años. «A mi Nacho no lo habían muerto los chilenos todavía», recordó Martina al Osorio que fuera su amante. No podía equivocarse: jamás iba a olvidar la fecha en que se hizo el aborto, que fue poco después de que Leonor dejara la casa y escapara con aquel muchacho, el profesor de... ¿de qué sería? Ni se acordaba.

¡Qué linda era, y qué atrevida! No le temía a Dios ni al Diablo, y quizá fue el mismísimo Mandinga quien le tendió la trampa. Eso, o el alma del indio que pintaba capillas que don Ignacio de Osorio y Luna —en los albores de la familia— había mandado martirizar porque su mujer, doña Blanca, se había enamorado de él. La gente morena creía que el alma en pena todavía se dedicaba a cobrarles, en la vida de los varones y en la honra de las mujeres, su propia muerte.

Sí, se pasó Martina el delantal por la cara retinta; quizá tantas desgracias se

debieran al vengativo. Alguien debería dar unas misas para que partiera adonde Dios quisiese y dejara de hacer estropicio entre los vivos.

Inquieta frente a la olla donde, imaginariamente, borboteaba el pasado, tomó un balde de maíz y comenzó a alimentar las gallinas pensando en la niña, que había regresado después de tantos años. El Infierno no parecía haberse cebado en ella a causa de sus pecados: aunque cuando se la cruzó en la calle no le había visto el rostro, su estampa lucía bien, tenía una hija hermosa y poseía mucho dinero. Y doña Francisca estaba más que feliz de recibir a su hermana de vuelta.

—Mama.

Era Canela, que no entendía nada. Como ella la mirara con los ojos que ponía cuando andaba merodeando el pasado, la chica preguntó suavemente:

—¿De ande ha salido esa hermana de misia Francisca, que yo jamases oí hablar de ella?

—Es que en la familia nadie, ni siquiera doña Adelaida, podía pronunciar su nombre.

—¿La echaron, acaso?

—No, se escapó antes de que la metieran a monja.

—Pero la señora está contenta de recibirla.

—Es que se querían mucho; la niña Francisca siempre le apañó los atrevimientos —y murmuró por lo bajo—: bien que se arrepintió después.

Dejó el balde y se sentó en un banco muy viejo, que su difunto marido, el negro Valentín, había hecho para ellos cuando se casaron y don Felipe Osorio les permitió levantar unos cuartos, que ahora eran ruinas. Canela, apoyada en el duraznero que las cubría, esperó que ella siguiera hablando.

—No eran cosas graves —dijo Martina, haciendo un gesto mínimo—, pero todo terminó mal. Un muchacho, un lindo mocito y bueno por demás, fue el que pagó tantos atrevimientos. Don Carlos lo mató. Y ante la expresión atenta de su hija, recordó el nombre del chico.

—... se llamaba Ramón; Ramonchito le decíamos cuando no nos oían.

—¿Y por qué lo mató don Carlos? ¿Acaso quiso robarle la hermana?

—No; decían que él había dicho cosas malas de Leonor. Pero la culpa la tuvo otro, aquel bicho feo del estudiante que pretendía a la niña. Era pobre como cuis y más triste que el hambre. ¡Cómo pudo pensar el sonso que Leonorcita podía quererlo, si tenía al señorito de los Guzmán en la palma de la mano! Eso, sin contar con lo amigos que eran Ramón y don Carlos, mismamente el padre del Fernando, seguro que no te acordás de él; eras chica cuando lo finaron.

—¿Y cómo es que don Carlos lo mató, si eran tan amigos?

—Es que los hombres son así, hija, de no entenderlos...

Martina se puso de pie; era una mujer alta y corpulenta, con el pelo motoso ya gris, pero fresca de cara.

—Bueno, vamos a recibirla como se merece. Fue valiente Leonor; otras muchas

hay acá que se han dejado casar sin chistar y ahora se hacen las mártires. Porque a ella la quisieron casar a la fuerza con un viejo al que le daban unas pataletas que se caía al suelo en cualquier parte.

No era demostrativa, pero mientras caminaban hacia la casa, pasó un brazo por los hombros de su hija.

—¿Era loco? —preguntó Canela.

—No; parecía rabioso, porque echaba espuma por la boca. Yo no lo vide en esa, pero decían que se meaba encima...

Una de las chicas estaba avivando el fuego en un brasero de afuera, y cuando su madre pasó a los patios, Canela sacó un cigarro en chala que guardaba en el escote y se acercó a encenderlo en las ascuas. Se recostó contra la pared y mientras daba una larga pitada, y lo pasaba a la otra chica, pensó en que su vida no era tan mala, después de todo. Lo único que le faltaba era un novio, pero el que le gustaba desde chica —el ayudante del comandante Farrell— tenía una mujer en El Pueblito hacía años.

En vista de lo sucedido la noche anterior, Manuel Cáceres se apresuró a comentar a su madre la noticia que seguramente conmovería a la ciudad.

—¿Y qué van a decir los Guzmán, ahora? —fue la pregunta de doña Carmela, que sentía un rencor atávico contra las Osorio—. Se hartaron de pedir justicia cuando Carlos les asesinó el hijo, y nadie movió un dedo porque su padre estaba emparentado con la mitad de los jueces. Y ahora viene esta, suponiendo que olvidaremos todo porque engatusó a un gallego que le dio títulos y dineros. Han vendido bien su deshonra las desvergonzadas.

Manuel, conciliador, trató de hacerle entender que la mayoría de las cosas que se decían de las Osorio eran infundadas.

—¿Acaso piensas que Ramoncito mintió cuando dijo lo que dijo? ¿Acaso es mentira que Carlos lo mató a sangre fría? ¡Ramón ni siquiera levantó el arma, lo dijeron los testigos!

—Fue en un duelo; don Carlos estaba de espaldas, se volvió y disparó, como decían las reglas. Nunca imaginó que el otro se dejaría matar.

—Que no te toque a ti, le pido al cielo, que una de estas te embauque y te pinte de burla, como le pasó al primo de Ramón. Esa Leonorcita —acentuó con retintín la señora—, como le llamaban, cuando se le despertaba el duende, no medía lo que hacía. Hay pocas cosas más peligrosas que una mujer desaprensiva, y estas lo son. Sólo Inesita se salva, y la que se metió a monja, avergonzada por lo que hizo Luz.

Y como Manuel la mirara con ojos de perro, dolido de que hablara así de uno de sus amores imposibles —Luz María—, la señora, con los brazos en jarra, le dijo burlescamente:

—¿O me dirás ahora que ella no tuvo nada que ver con aquel indio que mataron entre los Osorio y los Lezama?

La conversación, que se estaba tornando molesta para el joven, concluyó cuando una de las criadas abrió la puerta y dijo, agitada:

—¡Asomesé, señora; venga a ver a doña Sagrario!

Doña Carmela se apresuró a salir, llevándose por delante a sus hijas, que escuchaban cerca de la puerta. Seguidas con renuencia por Manuel, las mujeres se apostaron en el zaguán, sacando medio cuerpo afuera.

Viniendo desde las Catalinas, la hermana de doña Mercedes pasó corriendo frente a ellas; un enorme moño punzó se bamboleaba en su cabeza y se sostenía las faldas con ambas manos. La seguía una criada que llevaba a rastras al negrito Serafín, ambos con cintas coloradas.

—¡Sagrario, espera —gritó doña Carmela—; tengo que contarte algo!

—¡No puedo, tengo que hablar con Mercedes!

—¡Ha vuelto Leonor, la hermana de Francisca!

—¡Ya me enteré; voy a contarle a Mecha antes que otro se lo diga!

Doña Sagrario, aunque temerosa de las cosas que sucedían en la ciudad, había salido dispuesta a cambiar los manteles, las flores y las velas del altar de las Catalinas junto con dos de las Oliva, que la esperaban en el templo. No bien llegó, sus amigas, acogándose a la penumbra de la sacristía, murmuraron la noticia en su oído, provocando su deserción. Serafín, que desde la puerta pispiaba lo que sucedía poco más allá, en la Casa de Gobierno, trastabilló primero atropellado por la matrona y fue después sostenido en el aire por la criada, que lo arrastró con ella.

Mientras la madre de Manuel quedaba frustrada en su deseo de cotillear y Manuel espiaba por una rendija, el negrito pasó saltando en puntas de pie delante de ellos y anunció a la señora con su desenfado habitual:

—La niña Leonor hoy almuerza en lo de misia Pancha.

Pocos segundos después, Sagrario entraba tropezando con las paredes en la casa.

Doña Mercedes estaba en el patio, tratando de hacer que Lucían tomara una yema batida con azúcar, mientras el chico corría como loco alborotando a los perros.

—¡Mecha, Mechita, no sabés lo que me han dicho!

Y sosteniéndose el costado del vientre con una mano, gritó llamando a su hermana Adoración, que andaba vigilando las ollas.

En cuanto Serafín le acercó una silla y la criada un vaso de agua, con las dos hermanas al frente, Sagrario respiró hondo y largó la noticia:

—¡Leonor ha vuelto!

—¿Qué Leonor? —preguntó doña Mercedes, sin recordar para nada el antiguo escándalo.

—¡La hermana de Francisca, Mecha, la que se escapó con el italiano!

—¿¡Leonorcita!? —gritaron las otras a un tiempo.

—¡La misma!

—¿Y cuándo ha llegado?

—¡Es la Arias de Ulloa!

—¡Por eso andaba de velo! ¡No quería que la reconocieran!

—¿Y cómo la descubrieron? —preguntó Adoración, desconcertada.

—Porque Francisca, ayer noche, estuvo sentada cerca y sospechó, así que hizo que Teodomiro la acompañara hasta la casa de Luz, y entonces Leonor se levantó el velo y Panchita casi muere de la impresión.

—Pero ¿qué fue lo que le hizo recelar de...?

—¡El anillo, Mecha! Leonor se había llenado los dedos de joyas, y en el medio, ¡el anillo con el que jugaban a las reinas, cuando eran chicas! ¿Te acuerdas cómo se lo envidiábamos? Era de vidrio, grandote; la que ganaba podía usarlo todo el día.

Y mientras contaba cómo las Oliva se habían enterado (don Teodomiro había pasado temprano a verlas), y recordaban, más que el escándalo, la niñez y los juegos compartidos, Adoración preguntó:

—¿Y qué pasará ahora?

—¿Y el Payo lo sabe?

—No todavía, pero dice Teresa que la criada le dijo que la parienta de Consuelo habló esta mañana temprano con don Dominguito y le contó que...

—¿Y cómo Saravia no ha sido capaz de venir a vernos antes a nosotras? —Se resintió Adoración, pues en casa de los Farrell nunca faltaban atenciones para el sacristán del templo de Nuestra Señora de la Merced.

En aquel momento, Serafín volvió de conversar con cuanta criada pasaba por la vereda.

—Dice don Dominguito si las señoras pueden recibirlo...

El sí fue unánime.

22. COMO EN UNA ROMANZA

«Carmín de sangre bebida
se ve en tus labios brillar...
Ten cuidado con el crimen,
El crimen de tu beldad».

Leopoldo Lugones, *Romanzas a Vana*

CIUDAD DE CÓRDOBA
ENERO DE 1841

Temprano en la mañana, Consuelo fue a visitar a su madre al monasterio de las Teresas, donde la señora se había internado con otras mujeres, temerosas de la violencia desencadenada en la ciudad.

En la sala donde se reunían con los familiares, ambas buscaron un lugar donde acomodarse. Doña Josefa era golosa e intrigante, y aunque Consuelo discutía a veces con ella, procuraba, por la salud de su alma, consentirla en algunas cosas, sabiendo que el carácter de su madre no tenía remedio y que así, tonta y maliciosa, moriría, pero sin dejar de ser su madre.

Aquella mañana sacó de la cesta una servilleta que extendió sobre las rodillas de ambas, dos tazas y unas rosquillas azucaradas que acababa de comprar en la calle. Una esclava de las monjas pasaba entre las señoras sirviendo chocolate con leche que se agradecía con alguna moneda.

—¿Es cierto que estabas anoche con Francisca cuando fue a lo de las portuguesas? —murmuró doña Josefa en cuanto se alejó la chica.

—No son portuguesas, mamá. La señora...

—¡Señora! Es Leonor, ya me enteré... —dijo su madre, echándose hacia atrás, lista para cotillear sobre honras perdidas.

—¿Y cómo es que en un monasterio se enteran de las habladurías tan pronto? —se exasperó la joven.

—Ay, hija, si acá es donde primero se sabe: los curas, los parientes, las criadas nuestras, las negras del conventillo... Y dime, ¿cómo está ella? ¿Se le nota la mala vida?

—Pues no, si es que alguna vez tuvo una mala vida. Yo la veo discreta...

—¡Discreta! ¡Ja! ¡Andando por todos lados con un velo sobre la cara!

—... es adinerada, tiene un título de nobleza, y su hija es una joven hermosa.

Consuelo había pensado no mencionar aquello, pues la sabía envidiosa, pero la malicia percibida en la voz de su madre la había irritado.

—Habría que ver si el título es de verdad. Siempre fue mentirosa y fabuladora Leonor. Destrozó varias vidas, te cuento, por si se te da por enamorarte de ella, como has hecho con Francisca.

La joven la miró, luchando entre la curiosidad por saber y el desagrado ante las murmuraciones, pero su madre, con la boca hecha un moño y pintada de azúcar, farfulló:

—¿Nunca oíste hablar de lo que le pasó hace un montón de años?

Y tomando su reserva como curiosidad, agregó:

—Carlos, el padre de Luz, le mató el pretendiente en un duelo. Se llamaba Ramón Guzmán, y era íntimo amigo de él, para que sepas. Tres familias quedaron arruinadas.

—¿Tres?

—No hay que olvidar al primo de Ramoncito, el estudiante, nunca me acuerdo del nombre; él había sido el primero en pretenderla, y fue él quien llevó a Ramón a casa de Leonor. Ella, que era bien rápida, le echó el ojo enseguida, y ahí mismo se puso a coquetearle. Cuando el estudiante comprendió que su pretendida había dejado de prestarle atención, quiso formalizar, pero ella le colgó la galleta.

Saboreando el chocolate tibio, doña Josefa suspiró.

—¡Qué lindo chico era Ramón! ¡Y Carlos! Ya no hay hombres así...

Consuelo la miró, intrigada. ¿Sería que su madre había estado enamorada del padre de Fernando?

Pensaba en eso, desconcertada, cuando doña Josefita volvió a la carga.

—Si Leonor no se hubiera puesto a jugar con fuego... Porque así como te ha impresionado bien, era perversa por demás. Siguió divirtiéndose a costas del estudiante, tomándolo a la chacota y dándole citas que no cumplía. ¿Sabes qué hizo el burlado? Pensó que si se dudaba de la virtud de Leonor, sus padres consentirían en casarla con él, y como Ramoncito todavía no la había pedido, salió a decir que una noche había saltado la tapia para encontrarse con ella. Ya sé, ya sé —la interrumpió la señora—; me dirás que por qué no mató al hablador en vez de al amigo. Sucedió que Ramoncito salió a defenderla, asegurando que su primo mentía, y todos pensaron entonces que era él quien había saltado la tapia; como Leonor nunca se privó de mostrar su preferencia, se dio la sospecha por cierta y no faltó un alma decente...

—¿Decente? —Levantó Consuelo una ceja.

—... que advirtiera a Carlos lo que su íntimo amigo decía de su hermana. Por supuesto, Carlos lo retó a duelo y lo dejó seco de un tiro. A causa de una descarada, mató a su amigo más querido, porque Ramón no quiso defenderse. Dicen que cuando Carlos se dio cuenta, corrió a ayudarlo y le apretó un pañuelo contra la herida, pero fue inútil. Ramón murió en sus brazos, perdonándolo, el pobre. ¿Y sabes qué hizo Carlos? Volvió a su casa como loco, encontró a Leonor, que se había enterado del duelo, rezando en el oratorio, y tomándola del pelo, le pintó la boca con la sangre del amigo. «Para que no te olvides de él», le dijo, tirándole el pañuelo encima, «y si me tengo que ir de casa para no verte nunca más, te juro que me iré». Leonor se largó a gritar, don Lorenzo se despertó y, al saber lo que había pasado, doña Adelaida la zurró con una badana, la encerró en la pieza del ático y llamó a un cura para que la confesara. Don Lorenzo fue a ver al juez, pero ya estaba allá el padre de Ramón, pues

acababan de llevarle el cuerpo del hijo. Pero la que salvó a Carlos fue doña Adelaida, que le armó un atado, sacó plata del techo y lo mandó de inmediato al sur, con la consigna de que se mantuviera escondido hasta que mandara a alguien por él.

Consuelo, impresionada, contempló cómo su madre tomaba la última rosca y, alabando el azucarado, acababa con ella.

—¿Y qué pasó después? —preguntó al reaccionar.

—A Leonor la tuvieron encerrada un buen tiempo; nunca más se vieron con Carlos, porque ella se escapó con el profesor de música, un italiano sin un real, pero bonito como querubín. Él también estaba perdido por ella. Me malicio que el sonso no se enteró nunca de que iba a ser el próximo muerto, porque los Osorio no son de sentarse a esperar que se les haga justicia; siempre les gustó tomar la ley en las manos. Además, no iban a exponer la deshonra de su hija. Ya ves cómo se las ingeniaron: no hablaron del asunto, hicieron como si no pasara nada, y así capearon la tormenta.

Mientras se limpiaba con remilgos la punta de los dedos, doña Josefita le endilgó:

—¿Te das cuenta ahora de por qué digo que se dio a la mala vida? Nunca se casó con el florentino aquel, pues Arias de Ulloa no era su apellido.

Consuelo, por no dar el brazo a torcer, puntualizó:

—Quizás él murió antes; quizá se casaron, y quedó viuda. Quizás él fue un hombre honorable...

—Quizá las tortugas vuelan... —se burló doña Josefita, triunfante.

Terminaba la primera semana de enero cuando el portero del Cabildo, que abría las puertas desde adentro, fue sorprendido por la presencia de un hombre que parecía llevar largo rato esperando.

—Los señores funcionarios llegan más tarde —le dijo, pero el otro replicó:

—Pues yo soy funcionario, así que déjeme pasar —y sostuvo ante sus ojos un papel en el que alcanzó a distinguir, antes de que lo guardara, el garabato de López «Quebracho». Por las dudas, el empleado refunfuñó que no sabía dónde debía acomodarlo, pero el recién llegado, guardándose el papel en el interior del saco, dijo que él sí, y pasando al corredor señaló la oficina de uno de los «vendidos» a la revolución de octubre, ya fusilado, y le exigió la llave.

Al ver el perrazo negro que seguía al desconocido, el portero intentó echarlo, pero el animal le gruñó bajando las orejas. Pensando que esperaba refuerzos, se dedicó a observar al caballero y al animal, que se dirigían al cuarto señalado.

Ventura, el indio que reponía las velas del alumbrado, prendía el brasero, como todas las mañanas, para cebar mate al personal de jerarquía; de reojo espía al desconocido, vio cómo colgaba la capa en el perchero, cómo se ajustaba los anteojos de aro, se alisaba el pelo sobre una oreja, abría una caja de cartón, retiraba una escribanía y unas carpetas, y las acomodaba sobre la mesa.

El perro se había echado junto a la silla, y el hombre le dio a comer algo que sacó del bolsillo, se sentó, puso ambas manos sobre el tablero del escritorio y le hizo señas de que se acercara. Rechazó el mate que Ventura le tendía y le ordenó que le preparara café.

Como el portero se paseara con las manos a la espalda, curioseando sus movimientos, salió al patio, le preguntó por los otros funcionarios, averiguó dónde estaban los archivos y pidió más velas.

—Será para llevárselas a casa —murmuró el portero al pasar junto al indio.

Tanto el ayudante como él hacían lo mismo, pero se justificaban en que los sueldos se atrasaban meses, criticando a los señorones que vivían de la proveeduría del gobierno cuando don Quebracho no estaba.

Para el mediodía, varios empleados habían ido a saludar al recién llegado. Algunos lo conocían, aunque le tenían antipatía; habían oído que era prestamista, pero también sabían que era pariente del gobernador, ausente por el momento, pero que en cualquier momento volvería y dejaría el talero de mando sobre la mesa de su despacho, del otro lado de la calle.

Eduardito Páez, que entraba con sus pastillas de violeta en la boca para disimular el olor a la ginebra con que enfrentaba su trabajo de archivista de justicia, se encontró con una resolución escrita del gobernador a cargo, que lo destinaba como amanuense del nuevo funcionario.

Protestando entre dientes, el joven recogió las cosas que tenía en el sucucho donde trabajaba y se presentó en la oficina que había permanecido cerrada por varios meses. Su ocupante estaba de pie frente a un gran mapa de pared, de varios años atrás, donde se distinguían las divisiones de los campos más importantes de la provincia.

Páez, según decían las malas lenguas, había sido otra víctima de las Osorio. A Luz puntualmente le achacaban su tristeza, la miseria en que vivía y, en especial, su afición a la bebida.

Eduardito se demoró en el umbral, observando a su nuevo jefe, que vestía sombría y atildadamente, y llevaba la cinta punzó bien a la vista, en la solapa. El caballero era de una palidez morena, biliosa, y el blanco de sus ojos, amarillento. El pelo lacio y algo largo tenía canas, y cuando habló, Páez distinguió una buena dentadura, demasiado blanca para ser española. Un antepasado dormido en su memoria le dictó la cartilla: «Ándate con cuidado; este tiene sangre de indio, y no hay mestizo que no sea incordioso y traidor».

—¿Perdón...? —se disculpó, comprendiendo que había perdido el hilo de lo que el otro decía.

—Que ordene usted, de parte mía, que le traigan una mesa y un banquillo.

Y como Páez no pareció entender, dijo con acento sarcástico:

—No pensará que nos acodaremos los dos en mi escritorio.

Páez sabía cuánto costaba que alguno de los pardos que vagabundeaban por el

edificio le hiciera caso, así que se resignó a perder media hora buscando quién lo hiciera. Por más que a sus espaldas le ponían motes como «don Limetas» —por las botellas que escondía entre los archivos—, no se iba a rebajar cargando él mismo con los muebles.

Por fin consiguió sobornar a un preso, de los que soltaban para que ayudasen, prometiendo que pondría su causa encima de otras, y mientras tomaba a escondidas unos mates enriquecidos con caña que le pasaba Ventura, se enteró de quién era su nuevo jefe. Una alarma sonó muy en el fondo de sus recuerdos, pero mientras daba vueltas por los patios de atrás, casi abandonados, su memoria, aletargada por el alcohol, pero siempre confiable, recordó algo que lo hizo enderezar. ¡Cómo olvidarlo! Él no lo conocía personalmente, pero su nombre salió a relucir cuando el escándalo de Luz con el indio, cuando él, siendo su pretendiente, la abandonara a lo que le tocara vivir.

Cuando regresó a la oficina, encontró al hombre leyendo unos papeles que dobló cuidadosamente antes de guardarlos en el bolsillo.

—Se tomó su tiempo —dijo desabridamente—. Pero no se acomode aún. Quiero que busque las sucesiones de don Carlos y de don Felipe Osorio.

Eduardo cruzó hacia las oficinas lleno de aprensión. Algo le advertía que peligraba la familia de su Luz, pero en su atontamiento no tenía claro qué debía hacer, a quién debía advertir.

Mientras revolvía en los archivos, oyó que alguien, que miraba la calle mientras fumaba, decía para quien lo oyera:

—¿Habrá algún enfermo en casa del comandante Farrell? Hace días que sólo anda en compañía de médicos.

«¡Farrell! Por supuesto, a él», cayó en su atontamiento.

Al finalizar su turno, salió a la calle sin haber terminado de calzarse el saco. Llegó a casa del comandante justo a la hora de almorzar, y aunque doña Mercedes le mandó a decir que pasara a acompañarlos, prefirió esperar en el zaguán. Un momento después, comenzó a dudar de su misión; temiendo que el comandante supusiera que lo que él sospechaba del nuevo funcionario fuera la divagación de un borracho, decidió retirarse sin anunciarlo.

Los pasos y las voces que venían del patio le advirtieron que no llegaría a la esquina, así que se resignó y aguardó al comandante, que venía acompañado de un hombre joven, alto y corpulento. Levantó los ojos para mirarlo: era el Payo Osorio, demacrado, con más años, con más cuerpo, pero el mismo Payo de la adolescencia en el Monserrat que lo defendía de las bromas pesadas de los compañeros. Recordó vívidamente a la Luz de aquella época siempre soleada en su memoria, cuando creyó que podría casarse con ella, cuando escuchaban juntos a Sebastián recitar versos en francés y a Fernando desgranar algunas coplas en la guitarra mientras don Carlos aparecía breve y silenciosamente en los corredores y con una mirada atenuaba las risas y hacía que los muchachos tomaran distancia de las jóvenes. Cuando el país era

un campo de orégano.

Parpadeó para borrar las lágrimas que querían saltársele, pero al confundirse en el abrazo impuesto por el amigo, comprendió que era inútil tratar de contenerlas.

23. LOS MARCOS DORADOS, LOS PAPELES VIEJOS

«En la casa vieja
¡Oh, cuántos han muerto!
Los unos, poetas,
Los otros, guerreros,
Tal vez desdichados,
pero siempre amados.
En torno a nosotras,
En el salón viejo,
En las altas horas
Rondan sus espectros...».

Fernández Moreno, «*En la vieja sala*»

Carta de doña Francisquita Osorio a su sobrina Luz Osorio de Harrison

CIUDAD DE CÓRDOBA
ENERO DE 1841

 uerida sobrina: te escribo con una noticia feliz. No, no pienses en preñeces ni casamientos, se trata de un regreso. Luz, tu tía Leonor ha vuelto del otro lado de los mares. Supongo que sabes quién es, pues varias veces, cuando eras chica, te di de palmetas porque te encontré escuchando detrás de los sillones. Leonor es aquella por la que tu padre mató a su mejor amigo en una situación absurda; la que encerraron, la que pretendieron casar con un pobre infeliz que tenía un poco de hidalgo y sobrado de epiléptico, la que huyó con el maestro de música, a quien no pudieron dar caza ni «todos los hombres del rey», como dice una vieja canción. La que apareció en la corte del emperador del Brasil y que era famosa por el «número» que representaba para él, fingiendo ser estatua, diosa griega o reina desdichada.

Leonor, mi única hermana entre todos los varones, a la que nunca olvidé, aun cuando el silencio se tragaba nuestras cartas. Tú, que eres novelera y andas leyendo esos cuentos de príncipes y pastoras, disfrutarás su historia, sobre todo porque ha acabado bien: acá la tengo, viviendo en tu casa; cuando la rentó, no tenía idea de que era la casa de tu padre adonde iría a parar, y además, ¡se encontró con Fernando en el camino! Tiene una hija que me hace acordar a ti por lo audaz y voluntariosa, aunque físicamente son muy distintas.

Y para envidia de nuestros enemigos, Leonor tiene un título de nobleza. Es marquesa de No Sé Dónde. Ya sabes cuán poco me interesan a mí esos blasones.

Su historia, querida, es la historia de una de esas pícaras de las que escribieron

cuando Quevedo. Muchos pensarán mal de ella por aquel viaje, solos, con el florentino. Y aunque poco me da lo que pasó o dejó de pasar, resulta, Luz... en fin, no sé cómo decirlo sin usar una palabra gruesa: a Renzo no le interesaban las mujeres. Sentía un cariño de hermano por ella, y se afligía al verla atrapada entre el confinamiento, el convento y un espantoso matrimonio, y por eso decidió llevársela. Dice Leonor que, una vez huyendo, le confesó que estaba harto de Córdoba, «donde uno no podía mirar un efebo de buenas pestañas que de inmediato se le cerraban las puertas». Fíjate tú las cosas que uno ignora.

¿Nunca te conté quiénes los ayudaron? Yo mandé a Martina para que hablara con Mártires y Primitivo, los primeros esclavos que libertó papá. Ellos les consiguieron caballos y como hubo que esperar que nuestros hombres llegaran de Los Algarrobos, Leonor y Renzo les sacaron leguas de ventaja; Mártires les buscó un baqueano que solía guiar a los monárquicos que querían salir del país. Dice que el viaje no resultó malo, aunque tuvieron que cruzar unos ríos que producían espanto, desiertos sin fin, caminos quemados por los soles y los vientos; en fin, todas esas cosas que hay una vez que te alejas de Córdoba. Fue por la pericia del baqueano que, a pesar del esfuerzo de los nuestros, no dieron con ellos.

En Montevideo tomaron un barco y bajaron en Río de Janeiro. Menos mal que atiné a hacerle un atadito con sus joyas y las mías (todavía me acuerdo del castigo que me impuso mi madre por el desafuero), porque vendiendo algunas, pudieron pagar los gastos. Allá los esperaba un amigo de él, un flamenco que parece lo extrañaba mucho al florentino, y que era profesor de pintura de los hijos de la nobleza. Entraron en la corte. Leonor vivió un tiempo con ellos, dice que se divirtió al principio, pero que luego se hartó de acalambrarse en eso de las estatuas y se ganó la vida acalambrándose, pero algo más cómoda, posando para pintores famosos, que la usaron de modelo para Afrodita, Dánae y Perséfone, sean quienes sean esas damas. Dice que a veces la pintaron con poca ropa, pero la condición que puso ella fue que no se la pudiera reconocer, así que aparecía con el pelo tapándole el rostro, mirando con un solo ojo, o con velo, o con la cara en sombras. Pero después comenzó a enfermarse de tristeza y a extrañar Córdoba y la familia; dio la casualidad que un día, en el palacio, salió a la terraza y se encontró con una señora mayor que no se sentía bien y le pidió que la acompañara a su casa, pues no quería arruinarles la noche a su hija y a su yerno. Se quedaron conversando mucho rato, y la señora le sonsacó secretos y Leonor terminó contándole todo, y llorando como una Magdalena. La señora, que era portuguesa, se apiadó de ella, y si bien podría haber pensado que lo que contaba Leonor de su familia, de sus tierras y riquezas era engaño, le creyó y dijo que no permitiría que siguiera viviendo así. Le pidió que se quedara al amparo de ella, como dama de confianza, y al otro día la mandó en coche, con la gobernanta de sus nietos, a recoger sus cosas de la casa de Renzo.

Fue esta mujer quien la aconsejó para que cambiara de nombre, no fuera que alguien la conociera en sus andanzas por la corte, así que Leonor de Osorio pasó a

llamarse Leonarda Arias. Consiguió para ella nuevos documentos alegando que se los habían robado unos bandoleros, y la sacó del Brasil, para que le perdieran el rastro. Dice que viajaban mucho, porque el yerno de la señora era comerciante; vendía café y especias, y creo que aguardiente, así que en una de esas tu marido lo conoce. Suponemos que con tanto traqueteo no llegaron sus cartas, las mías se perdieron y en esta ignorancia nos distanciamos sin querer.

Pasado un tiempo, la señora decidió regresar a Montevideo para visitar a un hermano, también comerciante. Leonor se sintió feliz, porque le parecía estar en casa. Y fue allí, un día que salieron a pasear por el campo, que se encontraron con un caballero de buen ver, aunque con sus años, que en compañía de varios estudiantes estaba recogiendo yuyos; entre nos, querida, para qué hemos de engañarnos nombrándolos «hierbas».

Resultó que era amigo de la familia, gallego, y no yuyero, como digo yo, sino naturalista como el pobre Humboldt, y lo invitaron a cenar. En dos miradas, dice Leonor, el buen señor perdió el tino por ella; la seguía a todas partes hablándole de su tratado sobre la melancolía y las plantas que podían curarla, y terminó de enamorarse cuando la señora, supongo que algo casamentera, le dijo que su joven acompañante había sido víctima de esa tristeza que no tiene cura. La verdad, dice Leonor, que el caballero la divertía; tenía buen carácter, era generoso, de buen trato, y si no tenía mucho dinero, parecía de buen pasar. Así que comenzó a mirarlo como pretendiente. Se casaron y, después de unos años, fueron a España. Era de Galicia, como te dije, una región cercana a la de nuestros antepasados. Cuando llegaron a la casa, a Leonor casi le da un soponcio: era un palacio, Luz; el señorito naturalista, además de ser marqués, tenía muchísimo dinero, propiedades por todos lados, una flota de barcos y para qué seguir. Le aseguró que la amaba más que antes, porque lo había aceptado creyendo que él sólo era un hombre dedicado a la ciencia. De ahí en más, pasaban algunos meses en Galicia y la mayor parte del año en Montevideo, donde nació y creció Ignacia, su hija. Sólo estos últimos años vivieron más tiempo en Vigo, pues se le murió el hermano que administraba los bienes familiares y él debió hacerse cargo.

Dice que fue feliz con él, como en matrimonio basado en la razón y en el entendimiento más que en la pasión.

¡Ah, las pasiones, querida, las tan meneadas pasiones! Tú y yo sabemos algo de ellas. Son un vendaval glorioso, queman y arrasan, inundan y ahogan, te llevan al fondo del abismo, y luego te elevan al cielo. Finalmente, te abandonan en un desierto, desnuda, helada, asustada, infeliz, balbuceando y medio idiota, expuesta a todas las miradas. Dichosa la mujer que aprende de sus azotes.

Como ves, llevábamos años sin saber nada una de la otra, pero así como no la olvidé, ella no nos olvidó. A su hija la bautizó Ignacia Carlota Francisca Felipa Clodia, por los hermanos que fuimos; el Clodia iba por su marido. Ahora, sólo Leonor y yo quedamos vivas, pero los nombres de nuestros hermanos viven en su hija, algo rara para esta ciudad pueblerina, porque cría un halcón, practica esgrima,

sabe usar las pistolas y el arco, monta a lo varón y, además, escribe. Sin contar que hace unos días han llegado los baúles con libros de su padre. Acá no se ha visto mujer que cargue con libros en esa cantidad.

Bueno, así estoy, revivida veinte años, feliz de tenerlas en casa todos los días, de ir y venir de la suya. Es como haber recuperado la familia que perdimos al morir nuestra madre.

Nos hemos dado el lujo de llorar a lágrima viva, en la vieja sala, revolviendo papeles, leyendo documentos, mostrándonos miniaturas, resucitando travesuras, encontrando una cinta desteñida, un abanico con el encaje apolillado. Y hablando de nuestros muertos queridos, todos esos hombres de los que me siento tan orgullosa, que mataron y murieron en su ley, que se jugaron la vida por lo que creían, que a veces fueron desdichados, pero que amaron y fueron amados desmedidamente por mujeres hechas a su medida. Hemos llorado su pérdida, Luz querida, pero nos hemos consolado en su memoria.

Dejemos las lágrimas y pongamos un toque de comedia. Te imaginarás las hablillas; Josefa y Dolorita, en la punta del viento de las murmuraciones. Ambas se habían metido al convento, por los alborotos mazorqueros, pero están por salir, con la excusa de que quieren aliviar a las monjitas de tantas huéspedes, aunque bien me sé, y es como si te viera la malicia en la cara, que lo hacen de metidas, para venir a echarle un vistazo a la pecadora a quien Dios recompensó con mil gracias.

¡Ojalá pudieras venir a Córdoba! Esta alegría está huérfana sin ti, sin tus hermanos, sin Edmundo. Hemos ido al convento, a ver a Isabel (nunca me acuerdo de su nombre de beata), y no quiso recibirnos, pues ya le habían contado quién era mi acompañante. Estamos queriendo viajar a La Antigua, en cuanto nos avisen que el camino está despejado de tropas. No quiero contarte de eso, de la guerra, de las miserias y desgracias, aunque supongo que tú ya estarás enterada por tus correos de todo cuanto pasa acá.

Seguramente habrás recibido carta de Fernando, tan unidos que sois, pues anda por la ciudad, pero muy en reservado; parece inglés, aunque no le guste que se lo diga. No quiere alojarse conmigo, se ha quedado con Farrell bajo la excusa de que andan en no sé qué trabajos, y si bien lo acepto (a la fuerza ahorcan, dice la vieja letra), tengo el asunto atragantado. Y Mercedes se ha vuelto loca: está criando un negrito de ojos azules, precioso pero más malo que los hurones. Hay quien dice que el chicuelo es de Farrell. ¿Tú qué crees, será posible? Yo no llego a convencerme.

Termino esta carta pidiéndote que hagas un esfuerzo y vengas a vernos. Te extraño mucho, querida sobrina, y si bien lo negaré si lo comentas, eres la que más cerca está de mi corazón.

Tu tía Francisca, que te quiere de sobra.

24. QUE EL VIENTO LLEVE MI LAMENTO

«—¡He de vengarme! —jadeaba—, ¡he de vengarme, señora, de vos y de aquesta melindrosa! ¡Catad que soy Guzmán por una agüela...!».

Manuel Mujica Lainez, *Don Galaz de Buenos Aires*

CIUDAD DE CÓRDOBA
ENERO DE 1841

Misia Francisquita y su hermana habían considerado la conveniencia de que esta y su hija volvieran a adoptar sus nombres reales y, finalmente, asesoradas por el doctor De la Mota, se llegó a la conclusión de que podían adoptar el Arias de Ulloa como apellidos de casada, y de nacimiento, respectivamente, con la salvedad de que el descuido de algún tinterillo había cambiado el «Leonor de» de la señora por el «Leonarda» en los papeles.

El día en que se enteró de la vida secreta de Fernando, Ignacia estrenaba un nuevo traje de esgrima sacado de uno de los catálogos de moda de París: falda negra angosta, con una tabla profunda para dar el paso largo; y la blusa blanca, a la que le había hecho bordar en las monjas una rosa púrpura a la altura del corazón. Se completaba con una faja también púrpura, y guantes.

Esa mañana lo lucía con un joven prusiano, oficial del general Oribe, que este solía enviarle para que practicara esgrima y la «entretuviera» con su presencia. Estaban en la sala que ella había tomado para su uso, observando unos floretes que un comerciante francés, de paso para Mendoza, les había ofrecido, cuando oyeron que se abría y cerraba la puerta de calle, y luego una voz de hombre. Ignacia se excusó ante su acompañante y salió a la galería con el florete en la mano.

En el zaguán esperaba un hombre joven, alto y desgarrado. No lo conocía, así que, quitándose con los dedos un mechón que le caía sobre la frente, se acercó para averiguar qué quería. Él le hizo una reverencia apenas marcada, como si no estuviera en sus costumbres practicarla, y se presentó.

—José Medina Aguirre, oficial escribiente del Cabildo —y se llevó la mano a un distintivo de plata, con una torre, sobre la que se leía «Policía», prendido en el hombro derecho de su chaquetilla—. En mi faz privada, soy procurador.

—¿Procurador? ¿Y cuáles son las funciones de un procurador por estas villas? —preguntó ella, contagiada de un algo gracioso y displicente que dejaba entrever aquel hombre, más bien feo, pero agradable, con un dejo amulatado en las facciones, y una más evidente seguridad en sí mismo. Cuando se miraron a los ojos, los atrajo una inmediata simpatía.

—Entre otras cosas, nos dedicamos a encargos de confianza.

—¿Políticos? —se interesó.

Él clavó la vista detrás de ella, y al darse vuelta Ignacia se encontró con el prusiano, que seguramente entendía más español del que reconocía, pues con cara de sospechar sediciones, se acercaba mientras arqueaba el florete entre las manos.

El visitante, divertido y sin sacarle la vista de encima al espadachín, repuso:

—En este caso, privados.

Y como ella siguiera esperando, Medina Aguirre hizo gesto de rendirse.

—Represento a don Fernando Osorio.

—¿No es Cáceres el procurador de los Osorio? —retrucó ella, pensando que, a pesar de su simpatía, quizá fuera un entrometido.

—Somos socios de bufete. Manuel se encarga de los bienes de Luz Osorio y familia; yo, de los de su hermano Fernando.

Cuando se presentó su madre, Ignacia, intrigada con lo que ocurría, regresó a la sala a desgano, pues el nombre de su primo le había despertado curiosidad: cumplió con su visitante ofreciéndole una copa de jerez y despidiéndolo diplomáticamente.

Unos minutos después llegaba el comandante Farrell, a quien ya se había acostumbrado a llamar tío; entró detrás de Fe, quien le había abierto la puerta, saludó y entregó a doña Leonor un manojito de llaves:

—Abren la pieza de Luz, Leonor. Acompañame a buscar la caja.

Mientras Ignacia los veía subir con la criada, José Medina Aguirre se acercó a ella, que le preguntó sin vueltas:

—¿Qué es lo que buscan?

—Una caja de papeles, y un rosario.

—¿Un rosario para Fernando Osorio? Es muy raro, ¿no cree?

—¿Por qué?

—No me parece hombre de andar rezando mientras cabalga armado hasta los dientes.

—Pues esos son los hombres que tienen más motivos para orar; la muerte los escolta.

—Veo que usted no me dirá nada.

—Ya he dicho demasiado.

—Será peor si calla; imaginaré cosas terribles.

—Le creo, tiene cara de ser imaginativa. Nunca lo hubiera pensado, en una mujer que maneja la espada.

—El florete.

—Florete es una palabra sin sustancia. Espada no.

—¿De quién es el rosario?

—De alguien de la familia.

Él pareció encantado de ser atacado por el flanco, pero Fe, que había acompañado a su madre, bajó con cara de desconsuelo, puso en las manos de Ignacia una caja de latón y murmurando «yavienelaseñora, disculpeniña», corrió hacia sus compañeras, que la esperaban entre los jazmines. Desconcertada, las vio cuchichear y desaparecer,

llorando a mares, hacia los fondos. Observó la caja, algo abollada, con una rosa cursi desteñida y con la pintura saltada; la abrió con cierto esfuerzo y sacó de ella, entre unas flores secas, un frasco amarillento de perfume con forma de pájaro, una estampa del Ángel de la Guarda y un rosario hecho de semillas. Quedó inmobilizada, sorprendida; no imaginaba a ninguna de las mujeres de la familia con semejante rosario después de haber escuchado a las Villalba comentar los de misia Francisquita, confeccionados con piedras preciosas. Tampoco la caja herrumbrada era objeto que uno relacionara con la que fuera una de las familias más ricas de Córdoba.

—Qué misterio, procurador —dijo ella, levantándolo a la luz.

Como él callara, Ignacia lo miró y supo que para aquel hombre no existía tal misterio. La expresión duró segundos, y luego él, las manos en los bolsillos, le propuso, levantando una ceja:

—Después de todo, usted es la imaginativa. ¿Qué podrá significar?

No siguieron el juego porque vieron a doña Leonor y a Farrell descender la escalera; el comandante, que cargaba un cofre de madera, les indicó que fueran al despacho mientras la señora se adelantaba a abrir la puerta. La habitación a la que entraron, reducto de Carlos, el hermano de Leonor, estaba tal cual Luz la había acomodado después de rescatar muebles, cuadros y libros que unos estafadores habían enajenado años antes, en su ausencia.

Dejaron las cosas sobre el escritorio, Farrell cerró la puerta y, a solas los cuatro, aclaró para Ignacia:

—Un viejo enemigo de tu familia, ahora funcionario, ha comenzado a indagar sobre vuestros campos, y en este momento, con Quebracho lejos...

Como ella no parecía comprender, Medina Aguirre intervino:

—Se están confiscando propiedades y algún malintencionado podría aprovechar la ausencia del gobernador para dañar a su familia, pues es conocida la simpatía de los Osorio por el general Paz. Rosas no va a pasar por alto la paliza que el Manco les propinó a sus hombres hace un año, en Caá-Guazú.

—Sin contar que dos de tus primos están exiliados por ser unitarios —concluyó Farrell.

—No creo que Arredondo... —comenzó Leonor.

—Hasta ahora, a pocos ha podido salvar de la muerte don Claudio. ¿Qué podría hacer por una simple confiscación? —retrucó el comandante.

—¿Es que no sirve de nada que Francisca y Quebracho sean compadres? —preguntó la señora.

—Según se hagan las cosas, amiga mía. Ya sabes que el entrometido es pariente de sangre de Quebracho, conoce los lazos que unen a los Osorio con los López de Pampayasta. No creo que se arriesgue a pedir las para sí. Las hará reclamar a nombre de otro; y ese otro puede ser alguien a quien Rosas y el gobernador de Santa Fe protejan o distinguen por los servicios prestados. Quebracho deberá tragarse el sapo sin poder intervenir.

—Entonces, ese hombre...

—Toribio de Aveira y Guzmán.

—... no podrá disfrutar de ella —concluyó Ignacia—. No parece tener sentido.

—Pues tiene mucho sentido —dijo su madre—, porque no persigue bienes.

—No estoy tan seguro. Es prestamista —señaló Farrell.

—No persigue riqueza, Eduardo, te lo aseguro. Quiere venganza, y no se detendrá hasta que la consiga. Lo conozco.

Ignacia ignoraba gran parte de la historia de su madre, que posponía el momento de enterarla, así que preguntó, irritada:

—¿Y nuestro parentesco con Oribe? Rosas no podrá negarse si él le pide algo; lo necesita para acabar con sus enemigos.

—Mientras ocupe la ciudad, ustedes y sus bienes estarán a salvo. En cuanto salga en persecución de Lavalle, y ya no puede demorar mucho, quedarán a la intemperie. Los federales de acá detestan al uruguayo; en cuanto salga de la ciudad, estarán tramando venganzas contra sus simpatizantes. Y les recuerdo que ustedes son más que simples adeptos: por casamiento, sois parientes.

—¿No hay forma de estar en paz y a salvo en este país? —se exasperó la joven.

—No, señorita —replicó Medina Aguirre—. El principio de un régimen de terror es que nadie, nunca, esté totalmente a salvo. Como ejemplo, la cabeza de San Millán del Signo en el Paseo del Virrey. Pocos federales más «netos» había en Córdoba que él, y ni aun así pudo conservar la vida.

—En tiempo de enemigos, mejor curarse en salud —sentenció doña Leonor—. Veamos si los títulos están en orden, al menos.

—¿Qué debemos buscar?

—Documentos de la familia, querida; testamentos, impuestos, mandas, títulos, qué más quieres que te diga...

Ignacia, sorprendida por la aspereza de su tono, enmudeció. Por primera vez desde la muerte de su padre, la notó realmente preocupada por algo.

Doña Leonor tomó nota de su inquietud y le palmeó la mano.

—Paciencia, querida, debemos encargarnos de esto. Quizá Fernando, ahora que ha vuelto, nos ayude.

Un breve silencio y Farrell, concentrado en acomodar unas hojas, dijo:

—No de inmediato, Leonor; tiene que resolver algunos problemas personales. Pero, queridas damas, contáis con tres hombres dispuestos a batirse por vosotras: Cáceres, Medina Aguirre y yo.

Se sentaron a la mesa y les repartió varios sobres:

—Separemos los documentos de los papeles puramente familiares. Medina juzgará su importancia.

Lo primero que levantó Ignacia de su pila fue el papel donde un religioso, el padre Iñaki, de la orden de los Predicadores, atestiguaba que míster Brian Harrison había sido catequizado y bautizado en la fe católica.

—¿No es este el inglés que nos vendió el coche? —Se sorprendió Ignacia.

—Es el marido de tu prima —aclaró Farrell, hojeando el documento. Se sonrió entregándoselo—. El hereje vio a Luz, se enamoró de ella y decidió «que París bien valía una misa».

—Qué extraño —dijo Ignacia—. Acudir nosotras a él para poder viajar a Córdoba, encontrarnos en medio del camino con Fernando, y al llegar, dar con que la casa que rentamos es de mi prima Luz... Siento como si todo nos hubiera estado esperando.

Medina Aguirre se sonrió cuando saltó el nombre de Luz Osorio. Tenía una relación de complicidad con la esposa de míster Harrison, formada en el entendimiento de dos personas inteligentes y más o menos descastadas dentro de los círculos en que debían moverse. Él la admiraba sabiendo que no era el ángel que muchos imaginaban, sino mujer de voluntad, sin miedos y, si llegaba la necesidad, de pocos escrúpulos.

—La trama celeste —murmuró, como lo hiciera una lejana tarde, en su casa, ya a punto de despedirse doña Luz de la ciudad en que naciera.

Y como los otros lo observaran con curiosidad, aclaró:

—Así explicaba mi santa madre las relaciones que van anudando nuestro destino con el de otros.

Ignacia quedó pensando en aquello todo el día, sorprendida de encontrarse con tantas historias entrelazadas. Muy confusamente todavía, iba distinguiendo, en aquel encaje de complejas relaciones, la trama del pasado que sostenía el presente de su madre y ella.

A la tarde, mientras le daba de comer al halcón, preguntó a las chicas por qué estaban tristes. Le dijeron que una amiga había sido ofendida por unos indios, y estaba agonizando.

—El rosario, ¿es de ella?

—Sí, niña. Quieren enterrarla con el rosario en las manos.

Medina Aguirre había dicho que era de alguien de la familia. ¿Una Osorio amiga de las negras, violada por indios sin que sus tías se dieran por enteradas? ¿Qué tenía que ver, entonces, Fernando con esa mujer, ya que había comisionado a su procurador para buscarlo?

No sabía adónde iría con el interrogatorio, pero siguió indagando:

—¿Es esclava?

—No, niña, es liberta.

Aquello le decía demasiado, o quizá nada, así que arriesgó:

—¿Y por qué mi primo manda a pedir su rosario?

Las chicas la miraron con ojos que parecían decir que ella no comprendería.

—¿Es su mujer? —preguntó, la atención puesta en el halcón.

Alguien murmuró un tímido «sí».

—¿Está muriendo?

—No va a pasar de mañana a la medianoche.

—¿Y quién se arroga la sabiduría de conocer los designios de Dios?

Las muchachas quedaron con el rostro inexpresivo: de aquello no hablarían. Ignacia soslayó el tema y volvió a preguntar:

—¿Tienen hijos?

—Uno.

—¿Dónde está ahora?

Una, algo cohibida, dijo:

—En casa del comandante.

¡Era aquel niño, entonces, que a todos volvía locos! Recién en ese momento comprendió por qué Fernando andaba como alma en pena, escondiéndose cada vez que llegaban de visita, retirándose sin ceremonias, evitando encontrarse con ellas: su mujer estaba en tiempo de agonía.

Acariciando la cresta del ave, preguntó suavemente:

—¿La quiere mucho?

—Desde que eran chicos.

«Dichoso amor», no pudo menos que pensar, y recordó a Alfonso con una punzada de despecho.

Al día siguiente, a la medianoche, se desató un diluvio, con vientos, rayos y relámpagos. En medio del vendaval, oyeron un gran crujido, y después un golpe que hizo cimbrar las paredes.

Ignacia, temiendo que se hubiera derrumbado un techo, se levantó a ver qué sucedía. Su madre ya estaba afuera; apoyada en la balaustrada superior, observaba a las criadas que corrían descalzas detrás de un perro al que querían mucho, que huía aterrado por los truenos, mientras otra llevaba una gata en brazos y una tercera rescataba la cría que el agua arrastraba por las canaletas. A la claridad de los relámpagos, doña Leonor gritó hasta hacerse oír:

—¿Qué fue ese ruido?

Clotilde, con un poncho empapado encima, indicó:

—Se cayó una rama del jacarandá, señora.

La chica que dormía con doña Leonor soltó como un ronquido y comenzó a gritar: «¡Calandria se murió, Calandria se murió!» y otra, contagiada, gritó desde la galería: «¡Fue Severa!».

No hubo forma de que aceptaran que el viento había provocado el desgarramiento del árbol; la misma Clotilde, aunque no convencida del todo, guardaba silencio.

Si era la muerte de la mujer de su primo lo que anunciaba aquel accidente, sacó las cuentas Ignacia, se había dado tal cual pronosticaran las mulatas. Quizás era

verdad que alguien conocía la aritmética de Dios casi como Dios mismo.

25. EN EL MAR DEL SILENCIO

«Permite, Dios mío, que mi entendimiento se postre a tu puerta, en una salutación a ti. Que todas mis canciones unan su acento en una sola corriente, y se derramen en el mar del silencio, en una salutación a ti. Como una bandada de pájaros que vuelan, día y noche, nostálgicas de sus nidos de la montaña, permite, Dios mío, que mi vida emprenda vuelo a su hogar eterno, en una salutación a ti».

Rabindranath Tagore, *Ofrenda lírica*

Carta de Fernando a su hermana Luz

DESDE LA CIUDAD DE CÓRDOBA
A LA DE BUENOS AIRES
ENERO DE 1841

Quierida hermana: no sé cómo decírtelo, así que lo haré a lo bruto: Calandria, mi Calandria, a quien quisiste como hermana y a quien yo adoré desde que era un chico, ha muerto. Su pérdida es tan insoportable que no encuentro alivio ni cuando duermo, es una pesadilla que apenas puedo poner en palabras. Que te baste saber que entraron forajidos a Los Algarrobos y la dejaron agonizando. Por suerte, Pascual pudo escapar con Lucián, y los Videla los mandaron de inmediato con Quebracho, pues sospecharon una venganza contra mí y no sabían cuántos más estaban detrás. Si no fuera por ellos, quién sabe qué hubieran hecho los bárbaros con mi hijo.

Un indio blanco y unos cuantos ranqueles desalmados me hundieron en la desgracia, y todavía no sé quién los mandó, pero ya lo averiguaré. Y aunque Lienán y sus hombres no tienen nada que ver con esto, no quiero verlos por ahora, y ni sé si alguna vez podré volver a entenderme con ellos. Les he mandado a Vallejo, advirtiéndoles que no pisen Los Algarrobos hasta que los vuelva a llamar. ¡Tanto miedo, tanta inquina que les tenía Calandria, y yo me le burlaba! Solía decirme que un día me matarían por la espalda, ¡y fue a tocarle a ella, en mi tierra, entre los míos, donde todos me respetan!

Yo estaba en Buenos Aires cuando pasó, cumpliendo con nuestro amigo Quebracho; Gracia te habrá dicho que fui a verte, y volví matando caballos porque Calandria me había contagiado su inquietud; se le había puesto que algo malo nos rondaba. ¡Si hasta me rogó que me quedase!

La pobrecita no murió de inmediato y Farrell la hizo traer a Córdoba para atenderla; quedó en manos de una mujer muy buena y de Cora, la india de El Oratorio. El doctor Pizarro y un médico italiano la atendieron, pero no pudieron sanarla, tan quebrantada estaba.

Parece que no quería morir sin verme, y que esa voluntad la mantuvo viva hasta mi regreso.

He pasado días enteros llorando a su lado, hasta me pareció sentir que me apretaba la mano, aunque los médicos me dijeron que no podía ser, dada la gravedad de las heridas. Pero si alguna conciencia conservaba, Luz, se habrá ido al cielo sabiendo cuánto la amo.

Contra toda certeza, te confieso, me esperancé en que pudiera recuperarse, y aunque no quedara bien, estaba dispuesto a cuidarla por el resto de su vida o de la mía, a renunciar a los intereses que tantas veces me apartaron de su lado. Doy gracias a la Virgen porque al menos tuvimos estos pocos años en Los Algarrobos, viviendo como Dios manda, como una familia, y no yo perdido en el monte.

Una tarde en que Calandria había estado peor que otras veces, Cora me llamó aparte y me dijo que la dejara ir. «¿Ir adónde?», le pregunté fuera de mí, pues pensé que hablaba de llevarla de vuelta al Tercero, y ella contestó: «A su muerte, mozo, que la está esperando. Ahórrele dolor». Y no sé qué agregó sobre que la oscuridad nos busca y que hay que sanar o morir antes de que nos atrape.

Yo no podía hablar, Luz, te lo juro, y mucho menos tomar una decisión, pues bien sabemos cuál es el oficio de Cora. Sentí como si una piedra me aplastara el pecho, pero esa mujer se acercó, me tocó la mano, y me dijo: «Cantaré para ella y se irá en paz».

Y como yo seguía sin dar el consentimiento que libraría su alma, insistió: «Ahora que lo ha visto, ella quiere que la suelte; me lo ha dicho en un sueño».

¿Soy tan supersticioso, Luz, que acepté aquello sin dudar? No estoy seguro ahora, pero en ese momento, mirándola a los ojos, sentí que era verdad. Le dije que me tomaría un día para prepararme a perderla, y aunque yo me negaba a que Lucián la viera en ese estado, ella me aseguró que iba a arreglarla muy linda, para que él pudiera despedirse de su madre, pues así debían ser las cosas. No me quedó más remedio que aceptar lo irremediable, hermanita.

Gracias a Dios, tía Mercedes, que tiene tanto corazón para los niños, se encargó de Lucián, y aquel día, tío Eduardo y tío Ferdinando, que había pasado la siesta tratando de explicarle a Lucián lo que era el cielo y que su madre tenía que irse, nos acompañaron en el coche. Por supuesto que Lucián no quería ni oír hablar de viajes, ni de cielos ni de separaciones, y nos dio mucho trabajo, porque es una criatura de temperamento, a la que nunca pusimos freno.

Pero cuando llegamos a la casa, Cora lo alzó, lo llevó al patio, lo sentó a su lado y se puso a contarle no sé qué historia, y eso lo tranquilizó. De su mano entró a la pieza donde estaba acostada Calandria con una mantilla que le envolvía la cabeza, para tapar las heridas. Tenía las manos como en oración, unidas con un rosario que le había regalado Severa hacía años, que Fe o Nombre de Dios, una de las chicas, encontraron en nuestra casa de Córdoba y me lo mandaron. Y realmente, Luz, esa mujer, esa Cora, es muy extraña. ¿De dónde sabía que a Calandria le gustaban las

verbenas? ¿Quién, salvo yo, sabía eso? ¿O fue pura casualidad que, al querer embellecerla, cortó un ramito de verbenas azules y se las prendió al pecho?

Lucián, que estaba asustado, se acercó a la cama y preguntó si su madre estaba muerta, pero Cora lo tranquilizó haciendo que escuchara su corazón; mi hijo obedeció y después ella le dijo que le diera un beso de despedida, pero que no la despertara, porque tenía que irse al cielo y el viaje era largo y cansador. Entonces, querida, Lucián la besó y dijo: «Está calentita, no fría como Aurelio», porque cuando velamos al viejo Aurelio, él lo tocó y quedó impresionado por la frialdad del muerto. Así, con esto, la pobre criatura pareció conformarse, la besó varias veces, le dijo cosas al oído, como hacen los chicos, y después la abrazó. Y no sé, hermanita, qué sucedió realmente, pero cuando Cora le preguntó: «¿Y, criatura, qué te ha dicho tu mamá?», él contestó: «Que me quiere mucho y que me porte bien. Y que no me saque nunca la medalla». Era tu medalla, Luz, que según me contó Pascual, ella se la puso a Lucián para protegerlo cuando le ordenó llevárselo.

Yo no soporté más y salí de la pieza; me fui al patio y te confieso que no me avergoncé de llorar.

En fin, tía Mercedes se llevó a Lucián, y Cora me pidió que me despidiera de Calandria antes de que le dieran la extremaunción, pues era mejor para ella que después del viático se fuera con la paz del sacramento. Me resigné a hacerlo, y Antonia, la mujer que la cuidó, tomó su devocionario y comenzó a rezar aquella oración que leímos contigo cuando murió abuela Adelaida, la de «Alma cristiana, sal de este mundo», mientras oíamos la voz de tío Ferdinando diciendo las mismas palabras con que despidió a la señora.

Después de eso, se fueron todos, hasta Antonia, que es la dueña de casa, y yo me quedé velando fuera de la habitación donde estaba Calandria con Cora. Y entonces, Luz, solos nosotros tres, cuando se iba la luz del día, con una puerta cerrada de por medio, escuché el canto de esa mujer. Era una canción triste y dulce. No sé qué decía, ni me importó, pero al rato me di cuenta de que iba menguando los tonos hasta que se convirtieron en murmullo, y me adormecí con el devocionario en la mano, mientras ofrecía mi corazón y mi alma a la Sagrada Familia.

Cuando me despertó, era noche cerrada y se había levantado un viento que hacía sonar puertas y ventanas; Cora me advirtió que Calandria se apagaba, que debía despedirme. Entonces, Luz, fui hasta donde estaba mi mujer, me arrodillé, la besé en los labios y sentí en la boca su último aliento, un quejido como de ave que expira, y me hirió de tal manera que perdí la conciencia por un momento. Y será misterio, hermana, pero escuché a Cora decir sin palabras que Calandria viviría en mí para siempre.

El alma de mi mujer partió a esa hora en que, a la noche, en el desierto, se levanta la brisa, pero lo que se oía en el patio era un vendaval, que sonaba como un mugido cuando se metía en el aljibe; quebró ramas en la huerta y después se confundió con el ruido del Suquíá, que venía crecido porque había llovido en la sierra. Salí al patio a

llorar, en medio del viento, y levanté los ojos: el cielo era un espacio negro, como mi alma, sin principio ni fin. No se veía la Cruz del Sur, la que me guio en el desierto cuando hui de Los Algarrobos, la que me cubría como un poncho cuando dormía al raso mirando las estrellas y recordando las historias que nos contaba Sebastián, hace ahora mil años, y yo imaginaba a Calandria, sólo a Calandria, tendida a mi lado hasta el fin de mis días...

26. UN ESPÍRITU SALVAJE

«Y al cabo de todo lo sufrido,
Me consuele tu amor, sin el olvido
De la madre que lloro y he llorado».

Alejandro Nores Martínez, Permanencia amada

Misiva de Consuelo Achával a su amiga, Laura Osorio de Robertson

DESDE LA CIUDAD DE CÓRDOBA
A ASCOCHINGA (SIERRAS DE CÓRDOBA)
ENERO DE 1841

Mi amiga queridísima: aprovecho que Cora regresa a Ascochinga para mandarte unas palabras y tenerte al tanto de cosas que no sé si alguien de la familia decidirá contarte. Lo de tu primo Fernando con Calandria se supo de la peor manera posible, pero creo que para bien. Digo de la peor, porque a ella la atacaron unos indios en Los Algarrobos, y después de martirizarla, la dejaron como muerta. Por suerte su hijo estaba con un peoncito, el que fue ayudante de tu esposo, y enterado de la desgracia, el gobernador, que andaba por el sur, los trajo a la ciudad y se los entregó a Farrell. Como te darás cuenta, era imposible esconder las cosas, así que el comandante tuvo que hablar con doña Mercedes y contarle que Fernando estaba de viaje, y que el chico era su hijo, nacido de una esclava que vivía con él. No tengo que abundar en lo que sabes, que esa mujer que dedicó su vida a los niños lo amparó como si fuera de su sangre.

El chico es hermoso, pero terrible; te lo digo porque me estoy maliciando que irá a parar con los tuyos y los de Inés. No hay forma de rigorearlo, come cuando se le da la gana, muerde, mechonea hasta quedarse con puñados de pelo en las manos, escupe, pateo y araña. Si es que te lo envían, tendrás un gran problema entre manos. Si por mí fuera, le daría una buena chirleada.

La otra noticia es que misia Francisquita se enteró de todo y tuvo hieles pero soportó el chubasco. Ella, que es muy lince, enseguida notó que las criadas andaban con los ojos llorosos, desaparecían en la calle por horas, se olvidaban de las cosas y cuchicheaban en los rincones; sólo a Martina no se le movía un pelo, y según la interrogaba la señora, nada sabía, nada sucedía. Entonces misia Francisca llamó a la chiquilla de las Núñez del Prado, la Tola, que es tan temerosa, y le hizo jurar ante la Virgen de la Piedad que le diría todo, y la pobre chica soltó lo que nunca se imaginó la señora. Yo estaba en la sala, y me avisaron que fuera a atenderla, porque nuestra

Francisca quedó sentada en el reclinatorio, descompuesta. Cuando llegué, ya había atado los cabos de la historia. La acompañé a la sala y nos quedamos un rato calladas mientras se reponía con un doblete de anís. Pocas veces en mi vida, Lali, he sentido el fervoroso deseo de mentir sin remedio, y esta fue una. Tuve que contestar lo que sabía y luego pedir a tu tía Leonor que nos mandara el coche para ir a lo de Farrell, porque no se puede salir a pie; las mazorqueras andan por la calle borrachas (perdona la palabra), ofendiendo y robando a las señoras.

Entró mi doña Francisca a casa del comandante sin hacerse anunciar, ¿y qué encontré? A Fernando con el chico en brazos, que rabiaba como de costumbre. Mi buena amiga lo enfrentó, le dijo de todo, menos bonito (a tu primo) y le echó en cara haberla tenido en la ignorancia. Fernando le preguntó con pocas palabras, y muy de malas, si hubiera aceptado su situación, y ella, que es noble hasta para quedar mal, lo pensó un momento y reconoció: «No de entrada, te imaginarás, pero habiendo chicos de por medio, hay que pensar las cosas. Mira lo que has conseguido apartándote de todos: un crío que no hace más que berrear como chanco en San Miguel, que no sabe comportarse y que no debe haber visto otro chico en su vida. ¿Eso quieres que sea tu hijo? ¿Un salvajote que nadie aguanta y que el día de mañana resolverá todo con un cuchillo? ¿Quieres degradarte en él, dejándole que coma con la mano, que ande hecho un solo pringue? ¡Míralo! Conozco a Mercedes, y jamás he visto cerca de ella un chiquillo mugriento. Si este anda así, es porque ella no puede gobernarlo». Pues Lucián, Laura, tenía las manos y la cara embadurnadas de arrope y juraría que también el pelo.

Doña Mercedes y sus hermanas trataron de justificar al niño, que se chupaba los dedos, y los dos hombres ni se atrevían a chistar. Finalmente, tu primo tartamudeó que la criatura acababa de perder a su madre, y tu tía replicó que con más razón había que mostrarle que ahora debía acomodarse a un nuevo orden. «Déjalo en el suelo, y no intervengas, que yo sé lo que hago. ¡Ni se te ocurra decir que no he tenido hijos, porque crie a la mitad de tus hermanos y además, los hijos de Felipe!». Nunca, Lali, vi a tu tía tan enojada y a Fernando tan obediente. A pesar de que Lucián se le prendió como abrojo, lo dejó en el piso; el chico quiso correr hacia misia Mercedes, que no se atrevía a intervenir, pobrecita mi querida, pero doña Francisca lo tomó del brazo con fuerza. «¿Cómo te llamas?», le preguntó; el pícaro contestó con una andanada de groserías que pusieron colorado a Fernando. Se me ocurre que estaba tan acostumbrado a ese lenguaje, que sólo ante el juicio de su tía se dio cuenta de la barbaridad de esas palabras en boca de un niño. Como doña Francisca volvió a preguntarle lo mismo, esta vez Lucián la pateó. Su padre y Farrell, escandalizados, lo retaron, pero la señora los detuvo con la mano. El chico quedó sin saber qué hacer, y como tu tía insistió en la pregunta, el chúcaro le amagó con el puño en la panza, pero ella se lo agarró en el aire, advirtiéndole a tu primo que no interviniera. «De hoy en más, si hay que castigarlo, seré yo quien lo haga, porque si no, llegará a odiarte. Ahora lo alzas y lo llevas a casa, que ya me encargaré de amansarlo». Luego le

aseguró a misia Mercedes que no pensaba quitárselo, pero como era evidente que al rebelde no se le daba la santa gana de obedecerle, estaría con nosotras desde mitad de mañana hasta la leche de la tarde. «Tú le enseñarás a rezar y a pintarrapear, yo le enseñaré a obedecer y a comer; después pasará un tiempo en La Antigua, con sus primos; el bagual debe volver con la manada». Sólo faltó que dijera «será justicia», Laurita.

Le aconsejó a Fernando separarse un poco de él, hasta que la criatura se acostumbrara a otro modo de crianza. «No voy a abandonar a mi hijo», protestó él, pero ella fue terminante: había que lograr que congeniara con sus primos, pues a partir de su desgracia, esa era su familia, y como tal debía ser criado y educado.

Fernando reconoció que tenía que viajar a Los Algarrobos y a regañadientes aceptó las mandas de tu tía.

Salimos de lo de Farrell en menos de una hora, lo trajimos a casa, y acá lo tenemos. Todo el día, hasta la tarde, son berrinches y malhumor. Creo que extraña a su padre, que ya ha viajado, aunque volverá pronto. No sufre mucho entre nosotras el malcriado, pues Canela y las negritas lo roban a la siesta y se lo llevan a la cocina, lo alzan, lo miman, juegan al gallo ciego con él, y el sinvergüenza las tiene embobadas. A la tarde, Pascual, que le hace de niño, y el ayudante de Farrell se lo llevan para lo del comandante. No sabes la cara de felicidad que pone cuando se ve sobre la montura. Este chico será hombre de campo, Lali, y la pasará mejor entre caballos y varones que entre damas y salones. ¡Bien dicen que no hay prenda que no se parezca al dueño...!

27. DESCANSARÁS ENTRE VERBENAS

«Duerme, Amor, en este lecho frío,
¡jamás han de turbarte!».

Henry King (siglo xvii), *Las Exequias*

LOS ALGARROBOS
ENERO DE 1841

La mayor parte del viaje transcurrió en la oscuridad de la noche. Unos cuantos hombres de Fernando, un religioso y Farrell eran el séquito a caballo que acompañaba al carretón de dos mulas en el cual llevaban el ataúd de Calandria; era una caja de madera buena, pero sencilla, donde Fernando, con un cuchillo, había grabado el nombre de ella, además de unas palabras de amor de él, de Lucián y de Luz. Debajo de todo, puso los nombres de los huérfanos que habían traído de La Rioja, dos años atrás, y que ahora se criaban con la hija de Oroncio Videla.

La distancia entre la ciudad y la estancia le pareció a Farrell más larga que nunca, especialmente porque se pronunciaron muy pocas palabras en el viaje. Había decidido acompañar a Fernando a Los Algarrobos por afecto y porque —no lo comprendió de inmediato— estaba viviendo a través del otro su propia historia, la que le fue negada. Ambos habían amado profundamente a mujeres que no eran aceptadas por los de su sangre ni por el conjunto de familias que compartían su linaje. Mujeres de piel oscura, mujeres de servidumbre, ambas de nombres galanos (Florinda era el de la suya; Rosalinda, el de bautismo de Calandria), ambas muertas trágicamente en plena juventud.

«Pero él tuvo más suerte que yo», pensó amargamente. «Podrá cavar su tumba, arrodillarse en ella, criar a su hijo. A mí no me quedó ni el consuelo de saber dónde están sus huesos».

Los acompañaba el padre Mateo, un franciscano tosco como arcilla y bueno como el pan, de mala presencia —siempre andaba roto— y humanos consejos. Él había sido, por años, confesor de la mulata, y había conseguido que se la velara, vestida con el hábito de los seráficos, a cajón cubierto, en la sala De Profundis del convento: Calandria era devota del santo de los pobres y de los animales. Después de las últimas oraciones de los frailes, se acercó a rezar por el alma de la morena, decidido a seguirla hasta Los Algarrobos, pues Fernando se había obstinado en enterrarla en el cementerio familiar.

La aurora era apenas un parpadeo sobre el horizonte cuando llegaron a la estancia. Farrell preguntó si la velarían en la capilla, pero Fernando, al desmontar, le dijo que no.

—Prefiero hacerlo en la pieza de Luz, donde está el Cristo que mi hermana

venera.

Y mientras subían los escalones de entrada, dijo para Farrell y el padre Mateo:

—Tenía derecho a usar los dormitorios, pero nunca quiso acomodarse en ellos. Que descanse ahí ahora, aunque sea por un rato.

En aquel momento, con un crujido destemplado, el armatoste de la puerta de entrada se abrió ante ellos y apareció Juana, la mujer del capataz. Iba vestida de negro, la cabeza cubierta con un mantón, el rostro y las manos muy pálidos. Saludó a Fernando brevemente y mientras un peón se hacía cargo de los caballos, los otros quedaron al lado del carretón, como esperando órdenes.

En el primer patio se hallaban varias mujeres de luto y, salvo los ojos, los rostros cubiertos con pañoletas.

—Han venido a llorarla, señor —aclaró Juana. No se le había pasado por la cabeza que quizás él no quisiera aquel rito de las «lloronas», que gemirían y sollozarían por horas, mientras alguna desgranaba el rosario.

Mientras Fernando se dirigía a la escalera que daba al piso superior, Juana lo seguía, ágil a pesar de su edad, mientras le daba cuentas de todo lo hecho:

—Armé las camas, mozo, por si quieren quedarse. También la capilla está limpita, como para recibirla en oración...

—La velaremos en el dormitorio de mi hermana.

—¿El del Cristo?

—El mismo.

—Le prendí velas ayer. Estuvimos rezando por «ella», con Aurorita y los chicos; venimos de novena en novena. Veré de cambiar la lumbre. Además, tenemos el agua calientita. ¿Quiere unos mates, para pasar el polvo del camino?

Fernando gruñó algo que ella tomó como asentimiento y gritó desde el antepecho superior hacia el patio:

—¡Policarpia!

Una chiquilla salió de algún rincón del patio y dijo:

—¿Sí, tía?

—El mate para don Fernando.

La chica, con otra de su edad, corrieron al segundo patio. Farrell miró hacia abajo. Las lloronas esperaban al lado de la puerta, muy juntas, cuchicheando. Era estremecedor ver aquellas figuras que parecían cuervos, cada vez que los mantos, al levantar los brazos, se abrían a sus costados como alas. Aunque todas eran de maduras a viejas, todas eran lo bastante pequeñas para que impresionara su aspecto de mal agüero.

Fernando se detuvo en el umbral de la pieza de Luz. Bajo el nicho que guardaba al Cristo, una hilera de velas derretidas formaba una valla a la altura del zócalo. Con un esfuerzo, se dirigió a los postigos cerrados y los abrió torpemente.

La escultura del martirizado —un Señor de la Paciencia— le golpeó la vista. Decían los que recordaban que aquella imagen había sido tallada por un indio, criado

por los jesuitas de la estancia de La Candelaria. El joven era un asombroso imaginero, y todavía quedaban trabajos de él en la capilla de Los Algarrobos, en la distante Candelaria, y en tantos oratorios levantados entre aquel sur de malones y los establecimientos risueños de las estancias del noroeste. El joven se había enamorado de la segunda mujer de don Ignacio Osorio, el primer Ignacio de la familia, y alertado este por el instinto de hombre maduro con esposa-niña, lo había apaleado hasta romperle los huesos, para abandonarlo después en las márgenes del río Tercero, donde los perros cimarrones acabaron con él a dentelladas. Nadie sabía su nombre. De él perduraba la trágica historia, aquel Cristo magnífico y el trabajo de vigas y barandas de la estancia.

Fernando hincó una rodilla en el suelo y se hizo la señal de la cruz torpemente, como varón no acostumbrado a bajar la testuz; detrás de él, Farrell se descubrió la cabeza y el padre Mateo se santiguó.

Juana y sus sobrinas andaban de un lado a otro, reponiendo velas, subiendo las sillas para sostener la caja de la muerta, dejando en manos de los viajeros un mate caliente, con cedrón o cáscara de naranja, en cuanto se apartaban del nicho.

Poco después llegó Aurora Videla, la hija del capataz, con la muchachita y el chico que trajera Calandria de La Rioja. Ambos se arrojaron llorando sobre Fernando; él los abarcó en sus brazos, sin poder pronunciar una palabra, acariciándoles la cabeza. Dentro de su dolor, sintió alivio: ahora que Calandria no estaba para cuidarlos, al menos sabía que Aurorita y su marido, un pequeño comerciante de Río Cuarto, se encargarían de ellos. Penaban por hijos, y se habían encariñado con los huérfanos, que se veían limpios, bien arreglados y alimentados.

La punzada de un alarido los traspasó; era una de las «lloronas», anunciando que los Cepeda habían entrado a la casa cargando el ataúd de Calandria. No acababa Farrell de reponerse, cuando las otras comenzaron a gemir, mientras seguían a los portadores hacia el corredor de la planta alta, enumerando las virtudes que habían adornado a la difunta en vida.

Fernando, en dos trancos, se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. La luz de las velas palideció ante el resplandor del sol y parpadeó con la brisa; algunas se apagaron cuando él se movió rápidamente para ayudar a colocar la caja sobre las cuatro sillas.

Mientras lo hacía, con el rostro duro como un puño, explicó a Farrell:

—No le gustaba la penumbra. Era mujer de sol.

Cuando el franciscano, sentado en un banco y apoyado en la pared, sacó del fondo de su bolsillo un libro de oraciones, las plañideras ya se habían acomodado para pasar varias horas, unas acurrucadas en los rincones, otras extendidas en el piso, varias golpeándose el pecho y todas bañadas en lágrimas. Los paisanos que se habían salvado de las levas aparecieron con sus familias, vestidos con sus mejores ropas y con el sombrero en la mano. Entraron en habitaciones que jamás habían pisado, donde se les sirvió ginebra, caña y vino, y antes del mediodía, se mató una res para

asarla cerca de las barracas. Con todo, no se descuidó la guardia, pues era sabido que los de la partida del indio blanco se habían ensañado con la mujer sólo porque no encontraron al patrón.

Los perros habían vuelto y, según dijeron, la noche anterior habían llorado a la luna por el ama que les daba de comer, aunque no estaba de cuerpo presente; como si supieran que había regresado, subieron las escaleras con la cola entre las patas, cabeza y orejas gachas, frotándose contra las paredes, y se acercaron al cajón, temblando en su flacura de galgos.

Uno de los hombres quiso espantarlos, pero Fernando se lo impidió.

—Déjalos; si no fuera por ellos, hoy no tendría ni hijo.

Al rato, los animales se echaron debajo del ataúd y allí permanecieron enroscados y parpadeando, con el dolor incomprensible de los animales.

Fernando, aunque golpeado, sentía que al haber vuelto a su tierra, al haber entrado en la casa donde ella fue mancillada y torturada (la cama deshecha de la última vez que Calandria y Lucían durmieron en ella, una blusa tendida sobre un churqui, desteñida de sol, la manta casi terminada en el telar), la furia le iba ganando al desconsuelo. Comprendió que, en poco tiempo, el deseo de venganza sería más fuerte que el dolor y lo haría salir a matar o ser muerto.

Por más que le insistieron, se negó a comer y a beber otra cosa que mate y agua —ya bebería cuando estuviera solo y hubiese cumplido con los ritos debidos— y, llevado más por la necesidad de poner punto al dolor, fue con Farrell y los hermanos Cepeda hasta el camposanto para marcar la fosa donde la enterrarían.

El lugar no era triste, apenas si melancólico. Al reparo de una loma cubierta de árboles que surgían entre peñascos, enredaderas de hojas grandes y flores moradas trepaban por los troncos, cubrían las copas y caían en guirnaldas. Recordó, casi sonriendo, que cuando eran adolescentes solían esconderse con Calandria en una cañada que se abría en medio de la coyuntura del monte para hacerse el amor.

Un muro bajo, de piedra, construido al modo indígena, limitaba la parcela donde se levantaban cruces de hierro, lápidas de piedra sapo y tumbas de mampostería. Los yuyos no habían invadido el lugar, que estaba repleto de verbenas blancas que se extendían hasta donde comenzaba la sombra de los árboles. Allí había varias tumbas de «angelitos», con cruces embellecidas con palomas y capullos de latón, ya muy oxidadas.

En un extremo, distinguió la sepultura del capitanejo ranquel, el amor de su hermana, cuya muerte había provocado que él huyera al desierto para enrolarse después en las filas del general Quiroga.

Era apenas un montículo rodeado por un borde de piedras, con una triste cruz, ya a punto de desmoronarse, hecha con dos ramas cruzadas y atada con una cinta desteñida.

—Aquí —marcó con una rama al lado de la tumba del amigo, y Farrell comprendió, por su gravedad, que aquello que decían de los amores de Luz con un

indio debía ser verdad, y que el Payo lo sabía y lo comprendía.

La enterraron al atardecer, entre las oraciones del cura y los últimos ayes de las lloronas, todos contritos, todos sabiendo que esto, como años atrás la muerte de don Carlos, cortaba en dos la historia de la estancia. Los hombres se distanciaron de las mujeres, para maldecir y reclamar venganza.

Se retiraron de a poco, sólo sombras afiladas extendidas por el lienzo del campo con el sol a ras. Los últimos que partieron fueron los Videla, con Aurorita, su marido y los chicos que, ya definitivamente, vivirían con ellos. Sólo quedaron los perros, el cura, Fernando y el comandante.

Sobre ellos se oyó el graznido lastimero de un ave de presa. Cuando levantaron la vista, vieron un halconcillo dorado que volaba en círculos sobre el camposanto.

Finalmente Fernando, agachándose y sobando la cabeza de los perros, les dijo sin mirarlos:

—Quiero estar solo.

Y entonces, lentamente, todos se fueron yendo.

SEGUNDA PARTE

De las venganzas tomadas

28. REGRESAR DEL DOLOR

*«Si no fuera por la fe ciega en su jefe, otro gallo estaría cantando.
Pero no hay mejor herramienta de disciplina que un jefe con predicamento entre los suyos».*

Luis Carranza Torres: *A la sombra del caudillo*

DEPARTAMENTO TERCERO ARRIBA
LOS ALGARROBOS
VERANO DE 1841

Fernando había tomado la galera para regresar a Córdoba, por no llamar la atención viajando con sus hombres, que conformaban un pequeño grupo al que ya le tenía asignado un destino. Ellos cortarían por el monte para llegar de noche y asentarse en El Pueblito, disimulados entre la población india, y amparados por la gente que respetaba a Camargo.

Viajó con varios pasajeros que venían de Mendoza y de San Luis, entre ellos un inglés y sus tíos, los Lezama, los padres de Gonzalo y de Martín, que iban a la ciudad con la única hija soltera que les quedaba, preocupados por el movimiento de tropas en la región.

Ambos notaron esa especie de reserva que mostraba Fernando, antes siempre dispuesto a la risa y a las bromas. Ahora se lo veía silencioso, ceñudo, desinteresado de todo. Su tío, que sabía lo que había sucedido, se exasperaba por dentro. ¿Quién podía tomarse en serio a una esclava, tener un hijo de ella, «blanquear» su situación ante la familia? Les había llegado la noticia de que hasta Francisca había claudicado ante su situación, aceptando al chiquillo y obligando a Laura y a Inés a que lo tuvieran entre los suyos. Sus hijos, pensó el caballero, le habían dado disgustos, pero no habían pasado su apellido al hijo de una negra. Desde la altura de su nombre, pensaba en esas cosas de locos que siempre habían tenido los Osorio.

Su esposa —él ignoraba que supiera algo, ya que las señoras no se enteraban de semejantes cosas— se condolía del dolor de su sobrino, aunque el escándalo la asustase. El Payo siempre había sido su preferido, tan hermoso y gallardo, tan valeroso. Cuando era muchacho y llegaba a la estancia montando en pelo un caballo blanco que ella le había regalado para el día de su santo, con la melena suelta y vestido de paisano, se quedaba mirándolo embobada, y ¡Santa Úrsula la perdonara!, lo había deseado confusamente, hasta que la ausencia de él y los años de ella habían conseguido transformar aquello en una ternura maternal que nada esperaba. Avergonzada de aquel sentimiento casi incestuoso, con el corazón ablandado por lo que no fue, pensaba, mientras lo convidaba con semillas de zapallo tostadas que llevaba en una arqueta, que ella hubiera deseado criarle el hijo como propio. Decían que el chico era precioso, moreno claro pero con los ojos azules de los Osorio.

Su hija, Ursulita, de apenas catorce años, sonrosada en su aún redondeada pubertad, miraba a Fernando con ojos enormes, admirados, sintiéndose atraída por aquel varón al que había oído mentar «díscolo, bravo, medio indio, loco», subyugada por la seducción que los hombres difíciles de domesticar ejercen sobre las mujeres sometidas a la familia.

Sus padres lo ignoraban, pero ella conocía vida y leyenda de su primo, pues las hijas de los peones siempre andaban comentando sobre la mulata que era su manceba y el chico que habían tenido. Hacía poco que se la habían matado, decían que después de violarla. Quizás ahora su primo sentara cabeza... Y cerrando los ojos, se recostó contra el hombro de su madre, soñando cómo sería ser amada por un hombre como aquel.

Fernando no quiso decirles a sus tíos que sabía que Martín y Gonzalo se habían encontrado con Luz, en Buenos Aires, pues en aquel oficio de cimarrones que se habían buscado, enrolados en ejércitos y en peleas de política, mientras menos personas supieran cómo localizarlos, más a salvo estaban. Cuando llegaran a Córdoba, si se enteraba de que su tía penaba de preocupación por los hijos, se lo haría saber.

Miró a su prima, sintiendo por la jovencita una especie de desazón mezclada con impaciencia. Se había convertido —¿o es que ya nacían así?— en una señorita remilgada, llena de modos y amaneramientos. La clase de mujer que siempre lo había exasperado.

Con la cabeza apoyada en el alto respaldo del asiento, cerró los ojos, deseando que el viaje terminara de una vez. Sin anunciarse, la imagen de su otra prima, la nueva, la que apenas conocía, le vino a la mente. «Mujer de arco y espada», había dicho galantemente de ella Medina Aguirre. «Una verdadera amazona. Apuesto a que usa la pistola y le acierta a un botón. Además, cría halcones».

Se revolvió, inquieto. Envuelto en su dolor, no había tenido tiempo ni ganas de hacer algún gesto de bienvenida hacia su tía Leonor y hacia Ignacia, y comprendió que se los debía. Si se sentía proclive a cierta vida familiar, iría a verlas, o pediría a tía Francisca que las invitara.

Le preocupaba dónde vivir, porque era evidente que, para hacer lo que planeaba, tenía que quedarse un tiempo en Córdoba, y con alguna excusa, que ya la tenía y muy convincente: el interés que había despertado en cierta gente el patrimonio de los Osorio. Pensó en usar la casa de la ciudad, pero allí vivía su tía con Ignacia, y no se encontraba cómodo con ellas. La otra posibilidad era quedarse con Farrell y, por último, con tía Francisquita.

El pensamiento de comenzar a actuar le despertaba una saludable satisfacción.

Había sepultado a Calandria en la tierra donde tenía su corazón, porque bien sabía que una parcela junto a ella, en el antiguo cementerio familiar, sería su destino final. Pero después de unos días de extrema borrachera, durante los que los hijos de los Cepeda se turnaron para cuidarlo y atenderlo, despertó una mañana asqueado,

sintiéndose sucio, dolorido y con hambre. No quería más sufrimiento, ahora quería sacar la cabeza fuera del pozo en que se había hundido, respirar aire puro y pensar en revanchas.

En el patio principal, desnudo como un Cristo, con un chiripá por toda ropa anudado a la cintura, hizo que uno de los muchachos lo baldeara con el agua helada del aljibe. Luego, tiritando, se lavó el pelo con un trozo de jabón del que solía fabricar Calandria; finalmente, se envolvió en una sábana y entró a la pieza, donde se secó rápidamente y se vistió. Un pequeño espejo le mostró su rostro avejentado, marcado de líneas, los ojos rojizos y los párpados hinchados. El pelo le molestaba, así que mandó a uno de ellos hasta el puesto, por si alguien tenía una tijera, ya que él no tenía valor de hurgar entre las cosas de Calandria.

El chico volvió cerca del mediodía, acompañado por tres de las mujeres de su familia; le pusieron un sillón en el patio y mientras una le cebaba mate y otra preparaba rápidamente unas tortillas de harina y grasa a las ascuas, los muchachos pusieron al asador el chivito sacrificado el día anterior. La más vieja sacó un peine y la tijera y comenzó a recortarle la melena. Luego emprolijó su barba y dio forma al bigote.

Llevaba dos pavas de agua tomadas en el mate, una tortilla devorada mientras le quemaba la lengua, y una paleta del cabrito a medio terminar, cuando le dijeron que llegaba una partida de seis hombres y un oficial. Gente de Oribe, se habían anunciado.

Sin una palabra, entró a la casa, sacó varios fusiles que entregó a los muchachos, y les indicó que, al reparo de la copa de los árboles, y sin hacerse notar, se apostaran en el techo y en el campanario de la capilla, apuntando a los soldados.

Se calzó las botas, la rastra ancha, y disimulando una pistola en el costado de la cintura, cubierta por la camisa suelta, se cruzó el facón ostensiblemente a la vista: la gente con fusil no desconfiaba de la de facón.

Pasándose los dedos por el pelo, salió a la galería y con las manos a la cintura preguntó al oficial, con altanería, quién era y a qué iba.

—Vengo de parte del general Oribe, para que se una al ejército con sus hombres; dicen que el general Vilela viene subiendo desde Mendoza y hay que pararlo antes de que pueda unirse al salvaje unitario «Por mi Orden».

El hombre se refería a Lavalle, por aquella infeliz frase con que firmara la ejecución de Dorrego.

Fernando lo miró largamente y, haciendo como que se rascaba bajo la camisa, puso la mano en la pistola y replicó:

—Veré al gobernador y decidiré según sus órdenes.

El porteño, con un gesto de desprecio, replicó que «donde manda capitán, no manda marinero»; a Fernando le hirvió la sangre, pero permaneció imperturbable, aunque alerta.

—Haga lo que quiera, pero Oribe lo sabrá, se lo aseguro —le advirtió el otro.

—No pienso esconderme —replicó él—. Aquí o con el gobernador, me hallarán.

—Nos llevaremos los peones.

—No quedan. Están con el ejército de Quebracho.

—Vi a uno que me atendió, y seguro que hay más en la casa.

—¿Piensa entrar?

El otro dudó. Aquel hombre parecía muy seguro. Ni se ponía nervioso, ni le esquivaba el cuerpo al cañón de las armas. ¿Y si les permitían entrar, y luego los encerraban y acababan con ellos? En Córdoba, varios de sus milicianos habían sido emboscados y muertos sin que se supiera por quién. «Taimados los cordobeses», reflexionó, y cuando pensó en que ellos habían dado caza a Ramírez y que habían hecho una matanza con Quiroga y su gente, se le fueron las ganas de intentarlo.

—Veremos qué piensa Oribe —lo amenazó, rencoroso porque debía volver sin haber hecho ni una triste leva. Mientras recorría la región, se dio cuenta de que alguien debía avisar de su paso, porque sólo encontraba estancias cerradas y ranchos deshabitados, ni un roñoso cabrero para presentar a su jefe.

—Anote mi nombre —lo provocó Fernando—. Soy Fernando Osorio, el Payo me dicen, y no estoy a las órdenes ni de porteños ni de orientales. A usted debería darle vergüenza andar engordando ejércitos de matarifes extranjeros.

—... 'jo una gran... Todavía se me puede ocurrir entrar a ver qué tiene escondido.

—Entrar es fácil. Salir ya es otra cosa —le advirtió Fernando con la voz helada—. Y escapar del Tercero Arriba después de haberse metido con los Osorio es más difícil aún. Pero usted decide...

Se fueron después de soltarle varias imprecaciones, sin saber si los estaban «corriendo con la vaina», o si adentro tenían un ejército de carabinas.

Pero aquel encuentro había puesto en marcha a Fernando. Esa tarde mandó venir a los peones y los instruyó para que tomaran recaudos sobre sus familias y sus casas, aunque la región, leal a López «Quebracho», era difícil que diera traidores que pasaran, por dinero o por miedo, los datos de los hombres que vivían en la zona. Los porteños iban y venían, pero la sombra del caudillo de Pampayasta, protectora para los amigos, nefasta para los enemigos, estaba siempre a un tiro de piedra.

—Necesito una partida. No muy grande, nueve, diez hombres —le dijo al Manco Videla, Ciriaco—. Fijate que no tengan mujer ni hijos, no quiero dejar viudas y huérfanos detrás nuestro. Nos vamos a Córdoba, a molestar al oriental, que todavía no se ha cansado de andar haciendo estropicios. Vos —le dijo a Silverio Cepeda—, correte hasta la posta del Vasco y decile que me consiga fusiles y pistolas, aunque sean trabucos.

El Vasco era hombre de negocios; además de ser maestro de posta, había decidido incrementar su capital recogiendo armas después de los malones y los entreveros —había comenzado durante la batalla de Oncativo, pues andaba entonces por la zona—, armas que guardaba nadie sabía dónde, porque más de una vez habían querido

robárselas, y no habían dado con ellas ni en los techos ni en los sótanos ni en los aljibes. Estancieros, cabecillas locales, hombres desesperados que querían defender sus posesiones, cuatrerros y bandoleros, guerrilleros federales o desertores unitarios, todos acudían a él. Decían que el mismo Quebracho, cuando Buenos Aires no le mandaba con rapidez las armas que necesitaba para frenar el avance de los ranqueles, acudía al Vasco.

También había encargado a Antenor Vallejo y al marido de Aurorita Videla que, desde sus situaciones privilegiadas para hablar con la gente —como baqueano uno y comerciante de la zona el otro—, mantuvieran el oído atento para descubrir quién había mandado al indio blanco tras él. La cabeza, todavía metida en sal, se conservaba en el Puesto Encerrado, y cada vez que alguien pasaba por allí, se la mostraban con la esperanza de descubrir quién era y así dar con su protector.

Al tiempo se enteraron de que Pacheco se había batido con Vilela en Sancala —el San Carlos de Traslasierra— y que había triunfado sobre él. Poco y nada le importó, pero lo que finalmente lo decidió a poner rumbo a la ciudad fue una carta de Farrell, entregada por manos de uno de sus peones de confianza.

En ella le decía que era mejor que regresara: alguien del entorno de Oribe había dicho que pensaba pedir Los Algarrobos en guarda. También comentaba que las matanzas por mano de Bárcena seguían, que el Monitor continuaba expoliando a los comerciantes y doblegando a la gente en la calle con el busto de Rosas, y que las rameras que lo acompañaban se habían vuelto tan atrevidas que se metían en las oficinas de los funcionarios cordobeses, y si estos se negaban a darles dinero, armaban un escándalo; algunas hasta se desnudaban a medias. «Es algo jamás visto, Payo. Ni cuando entró Quiroga, que se titulaba enemigo, sufrimos tantas afrentas. ¡Y que sean nuestros aliados los que nos las impongan, y que los nuestros se callen la boca o se escapen a la frontera con algún pretexto, para no malquistarse con porteños y orientales!».

La carta terminó de decidirlo. Mandó recado a don Quebracho, avisándole de sus movimientos, y se despidió de Calandria plantando la cruz de hierro que días antes le habían traído de Alta Gracia, donde, en un corazón traspasado por un puñal, grabó su nombre y los años de su vida.

Mientras fumaba un cigarro en chala, sentado en una de las grandes piedras que servían de contención al cementerio, pensó en Luz, si sabría ya lo sucedido. Deseaba unas palabras de ella, pero tenía que armarse de paciencia. La carta demoraría en llegar, si no se perdía en el camino, o llegaba a Los Algarrobos una vez que él hubiera partido. A lo mejor, se esperanzó, la misiva lo esperaba en lo de tía Francisquita.

Sus hombres, guiados por Antenor, se prepararon a viajar a través de monte y sierra, por esas rutas desconocidas y escarpadas por donde los ejércitos no se atrevían, porque tentaban a la emboscada. Arriaban los «créditos» del Payo, como los llamaban por el Tercero Arriba, una tropilla formada por oscuros de buena alzada;

mezclados, pero distintos, iban sus tres caballos preferidos: un ruano de crines blancas, en homenaje a sus antepasados, pues decían que Damián Osorio había entrado en 1573, siguiendo al fundador de la ciudad, montado en uno de ese pelaje, al que permaneció fiel. Los otros eran un zaino grueso de arriba, para la pelea, de buen resuello, y el Moro viejo, el máspreciado, que no se espantaba de los tiros ni de los gritos, y que a los dieciséis años no le aflojaba a las pechadas y escarbaba el suelo en cuanto olía a pólvora, pidiendo rienda. Todos tenían la mirada brava y buenos reflejos. Llevaban de madrina una yegua oscura, mancarrona, carablanca, sufrida y resabiada, que mantenía reunida a la tropilla.

Fernando había escrito a Farrell: «Voy para allá; llego en cuatro días. Que Camargo me consiga buenas lanzas y me las resguarde en El Pueblito. Por ahora, me conformo con una docena».

Desde la subida de la capilla, los perros, sentados, vigilantes y muy quietos, vieron perderse a lo lejos, por la quebrada de los Cóndores, a la tropa. Dos días después, los animales aparecieron por el Puesto Encerrado.

Cuando Juana los vio, le dijo a su marido, que andaba buscando el lazo para ahorcarlos:

—Dejalos, Oroncio; el patrón los quiere porque le salvaron el hijo. Toy segura que doña Cala nos cuidará a cambio.

Se aquerenciaron un tiempo, pero a poco, uno de ellos desapareció.

29. LA LEALTAD DE LA LLANURA

«En la campaña, los jueces “calificaban” a los ciudadanos, y en la ciudad una comisión de tres individuos. Esta comisión graduaba la responsabilidad criminal de las personas calificadas de unitarios, embargaba sus bienes y los depositaba en poder de “federales netos”».

Ignacio Garzón, *Crónica de Córdoba, tomo III*

CIUDAD DE CÓRDOBA
OTOÑO DE 1841

Farrell y Fernando, después de reunirse secretamente con Eduardito Páez, que los tenía al tanto de las maquinaciones de don Toribio de Aveira, decidieron pasar por el bufete que José Medina Aguirre compartía con Manuel Cáceres.

El lugar estaba a salvo de suspicacias, pues si bien Manuel era tibio en expresar su rosismo, estaba muy ligado a don Claudio de Arredondo; José, por su parte, y gracias a su puesto en la policía, contaba con el favor de Quebracho, que confiaba en su discreción, en su honradez y en que era santiagueño, pues el gobernador recelaba de los capitalinos cordobeses.

El despacho, en la calle de la Universidad, permitía que cualquier estudiante, profesor, leguleyo o contendiente pudiera allegarse, ya fuera con el ánimo caldeado, las manos frías o el espíritu hambriento de una buena conversación sobre derecho, latín o poesía satírica.

La puerta estaba siempre abierta y la «sala de confidencia» se hallaba en una habitación posterior, sin ventanas a la calle. Los muebles, de alto respaldo y clavos de bronce, se veían un poco destartalados.

Una copia mediocre de La muerte de Sócrates, de David, colgaba de la pared. Tanto Medina Aguirre como Manuel Cáceres guardaban sus expedientes en cofres con candado, en la habitación de atrás.

José se había trasladado desde la costa del río, donde vivía modestamente, al centro; su vivienda quedaba al lado y comunicaba por una puerta intermedia. Allí su hermana, a quien había traído desde Santiago del Estero temiendo que terminara casada con un terrateniente analfabeto, se encargaba, con la ayuda de su criada, de llevar el hogar y hacerles de escribiente cuando faltaba el tinterillo de turno. Todo, sin dejar de cultivar la huerta y su apartado de hierbas aromáticas, «de pava y olla», como puntualizaba.

Medina Aguirre, contó Farrell a Fernando, libraba un buen número de batallas legales. La mayoría de sus cuentas eran pobres de solemnidad, pero el llevar los asuntos de los Osorio había dado renombre a la firma. La sociedad era provechosa para ambos: Manuel se beneficiaba con la brillantez y la intuición del santiagueño, y José con el tesón, las buenas relaciones y los parentescos del cordobés, que había

heredado la consideración que se le tenía a su difunto padre, abogado también.

Se podía decir que José tenía tertulia propia: disfrutaba divagando con el padre Mateo sobre la excelencia de los vinos o la superioridad de los quesos de cabra de la granja de Santa Olalla; con el padre Ferdinando, de linajes santiagueños, y con algún viajero o profesor inglés —que no faltaban, por temporadas, en Córdoba—, sobre el genio de Shakespeare. Justamente, uno de ellos le había regalado el cuadro que prestigiaba el despacho.

Aquella tarde, mientras tomaban una taza de café y fumaban unos habanos de los que míster Harrison enviaba a Farrell, José informó a Fernando que unos días antes la Legislatura había aprobado una ley que permitía la confiscación de los bienes de los «salvajes unitarios». Aquellos quedarían en administración y guarda de leales ciudadanos, hasta que se amortizaran con ellos los males padecidos en la revolución por los buenos federales; también de ellos el Estado tomaría una parte para solventar los gastos de guerra.

—Han confiscado los bienes de Fermín Soaje, de José María Fragueiro, de Bernabé Ocampo... —dijo Medina Aguirre.

—¿Y los estancieros? A Manuel de la Vega y a Nacho Márquez no les han dejado nada —acotó Cáceres.

—Nadie está a salvo.

—Es de no creer —dijo Fernando, decepcionado.

—Así están las cosas, amigo.

—Y como ya debes saber, por Páez nos hemos enterado de que el que reclamará Los Algarrobos es oficial, se apellida Estévez y se jacta de ser «federal neto».

—¿Con qué piensa fundamentar el reclamo? —Se acodó Fernando en la mesa, incómodo en la ropa de ciudad—. Soy federal desde que empezó esta jodida guerra.

—Y tu padre y tu tío apoyaron al general Paz; tu hermano y tu primo están exiliados desde hace diez años; tu cuñado era oficial de Lavalle; según corre la voz, los Osorio son unitarios y tienen mala voluntad con la Santa Federación.

—Eso no se sostiene. Todo el mundo sabe que soy incondicional de Quebracho, que he luchado con Quiroga, con el Chacho...

—Quiroga está muerto, al Chacho Peñaloza lo acusan ahora de unitario y algunos «colorados» de La Rioja dicen que tuvieron que perseguirlo a usted por traicionar las ideas federales.

—Además —terció Manuel—, te han puesto una denuncia por haberte negado a apoyar con tus hombres al general Pacheco, en Sancala.

—Me negué a apoyar a Oribe, no a Pacheco. No estoy para obedecer a orientales.

—Lo mismo da; a Pacheco le tocó intervenir en ese combate.

—Y algunos jueces de San Luis te han «calificado» de federal tibio...

—También han insinuado que no tienen los papeles que avalen el derecho a la tierra, pero eso es irrelevante.

—¿Faltan los títulos? —se extrañó Fernando.

—Cuando murió tu padre, acababa de ponerlos a disposición del general Paz, por un empréstito para su campaña. Con la invasión de Estanislao López, cuando lo apresaron, muchos papeles se quemaron o desaparecieron —dijo Farrell.

—Pero ahí no está el problema, porque puedes argüir posesión longi tempus. Es decir que ustedes han poseído la tierra por siglos, de modo público y pacífico, a la vista de todos y sin que nadie se les oponga.

—¿Qué es lo peor, entonces? —preguntó Fernando, sintiendo que la confusión de su pasado, dentro de un partido que tenía demasiados caudillos litigando entre sí, estaba a punto de enredarlo en una conjura.

—Que el hombre ha apuntado alto y eso significa que, o está muy loco, o se le deben favores imponderables. Si lo apoya Bárcena, Oribe le dará su respaldo.

—¿Y qué puedo hacer?

—Esperar. Mover algunas relaciones.

—O despenarlo en algún callejón —repuso Fernando con frialdad. Sus palabras hicieron que Manuel se sobresaltara y Farrell guardara silencio, pero Medina Aguirre comentó con tranquilidad:

—Dejemos eso como último recurso, ¿le parece?

—Ese Oribe, ¿no es pariente político de mi tía?

—Sí; pero ya le expliqué a doña Leonor: puede ayudarlos ahora, pero en cuanto se vaya, ustedes quedarán en peor situación, pues habrá varios que, en venganza por la intervención de él, que es detestado por nuestros federales, tratarán de revertir su decisión.

—Quebracho no les hará caso.

—¿Seguro? —dijo Cáceres, borroneando un papel—. Yo no me confiaría en un hombre que firmó hace unos días una carta presentándose como «obsecuente y fiel amigo de Rosas».

Fernando dudó. La presencia del Restaurador de las Leyes entre él y Quebracho enrarecía la situación. No quiso pensar en ello: la lealtad, allá en las llanuras donde confiar en el otro podía costar la vida, se cotizaba a precio de oro.

—Él no me haría eso.

Poniéndose de pie, cansado y nervioso, se acomodó el poncho, que se había quitado para estar más cómodo, arrojándoselo sobre el hombro izquierdo.

—Vámonos —instó a Farrell—. Quiero preparar el viaje a Ascochinga, quiero ver a mi hijo.

Volviéndose hacia los abogados, les pidió:

—Que no se enteren las mujeres. No quiero afligirlas.

—Tu tía Leonor está al tanto, igual que tu prima —le advirtió Farrell—. Tuvimos que contarles, porque en principio Eduardito nos pasó el dato de que había preguntado por la casa de Luz, que ellas ocupan. Pero esos documentos están en orden.

—¿Todas saben de este incordio?

—No; con Leonor discutimos el asunto, y decidimos mantener reserva.

—Ni mi mujer lo sabe —reconoció Farrell.

Cuando dejaron la casa de Medina Aguirre, Farrell invitó a Fernando a tomar algo en el hotel de los Pizarro, a un paso de Santo Domingo, donde servían café, se podía discutir con catedráticos o dominicos y los más jóvenes jugaban al billar. A esa hora sacaban del horno empanadas de carne, dulzonas y con pasas de uva, que tentaban con su olor a los parroquianos; el vino era pasable.

—¿Has ido a saludar a Leonor? —preguntó el comandante en cuanto se sentaron, cerca de la puerta de entrada, ante una ventana que daba a la calle Ancha.

—Ya lo haré —se impacientó Fernando—. Primero quiero ir a La Antigua a ver a mi hermana Inés y a mi hijo. Cuando regrese, cumpliré con ellas.

Y mirando el cielo del atardecer, que planeaba como un pájaro sobre las torres de los templos, reconoció, con un nudo en la garganta:

—Todavía no me hallo en mí.

En aquel momento, Farrell le advirtió:

—Ahí va tu prima.

Observó la calle y vio pasar a Ignacia, montando un caballo espléndido, sentada a mujeriegas y muy bien arreglada. Llevaba un sombrero pequeño, con velo corto a los costados y más largo atrás, que flotaba sobre su espalda. En las manos enguantadas sostenía, en la derecha, las riendas y en la muñeca izquierda, con el guantelete, el halcón encapuchado. A su lado, Pacheco lucía elegante en ropa de civil. Un poco atrás, cabalgaba un joven de uniforme con aspecto de extranjero, uno de sus edecanes.

—¿Qué tanto tiene que hacer con Pacheco? —Se molestó, al verla pasear públicamente con un hombre—. ¿Acaso es su amante?

—Sofrene, amigo, que está hablando de una mujer de su familia...

—A la que no conozco, y que parece bastante suelta de costumbres.

—¿Te molesta?

Fernando se echó hacia atrás, balanceándose en las patas traseras de la silla.

—No; más bien me divierte —reconoció—. Lo que me fastidia es la familiaridad que mi tía y ella tienen con esos asesinos.

—Pacheco no es un asesino.

—Sabrá Dios, pero yo vi cómo sus hombres sacrificaban a los heridos. ¿Y lo que están haciendo acá, con los civiles? ¿Sabes que Gaspar Indarte renunció, harto de presenciar matanzas? Ni Oribe ni Pacheco le llevaron el apunte. Pasó a verme por Los Algarrobos; en Buenos Aires le darán otro destino.

—Todo el país es un matadero —murmuró Farrell.

Fernando bebió el resto del vino y se puso de pie, apurándolo, pues quería darse una vuelta por El Pueblito, a ver a sus hombres. Mientras salían a la calle, soltó con enojo:

—¿Qué puede esperarse de una mujer que confiesa no tener corazón?

El comandante, desconcertado, comprendió tardíamente que se refería a Ignacia.

Por su parte, Fernando se sintió tentado de confiarle sus planes de pelea, pero se retrajo, prefiriendo no involucrarlo.

30. LOS PROTOCOLOS DE EL PUEBLITO

«Se introdujeron en la maraña de casuchas de barro y paja, hasta llegar a un rancho de mayor tamaño. Allí los esperaban cinco hombres. Uno de ellos, de baja estatura, rostro achinado y una vara en su mano derecha, se adelantó y se presentó, hablando en correcto castellano. —Soy don José Deiqui, curaca del Pueblito, de nación Calqui. Y estos son los miembros del ayuntamiento: el alcalde Santos Villafañe y los regidores José Antonio Mercadillo, Miguel Salas y Juan José Crespo. Deiqui los invitó a entrar al rancho y una vez en él, a sentarse en unas sillas de madera y baqueta dispuestas en forma de círculo».

Prudencio Bustos Argañaraz, *El otro lado del espejo*

OTOÑO DE 1841
CIUDAD DE CÓRDOBA

El Pueblito era el barrio más antiguo de la ciudad, asentamiento de indios y principio de la red de acequias que llevaba el agua a los vecinos. Había nacido poco después de la fundación, poblado de nativos para que la construyeran y se encargaran de cuidarla.

Con el tiempo, se trajeron indios pampas y, más tarde, calchaquíes, quilmes y malfines capturados en combate y trasladados a Córdoba, que se unirían en una comunidad cerrada que mantuvo, por siglos, su autonomía; sólo obedecían a sus caciques o «curacas», y no había funcionario o fuerza de guardia que se atreviera a meterse en aquel territorio. Sobre los apacibles comechingones, la sangre aguerrida de las tribus del noroeste —últimas en rendirse a los conquistadores— se hacía sentir en la población.

La planicie o «tablada» donde se desperezaba el rancherío, bordeado por los toldos de los indios más cerriles, era extensa, y tenía, en general, lindes naturales: el cauce del río, las barrancas que costean el Suquía, el Alto de las Violetas, el bajo de la capilla de Santa Ana —antigua quinta de los jesuitas— y el empalme de los caminos de la Calera con el que iba a San Roque.

Aquella población de diferentes tribus y una sola sangre nativa los había vuelto receptivos a los de su raza, que terminaban recalando allí o entrando y saliendo de aquella fundación que mantenía costumbres ancestrales mezcladas con las prácticas cristianas. Así, Camargo, el lugarteniente guaraní de Farrell, tenía un lugar de respeto dentro de la población.

Nunca entraba ni salía sin dar a conocer sus movimientos; cada tanto, llevaba prebendas que Farrell prefería ignorar cómo las había conseguido, y el comandante mismo les mandaba animales traídos de su estanzuela, o mantas tejidas por las «puesteras» de El Oratorio, a modo de diezmo para aquella comunidad que en varias ocasiones lo había auxiliado, sirviéndole de guías, de baqueanos y aun de espías.

Cuando Córdoba fue invadida por el gobernador de Santa Fe, en 1831, Camargo

había salvado a una joven, matando a los soldados que la tenían cautiva; la llevó a El Pueblito, para que las curanderas que por allí sobraban le salvaran la vida. Al tiempo le dejaron levantar un rancho para ella, y cuando el Payo y él acabaron con varios hombres de Echagüe, para vengar la muerte de don Carlos Osorio, se refugiaron en el Alto. No hubo por entonces soldado santafesino que se atreviera a seguirlos en aquellos andurriales donde, si no con un arma de fuego, con el tiro certero de una piedra, de las boleadoras o una lluvia de lanzas, se detendría a los intrusos.

En los primeros días de 1841, algunos hombres del «Tuerto» Bárcena que buscaban a los mazorqueros perdidos penetraron, ignorando los peligros, en la extensa barriada y fueron capturados a lazo. A la mañana siguiente, las cabezas, remedando los métodos del Tuerto con los degollados en el Paseo del Virrey, aparecieron, con sus bonetes colorados, ensartadas a punta de lanza, en el bajo que otrora se llamara la calle de la Caridad. Como aquellas partidas eran independientes y muchas veces arbitrarias en sus correrías, sus compañeros nunca supieron que habían sido muertos en El Pueblito y, en cambio, cargaron contra las barriadas criollas que rodeaban a la ciudad, provocando el desbande general.

Pero Fernando Osorio, conocido entre las tribus como «Chañarito», era recibido con respeto por los caciques. A él y a Lienán, el ranquel, su amigo y mano derecha, se los homenajeara como si fueran oficiales de alto rango.

Al separarse de Farrell, Fernando se dirigió al rancho de la querida de Camargo, donde lo aguardaban sus hombres, que se habían acomodado en el lugar con el permiso de los jefes tribales.

Después de entregar el ruano que montaba y recibir el parte de Ciriaco Videla, dio una ojeada al corral donde mantenían sus caballos, regaló al Moro, su preferido, palmoteo a los otros, les observó los vasos y luego ordenó a los hombres que se alistaran para presentarse ante los miembros del ayuntamiento de El Pueblito, El Alto, La Toma y El Tejar, divisiones en que había derivado el asentamiento primitivo.

Se reunieron en el mayor de los ranchos, que oficiaba de intendencia, con los Villafañe, los Ahumada, los muy famosos Acevedo, los Salinas, los Cabrera, los legendarios Tablada, que habían dado cacicas al lugar, los Castro, los Ceballos, los Ontiveros, los Deiqui, que conservaban su nombre Calqui, y otros de igual importancia.

Fernando había regalado unas vacas para que se sacrificaran y se hiciera un gran asado y Camargo había agregado lo suyo; todo El Pueblito estaba a la expectativa, bebiendo desde temprano la chicha tradicional de los nativos y el carlón barato de los pulperos del bajo, en espera de aquella delegación.

Desde la ciudad se podían ver, en el atardecer de otoño, los fuegos esfumados entre la humareda, y también se escuchaba el griterío y el sonar del kultrum, el tambor con que solían acompañar sus fiestas.

La consigna para los hombres de Fernando era no importunar a las muchachas del lugar, pues aquello podría derivar en una reyerta sangrienta, y beber moderadamente pero sin rechazar ninguna invitación, pues los lugareños podrían sentirse ofendidos.

—Y si dan con algún tape de mala bebida, se me derrotan para el bajo —les advirtió Fernando.

Había empleado la palabra «derrotarse» en el sentido que le daban los montoneros, la de huir antes de ser vencidos para después reagruparse. Como jefe, sabía que era demasiado pedirles, pero sus hombres tenían la certeza de que, si no respetaban las consignas, iban a ser duramente escarmentados.

—Cualquiera que se me desmande será castigado como se castiga en el ejército un acto de desobediencia. Vayan averiguando cuál es la pena, porque esa les impondré.

Dos días permanecieron los habitantes de El Pueblito y los hombres de Los Algarrobos de festejo, mientras los curacas y Fernando, con Camargo y el Manco Videla, cumpliendo rigurosamente con los protocolos, acordaban auxilios y estrategias. Una guardia de lanceros se encargaba de alejar a los curiosos.

Fernando se sinceró con los jefes, comentándoles lo que pretendía hacer: atacar a los mazorqueros que encontraran de noche, dedicados a matanzas y salvajadas.

—No les pido gentes, les pido asilo para mis correrías —aseguró a los ancianos.

—No decimos que no si alguno quiere acompañarlo, Chañarito —contestaron, pues ya habían tratado el tema. Se tomaban muy en serio aquella guerra, pues los de Bárcena habían matado a varios pobladores del Tejar, que atraparon en las cercanías de la Noria de Baracaldo.

Además, los santafesinos llegados con el aluvión de verdugos habían usado de carnada a las cuarteras del Monitor para atraer a algún indio incauto y quitarle el caballo o los pesos que buenamente había ganado a la taba. Algunos habían terminado muertos y el que escapó contó cómo les habían injuriado la raza.

—¿Y qué piensa hacer, Chañarito? —preguntó Juan Crespo, comerciante de buenos medios, propietario de varios hornos de ladrillos.

—Vigilar las calles de noche y atropellar si viene al caso. También necesito «bomberos» que nos pasen el alerta. Yo estaré en la ciudad para encargarme de todo.

Era sabido que varios vecinos habían salvado la vida huyendo porque algún negro les advirtió que iban por él, después de escuchar a los mazorqueros que en plena calle discutían a quién degollarían primero y a quién dejarían para más tarde.

—Muchos nos brindan ayuda.

—¿Quiénes? —preguntó, moroso, uno de los Cabrera.

Fernando paseó la mirada por aquellos hombres que mostraban la dignidad de los jefes. Sentados en círculo, vestidos a lo cristiano y no a lo indio, hablaban correctamente y sopesaban las dificultades en que podrían verse atrapados los suyos.

—Los que nadie nota: la gente de servicio que anda al cuete, las mocitas que van por agua, los mendigos, los que limpian la acequia y ceban mate en el Cabildo, los serenos. Hasta los curas y los presos nos han mandado recados.

—Güena gente —asintió Mercadillo mientras la joven mestiza le llenaba nuevamente el vaso de chicha, que los más viejos la preferían al vino.

Después de un silencio en que todos se miraron, Deiqui dijo:

—Aquí siempre tendrá amparo —y Tablada, que fumaba un cigarro gordo, de los que Farrell les había mandado, asintió entre el humo, con los ojos cerrados. El resto estuvo de acuerdo.

Mientras comían los últimos costillares y brindaban con fórmulas amistosas, Fernando se enteró, entre frases a medio terminar y metáforas para él incomprensibles, de que al saber lo ocurrido a Calandria, los caciques habían encargado a unos ranqueles que entraban y salían de la ciudad sin que nadie los descubriera que averiguaran el origen de la injuria.

El mayor de los Ontivero, mientras los demás asentían, le pronosticó que muy luego podría vengar la afrenta.

Fernando durmió, envuelto en el poncho, en una de las cuevas, al amparo de la guardia de Videla. A la mañana siguiente se bañó en el río y, dejando a sus hombres bajo la protección de los caciques, entró con Camargo y los Cepeda en la ciudad, montando el ruano —el Galano— para disponer el viaje a La Antigua. Extrañaba a Lucían.

31. LO QUE ESCONDE LA SIERRA

«Los sujetos que se internan en la salamanca, esa escuela sin libros, van detrás de una oportunidad de aprendizaje capaz de acercar tanto aquello que se ama y desea como lo que aterroriza o repugna. En cualquier caso, el aprendizaje es su contenido central, mientras que el “pacto” resulta el instrumento a través del cual, sin esfuerzo pero a costa de graves renunciamentos, se alcanza el anhelado poder del conocimiento».

Judith Farberman, *Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial*

OTOÑO DE 1841
ASCOCHINGA (SIERRAS DE CÓRDOBA)

Al levantar en brazos a su hijo, al encontrarse con su hermana Inés y su marido, con Laura y aquel gringo que le caía tan bien como mal el casado con Luz; rodeado de los niños, viendo a las criaditas jugar mientras Paula, la criolla que dirigía la casa, le daba la bienvenida, Fernando tomó conciencia de cuánto lo alegraba aquel encuentro.

La guerra no parecía haber llegado a La Antigua: la construcción, bien mantenida, se cerraba en galerías que contenían el patio principal con su reloj de sol y sus grandes macetas rebosando de malvones florecidos. En los corredores, helechos de las sierras —culantrillos, doradillas— luchaban por sobrevivir a los fríos que comenzaban a sentirse. Los muros encalados lucían el músculo de adobe marcado por la trama de la arpillera que lo moldeara.

El aire de las sierras, azul al mediodía, era fresco y se respiraba liviano. Él era hombre de llanura, pero sentía la atracción de la montaña con sus grandes árboles, sus quebradas profundas, sus valles pequeños como ombligo de matrona, sus vertientes temperamentales y los animales ocultos en cuevas, entre las grandes piedras de la región. La llanura era un silencio místico donde sólo el viento parecía tener voz, importunado de vez en cuando por el grito de un pájaro o el retumbar de los potros al galope. La montaña, en cambio, era un mundo de rumores: de agua entre piedras, de hojas estremecidas, de murmullos indiscernibles, de voces animales solapadas y secretas.

Mientras alzaba y besaba a Lucían, robusto y voluntarioso como siempre, Inés se le acercó y él rozó con timidez la mejilla de su hermana; con su cuñado se estrecharon entre palmadas y silencios y con Robertson, que venía de la herrería, más moreno que nunca, en mangas de camisa y el pelo suelto como gitano, se saludaron con gusto.

La escolta de Fernando se llevó a Lucían, montado en el ruano —el Galano—, hacia los corrales, mientras los niños rodeaban al tío y los padres les ordenaban que lo dejaran en paz hasta que probara un vaso de vino y picoteara los quesillos,

envueltos en hojas de achira, que traía Paula. El locro del almuerzo aún no había terminado de cocerse.

Laura se veía hermosa y maternal al lado de su esposo, que quería a los hermanos menores de ella más que como cuñados, como hijos, y eso tranquilizaba los miedos de Fernando por la estadía de Lucián en La Antigua.

En el almuerzo, se habló de doña Leonor y de su hija.

—Unos días no más, y las tendrán por acá —les advirtió Fernando—. Tía Francisca me ha peleado porque no quise esperarla, pero quería ver a este desacatado —se justificó, abrazando a su hijo con torpeza.

—¿Y Consuelo? ¿Vendrá? —preguntó Laura.

—Entendí que sí; anda tristona porque el pretendiente tuvo que salir como rata por tirante cuando llegaron los federales. Huyó a Chile; ni siquiera sabe si lo ha achurado el Fraile Aldao, que está a la pesca de fugitivos.

—¿Tú conociste a tía Leonor, Inés?

—No, Laura; se fue antes de que papá y mamá se casaran. ¿Y cómo es ella, Payo?

—Buena moza, bien presentada, rica y amarquesada. Es divertida, aunque no haya mucho de qué reírse por estos días.

—¿Y su hija?

—Es... algo rara —dijo, sin dejar de comer. No quería comentarles que andaba pegada a los represores mandados por Rosas.

—¿Rara? ¿Rara como qué?

—Atrevida. Sabe esgrima; tiene un halcón —masculló de mala gana.

—¿Y qué hace con ese bicho?

—Lo ha domesticado.

—¿Y lo va a traer? —preguntaron los niños, encantados.

—Supongo que sí. ¿Cómo se llama tu hijo? —cambió bruscamente de conversación, pues Robertson sostenía en brazos al niño mientras le daban de comer.

—Felipe Eduardo —respondió Laura, que tenía en la falda a la mayorcita, Agustina—. Por papá y por Farrell, que es su padrino.

—¿Y la guerra, por acá? ¿Está fiero el asunto?

Robertson comentó los problemas que habían tenido con el ejército derrotado, la leva de peones, los robos, los asaltos.

—Soldado suelto no respeta rienda —sentenció Allende y le contó que aquellos guerrilleros unitarios que lo seguían desde la batalla de La Tablada, el Malandra y el Mulita, de vez en cuando se les aparecían—. Nos vamos salvando de ser sorprendidos gracias a esos perdularios, que más fieles no has de hallar; hombres del general Paz tenían que ser.

Fernando contuvo la impaciencia, pues la salida de Luis le recordaba sus enfrentamientos políticos, insalvables si no fuera por la buena voluntad que habían pactado. Pero su cuñado tenía razón; aquellos serranos eran leales y más prácticos que ingleses para solucionar lo inesperado. Buena falta le harían en Córdoba.

Le alegró comprobar que el traslado de su hermana a Ascochinga hubiera dado resultado. Luis, a punto de morir en el combate de Oncativo, se había recuperado y ayudaba a Robertson en la administración de La Antigua; sus hijos se mostraban menos tímidos y más fuertes. Con un nudo en la garganta, recordó cuando los encontrara en Totoral, hambreados, atontados por el miedo, viviendo en la casa derruida, sin ganado, debido a las continuas requisas que les hacían por ser unitarios.

Mal que le pesara, su tía tenía razón: Lucían no podía criarse entre peones o indios. «Una cosa es elegir el destino; otra, que el destino te elija», recordó que le había dicho la negra Severa, mientras le curaba las heridas, en vísperas de la batalla de La Tablada.

Pensar en la negra mayor de su casa le trajo el recuerdo de Calandria. Dejó la cuchara en el plato, sin poder seguir con la comida. Meses habían pasado, pero el dolor que parecía haber menguado caía repentinamente sobre él y le detenía la sangre con un golpe súbito. Lentamente, se llevó la mano al pecho y se sobó el corazón. Luego, con torpeza, besó al niño en la coronilla y le dejó usar el enorme cuchillo que apenas podía sostener. No habría más hijos de Calandria; debía cuidar de aquel como si fuera el heredero de una dinastía, pues no sería un hijo de Harrison, por más que él amara a su hermana Luz, quien se quedara con Los Algarrobos.

Después de las frutas en almíbar, mientras las mujeres y las criadas se encargaban de preparar a los niños para la siesta, los hombres se alejaron de la casa. Robertson y Luis deseaban enterarse de lo que sucedía en el país; Fernando, hacerles saber que tenían un enemigo peligroso.

Mientras Robertson se recostaba en el suelo, cerca de un algarrobo de cientos de años, los otros se sentaron en el banco de mampostería que miraba hacia el poniente. Muchas mujeres Osorio habían rezado allí el Ángelus y se habían hecho confidencias de amor; muchos varones de la familia habían planeado, en aquel mismo banco, hacer justicia por mano propia, iniciar una revuelta o sentenciar a un enemigo.

Entretenidos en armar los cigarros, hablaron de cómo defender a la familia en caso de tener que enfrentar a un grupo de aquellos desesperados en fuga. Luis le dijo a Fernando que, aunque él no lo hubiera notado, tenían guardias con fusiles en el tejado.

—¿Y de dónde sacaron armas?

—El Mulita y su amigo cayeron, después del combate de Sancala, con una carreta llena, disimuladas entre zapallos y sandías.

—Todavía les falta salvarse de Oribe —les advirtió Fernando—, aunque dicen que los de La Madrid se bastan solos para dañinear.

Allende mordió unas palabrotas y agregó:

—¿Te acuerdas de don Gabino Heredia, el que vivía por Carreta Quebrada?

—¿El que alardeaba de su tropilla?

—Ese. Un desertor, y de los nuestros, había agarrado la costumbre de acercarse hasta la casa y degollarle ahí nomás, delante de todos, dos o tres caballos por semana.

De maldad, el Judas, porque ni siquiera se los robaba. Hasta que se hartó Heredia, salió a campearlo y cuando lo encontró, lo bajó a ponchazos de la montura y lo destripó con dos tajos.

—Le ayudamos a enterrarlo con todo, ropa, montura, espuelas, no fuera a ser que alguien reconociera sus cosas y pretendiera vengarlo.

—¿Y el caballo? —terció Fernando.

—Se lo vendió a unos chilenos —aclaró Allende.

—Mejor; por las señas del matungo, capaz te echan el lazo.

De pronto, mientras soltaba el humo por la nariz, Luis confesó:

—Tenemos a un oficial de Lavalle en la ermita de arriba. Con el permiso de Farrell, claro.

La alarma de Fernando llevó a Robertson a justificarlo:

—Es un buen hombre, no podíamos desentendernos.

—El monte tiene ojos y oídos —les advirtió Fernando.

—Cora lo cuida; ningún serrano se va a atrever a denunciarla —sentenció Allende—; por aquí todos creen que debajo de la ermita está la cueva de San Cipriano.

—¿Qué es eso? —se interesó Robertson, que no había oído el cuento.

Tuvieron que explicarle que las cuevas de San Cipriano, llamadas «salamancas» por los paisanos cuando se ubicaban en el monte y no bajo un altar, como en el caso de la ermita, eran lugares de reunión de hechiceras, demonios y seres aberrantes que se juntaban a officiar una especie de misa negra. Era creencia arraigada en la zona de Ascochinga que Cora, la «despenadora», cuando se desaparecía por un tiempo, iba a Santiago del Estero a visitar las llamadas «salamancas de Lorenza», cuevas famosas desde la época colonial. Decían que Cora tenía el poder de entrar, dominar a los Diablos y salir viva de allí, acopiando, cada vez que conseguía hacerlo, más poderes sobrenaturales.

—Además, la gente de Cora nos ayuda...

—¿Comechingones? —se extrañó Fernando.

—Será que sí.

—No creí que quedaran ni en estampitas.

—Pues ahí siguen, en las quebradas —afirmó Allende.

—Ayer se nos apareció uno entre las tumbas —sonrió Robertson, recordando el sobresalto—. Traía un perrazo que le llegaba a la cintura y no dejaba de gruñir.

Cora pareció tomar cuerpo desde la neblina, para tranquilizarlos; les dijo que era su primo, el que vivía por Las Cañadas. Había venido a ayudarla con el refugiado.

—Las cosas que esconderá la sierra, y uno ni sabe... —masculló Fernando a modo de colofón, y en el silencio que cerró el tema, carraspeó antes de contarles lo de las expropiaciones que pesaban sobre las estancias.

—Alguien se ha tomado el trabajo de denunciarnos como unitarios para reclamarlas; la más expuesta es Los Algarrobos, pero Medina Aguirre me previno

que no nos descuidemos con La Antigua, por las dudas.

—¿Quién anda detrás de esto? —quiso saber Allende.

—Un cuyano que han nombrado en la oficina de propiedades; he oído que es usurero y pariente de Quebracho.

—Si está Quebracho de por medio, en cuanto Francisca le suelte dos sermones, detendrá las cosas —aseveró Allende.

Fernando guardó silencio. Quería creer en las palabras de su cuñado, pero las advertencias de Manuel Cáceres le habían hecho dudar de su jefe.

Los días siguientes no fueron fáciles para él, que soportaba el peso de decisiones que detestaba tomar. Lucían era su mayor preocupación. Tenía que dejarlo con su hermana, aunque hubiera notado que los chicos se apartaban de él porque era violento y se peleaba con ellos; a las niñas, especialmente, les desagradaba su vocabulario y los gritos con que exigía las cosas, y eso lo llenaba de inquietud.

La última noche en La Antigua, mirándolo dormir profundamente, le acarició los rizos y le besó la mano llena de hoyuelos.

Era inútil, no podía andar con su hijo a cuestas mientras tuviera que defender su heredad. También sabía que no viviría en paz hasta matar al que mandó a aquel grupo de salvajes contra él. El niño debía quedarse en La Antigua.

32. POR HACERLE MÁS DESPECHO

«El halconero juega en su arte con las propias fuerzas de la naturaleza; controla a una criatura libre, que nunca llega a pertenecerle por completo, menos aún, cuando es fuerte y está en perfectas condiciones para la caza».

Félix Rodríguez de la Fuente, *El arte de cetrería*

CIUDAD DE CÓRDOBA
OTOÑO DE 1841

A la altura de Caroya, vieron venir un coche escoltado por cuatro hombres, y al acercarse a él, la morena grandota que dirigía los caballos y las manos enguantadas que saludaban desde la ventanilla indicaron a Fernando que eran «las damas Osorio», como solía nombrarlas Farrell.

Se detuvieron bajo un grupo de árboles y cuando él se llegó al trote, distinguió a los guardias del gobernador Arredondo. Ayudó a bajar a las señoras, que querían estirar las piernas, y cuando quiso darle la mano a su prima, ella lo rechazó con un ademán:

—No, deja; Zegrí puede inquietarse —y recién entonces Fernando vio que llevaba en la muñeca, protegida por el grueso guantelete, al halcón encapuchado; a pesar de su ceguera, el pájaro estaba atento a cuanto sucedía alrededor.

Ya en tierra y sin prestar la mínima atención a su primo, Ignacia liberó al animal para que volara un rato.

Molesto por su desapego, él se quedó conversando con las señoras, respondiendo a las preguntas de misia Francisquita, aceptando la copa de vino que les sirvió una de las criadas que las acompañaba y comentándoles con cuánto gusto las esperaba la familia.

—¿Y tu hijo? —preguntó misia Francisquita.

Tocado por el remordimiento y bajando la cabeza, Fernando murmuró:

—Ahí lo dejé.

—¿Pero cómo anda?

—No me parece que esté feliz —se encocoró.

—No está feliz cuando te ve, porque quiere seguirte —dijo la señora—. Pero hay que educarlo, Payo, o será un rompedero de cabeza para ti y para el resto de la familia. ¿Al menos tiene mejores modales?

—¡Qué sé yo!

Impaciente, pasándose la mano por el pelo, se volvió a observar a Ignacia, que se había alejado de ellos. El halcón había cazado una presa y la estaba desgarrando en el suelo, a cierta distancia, alerta y feroz, y él se sintió impresionado: no había conocido mujer que no se doliera de ver morir a las palomitas de la virgen. Y como un rumor

arcaico, evocó unos versos del Mío Cid que solía recitar su tío, el mercedario, que hablaban de gavilanes y de venganzas. Luz se los había aprendido de memoria. El recuerdo le devolvió unas estrofas:

Veo al que mató a mi padre
caballero en su caballo
y en su mano un gavián.
Por facerme más despecho
cébalo en mi palomar;
mátame mis palomillas
criadas y por criar.
La sangre que sale de ellas
teñídome ha mi brial...

Doña Leonor, sin darse cuenta de que estaba sumergido en el valle de su adolescencia, inquiría sobre antiguos vecinos, dolida al enterarse de que muchos habían emigrado a causa de las persecuciones.

—¿Alguna vez viviremos en paz? —se quejó en voz alta, la mirada perdida en el cordón de sierras que signaba el oeste, por donde se producían, desde siempre, el mayor número de las fugas.

—¿No habrá peligro de que asalten La Antigua, Payo? —preguntó, recelosa, misia Francisquita, que andaba malhumorada; pertenecía al grupo de finas señoras de Córdoba que detestaban el campo, y necesitaba un motivo para regresar a la ciudad.

—Van quedando pocos rezagados, tía, y tanto el amor de su vida —se burló del cariño que ella sentía por Robertson— como Allende son hombres de armas, la tienen bien defendida. Peor está la ciudad, donde usted se encapricha en quedarse.

—Sigamos, entonces —suspiró ella—. Dile a Ignacia que venga y que limpie ese pájaro si quiere traerlo con nosotras. Semejante valido se ha buscado...

Cuando Fernando se acercó a la joven, el pájaro, agresivo todavía por la caza, se lanzó hacia él, como si fuera a atacarlo. Tomado de sorpresa, se atajó con los brazos, pero su prima aprontó el puño, cubierto por la caperuza del guante, y el animal se posó en él; la risa de ella hizo enrojecer a Fernando.

—¿Te dio miedo?

—¿Miedo? —contestó él de mal modo, y amenazó, llevándose la mano a la cintura—: de un pistolazo lo dejo tirado.

Ella, seria de golpe, le advirtió:

—Ni te atrevas; bastante me costó traerlo para que me lo maten en este país de locos.

—¿Y con qué me castigarás? —se burló él—. ¿Con tus agujas de tejer?

—No; no soy de las que hacen labores, pero podría tirarte con un libro; en una de esas, se te da leer —replicó ella con mordacidad.

Sin morderse la lengua, le retrucó:

—¿Será que prefieres acusarme a Pacheco? ¿O al maricón de Oribe?

—No necesito que nadie se encargue de mis asuntos. Pero por lo que he visto de ellos, te diré que al menos son hombres de guerra. A ti, hasta ahora, sólo te he visto de mandadero. Y amenazando pájaros —remató Ignacia y, volviéndole la espalda, se encaminó hacia el coche.

El humor se le agrió a Fernando, pero ya no era posible replicarle sin que sus tías o sus hombres lo oyeran, así que se tragó la ofensa.

—No vas a subir con ese bicharraco ensangrentado —protestó misia Francisquita cuando tuvo a la vista a Ignacia—. Déjalo suelto. ¿Acaso no te sigue a todas partes?

—No la molestaré a usted; iré en el pescante, con Monserrat.

—Oh, válgame Dios; esta va a ser otra de «esas» Osorio —se quejó la señora mientras subía al coche y su hermana soltaba una risa sobre el abanico.

La mayorala, que había estado hablando con uno de sus hombres —Rosendo, uno de sus lanceros—, acomodó las riendas, dispuesta a ayudar a la joven a trepar. Misia Francisquita hizo el último intento:

—¿Te das cuenta, Nacha, en qué estado vas a llegar? ¡El viento te llevará los pelos! ¡No quiero que la familia crea que eres una zíngara!

—Pues que se enteren de qué clase de zíngara soy —contestó Ignacia con humor, y se acomodó al lado de la mayorala después de haberle puesto la capucha al halcón; no se despidió de Fernando, pero cuando los caballos arrancaron al restallar el látigo, le clavó una mirada maliciosa, satisfecha, como de quien sabe que ha hecho daño, aunque todavía no se note.

«A esta habría que darle una tunda», pensó él, molesto más allá de lo debido. Al volverse, la larga mirada que Rosendo echó al coche que se perdía hacia Ascochinga le hizo comprender que el lancero estaba «flechado». Iba a tener que vigilarlo, porque en el primer descuido, capaz que se le volteara para la sierra, detrás del perfume a hembra de la porteña.

Recién cuando llegó a la ciudad se preguntó por qué no iría Consuelo con ellas.

Como necesitaba unas botas nuevas, y el hombre que se las hacía iba a demorar en entregarlas, Fernando se dirigió a la tienda de don Fidel Calleja, a ver si conseguía algo que le calzara.

La tienda, en ochava, daba a dos calles. Por la principal, se entraba a una sala elegante, donde se exponían artículos de primera calidad: sedas, puntillas, encajes y perfumes, además de otros ultramarinos; por la calle secundaria, se mostraban los artículos del país: cueros, mantas de telar, lienzos rústicos, herramientas y artículos de campo. Al entrar por allí, distinguió a la mujer del español, que se asomó,

cautelosa, tras una cortina y al comprobar que era un conocido, salió a atenderlo. Se la veía desmejorada, con ojeras y un parpadeo nervioso y constante.

—¿Y don Fidel? —preguntó Fernando, pues conocía al comerciante y a su familia desde que era chico y debía ponerse en puntas de pie para alcanzar el mostrador.

La mujer se largó a llorar y con palabras entrecortadas le dijo que el famoso Monitor, luego de dejar en paz el almacén de Castellanos, quien estuvo a punto de cerrar por las pullas y los robos que sufría a manos del malvado, había comenzado a hacer lo mismo con ellos.

—A mi pobre Fidel lo vienen zarandeando; ayer lo han atizado de lo lindo, con esas sinvergüenzas que lo siguen —dijo la señora, angustiada—; ha sufrido desmayos, y temo por su corazón. Tampoco podemos tener el negocio cerrado, porque si no, no comemos. Y si cerramos, las autoridades piensan que es para especular y nos multan. Nos requisan a cada rato, y ¿quién se atreve a cobrarle a Bárcena, a Costa, al mayor Martínez, dígame usted, don Fernando? Así que aquí estoy, escondida en mi propia tienda, dispuesta a trancarme tras esa puerta y dejar que se lleven cuanto les plazca...

Uno de sus hijos, que atendía los corrales de alquiler, entró corriendo, seguramente alertado por algún peón. Al ver que era Fernando Osorio quien estaba con su madre, se acercó, pasando un brazo por los hombros de la mujer para calmarla.

—Hoy no vendrán, madre —la consoló—. Llegaron las tropas que estaban fuera, y se han ido para los cuarteles.

Fernando les dijo que cuando los molestaran fueran de inmediato a avisarle.

—No importa la hora que sea, me mandan un recado.

El alivio que vio en la expresión del muchachito y en los ojos de la mujer lo turbó; sin darles tiempo a decir nada, preguntó por las botas y dio con un par bastante bueno. Luego se dedicó a buscar caramañolas, un facón para llevar de repuesto en la montura, tres porrones de ginebra holandesa, dos lazos y cinco cajas de balas, que el joven le entregó con discreción, envueltas en el poncho.

—¿Se consiguen con facilidad? —preguntó Fernando, sin mirarlo.

El joven se hizo el que arreglaba unos tientos y murmuró que haría lo posible. «Despierto el chico», pensó; sin cruzar palabra, había comprendido que tal cantidad de balas no serían para matar urracas.

Al ver un talero largo y ancho, lo tomó, lo sopesó y se lo colgó de la muñeca; bueno para castigar infames, pensó, y lo arrimó a la pila de compras.

No aceptó el descuento y dijo que mandaría a uno de sus hombres a buscar las cosas, así no se exponían saliendo a la calle con la mercadería.

Estaba invitado a almorzar con los Farrell, donde encontró a Consuelo. La joven no había viajado por quedarse a atender a doña Mercedes, que no se sentía bien y extrañaba muchísimo a Lucián; tanto, que hizo pensar a Fernando si no sería mejor

traer al niño a la ciudad.

—No, no lo traigas mientras sigan por aquí los asesinos —le rogó su tía, secándose los ojos y sonándose la nariz con un pañuelo—. Pero sabiendo que no te molesta que esté conmigo...

—Tía, ¿cómo cree que me puede molestar! —dijo Fernando con afecto—. Mi hijo no estará con nadie mejor que con usted.

Farrell y Consuelo permanecieron en silencio, sin atinar a consolarla. Muchas de las dolencias de la señora se debían a que había sido apartada del Patronato de Huérfanas por algunas señoras «federalas» que habían llegado con sus maridos desde otras provincias, para ponerse bajo el ala de López «Quebracho».

Doña Mercedes y el comandante no habían tenido hijos, y la necesidad de encargarse de los niños era muy fuerte en ella; a pesar de ser «una huerta de ridiculeces», como la calificara alguien, nadie que la conociera hubiera sido capaz de hacerle burlas en ese punto.

Sus hermanas, solteras, nunca habían sentido algo semejante; si la acompañaban, era por el «buen tono» que confería aquella labor, pero preferían arreglar sacristías y cambiar altares: los santos no chorreaban por las narices, no ensuciaban chiripás y no contagiaban piojos.

—Hoy estuve en lo de don Fidel. Parece que el Monitor y su chusma andan molestándolo —dejó caer Fernando con el primer sorbo de vino.

—Sí, ya me enteré —respondió Farrell, malhumorado—. Hemos firmado petitorios a Oribe para que no le permitan a ese energúmeno salir del cuartel, pero no hay caso. Incluso Arredondo, como gobernador, ha reglamentado la venta de vino, pensando que eso evitará las matanzas de los mazorqueros.

Limpiándose la boca con la servilleta, se quedó pensativo unos segundos, para comentar:

—Ayer anduve cerca del Paseo Sobre Monte y ahí estaba el infeliz, con el busto de Rosas pintado de colorado. Lo había puesto en la entrada del puente; al que tuviera la desgracia de pasar, hombre o mujer, lo obligaba a arrodillarse y rezarle como al mismo Cristo.

—Esta mañana se la agarró con don Dominguito, el sacristán... ¿te acuerdas de él, Payo...? —preguntó doña Sagrario.

—Cómo no acordarme; nos dejaba tocar las campanas de la Merced en Pascua.

—Lo revolcó de lo lindo al pobre...

—... y le robó toda la plata que llevaba encima —agregó doña Adoración.

—Si él lo dice... —se sonrió Farrell, indicando con un gesto a Serafín para que llenara las copas. El moreno, que era atrevido, se reía sin disimulo y mientras servía vino hacía preguntas inoportunas, pues Saravia era un pobre vergonzante, de aquellas personas de buenas cepas venidas a menos y que sólo se alimentaba de lo que comía en casa de los amigos.

—Ese ladrón descarado dijo que era para comprarle velas al Santo Restaurador.

—¡Comprar velas! —Se fastidió Consuelo—. Las roba de las iglesias. El padre Mateo anda con un palo al cinto para que no se lleve las de San Francisco. Hace unos días se robaron las limosnas.

Fernando hizo algunos comentarios, respondió las preguntas sobre la familia, contó que se había encontrado con sus tías y su prima en el viaje, y quedaron con Farrell en que estarían atentos a lo que sucediera en el negocio de los Calleja.

—Podríamos invitar al padrecito ese, el franciscano que vino con Leonor, que está tan solito, no tiene familia. ¿Cómo se llama?

—Filemón creo que era.

Contentas de tener un cura para la tertulia de los jueves, las señoras se entretuvieron en sacar la cuenta de los años que hacía que Francisca no iba a La Antigua.

Al atardecer, gracias a que una incursión del Monitor había dejado sin iluminación la vía pública, Fernando, vestido a lo paisano, aprovechó las sombras para cruzar el Paseo que llamaban del Virrey, hacia el poniente. Quería hablar con un personaje estafalario que vivía por allí, un viejo centenario que hacía años que no salía de su rancho, pero que era quien más enterado estaba de todo lo que pasaba en la ciudad. Se llamaba, aunque costara creerlo, don Eitán Ruderiquiz, y todo aquel que fuera alguien en Córdoba, antes o después, terminaba peregrinando entre las breñas para recibir de él algún consejo útil, una advertencia o un refrán a modo de sentencia.

33. EL AMIGO DEL CAPITÁN SANTOS PÉREZ

«Algunos solían decir que siendo noche cerrada, el Tuerto Bárcena le había traído de regalo una cabeza de cristiano, después de la degollatina de presos que hizo a fin de año de 1840, y que el viejo Eitán Ruderiquiz la conservaba cuidadosamente; se decía que tenía la cabeza del muerto guardada sobre una mesa tapada con un trapo, y que estando solo, la descubría y hablaba con ella cuando nadie lo veía. La cabeza le respondía y tenían largas charlas».

José Ignacio Romero Díaz, *Crónica del famoso y heroico coronel Simón Luengo, el constante revolucionario*

CIUDAD DE CÓRDOBA
OTOÑO DE 1841

El rancho de don Eitán estaba del otro lado de la famosa Cañada, una cuchillada que, partiendo la ciudad en dos, cada tanto se tragaba vidas y derrumbaba casas, al volcar sobre el poblado las aguas que recogía no sabíase bien dónde.

Fernando prefirió largarse, entre los matorrales, al foso, ahora apenas aguachento y hediondo, y no usar el puente de la Alameda, donde podía haber alguien apostado pensando ganarse unas monedas acuchillando a un desprevenido. Un poco más arriba estaba la famosa quinta de Santa Ana, que fuera de los jesuitas, abandonada por temporadas, bella y generosa en sus frutales desatendidos, sus hortalizas que seguían naciendo entre las ortigas, buena para buscar leña. Por allí, también, bajaba la acequia de Santa Olalla, que traía agua a la ciudad, y que era atendida por la gran red de caseríos indígenas que formaban El Pueblito.

Y siguiendo el rastro que le refrescara un amigo, cabalgó hacia el poniente y sobre la mano derecha de la acequia, casi invisible en el monte, vislumbró el rancho del viejo Ruderiquiz.

Detuvo el caballo para reflexionar. ¿Cómo presentarse ante él? Cuando niños, le temían un poco, aunque el viejo parecía encontrar distracción en hablar con ellos. Pero ¿aceptaría de la misma manera a un hombre? Pensó que sí; acostumbrado a recibir a Santos Pérez antes de que lo ejecutaran, a Bárcena, al mismísimo don Quebracho, según se decía en voz baja, no sería don Eitán de temer nada, sino más bien de sentirse seguro e intocable. Se creía, entre otras cosas, que los duendes —a los que llamaba «tanguiriricas» porque, decía, tenían puestos los pies al revés— lo protegían, pero oír aquello solía provocar en el viejo ataques de malhumor.

Desde que había vuelto a Córdoba, la infancia y la adolescencia de Fernando parecían ir acomodándose en retazos, como esas mantas que se hacían en el campo, con los restos de diferentes pieles de animales: las golosinas de la tienda de don Fidel, las campanas que les dejaban tocar en domingo de Pascua, y ahora, otro recuerdo inesperado: había sido el mismísimo don Eitán quien lo escondiera de la ley y de su padre aquella vez que metieron, junto con Eduardito Páez, un burro en el

templo de Santo Domingo. Fue don Eitán quien les había servido el primer ñaco aginebrado —a Eduardito, a Luis Allende Pazo, a Manuel Cáceres y a él— para apagar el frío y encender el coraje de los muchachos que iban por primera vez al prostíbulo de «las Ponce».

En la cerrada densidad de la noche, se sonrió, dejando de lado toda reserva. Avanzó haciendo ruido con el caballo, apartando con la fusta las plantas espinosas. El viejo debería estar despierto, pues bien cierto era que nunca se lo había encontrado dormido.

La luz de una vela de cebo temblaba en el hueco, a modo de ventana, abierto en el adobe de la construcción. Bajo el alero, sentado en una silla enana, estaba don Eitán. Como si lo esperara, todo él hueso puntudo en codos y rodillas.

—Válgame Dios y Santo Tomás. El mocito de don Carlos —murmuró en cuanto lo vio aparecer. Una brasa moribunda, la del cigarro casi consumido, tiritaba entre sus dedos frágiles, descarnados.

Disimulando la sorpresa de que lo reconociera después de tantos años, Fernando desmontó y ató las riendas a un espinillo.

—Don Eitán —dijo respetuosamente, adelantando la mano para ofrendarle el porrón de ginebra, que el hombre, tembloroso, tomó entre sus dos manos sin dejar caer la colilla encendida.

Lo invitó a pasar, es decir, subir y acomodarse bajo el alero, pues a nadie dejaba entrar al rancho donde, decían, guardaba algún misterio. Fernando terminó sentado sobre un tronco que hacía de banco. El viejo había ido adentro a buscar unos jarros y apareció con ellos mientras él destapaba la ginebra.

Bebieron un rato en silencio, el español perdido en sus ensoñaciones, Fernando recordando su niñez libre y asalvajada, en la que aquel hombre había tenido cierta responsabilidad.

—¡Oste! —soltó el viejo cuando despachó el primer trago con un solo golpe de muñeca, recordándole que siempre había hablado como en español antiguo, no sabía si por educación o por capricho—. ¿Habéis venido por vuestra mujer?

Fernandoapuró la bebida con una mueca, preguntándose cómo hacía don Eitán para saber qué pensaba y qué hacía cada uno en la ciudad. Guardó silencio porque, salvo un monosílabo, se sentía incapaz de hablar.

—Queréis saber quién os la mató, ¿verdad? —insistió, volviendo a la jerga virreinal.

Un gruñido ofició de asentimiento.

—Lo estoy indagando —reconoció el viejo, y con el segundo trago se levantó y trajo una tabla con un pedazo de asado que ya comenzaba a oler—. El día que lo sepa yo, lo sabréis vos. Y confío en que no os tiemble el puñal, entonces.

—¿Y qué de las confiscaciones?

—Pasará, pasará, y nada se resolverá, ya veréis. Más que de eso, habéis de cuidaros de las esquinas oscuras y de las calles desiertas, levantar la mirada a los

techos y escudriñar los baldíos. Habéis hecho muchos enemigos, y ninguno es franciscano.

En la noche fría con que finalizaba el otoño, se quedaron hasta muy tarde, contando el viejo sus desvaríos sobre ciudades perdidas mezclados con la realidad de aquellos días: el «Tuerto» Bárcena, el degolladero oficial que funcionaba en el predio destinado al templo de San José, la sequía, que comenzaba a hacerse sentir, por qué se había metido a monja la hija de alguien, el sermón de Corpus dado por el obispo y a quién estaba dirigido.

Y cuando Fernando montaba para regresar del otro lado de la Cañada, el viejo le advirtió:

—Mañana noche no será bueno que andéis por las calles.

Aunque alertado, Fernando no pareció oírlo. Se sacó el poncho, que el viejo venía mirando hacía rato, y se lo extendió.

—Cuídemelo, don Eitán. Me molestará a donde voy ahora —y acortando riendas, preguntó como al acaso—: ¿Y qué calle le parece a usted que evite?

—Diz por áhi que el mozo de los Ocampo ha vuelto. Capaz que caigan visitas.

Disimulando su preocupación, Fernando se despidió prometiéndole otro porrón de ginebra.

—Y un poco de tabaco —agregó Ruderiquiz.

Mientras regresaba a la ciudad, Fernando comprendió que debía pasar por lo de Farrell, aunque tuviera que despertarlos.

Consuelo entró en la sala. Medio dormida, se había puesto una bata y, sobre ella, un poncho abrigado. Llevaba el pelo sujeto en una larga trenza negra, y el aturdimiento le velaba la mirada. Allí la esperaban Farrell, también en bata, lo que le indicó que era una emergencia, y no de las menores, y Fernando Osorio, quien sin siquiera saludarla le preguntó:

—¿Es verdad que ha vuelto tu prometido?

Consuelo no pudo mantenerse de pie y, más que sentarse, se dejó caer sobre uno de los sillones. Fernando le sirvió un poco de brandy y le pasó la copa, que la joven tomó con ambas manos, porque le temblaban.

—No sé nada de Marcos. Si ha venido, no me han avisado, lo que no sería raro; su padre no me aprueba. Y no he recibido ninguna carta, tampoco. Le pedí que no escribiese, por miedo a que por la carta lo descubran.

Tranquilizados, los hombres parecieron aflojarse.

—¿Quién les ha dicho eso?

—Ya sabes, habladores —despejó Fernando la tensión con un gesto de la mano.

—Tienes que darnos tu palabra de que por unos días no saldrás a la calle ni recibirás recados; primero me los pasarán a mí y yo decidiré qué hacer. —Y al ver que ella lo miraba, ruborizada, Farrell le aseguró—: Sólo leeré el comienzo. Tendrás

que confiar en mi discernimiento.

Ella asintió, bajando la cabeza. Temblaba.

—Te has enfriado —agregó el comandante con la voz suavizada—. Toma un trago. Te calentará el cuerpo.

Más por obedecer y que la dejaran en paz que por convencimiento, la joven se llevó la copa a los labios.

—¿Puedo irme?

—¿Has entendido que no debes salir para nada? —insistió Fernando con firmeza.

—Entendí perfectamente. No saldré. Me quedaré encerrada... pero al menos desearía saber por qué...

—¿Qué crees que le pasaría a tu buen amigo, que escribió en el periódico de Vicente Fidel López, que participó con él en la revolución contra Quebracho, que huyó a la entrada de Oribe, que sostuvo el Salón Literario, si a Bárcena le llega el soplo de que ha vuelto a la ciudad?

—¿Y si te siguen cuando vas a encontrarte con él? ¿Si te usan de carnada sin que te enteres? —agregó Farrell.

Temblando al escuchar en voz alta lo que siempre había temido en silencio, se puso de pie.

—¿Puedo volver a la cama?

—¿Quieres que llame a una criada?

Ella les dio la espalda y negó con un gesto de la mano. Cerró la puerta tras de sí, y en el patio a oscuras se dobló en una arcada, expulsando el brandy sobre las baldosas. Se encerró en su pieza, temblando de frío y de miedo, sabiendo que no podría dormir y que Marcos Mateo, si de verdad había regresado, corría peligro de muerte. Buscó su rosario bajo la almohada y, como tantas mujeres aquella noche, rezó desesperadamente por la vida del hombre que amaba.

34. ÁNGEL O ÁNIMA

«Sin embargo, sabed que las grandes y antiguas familias no pueden ser servidas por santos ordinarios, que están a disposición del primer pecador que los solicite, sino que tienen otra clase de santos, o ángeles, o no sé qué espíritus superiores, que están destinados solamente a ellas».

Walter Scott, *El monasterio*

CIUDAD DE CÓRDOBA
NOCHE DE SAN SILVERIO
FINAL DE OTOÑO
AÑO 1841

La mañana siguiente transcurrió en paz, una paz que se extendió hasta finalizar la siesta, pero apenas los vecinos comenzaron a abrir las ventanas, una actividad nerviosa inquietó las calles: los mazorqueros dejaron los cuarteles y se desparramaron por la ciudad dando alaridos entre festivos y amenazadores.

En menos de una hora, los habitantes volvieron a encerrarse, rogando que no les tocara una visita de aquellos desgreñados, que bebían de chifles de vino y porrones que luego estrellaban en el suelo o contra puertas y ventanas, astillando postigos y rompiendo vidrios. La prohibición de expender bebidas alcohólicas del gobernador a cargo no se había respetado en ningún momento, y a medida que avanzaba la tarde, más audaces y abusivos se volvían.

El Monitor andaba a los tumbos por las calles, con el busto de Rosas casi tan grande como él y rodeado por su cohorte de cuarteleras, vestidas de rojo desde las zapatillas hasta los gorros. Casi todas cargaban algún tipo de cuchillo.

Fernando pasó por lo de don Fidel y les aconsejó que cerraran el negocio y se mantuvieran adentro. Luego, dio órdenes, en lo de tía Francisca, donde estaba parando, y en lo de doña Leonor, de que no abrieran la puerta y que nadie saliera a la calle. Maldijo porque no quedaba ni un negro para defender la casa, pero al ver a Martina, y recordando a Severa, se dijo que ambas estaban cortadas por la misma tijera: bien podía confiar en ella; a Clotilde, en cambio, la mandó con los suyos, pero la mujer protestó que no se iría en ausencia de su patrona.

En El Pueblito, los hombres del Manco Videla, que habían estado escuchando consignas de Camargo, se iban preparando para bajar a la ciudad en cuanto cayeran las sombras. Varios indios merodeaban, queriendo unirse a ellos, ya fuera por el gusto de entrar en la pelea, ya por el botín que podían obtener.

Por las dudas de que el Monitor estuviera tan borracho que se hubiera olvidado de robar las velas del alumbrado callejero, Eduardito Páez había arreglado con Ventura, el que cuidaba del brasero en el Cabildo, para garantizarle a Fernando y a su gente la

oscuridad: el indio saldría con la cesta de velas, como para proveer a los faroles de cirios nuevos; en realidad, iba a retirar los pocos que quedaban. La tarea era tan rutinaria que nadie se fijaría en él.

Cuando comenzó a oscurecer, se produjo un silencio aterrador en la ciudad, pues parte del espanto se manejaba con ese silencio, que precedía al horror que llegaba en la crudeza de la noche, con las amenazas vociferadas de los asesinos, el largo, inacabable lamento de los degollados por la nuca y las súplicas desesperadas de sus parientes.

Esa mañana, Fernando fue a confesarse con el padre Iñaki, en Santo Domingo, y de regreso, mandó por su tío, el mercedario, para que se presentara a hacer lo mismo con sus hombres.

—El perdón del cura nos amista con el Ángel de la Guarda y, como somos pocos, necesitamos refuerzos.

Con aquel discurso, ninguno se resistió al sacramento. Más tarde, por medio de Serafín, envió al padre Mateo una bolsa para limosnas, encargándole que subiera a El Pueblito y hablara con Videla: tampoco allá debían quedar sin confesión.

Tranquilizado, más que en la fe, en la superstición, pasó la siesta tirado en la cama, a oscuras, desnudo, boca arriba, los brazos cruzados bajo la nuca, pensando en su hermana Luz, que aún no le había contestado, en Calandria, en qué sería de su hijo si él finaba en el encuentro de aquella noche. Pero era tal el rencor que tenía en el cuerpo, tan fuerte la decisión de llevar adelante venganzas y ajustes de cuentas, que cerró su cabeza a la inquietud.

Pensó en Lienán, su amigo, el ranquel, compañero en tantos combates; comprendió que el resentimiento que sintiera hacia él iba desapareciendo a medida que se acomodaban en su mente las circunstancias del ataque de los indios a Los Algarrobos.

«Ojalá estuviera acá, conmigo», se dijo, y decidió mandarle recado para que volvieran a cabalgar juntos. Diez años atrás, con Luz, habían soñado con cristianos e indios, morenos y blancos, sobre la misma tierra y bajo el mismo cielo, de a pie o a caballo, compartiendo un mismo destino. «No era este el país que queríamos», pensó con amargura.

Escuchó finalmente el suave golpe dado en la puerta por Martina, indicándole que el sol iba menguando.

Mandó llenar la tina y, como un ritual, se dio un baño, pidió ropa limpia y dejó que la morena le trenzara el pelo en coleta —con una cinta negra, para respetar el luto—, que le fajara la cintura y le fuera alcanzando las botas, el pañuelo, las armas, el sombrero.

Comió de pie el bocado de asado sangrante que le alcanzó Canela mientras las chicas, mudas y respetuosas, temblaban porque el único hombre de la casa iba a salir,

con tanto bochinche como había afuera. Mientras despachaba en un largo trago el vino rojo y espeso, miró el patio y añoró con tanta fuerza el jacarandá de la casa paterna, la que ahora habitaba doña Leonor, que decidió ir a echarle un vistazo.

Lo tranquilizó que Clotilde le abriera después de muchos miramientos, y con ella recorrió la planta baja con la excusa de que quería ver si necesitaban algo.

Luego se sentó bajo el jacarandá a fumarse un cigarro mientras le traían un mate.

Envuelto en el aroma del tabaco rubio, recordó aquella noche, antes de la batalla de La Tablada, cuando llegó herido y entre Luz, la negra Severa y Calandria lo ocultaron de las patrullas unitarias.

«Mis tres mujeres —pensó con una enorme congoja—, tan ausentes». Las más amadas, las más importantes de su vida; ni siquiera su madre había pesado tanto como ellas. Su madre consentía a Inés, a Sebastián, a Isabel. Luz y él eran los réprobos, a los que apenas quiso y a los que nunca comprendió; ellos dos, en cambio, eran hijos de su padre, y este había muerto distanciado de ellos por leguas, por palabras dichas y nunca retiradas, por heridas tan profundas como sólo las palabras pueden causar. «No hay tajo que lastime como el de la palabra, que hiere a quien la recibe y a veces aun más al que la pronuncia», pensó.

Se sintió triste pero aliviado a la vez, pues por primera vez se reconciliaba con la memoria de aquel hombre fuerte, bravo, lleno de nobleza, con quien muchas veces había chocado, pero al que, aun enterrado, admiraba. Si iba a morir, moriría en paz con él. Había hecho bien en ceder al impulso de volver a la casa.

Y mientras daba la última pitada, perdió brevemente la conciencia y sintió unas manos sobre su cabeza. Algo lo había tocado, alguien había pronunciado quedamente su nombre. Permaneció unos instantes como transido; arrojó la colilla, que le quemaba los dedos, y después de pisarla se puso de pie. «Ángel o ánima», pensó, mientras dejaba la casa sin esperar el mate, «me ha bendecido. No moriré esta noche».

35. A FUEGO Y FILO

«—Hoy vamos a ver de qué son capaces —les dijo el tío y echó a andar al tranco como para no hacer ruido. Macario también venía con nosotros y en menos de una hora nos empezamos a repartir alrededor del lugar donde sabíamos se amontonaban los otros. Se oyó la gritería y ahí nos largamos con la lata en la mano a alarido pelado, pechando en el oscuro a los que encontrábamos de a pie y bajándoles sable y lanza sin asco».

Julio Torres, *Cuentos de Totoral*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE OTOÑO
AÑO 1841

Cuando Fernando y sus hombres, que habían llegado a El Pueblito de a uno o de a dos, sin llamar la atención, comenzaron a bajar las barrancas, la ciudad estaba suspendida en el silencio quebradizo que precedía a las patrullas que, de noche, salían a degollar sin piedad.

Unos indios viejos, adobados en cebil, los vieron pasar y en su estupor alucinado creyeron que era una cuadrilla del otro mundo, pues los caballos, en medio de la polvareda, parecían bracear en el aire, las crines castigándoles el cogote, sin que se oyera un sonido a su paso: Camargo había ordenado «retobar» los cascos con trapos, para amortiguar el ruido de las herraduras en la piedra de las calzadas.

Adelante galopaban varios lanceros de la comunidad de La Toma, que les servían de guías y de apoyo, y tras de ellos se desbarrancaron hacia el Suquía. Sin intercambiar más que murmullos, bordearon el cauce de agua rodeando el costado de la ciudad, para luego ascender por las que habían sido tierras de pastos comunales, eligiendo los cruces más deshabitados. Ni una luz iluminaba las calles; no era fácil ubicarse para los venidos de afuera, pero los guías podían reconocer, con los ojos vendados, cada esquina, cada recoveco del terreno.

A pesar de la confusión política, antiguas lealtades de clase le habían allanado a Fernando las cosas con los Ocampo.

Después de confesarse, los había visitado con la excusa de ofrecerles unos caballos de tiro, y a solas con el patriarca, le había advertido del peligro; don Esteban negó con demasiado énfasis que su hijo estuviera en la ciudad. Fernando no insistió, pero le aconsejó que encerrara en los sótanos, apenas anocheciera, a los niños y a las mujeres, porque había oído que otra vez habría «mazorcada». Los hombres del capitán Martínez habían andado alardeando de que la noche sería de «violín y violón».

—Más vale no arriesgarse, ¿no le parece? —le dijo—. Si le llegan a entrar en la casa, al menos demorarán en encontrarlas y mientras tanto, quién sabe —agregó, sugestivamente—, quizá caigan refuerzos para ustedes. Si duda de la fidelidad de

algún sirviente, mándelo a pasar la noche afuera, y arme a los otros.

Don Esteban, pálido aunque un tanto suspicaz, le preguntó por qué había ido a prevenirle.

—¿Tan mal estamos que se necesita una razón para ayudarnos entre nosotros? —contestó Fernando mientras se despedía.

—Si es que... le estaremos agradecidos —balbuceó, avergonzado, Ocampo.

—Le tomo la palabra —contestó él, sin sonreír, llevándose la mano al sombrero, seguro ya de que el novio de Consuelo estaba en la ciudad. Al salir de allí, dio una vuelta por la zona y descubrió, a poco menos de una cuadra, que el terreno resbalaba hacia un socavón que las inundaciones habían abierto en la arruga de una zanja; un yuyal lo disimulaba a la vista.

Allí se apostaron aquella noche. Fernando mandó a uno de los indios que trepara a un algarrobo cercano y vigilara la calle. Todos estaban inquietos, pero contentos de entrar en pelea, enrabiados como venían contra los invasores.

Mientras permanecían tascando el freno en el lecho del barranco, Fernando les repartió unos tragos de caña para entonarlos.

—Ustedes —se dirigió a los indios en voz baja y contenida— no se dejan ver hasta después que les caigamos encima. Que crean que el mismísimo San La Muerte viene a socorrerme, ¿entendido?

Sus hombres ya estaban familiarizados con el «santo» correntino, a quien Camargo, que era de aquellas tierras, los apuraba a encomendarse.

Varios ruidos discretos y el gorgoteo de la bebida fue la respuesta, más el «¡carajo!» de alguno que masticaba sus nervios.

El griterío de los mazorqueros que se acercaban hizo innecesario el trabajo del vigía, y mostró la certeza que tenían de no encontrar oposición que pudiera pararles los pies. Desde el refugio, oyeron sus carcajadas, los chistes, las obscenidades que planeaban hacer. Uno alardeaba de que se llevaría las trenzas de las jóvenes de la familia, mientras otro juraba que traía un cuchillo desafilado para tantear el gajnate del «doctor», apostando sobre el tiempo que le llevaría la faena; varios mentaron a la madre del Monitor por robarse las velas, pues tenían que cargar las teas encendidas, mientras bromeaban chamuscándose las barbas y los ponchos.

Fernando contuvo a los suyos hasta que el indio bajó del árbol para advertirle que, como no conseguían voltear la puerta, habían arrancado un palenque de la cuadra para usarlo de ariete.

—Vamos —dijo entonces, y encabezó el ataque.

Salieron del escondite al galope, pero la algarabía propia impidió a los mazorqueros oír lo que se les venía encima hasta que, atropellados, se volvieron para encontrarse cara a cara con los cordobeses. El reventón de la pólvora de las pistolas y los gritos de los atacados, las teas que volaban por el aire o eran usadas de armas, recordaban una fiesta de santo, sin que los vecinos fueran capaces de asomarse siquiera a un postigo, para enterarse de lo que pasaba, por miedo de recibir un balazo.

Mientras se les iba encima, Fernando recordó lo que solía decir Lienán antes de los entreveros, señalando con la barbilla a algún enemigo: «Con ese bendigo mi chuza».

Y antes de meterse como una cuña en la montonera colorada, sus ojos se clavaron en un mazorquero casi tan alto como él, muy pálido de tez, de ojos negríssimos y una barba tupida que le daba un aspecto al mismo tiempo hermoso y temible. Era el que dirigía la turba.

Lo venía observando desde tiempo atrás, y le alegró encontrárselo así, como regalado, pues le tenía ojeriza; lo había visto patear a un infeliz que pedía limosna por el Cabildo, quitarles los libros a los estudiantes del Monserrat, y cortarle el paso a Jeromita Carranza, la casada con uno de los Oro, la mejor amiga de Luz. Estuvo a punto de intervenir, pero en aquel momento había pasado Eugenio Garzón, el general uruguayo, quien le ordenó que dejara en paz a la joven.

Haciéndose el distraído, Fernando había seguido al maleante, descubriendo que era zurdo, aunque lo disimulaba. «Alguna maña esconde», pensó entonces.

El mazorquero lo esperó con una expresión socarrona y resistió la atropellada, aunque al instante comprendió que aquel grandote no iba a ser pan comido; los ojos se le achinaron, alertas, y alcanzó a pararle diestramente el sablazo. La luna iluminó la cruz de acero que se mantuvo un instante a la altura de sus rostros, y brilló sobre la rastra ostentosa, calzada de bolivianos de plata, que le ceñía la cintura de bailarín.

Con el aliento del otro en la cara, Fernando pescó, a modo de sonrisa, una mueca helada que mostró sus dientes, blancos y puntiagudos. De inmediato supo cuál era la debilidad del cuchillero: tanta sangre había corrido por sus manos —sangre fácil, de tenderos y escribientes—, que se creía invulnerable; pero a la tercera arremetida, el caballo del matón comenzó a recular ante el empuje del Moro, y el hombre decidió dar fin al asunto empleando su antigua maña: amenazar con la diestra para, con un hábil cambio de mano, rematar con la zurda.

Fernando la vio venir, amagó la defensa por la derecha, pero con un rápido giro de la muñeca, y esquivándole el cuerpo, le descargó un golpe corto y brutal sobre el brazo izquierdo, que quedó colgando, descalabrado, bajo la manga carmesí, antes de que el otro cambiara de mano el arma.

El matón, desconcertado, se miró el costado, sin entender todavía qué le había pasado.

—Así que habías sido zurdo —se burló Fernando y, sin darle tiempo a más, le rebanó la garganta de un solo tajo. El chorro de sangre le salpicó la cara, pero no se detuvo a limpiársela: clavando espuelas, se abalanzó a rescatar a Leandro, el hermano de Pascual, pues el muchacho, enardecido por la pelea, se había dejado cercar por los mazorqueros, que lo tenían a matar.

En aquel momento, los lanceros de La Toma salieron del yuyal soltando unos alaridos que helaban las tripas; los hombres de Bárcena, desconcertados, se achicaron, se armó el desbande y los que aún podían huyeron al galope.

—Que no lleguen al cuartel —ordenó Fernando, y a Videla—: Atájenlos en la Cañada.

Antes de clavar espuelas, indicó a dos de sus hombres que recogieran armas y caballos para esconderlos en La Toma. Los indios se habían hecho repeluz.

Leandro, que galopaba a la par de Fernando con su petiso pangaré, le dijo:

—¡Patrón, dejemé a mí el del rosillo!

—Andá, pero con tiento —lo animó Fernando, alentando al Moro tras los que huían.

Los alcanzaron dos calles más allá, pero antes de llegar, un griterío de malón les indicó que los indios, que conocían más tretas que el hambre, les cortaban el paso. Los colorados habían salido sin lanza aquella noche, pensando que todo iba a ser entre gente de «fraque», y no miraban con tranquilidad las tremendas tacuaras, con sus penachos de cerdas o de plumas, atadas a una cuarta de la moharra de fierro.

Viéndose en aprietos, voltearon en estampida hacia la Cañada, alejándose del cuartel. Uno quiso soltar un pistoletazo al aire, para despertar a los guardias, pero el pedernal seguramente se había mojado con sangre y no dio chispa.

Entre los ladridos destemplados de una jauría, surgida de un cañaveral, Fernando oyó que Zenón Cepeda, haciendo zumbiar las boleadoras sobre sus cabezas, le gruñía casi al oído:

—Hágase a un lado, Payo.

—Guarda con el Leandro —le advirtió, pues el muchacho, al galope, se les cruzaba por delante, chuceándole las nalgas al jinete del rosillo, que no daba la cara por no separarse de los suyos.

—Descuide —aseguró Zenón, concentrado en el tiro, y con una aspiración sorda, en cuatro brazadas del animal, soltó las boleadoras con limpieza. El caballo boleado dio un brinco, tartamudeó en el aire y cayó de costado con un relincho sofocado. El jinete salió parado de la rodada, con las riendas en la mano, pero aturdido.

Zenón desmontó de un salto y se le fue encima, buscando el cuerpo a cuerpo, ya con el poncho enrollado en el brazo y usándolo para esquivar las cuchilladas atolondradas del otro.

Leandro, mientras tanto, había conseguido enganchar la lanza en la chaquetilla del que montaba el rosillo, y con un fuerte envión, echándole el cuerpo, lo ladeó del apero. El animal, asustado, pegó un corcovo y desacomodó al jinete, que se vino abajo colgando del estribo.

El muchacho soltó la lanza, tiró con fuerza de las riendas, haciendo sentar de ancas al caballo, corrió hacia el mazorquero con el facón en la mano y mientras el otro tironeaba por librar el pie, le cayó encima y lo cosió a puñaladas.

El resto de los que huían volvieron grupa para ayudar a los rezagados, pero al oír a la cuadrilla de Videla a sus espaldas, remontando la Cañada, dudaron, sin saber para dónde escapar. No era gente de guerra, eran los «caranchos del ejército», como ellos mismos se nombraban, los que, después de la batalla, se encargaban de acabar con los

prisioneros y despenar a los heridos, sin importarles a qué bando pertenecían. Lo suyo era la intimidación al vecino, el aterrorizar civiles y mujeres, el asesinato político, no el pelear frente a frente y a campo abierto.

Por un momento nadie se movió, hasta que Fernando, mostrando el desprecio que sentían por ellos, los provocó:

—Por acá carneamos en descampado, no a corral y con la vaca atada.

Detrás de él, sus hombres comenzaron a insultar a los indecisos, apoyados por los indios de La Toma, que aullaban golpeándose la boca con las palmas.

Al ver que no habría cuartel, los cercados mentaron madres y hermanas y, finalmente, con un viva a la Santa Federación y al Restaurador, agarraron coraje y medio al desgano se les fueron encima. No alcanzaron a tocarlos; varios quedaron ensartados en las lanzas de los indios, y el resto consiguió escabullirse en el yuyal, dispersándose en las sombras.

—Déjenlos; que vayan y cuenten —detuvo Videla a sus hombres, escupiéndose las palmas de las manos—. De juro saldrán diciendo que en vez de los doce apóstoles, somos un ejército.

Después de despojar a los caídos, Leandro, empapado en sangre, pero sujetando al rosillo de las riendas, se acercó a Fernando:

—¿Los escondemos, patrón?

—No —dijo este—. Que sirvan de escarmiento —y señalando los muertos, agregó—: que queden en cueros, para que den vergüenza.

Fernando dio a los indios permiso para despojar a los muertos de cuanto les encontraran encima; no era mucho, pero parlotearon animadamente mientras hurgaban bolsillos y faltriqueras por algunas monedas de a cuartillos, un pañuelo, unos tiradores bordados, alguna bota de potro, una chaquetilla.

Los otros juntaron los caballos y recogieron las armas, y Zenón, habiendo recibido la rastra del mazorquero de mano de un ahijado, se la alcanzó a Fernando.

—Tome, Payo; era del suyo.

La tomó, reconociéndola de un vistazo; era pesada, una rastra de patrón, seguramente robada por el cuchillero a alguna de sus víctimas. Sin comentarios, la cruzó sobre la montura.

En minutos se pusieron en marcha hacia el Bajo de Galán, para entrar a El Pueblito desde el otro lado del río, por si alguien los veía y se tentaba a delatarlos. Arreaban la tropilla de botín, monturas, las armas, algunas «prendas» —facones de cabo de plata, «nazarenas»— y chifles de caña que pasaban de manos a bocas. Leandro sonreía feliz con el rosillo que se había ganado.

Fernando se sentía bien, otra vez vivo después de la muerte de Calandria. No había perdido a ninguno de sus hombres, y aunque tenía dos malheridos, los otros estaban lo bastante fuertes como para volver a pelear en pocos días.

Atrás quedaron los cuerpos tirados. Nadie pensaría, al ver la patética desnudez de los caídos, que eran los que tenían aterrorizada a la ciudad. La brisa nocturna soplaba

sigilosamente y los perros del cañaveral se acercaron, los hocicos rastreando el suelo, atrevidos una vez que se retiraron los caballos.

Camargo los esperaba con unas cabrillonas puestas al fuego. El padre Mateo salió de un rancho sonándose la nariz.

—¡A ver si nos bendice, padre! —dijo Fernando al desmontar.

—¿Mataron gente desarmada? —los interrogó el religioso.

—¡Ni unito, padre! —aseguraron los hombres.

—¿Ofendieron a algún hombre de paz?

—¿Hombre del Manco? —preguntó el que había sido soldado del general Paz.

—¡No se haga el sonso, amigo! Hablo de un hombre de bien.

—Nunca, padre.

—¿Perdonaron al que pidió clemencia?

—¿Clemencia es cuando nos insultan? —chusqueó uno.

—Pedir clemencia es rogar por la propia vida —dijo el sacerdote recibiendo el jarro de vino que alguien le alcanzaba.

—Ni uno pidió enclemencia.

—¿Seguro? —desconfió el franciscano.

—Como que hay Dios; nadies, padre.

Fray Mateo, que era capellán de la guardia del Cabildo, levantó el brazo, a cuya señal todos soltaron lo que tenían en mano y se arrodillaron, agachando la cabeza.

—La guerra es la guerra; hoy han tomado vidas, pero también han salvado a inocentes. En la paz, no maten. Si alguien pide clemencia, sean clementes; recuerden que alguna vez comparecerán ante Dios y Él recordará esa caridad. Ego vos absolvo. Benedicat vos in nomine patris, et filii et spiritu sancto —y después de hacer sobre sus cabezas la señal de la cruz que los redimía, levantó el jarro y brindó por la absolución.

Antes de que comenzaran a comer, Fernando entregó al capellán la rastra del mazorquero.

—Es plata de ley —dijo el cura, observándola bien—. ¡Vaya lujo para un desgraciado!

—Pensé que usted podría darle buen destino, entre tanto soldado viejo que auxilia. Eso sí, le saco una —dijo, y de un tirón cortó el tientillo que sujetaba el patacón al cuero sobado de la rastra.

Era para dársela al viejo Ruderiquiz.

Cuando bajó al río a sacarse la sangre de encima, mientras se desnudaba para entrar al agua, pensó: «Si Ignacia me viera...».

Porque su orgullo de varón no soportaba aquellas palabras con que su prima se separó de él, en Caroya. Pero debía seguir haciéndose el sonso para poder cumplir con lo que se había propuesto.

Regresó a la ciudad dos noches más tarde, saltó la tapia del fondo, dio un susto de muerte a las criadas, y entre bromas se sentó a comer con ellas al lado del fogón. Luego, contento de ser servido de nuevo por mujeres, se encerró en su pieza, donde Martina le había hecho llevar un brasero encendido.

Se desvestía, disfrutando de hacerlo sin apuro, cuando vio un papel sobre la almohada. Con el corazón encogido, lo tomó, deseando que fuera de su hermana. Se tiró en la cama, entre almohadones, y rasgó el lacre con su puñal, temiendo romper algo de lo escrito. De sólo ver la fina letra inglesa, se le nubló la vista. Buscó el pie de la última hoja y vio la firma. Era de Luz. La carta había andado dando vueltas por Los Algarrobos antes de llegar a la ciudad, por mano de un buen vecino.

Una larga carta, contó las páginas, una carta que era en sí una conversación. Sintió un tumulto que lo tragaba en su negrura: era el dolor que regresaba después de un breve momento, en el que sólo la matanza había conseguido rescatarlo de su purgatorio. La carta de Luz volvía a abrir aquella puerta que nunca se cerraría del todo.

36. SOMBRAS DE LOS RINCONES OLVIDADOS

«Sombra de los rincones olvidados,
evocación de edad que es muy lejana,
soledad de los sitios sosegados,
estancias silenciosas,

escala dolorida de la hiedra,
suave humildad de las sencillas cosas,
tapias verduscas, corazón de piedra...».

Ataliva Herrera, *Paz provinciana*

CIUDAD DE CÓRDOBA
INVIERNO DE 1841

Lo sucedido en la noche de San Silverio trajo consecuencias menores de las que Fernando había temido. Pudo saber, por Eduardito Páez, que cuando Bárcena fue con la noticia a Pacheco, este le dijo que ya estaba harto de los desmanes y líos en que se metían sus hombres, y que se las arreglara con ellos.

El desagrado que existía entre militares y mazorqueros se iba haciendo más notorio a medida que se eternizaban en Córdoba.

Oribe no prestó atención, pues estaba en organizar la persecución de Lavalle. Necesitaba conchabar soldados, así que prohibió que se hiciera alguna incursión en los barrios de las orillas.

—Habrás un desbande y me quedaré sin leva —fue su agria respuesta.

Andaba malhumorado, pues sus parientas, doña Leonarda y su hija, quienes eran su compañía, su seguridad de una comida decente, de una velada de música, de una conversación estimulante, se habían ido a las sierras.

Alguien le había dicho al Tuerto que era posible que los atacantes estuvieran guarecidos en el pueblo de indios, y este anduvo varios días barbotando escarmientos. Pero cuando comprobó la enorme extensión y el gran número de indios que componían aquel asentamiento de barro y toldos, comprendió que no tenía hombres suficientes para hacerlo, salvo con ayuda del ejército, que sus jefes se negaban a concederle.

Se desquitó escarmentando a cuanto infeliz se le cruzara; día a día se le ocurrían nuevas barbaridades, y la demencia comenzaba a oscurecerle el cerebro.

Toda la población contenía la respiración, prendía velas, encargaba misas para que se acelerara la liberación de la ciudad. Ya se notaban los preparativos con que Oribe saldría a camppear a los unitarios.

Mientras, conventos e iglesias estaban atestados de refugiados, las cárceles repletas de presos sin causas, las calles intransitables y peligrosas. Si uno se salvaba de la muerte, no se salvaba de la humillación.

Cada tanto, mazorqueros y matones de Bárcena, de a uno, de a tres, aparecían muertos a cuchilladas, a garrotazos, a pedradas, ahorcados en los terrenos solitarios que bordeaban el río, por la Tosca Grande, por la Tosca Chica, por las barrancas. Las cuevas ocultaban por días los cadáveres de aquellas venganzas ejecutadas en lo profundo de la noche.

Todas las mañanas aparecían leyendas insultantes en las paredes, y un día escribieron en el frente del mismísimo Cabildo un «¡Muera Rosas y los asesinos de abajo!», sin que los guardias pudieran explicarlo. Como no se atinase a descubrir quién las pintara, Bárcena, o el «Carancho» González, o Costa, elegían víctimas al azar; ser federal no era garantía de salvación. Por aquellos días, amigos del gobernador López «Quebracho», personas de su confianza, a quien él mismo había dispensado medallas o recompensas por su buen comportamiento y fidelidad, fueron arbitrariamente asesinados mientras él permanecía en las fronteras.

Fernando, Farrell y Medina Aguirre, desde el despacho de la calle de la Universidad, observaban, asombrados, cómo la política seguía su curso, ciega a todo, como si se viviera en dos países con distintas realidades: la ciudad tomada, acosada por los bárbaros, y una clase de dirigentes, liderada por Claudio Antonio de Arredondo, que maniobraba para malquistar al gobernador López «Quebracho» con don Juan Manuel de Rosas. Este ya se había impuesto sobre el país sin moverse de Palermo.

Fernando había acudido varias veces al Cabildo, preocupado por lo que pasaba con Los Algarrobos y los rumores de confiscación, pues aunque nadie se atrevía a hablar mucho —esas cosas se manejaban en un estrecho círculo de complotados—, Eduardito Páez y Medina Aguirre tenían la certeza de que, bajo la mesa, se estaban llevando a cabo acuerdos que perjudicaban a los Osorio.

Dos o tres veces, el Payo se había cruzado con aquel hombre desagradable, con aspecto de mochuelo, que luego de dispensarle una mirada biliosa, cerraba lenta y suavemente, sin un sonido, la puerta de su despacho. Le habían dicho que era el que aprobaba las confiscaciones, y que si bien su firma no estaba en los documentos públicos, estaba en los papeles internos del gobierno.

Empleó algunos días en tratar de encontrarse con el tal Estévez, el que decían reclamaba la estancia para sí, pero no consiguió dar con él, pues si no estaba recluido por algo, estaba fuera de la ciudad.

Una mañana, el peón de los Calleja vino corriendo a avisarle que el Monitor se había metido en la tienda con varias «mazorqueras» y estaban robando y haciendo destrozos. Fernando salió en camisa, con el facón cruzado en la cintura y el talero, que tenía siempre a mano.

No se detuvo en subir escalones, saltó sobre la vereda, que era alta, y entró como una tromba en el negocio con un rugido que encogió al Monitor. Sin mediar palabras, comenzó a darle talerazos en el lomo, en el cogote, en las nalgas. Reaccionando, las cuarteras quisieron atacarlo, pero Leandro, que lo había seguido, las encaró con el facón. Finalmente, Fernando soltó el talero, agarró por la pelambre sucia y enmarañada al ladrón y lo sacó arrastrándolo. Afuera, unos cuantos vecinos se habían detenido al oír el alboroto y observaban, divertidos y resarcidos de sus malos ratos, lo que ocurría en el negocio de don Fidel.

Una vez que arrojó al sinvergüenza a la vereda, Fernando lo mandó a la calle de una patada. Una de las cuarteras se le fue encima con un cuchillo, pero la tomó de la muñeca y apretó hasta que ella, gimiendo, soltó el arma, que Leandro recogió de inmediato; otra intentó rasguñarlo pero él, poniéndole la mano abierta sobre la cara, la empujó sin contemplaciones. La mujer cayó despatarrada en un revuelo de faldas y piernas, mostrando lo que era mejor no ver. La gente se largó a reír, y unos aguateros que pasaban le echaron encima un baldazo de agua helada, lo que la hizo huir un trecho en cuatro patas y lanzando improperios mientras las otras ayudaban al Monitor quien, aturdido, se abrazaba con fuerza al busto del Restaurador.

Quizá porque Oribe estaba con un pie en el estribo, o porque el terror termina por congelar el miedo, cuando el tropel cruzó la plaza, unos chiquillos morenos, que chumbaban a un montón de perros, comenzaron a perseguirlos mientras que los puesteros del mercado les arrojaban entrañas de pollo, frutas pasadas, algún palo disimulado.

Fernando se quedó un rato con los Calleja, por si algún comedido del gobierno iba a inquirir sobre lo que había sucedido. Se sentó en el salón, apreciando el buen vino y tranquilizándolos. Leandro lo esperaba afuera, interesando con el cuento a unas criaditas que consideraban su deber enterarse de cuanto pasaba para contárselo a sus amas.

Igual que lo acontecido con el comerciante Castellanos, los abusivos no volvieron por el negocio. Por dos o tres días, permanecieron en el campamento de la calle de la Merced —«matadero», le decían los cordobeses— y la ciudad se mantuvo raramente tranquila.

A veces, a la noche, cuando no podía dormir, Fernando releía la carta de Luz, que comenzaba:

«Queridísimo hermano, doblemente querido ahora, por el amor de la que hemos perdido, pues será herejía para con los míos, pero yo la amaba como si fuera de mi sangre.

La noticia me llegó tarde, pues estábamos en la estancia y el administrador de Brian no entiende lo que significan para mí las cartas de Córdoba, y no las

remite de inmediato. Diré en su favor que no hay paz tampoco en nuestra campaña, y quizá no quiso arriesgar un hombre.

Estuve enferma muchos días, sin aguantar la luz ni la voz humana, porque además de la pérdida, no puedo entender que esto haya sucedido en Los Algarrobos, que alguien se haya atrevido a ofendernos en nuestras tierras, donde siempre nos han respetado, por lo que valemos y por Quebracho, que es nuestro padrino. Tan mal he estado que mi Brian me propuso que viajáramos a Córdoba, pero los chicos anduvieron afiebrados y no me atrevo a dejarlos en manos de las criadas.

Me alivia pensar que estás con tía Francisca, que nuestro querido Farrell te apoya, que te entiendes bien con Robertson y con Luis. Bendito sea Dios, por haber salvado aquella distancia con él y con Inés. Me recuerdas a nuestro padre, en quien no puedo dejar de pensar en estos días. Era tan duro, a veces, para juzgarnos, y luego tan comprensivo para justificarnos. ¡Si hubiéramos tenido más tiempo...! ¡No sabes cuánto lamento las últimas palabras que le dije, cuando me fui de Córdoba, recién casada! ¡Mil veces he maldecido mi genio, aunque en aquel entonces creí tener la razón de mi lado!

Mi mayor preocupación es Lucián, y quizá deberías traérmelo. Sabes que querré a ese chico como si fuera mío, aunque reconozco que no está errada tía Francisquita cuando aconseja criarlo con los hijos de Laura y de Inés.

Tendrás que aceptar tu pérdida como sea, y agradezco a María Santísima porque la familia ha recibido a tu hijo como debe ser.

Tengo pensado, no bien pueda, ir a Córdoba. Quiero abrazarme contigo, quiero que hablemos de Calandria, porque ella no descansará en su lecho de tierra ni nosotros viviremos en paz mientras no hagamos un trato con nuestro dolor. Necesito saber dónde descansa, visitar su tumba, llorar sobre su cruz.

Esta tragedia me ha echado encima los recuerdos de nuestra infancia, de la familia, de la casa, del camposanto, donde descansa Enmanuel. Me estuve acordando de nuestros caballos, aquella yegua mansa en que me enseñaste a montar, los perros que se han muerto, las fiestas de familia, el Cristo de mi dormitorio. Hasta el rezo del rosario, en el oratorio, que tanto me fastidiaba, es ahora motivo de nostalgia. Y Severa; todavía me remuerde la conciencia por su destino. No debí dejarla en Córdoba.

Mi pasado me atrapó. Me aturden los recuerdos de las pérdidas, me despierto de noche preguntándome qué es de la tumba de aquel que amé, recordando el último día de mi infancia: aquella vuelta a la ciudad del más largo verano de mi vida, poco antes de la entrada de Quiroga a la ciudad.

Cada juego, cada risa, cada gracia de Calandria me asalta sin que me lo proponga, y veo la belleza de su rostro, que podía ser tan sereno, tan descarado, tan dulce, tan apasionado en las rabietas...

No creo que su espíritu nos haya dejado, los afectos eran demasiado

fuertes; estoy segura de que ella sigue cerca nuestro. La muerte no es muerte si no te resignas. Y yo no me resigno a haberla perdido, a que tú hayas perdido el amor de tu vida.

 Mi corazón se ha empobrecido con su muerte, y me pesa en el pecho como si fuera de piedra. Siento como si anduviera a tientas entre las sombras de los rincones olvidados de mi vida».

Al llegar a aquella frase, Fernando plegaba la carta, la dejaba sobre la mesita, apagaba la vela, volteaba el cuerpo hacia la pared, y en la oscuridad se perdía en el dolor de las ausencias.

37. MAL DE AUSENCIAS

«Le hizo presente que no le interesaba la paga, que por ese motivo no se jugaría la existencia, pero sí le interesaba salvarlo de la muerte; no podía consentir que se cortara el hilo de la vida de un hombre joven con derecho de amar y ser amado, razón de ser de la existencia, y resolvió protegerlo corriendo con todos los mortales riesgos».

Salustiano Yáñez, *Motivos argentinos*

INVIERNO DE 1841
ASCOCHINGA
SIERRAS DE CÓRDOBA

La estadía en Ascochinga no fue placentera para Ignacia. Sus primas, Laura e Inés, le parecieron poco comunicativas, y habiendo crecido rodeada de personas mayores, no les tenía paciencia a los niños, que corrían y gritaban por los patios seguidos por los perros y hasta por un cordero al que habían criado. El hijo de Fernando le pareció hermoso pero difícil; no obedecía a nadie y, además, lo pescó sacudiendo con una varilla la rama donde se había posado Zegrí. Como nadie los veía, le dio una tunda en las nalgas, tan contundente que él no se atrevió ni a patearla, como solía hacer. Tomándolo con firmeza por el brazo, le dijo en un susurro:

—Si le pasa algo a Zegrí, cuando nadie me vea, te encierro en el sótano, y ahí te dejo.

Lucián le contestó:

—Tía Inés me buscará; ella es buena.

—Nadie podrá buscarte porque nadie te oirá. Dormirás con las ratas; son grandes como gatos.

Lo dejó un tanto asustado y se llevó el halcón con ella.

El marido de Laura, tan guapo y divertido, le gustaba; el otro, el militar casado con Inés, la aburría. Pero presenciar, intuir la felicidad y la avenencia en sus matrimonios, sólo sirvió para recordarle el fracaso del suyo. A veces, llena de inquietud, se perdía lejos de la casa, con la excusa de llevar a Zegrí para que se ejercitara. Sentada al lado del arroyo, o caminando entre piedras, tiritando a veces, agradecida de la tibieza del día otras, dejaba cazar al peregrino y pensaba en Alfonso. A veces deseaba volver, o al menos escribirle; mejor aún, indagar por sus primas gallegas en qué andaba. La tardanza del correo para atravesar distancias oceánicas la impacientaba.

Al principio esperó que llegara alguna orden, de esas inapelables —de un juez, de un obispo—, para poder desobedecerla. Pero a medida que pasaba el tiempo, la invadía la tristeza de que Alfonso no hubiese hecho nada para encontrarla.

El gozar de la libertad de una soltera, la aventura de una nueva vida, la satisfacción de haber tenido la fuerza necesaria para abandonarlo, comenzaban a

debilitarse.

Cuando Farrell, dos semanas después, pasó por La Antigua, invitándolas a El Oratorio, convenció a su madre y a su tía de que aceptaran. Monserrat, en cuanto le dijeron que alistara el coche, preguntó que cuándo volvían a Córdoba; la morena se aburría en el campo o le había echado el ojo a algún varón, en la ciudad.

La estanzuela de Farrell, más pequeña que la propiedad de los Osorio, le gustó mucho a Ignacia. El comandante había avisado de su llegada y Cora y su marido, Isidro, salieron a recibirlos. La casa estaba tibia a pesar de que las sierras eran heladas en invierno. La primera estufa a leña que vieran por Córdoba los esperaba, encendida, en la sala.

—La hice con un plano de Robertson. Mi padre siempre deseó una, pero mi madre no se lo permitió —comentó Farrell al llegar entregando el poncho y las armas a Isidro.

Cora iba y venía, contestando o preguntando con voz suave y frases cortas, trayendo fuentes de comida, sirviendo bebidas. Su presencia despertaba curiosidad en Ignacia, pues Consuelo le había contado de su intervención en la muerte de la mujer del Payo, cosa que ella no podía creer así como así.

Pero en los días que siguieron, viéndola dedicada a las plantas, a los animales, con los brazos desnudos y amasando el pan con movimientos lentos y armoniosos, como perdida en algún ensueño, presintió en ella un misterio sin nombre. Había conocido mujeres así en Galicia, muy distintas físicamente de Cora, pero con la misma marca invisible sobre sus frentes. Mujeres que sabían de hierbas, de ritos, de los movimientos lunares, que hablaban con entes invisibles y caminaban sin prisa por lugares donde otros temían entrar.

Se alegraba de haber seguido al comandante. Le agradaba su compañía, su voz, hasta la forma en que a veces quedaba en silencio. Sabía de sus tristes amores y, soñolienta, mientras su madre leía en voz alta, después de la cena, sentía que él había elegido vivir en una dulce soledad, bajo el influjo del amor perdido y nunca más hallado. Consuelo le había contado su historia con la morena Florinda, la dueña del granado que crecía en el patio de misia Francisquita. El destino, pensaba entonces Ignacia, le adeudaba a aquel hombre un resto de dicha. Y con el pensamiento errátil, los ojos fijos en las llamas moribundas, pensaba si Fernando, cuando envejeciera, se sentiría igualmente solo al no poder pronunciar ante los suyos el nombre de la amada; distinto del resto de los hombres, los que pueden olvidar, buscarse otra mujer, tener varias queridas, hablar y lamentarse de las pérdidas.

También disfrutó del paisaje, con la montaña casi sobre la casa. El tajamar, rodeado de juncos, mantenía una población de patos que entraban y salían del agua con sus voces discordantes y escandalosas. Subiendo la ladera, se levantaba un templete que ponía un acento extraño en el lugar.

Atrás de la casa, sobre una ceja del terreno, se estiraban varias construcciones de adobe, piedra y paja que servían para guarecer animales, acopiar forraje, guardar herramientas y arreos. Ignacia las inspeccionó, pensando en hacer un refugio para Zegrí. Sólo una de las piezas estaba cerrada. La puerta tenía una abertura enrejada, y a través de ella sintió el olor acre de ramos de hierbas que colgaban de una viga, o se oreaban en la mesa. Frascos y morteros, una pequeña hoz, una gran tijera, le recordaron el laboratorio de su padre. Observaba con curiosidad cuando sintió una presencia detrás de ella. Se volvió, y allí estaba Cora, con su mirada calma y la hermosura extraña y sin edad de su rostro.

Permanecieron en silencio un instante y ella, sin saber por qué, le contó que a su padre también le atraía el estudio de las plantas.

Cora sacó una llave enorme, abrió el candado y le dijo con gentileza:

—Pase —y aún de espaldas, le preguntó—: ¿Cuál es su pena, niña?

Antes de darse cuenta, Ignacia se había sentado sobre un fardo y, avergonzada, le habló de Alfonso, de por qué lo había dejado, del deseo de cruzar el mar para rendirse en sus brazos.

Sin mirarla, mientras tomaba una gran rama de laurel y comenzaba a deshojarla, la mujer le dijo con suavidad:

—No se preocupe; ya encontrará fuerzas para olvidarse de él.

Ignacia se sintió decepcionada, sin saber qué había esperado de Cora al hacerle aquellas confidencias. ¿Un consejo, quizá? ¿Un ensalmo para el mal de ausencia?

Se le hizo costumbre buscarla a la siesta —cuando los otros dormían— y conversar sobre las bondades de las plantas, de cuentos del lugar o del halcón que, desde el primer momento, no tuvo recelos de Cora. Por sugerencia de ella, le prepararon en la pieza de los yuyos un rincón protegido. Isidro se encargó de dar seguridad al lugar, para que no entrara algún animal que pudiera dañarlo.

Una tarde que Cora estaba ausente, a Ignacia se le antojó trepar la sierra de la ermita, y soltó a Zegrí para que cazara. Cuando casi llegaba a la cima, un hombre corpulento y moreno, con vestigios de barba y el pelo sujeto con un trapo que le ceñía la frente, apareció tras unas piedras; llevaba una lanza o quizás una vara y el perro que lo acompañaba le ladró furiosamente. Zegrí, que volaba alto, se lanzó en picada y dio dos o tres vueltas sobre ellos, lanzando chillidos destemplados. Ignacia, sin atinar a más, se largó cuesta abajo, seguida por el halcón, que planeaba hacia el llano.

Cuando le contó a Farrell lo que había pasado, él le aconsejó que no se alejara de la casa.

—Por ahí viven comechingones, de las tribus que se metieron en la sierra. Todavía conservan algunas costumbres, y no les gusta darse con los de afuera. Pero si tienes ganas de un paseo, les diré a las damas Osorio que vayamos a caballo a visitar a un vecino.

—No tengo caballo.

—Te conseguiré uno.

Cuando propusieron el paseo, misia Francisquita se negó de plano a montar y le reprochó a su hermana —muy dispuesta a la cabalgata— que fuera capaz de dejarla sola.

—Hace años que no me subo a un caballo; y te diré, nunca me gustó montar, esa es la verdad.

—Pues vayamos en el coche y a la santa paciencia —propuso doña Leonor.

La visita no era espontánea. Fernando había comisionado a Farrell para que investigara si el pretendiente de Consuelo andaba por allá, pues los Ocampo habían dejado la ciudad.

—Si averiguan de la casa de Ascochinga, les caerán encima en un santiamén. Están matando a todos los que se alzaron contra Quebracho. Me preocupa la familia. No entiendo cómo se arriesgan así.

—Creo que no imaginan hasta dónde llegarán las represalias.

—Entonces, por Dios, méteselo en la cabeza al viejo: Marcos debe salir de inmediato de ahí. Que se vaya a la ermita, con el otro refugiado. Será lo mejor.

Por aquella misión fue que Farrell organizó la visita a lo de don Esteban, y después de hacerse anunciar por un peoncito, partieron hacia la propiedad de los Ocampo. Ignacia dejó el halcón al cuidado de Cora, y muy satisfecha montó en una yegua doradilla.

—Por suerte su madre no era como tía Francisca —le dijo una vez que el comandante la ayudó a acomodarse en la silla, una antigua montura de mujer que había pertenecido a doña Eduarda.

Ignacia estaba encantada con el animal, que tenía un andar brioso, un contoneo entre arisco y grácil. Al oír el nombre del pelaje, recordó:

—Dicen que el preferido de la hija de Rosas es de este pelo.

—Puedes ir pensando en darle un nombre, porque te la regalo. Así el Payo deja de molestarse porque andas en los caballos de Oribe.

Ignacia, palmeando el cogote del animal, preguntó, sin mirarlo:

—¿Y por qué le molesta que use los caballos de Manuel?

—Cosas de política. No apreciamos mucho a Oribe en Córdoba. Además, al Payo le molesta la actitud que tiene con nuestro gobernador.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Digamos que estás de parte del enemigo.

Ella no dijo nada, pero a Farrell le pareció que se sentía decepcionada. De refilón, le echó una ojeada. ¿Había esperado Ignacia que los motivos del Payo fueran personales? ¿Estaría interesada en él? Era una hermosa mujer, pensó; algo extraña, pero de ánimo, hábil con las armas, capaz de criar un halcón peregrino, de meterse en un campo de batalla, como le había contado De la Torre, de replicar con inteligencia. Le agradaba que no le interesaran los dimes y diretes de aldea, y se limitara a disfrutar de lo que le gustaba. A esta, como a Luz, pensó, no la hallarían con la aguja en la mano.

Y enquistado en su soledad, pensó en la de Fernando y se dijo que Ignacia no sería mala compañera para él. «Demasiado ha sufrido», pensó, y quizás ese dolor lo arrojara en brazos de otra, para olvidar a la que había perdido. Él hubiera deseado que la vida le diera una segunda oportunidad.

Emprendieron el viaje con Monserrat al pescante; Isidoro, a su lado, llevaba un fusil. La casa no quedaba lejos, y desde el camino alcanzaron a ver el espinazo del techo, algo vencido, y la huerta cercana con los frutales donde perduraban algunas hojas rojas o amarillentas. Al trasponer las columnas de entrada, Farrell se adelantó al trote.

En la mañana soleada, los niños jugaban en los columpios que colgaban de un viejo aguaribay, cuidados por las niñeras. La puerta de dos enormes hojas con herrajes trabajados se abrió y don Esteban, seguido por Marcos, se adelantó a recibirlo.

Tras los vidrios de las ventanas que daban al llano de entrada, varias mujeres observaban a Ignacia. A pesar de la distancia, ella tuvo la intuición de que no llegaban en buen momento.

Farrell desmontó y, mientras saludaba a don Esteban, se dirigió al muchacho:

—No puedes quedarte acá, Marcos. El Payo me dice que te están buscando.

—Pero, pensamos que...

Farrell lo interrumpió con un ademán severo.

—Si te encuentran, les darás motivo para que ataquen a tu familia. Debes venirte conmigo. Tu padre puede ir a verte cuando quiera; es mejor que salgas de aquí.

El muchacho palideció y Farrell comprendió que algo le pasaba; tan lucido mozo que fuera, ahora se lo veía pálido, delgado y enfermo. Don Esteban, afligido, explicó:

—Le dispararon en el muslo, y la herida no cierra. Por eso volvió. En Córdoba, ni siquiera pude llamar a un médico, todo está vigilado.

Antes de que las mujeres se les acercaran, Farrell lo apuró:

—Que prepare sus cosas; he traído a Isidro para que lo lleve a casa. Cora lo curará. Lleva abrigo, mucho abrigo.

—No puede montar.

—Irá en el coche, entonces. Y, Esteban, nadie debe saber dónde está. Al que pregunte, se va a La Rioja.

—¿Y qué les dirás a tus visitas?

—Que lo mando al norte para entregar una de mis tropillas.

—¿Te creerán?

—En mi casa, Esteban, mi palabra es precepto de guardar —y dando media vuelta, se acercó al coche, seguido por Ocampo, para ayudar a las señoras a bajar del carruaje.

Misia Francisquita chistó a Ignacia y cuando su sobrina se acercó, llevando la yegua por la brida, susurró:

—Aquel muchacho que se escurrer por la parte de atrás es el pretendiente de

Consuelo.

—¿No había escapado?

—Algo lo traje de vuelta. Espero que no le dé por ponerse romántico y visitar a Consuelo. Su cabeza tiene precio, por revolucionario; no creo que ella pueda reponerse si le pasa algo. —Y acercando la boca al oído de Ignacia, murmuró, señalando con los ojos a Monserrat—: Que no se entere la gauchona; podría hablar sin darse cuenta.

Don Esteban las saludó, diciendo a Leonor lo agradable que era volver a verla por Córdoba. Detrás de él, la puerta central de la galería se abrió y la señora de Ocampo, seguida de varias mujeres de diferentes edades, salió a recibirlas. Los chicos seguían gritando y columpiándose en las hamacas.

Fue una visita incómoda, pero se salvaron las apariencias. Regresaron al atardecer, con Marcos, pues al otro día el joven debía partir con la tropilla. Farrell les dijo que corrieran las cortinillas, por si se cruzaban con soldados. El peoncito cabalgaba adelante, alerta a las partidas.

Ignacia desoyó a Farrell, que quería que viajara en el coche, y siguió a caballo.

Era una tarde helada, y el campo se veía seco, el aire se sentía áspero y el cielo era un borrón de nubarrones color plomo.

Farrell cabalgaba en silencio. A la par, con el viento en la cara, Ignacia sentía una congoja incomprensible, que seguramente tendría que ver con el joven sentenciado, la mujer que lo amaba, los niños que ignoraban todo y reían bajo el árbol, el paisaje de invierno, Alfonso, y la soledad del hombre que galopaba a su lado. Recordó a Fernando, y por primera vez tomó conciencia de su dolor, y el amor de su primo por la mulata dejó de ser una leyenda y se levantó ante ella con la fuerza de una tragedia.

38. PARA OLVIDAR

«El día número trece meteréis en la redoma tres cucharadas de miel cogida en otoño, y añadiréis un vaso de agua de aquella en donde habréis cogido las flores, y al mediodía, en ayunas, tomaréis este filtro, pronunciando las palabras mágicas dichas anteriormente. Y cesaréis de amar».

Anónimo, *Pócimas y filtros de amor*

CIUDAD DE CÓRDOBA
INVIERNO DE 1841

Después de la temporada que pasaron en lo de Farrell, a Ignacia se le hizo difícil acomodarse a la ciudad, y le pareció que a su madre le pasaba lo mismo; misia Francisquita y Monserrat, en cambio, estaban felices de regresar. Según le dijo Nombre de Dios, a la porteña le gustaba uno de los peones de Fernando Osorio.

—Uno con cara de malo, grandote —lo pintó la morena—; dicen que era lancero de Quiroga. Ha andado por acá el hombre, haciéndose el sonso y preguntando cuándo volvían las señoras.

Ignacia no prestaba mucha atención, todavía impresionada con el «servicio» que Cora llevara a cabo poco antes de regresar.

Un día, la mujer le dijo, como si retomaran la conversación de la primera tarde en que hablaron:

—Ese hombre, su marido, no es para usted. Mejor lo olvida para que su suerte se cumpla.

—No quiero hacerle daño —había dicho ella, tajante.

—Yo no hago males, niña. Sólo ayudo a enderezarlos.

Luego de aquellas palabras, le explicó que tenía que llevarlo a cabo un lunes, con la luna en menguante, y a la medianoche.

—Mañana será; hay que salir en cuanto cante el gallo.

—¿Y por qué eso? —se quejó ella.

—El gallo aleja al Mandinga.

La noche elegida, Cora la guio a un rincón protegido, cerca del horno de pan. A la luz del candil, Ignacia vio una pequeña planta con flores blancas que se mecían sobre un tallo fino: eran «lágrimas de la Virgen», florecidas aunque no era la estación.

—Corte tres florcitas, solito tres.

Con las flores en la mano, Cora la llevó hasta la acequia que alimentaba el tajamar e hizo que, recogiendo la bata, metiera los pies hasta los tobillos en el agua helada. El murmullo de la corriente se mezcló con una serie de palabras extrañas que pronunciaba la mujer, con algunos términos que a Ignacia le sonaron a latines de imitación.

Volvieron apresuradamente, pues Ignacia debía entrar en la casa antes de que el

gallo volviera a cantar. En la puerta, Cora le pidió las tres flores. Tiritando, Ignacia la espío a través de un resquicio y la vio entrar en el cuarto de los yuyos, donde se encendió un leve resplandor.

A la mañana siguiente, aprovechando que la mujer había subido a la ermita, fue a buscar a Zegrí y vio, en la ventana, un frasco con las tres flores nadando en un líquido claro. Sin tocarlo, olió: parecía vinagre. Varios días después, volvió a inspeccionarlo: estaba en un estante, en un rincón oscuro, y esta vez se veía adentro una materia agrumada color oro.

Regresó a Córdoba con el precepto de cumplir ayuno riguroso durante una semana, encerrada en la casa, evitando la compañía de los hombres y sin tomar licor. De la botella que Cora le entregara, debía beber, en ayunas, una copita del líquido por esos siete días y guardar el resto por un mes, para consumirlo sólo si retornaba el recuerdo de Alfonso. Con aquello, le prometió el desapego hacia el hombre que dominaba su cuerpo y su alma.

Cuando retomara su vida diaria, debía vestirse de negro y no usar oro por un mes, pues estaba «de luto».

A pesar de los «preceptos» de Cora, no estaba tan concentrada en sí misma que no le preocupara Consuelo, y aunque había recibido recomendaciones de no decirle nada, no tuvo valor de callar lo que sabía de Marcos.

Y la primera tarde en que se encontró con ella en lo de misia Francisquita, le pidió que se retiraran donde las señoras no pudieran escucharlas. Consuelo aceptó, pensando que iban a tener un momento para contarse cuanto había pasado mientras estuvieron separadas.

Eligieron una de las salitas y sin saber cómo comenzar, Ignacia se apoyó en una consola y le dijo:

—Marcos estuvo en Ascochinga —y sin poder seguir ocultándole las cosas, agregó—: Está herido.

Consuelo palideció, y un instante después se dejaba caer en un sillón, aturdida. Afligida al verla tan mal, Ignacia se arrodilló a su lado y le tomó la mano, sin saber cómo consolarla.

—¿Por qué dijiste «estuvo»? —preguntó Consuelo—. ¿Dónde está ahora?

—Farrell lo mandó a Catamarca.

La joven se soltó de ella y se puso de pie, llorando desesperadamente. Como Ignacia quisiera consolarla, la rechazó con torpeza.

—No puede haberse ido. Está en Ascochinga. Don Eduardo no lo hubiera dejado viajar si estaba enfermo. ¡Tengo que ir a verlo!

Ignacia trató de disuadirla, haciéndole ver el peligro a que se exponía y lo exponía, y como Consuelo no quiso entender razones, la dejó un momento, después de servirle un vaso de agua, y fue a buscar ayuda de misia Francisquita, sabiendo que tendría que soportar el chubasco por su indiscreción.

La señora no perdió tiempo en eso; sólo le dijo admonitoriamente: «¡Quién te

habrá metido a redentora!» mientras mandaba a buscar a Consuelo.

—Querida —le dijo, abrazándola y haciendo que se sentara a su lado—. Sabes que te quiero como a hija, pero el consejo que te doy no es sólo por tu bien, es por el de Marcos también. Ustedes no pueden verse. Si lo quieren matar, como dice el Payo, seguro que te están espiando y en cuanto vayas por él, te seguirán. El amor puede ser una trampa, y nadie mejor que estos felones lo sabe. Tienes que resignarte. —Y como la viera inconsolable, le sugirió—: ¿Y si le escribes? Haremos que Farrell mande la carta con uno de sus peones, o de los que van y vienen de La Antigua. Si Marcos está allá, como crees, seguramente te escribirá y en dos días tendrás noticias de su estado.

Y tomando aire, dijo para Consuelo, pero mirando a Ignacia:

—Quiero suponer que si ha andado jugando a los conspiradores, el mocito sabrá que no debe firmar con su nombre cuando conteste.

Respiraron cuando Consuelo se puso a escribirle, todavía sollozando, pero más calmada.

Recostada en un sillón, sin atreverse a dejarla a solas, misia Francisquita susurró a Leonor:

—Gracias a Dios, los años nos quitan las pasiones de encima.

—No pongas las manos en el fuego por mí —se burló su hermana.

Fernando seguía con una efectiva y solapada guerra de guerrillas contra la gente de Bárcena, fueran mazorqueros o soldados. No era demasiado evidente para los federales, pues había tomado el resguardo, después del primer alarde, de hacer desaparecer a los muertos, a veces escondiéndolos en las caleras, otras, llevándolos a la fosa común de la Iglesia del Pilar, donde, bajo amenaza de las autoridades, los sacristanes Casas y Matos debían dar sepultura a la cosecha de cuerpos que se multiplicaba cada noche. Así, sin que los invasores lo supieran, propios y extraños eran apisonados juntos en las macabras sementeras, y las ausencias parecían deserciones.

Poco antes de que las mujeres volvieran de Ascochinga, casi sobre la fecha de partida de Oribe tras Lavalle, Leandro interrumpió la cena del Payo para avisarle que, estando juntos en una pulpería, habían capturado a Videla en una requisa; él se había librado del trance caminando tranquilo, como quien vuelve a su rancho. Había seguido a la patrulla con disimulo y comprobado que Videla había ido a parar a los cuarteles del batallón de los Cívicos, de Córdoba, donde se juntaba la calle Ancha de Santo Domingo con la de San Juan, pocos metros antes de llegar a la Cañada.

—¿Cuántos hombres hay adentro?

—Pocos; don Quebracho está afuera. Cinco o seis, nomás, orientales y santafesinos.

—¿Seguro que nadie más?

—Seguro, patrón. Lo mandamos a Ventura a llevarles unas velas y se entretuvo

jugando una mano de truco con ellos. Están descuidados —agregó el muchacho.

Fernando lo pensó un momento, tomó el último trago de vino que quedaba en la copa, buscó su chaqueta y sus armas y le dijo:

—Correte hasta El Pueblito, y decíle a Zenón que los hombres se vistan con la ropa de la mazorca y tengan listos los caballos. Yo voy hasta la casa de un amigo. Nos encontramos en el cortadero de ladrillos, por los hornos de Juan Crespo. Y no se hagan ver.

Leandro le dejó el ruano ensillado y atado al palenque de la entrada principal y primero al tranco y después al trote, por no llamar la atención, se perdió hacia El Pueblito.

Al rato, Fernando montó a Galano y se dirigió a lo de Ignacio De la Torre, esperando que no anduviera por los prostíbulos o las casas de juego, como era su costumbre. Tuvo suerte. Lo recibió su madre y le dijo que estaba por salir de visita.

Ignacio aún no se había adecentado, y lo recibió en su pieza, descamisado y sin calzarse.

—¿Qué pasa, Payo, andás de aburrido? —dijo al verlo, al tiempo que cerraba la puerta de la habitación para que su madre no los escuchara, pues sospechó algo; aunque solían juntarse para echar unas manos de cartas o conversar de política entre dos ginebras, ninguno de ellos era de hacerse visitas.

—Agarraron a uno de mis hombres. Lo tienen en el cuartel de los Cívicos.

Después de un instante de silencio, Ignacio comenzó a prenderse los puños de la camisa y a meterse los faldones en el pantalón.

—¿Y qué querés que hagamos? —le preguntó.

—Pienso que si vas de uniforme y lo reclamás, quizá te lo entreguen.

—Por supuesto que me lo entregarán —dijo De la Torre, sin plantearse dudas sobre sus facultades.

—Tengo a varios de mis hombres vestidos de mazorqueros, que irán contigo.

—Ajá; ya veo dónde fueron a parar los desertores —se sonrió De la Torre. Le divertía todo lo que fuera salirse de la línea, y él también, como cordobés, estaba harto de los «aliados» que les había mandado Rosas, sobre todo con el grupo de los «caranchos». Por si las moscas, ¿tendré refuerzos? —preguntó mientras se calzaba las botas del uniforme.

—Voy a estar a unos metros, con el resto de mi gente y algunos indios.

De la Torre encontró la chaqueta del uniforme, el sombrero, buscó las armas y, al pasar, le palmeó el hombro.

—Salga bien o mal —dijo—, me debes una caja de habanos, de esos que fuma Farrell.

La señora De la Torre estaba en el patio y protestó que iba a dejar plantada a una familia que lo esperaba para pasar una velada de guitarra y chocolate, con sus hijas. El desesperado deseo de la señora era casarlo con una jovencita de buenas prendas, con algo de plata, si era posible, ya que en su casa no abundaba, que lo aquietara y lo

sacara de la vida disoluta que llevaba.

—Mamita —dijo él tomándole las manos y besándoselas—. Le juro que iré, no la haré quedar mal. Es que me llama el general...

Salieron del centro para el bajo de El Pueblito, donde estaban los cortaderos de ladrillos. Al principio no vieron a nadie, hasta que, reconociendo a Fernando, los hombres, vestidos con las chaquetas y los gorros colorados, salieron de detrás de los hornos.

—¡Pero qué paquetes quedan de rosines! —se burló De la Torre.

—No ofenda, señor —dijo Rosendo—. Esto lo hacemos por Videla y el patrón.

—En menos de un credo, les sacamos al preso de las manos —fanfarroneó De la Torre.

Fue una operación sencilla y limpia.

De la Torre entró a los gritos al cuartel, protestando que cualquiera podía tomarlos por sorpresa, que no cumplían las guardias, que dónde estaba el jefe —que, por supuesto, dormía en lo de su querida—, y exigiendo planillas y que le entregaran a uno de sus hombres.

—No sé por qué carajo me lo han agarrado. ¿Acaso no les dijo que era de los míos? ¿Es que acá no se respeta la palabra de los buenos federales?

En realidad, la guardia había cambiado y nadie recordaba quién lo había hecho prisionero. De la Torre gritó:

—¡Sargento Ciriaco Videla, repórtese!

Ni lerdo ni perezoso, Videla contestó: «¡Sí, mi capitán, cuando me suelten!».

Todo se hizo con habilidad y a las dos de la mañana festejaba con Fernando, De la Torre y sus amigos, en El Pueblito, con orden de no abandonar el lugar hasta que partieran hacia el norte los ejércitos federales.

Contrario a lo que pudiera creerse, no hubo reacción oficial, pues los del cuartel, debido a la anarquía que reinaba entre los distintos grupos, ni se enteraron de que les habían birlado un hombre.

A la mañana siguiente, no bien llegó Farrell de Ascochinga, Consuelo se presentó en la casa, pálida y sin arreglo. «Estas mujeres», pensó él, molesto con Ignacia; «no saben tener la boca cerrada».

La recibió en la sala, le dijo cuanto podía tranquilizarla y le aseguró que, cuando las cosas estuvieran más tranquilas, él mismo la llevaría a verlo. Impulsivamente, ella estiró la mano sobre el tablero del escritorio y la puso sobre la de él, a tiempo que, reclinándose sobre la mesa, escondió la cara en el otro brazo, llorando a mares.

Una congoja enorme lo invadió. Pensó en la tragedia que le tocara con el loco De Bracy, que la había dejado por muerta, tres años atrás. Miró su pelo oscuro, desordenado en su peinado de diario, su mano delgada y pálida, su muñeca frágil. Se condolió de su situación, con una madre ridícula y maliciosa, huérfana de un padre

que había tirado la fortuna en las riñas de gallos, con un hermano que había preferido rehuir sus culpas y compromisos metiéndose a mercedario.

Viviendo a través de otros: señorita de compañía, secretaria sin sueldo de su tío, el doctor De la Mota; enfermera, niñera y maestra. Se libró de sus dedos, fue a su lado y la tomó de la cintura, abrazándola mientras la sostenía sobre su pecho. Ella se apoyó en él hasta que el cansancio le secó las lágrimas. Se separaron, ambos avergonzados, ella sin poder mirarlo, él con las manos en los bolsillos del pantalón, buscando un pañuelo.

Le sirvió un dedo de brandy, del que le abastecía Harrison, y luego le hizo tomar un poco de agua, pues «Francisca es capaz de oler el alcohol a una legua».

Le dijo que se quedara allí hasta tranquilizarse, que él se iba por un rato. Media hora después oyó la puerta de calle. Estaba tirado en la cama, con la mente en blanco y leyendo las noticias que traía El Federal. Se dijo que el destino parecía haber dispuesto para él el papel de encargarse de jovencitas en desgracia.

39. EL ENVIADO

«Ahora, cuando el perro era de color blanco, cabía esperar que fuera el Ángel de la Guarda, que se convertía en perro, para acompañar al caminante y defenderlo de un peligro cierto que le estaba por amenazar. Su aparición, con todo, no dejaba de causar inquietud».

Azor Grimaut, *Duendes en Córdoba*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE INVIERNO DE 1841

El intento de confiscación de los bienes de los Osorio seguía pendiente y, una vez que su tía regresó a la ciudad, Fernando pensó en viajar al campamento de Quebracho y enfrentarlo con lo que sucedía. Si Quebracho se mostraba evasivo, o si le quitaban Los Algarrobos, no se quedaría mano sobre mano.

A veces se sentaba en la cama y mientras bebía el último whisky de Robertson, se preguntaba qué haría en tal caso. En ese estado mórbido en que lo habían dejado las cosas que sucedieran en tan poco tiempo, sentía que aquello eran las tornas del destino por haber ido contra su padre, por haber faltado a su sangre, por haber equivocado todos los caminos que tomó, familiares, personales, políticos.

¿Qué haría si le sacaban la heredad de las manos? Cuando estaba en La Antigua, una noche en que él y Robertson habían bebido de más y se amanecieron conversando de sus preocupaciones, el escocés le dijo que él tenía pensado que, si le sucedía lo mismo, pondría la familia a salvo, mataría a los animales que no tuviera tiempo de vender y dinamitaría la casa.

—Y soy bueno en eso —había farfullado el marido de Laura mientras contenía un hipo—. Con El Empecinado, en España, hice volar una cárcel y una fábrica de mayólicas. Los dueños no la querían entregar a los franceses.

No era mala idea. Si Quebracho no lo apoyaba, iría a La Rioja, a ver en qué andaba ese guaso del Chacho Peñaloza, y tal vez se juntara con él. Pero antes, talaría los algarrobos que quedaban en pie, haría volar la casa e incendiaría el campo.

Se preguntó a qué se debía la ojeriza que le tenía el puntano que estaba en catastro, el de las confiscaciones. Cada vez que pensaba en él, un recuerdo lejano, demasiado vago para que pudiera aprehenderlo, le aleteaba en la cabeza. Se impacientaba, pues sentía que aquello debía ser importante, y que la respuesta a la situación embromada en que se encontraba debía estar relacionada con algún hecho del pasado.

«El pasado siempre nos alcanza», había escrito Luz.

Otra preocupación que sentía como un cuchillo en el costado era su hijo. Misia Francisquita le había dicho que Lucían continuaba sin dar señales de enderezarse, pero que se había encariñado con Inés. ¡Con Inés, nada menos! Inés, la beata, la que

no se daba con los sirvientes, la que detestaba a Luz...

Pero ¿ella detestaba a Luz, o Luz la detestaba a ella? A veces, esos pensamientos le hacían poner en duda antiguas certezas. Quizá muchas cosas que daba entonces, con soberbia, por sabidas, eran erróneas. Porque él había notado que, a pesar de que debía sentirse ofendida por el origen del niño, había un verdadero y amoroso propósito en su hermana de encargarse de Lucían.

Entre el dolor que iba menguando y las preocupaciones que no lo dejaban en paz, se volvió más frío y más hábil.

Una de aquellas tardes regresó temprano y desde lejos, con enojo, vio que había un piquete de soldados de Oribe en la puerta de misia Francisquita. Estacionada como para que todos la vieran, la carroza del general oriental, con un negro retinto de sombrero de copa y todo vestido de blanco, esperaba a la puerta. Mientras se acercaba, pensó que, siguiendo a doña Leonor y a Ignacia, don Manuel se había atrevido a presentarse sin ser invitado.

Sabía por su tía que Ignacia, por alguna razón que le resultaba inentendible, andaba guardada como en retiro espiritual, negándose a participar en reuniones, ni en su casa ni en la ajena. Mostraba una actitud esquivada, y no parecía dispuesta a conversar con ningún hombre. Vaya loca la prima que le había aparecido...

Iba a entrar a la casa cuando el que estaba al frente del piquete le dio el alto. Sin detenerse, gruñó:

—Vivo acá.

No pudo trasponer la puerta, pues dos hombres lo detuvieron cruzando los sables delante de él. El jefe del piquete lo tomó del brazo y trató de apartarlo de la entrada.

—No puede pasar hasta que el general Oribe nos dé la venia —aclaró el hombre.

—¿Dice que no puedo entrar a mi casa si Oribe no me da permiso? —Se enfureció, retirando con fuerza la mano del otro y tomando distancia de los guardias —. Soy delegado del gobernador de Córdoba, no...

—Sólo será un momento —lo interrumpió el otro, e intentó conciliar—: Mandaré a averiguar de inmediato.

Fernando levantó las manos como si estuviera tratando de juntar paciencia, le dio la espalda, y antes de que ninguno de ellos pudiera hacer algo, se volvió y bajó con fuerza el codo izquierdo sobre el cuello del que había hablado, al tiempo que con la derecha sacaba el cuchillo. Lo recibió en brazos antes de que cayera, lo puso delante de él y lo arrastró hasta el zaguán, apretándole el cuello con el brazo hasta casi asfixiarlo. Aquella era una antigua treta que le había enseñado un veterano de la Independencia: «Acordate que por más armas que tenga un hombre, si no puede respirar no puede hacer uso de ellas», había sido el consejo.

Con el cuchillo en la espalda del hombre, advirtió a los del piquete, que no sabían qué hacer:

—Si no cruzan la puerta, seguiremos de amigos —y repitió las palabras del otro —: Paciencia, sólo será un momento, hasta que averigüe qué dice el general.

El prisionero no hacía esfuerzos para liberarse, porque estaba sin respiración y, a la vez, debía retroceder arqueado por la punta del cuchillo en el riñón y caminando sobre los talones.

Fernando abrió la puerta de la sala con el pie; allí parecían estar todas las tías habidas y por haber, además de Consuelo, el doctor De la Mota y su prima Ignacia. El general Oribe estaba sentado junto a ella, atildado y sonriente.

Cuando vieron a Fernando, todavía acogotando al jefe del piquete, se hizo un silencio de sorpresa. Sólo se mantuvieron tranquilos Oribe, su prima y sus dos tías Osorio. El resto de los presentes no se atrevía a intentar nada.

Oribe, impávido, siguió sentado; sin alterarse, se llevó los dedos finos, casi femeninos, al bigote, retorciendo perezosamente la punta.

Antes de que Fernando pudiera hablar, misia Francisquita se volvió hacia él y le dijo:

—Por Dios, Payo, qué entrada tan dramática. ¿Quién es ese hombre? Me parece que no puede respirar.

Súbitamente, Fernando sintió ganas de reírse, y lo que hubiera podido acabar en desastre se resolvió casi en comedia.

Soltó al prisionero y envainó el cuchillo.

—Lo siento, tía. Le dije que vivo aquí, y el descomedido no me dejó entrar.

Y haciendo una inclinación ante Oribe, le sonrió.

—Permítame darle la bienvenida, general. Nos encontramos en Quebracho Herrado, ¿recuerda? Soy delegado del gobernador de Córdoba. Tengo salvoconductos del propio Restaurador para todo el país. Supongo que rigen también para mi casa.

El jefe del piquete, todavía descompuesto, había conseguido enderezarse sobre los pies agarrándose de un sillón, y trató de explicar lo sucedido.

—Retírese —dijo Oribe sin expresión, y el otro, echando una mirada nublada y teñida de rojo a su captor, se fue tosiendo ahogado. Oribe se volvió hacia Fernando y sonrió:

—Los ingleses dicen que la casa de un hombre es su castillo. Pase por alto el equívoco.

Fernando agradeció la actitud del otro, besó a todas sus tías y hasta rozó la mejilla de Ignacia, que hizo un discreto gesto de esquivarlo. Vestía como de luto, y con alhajas de plata que nunca le había visto usar. «¿Será porque se le va Oribe?», pensó.

La luz de las velas, que se reflejaban en el espejo de la consola, detrás de ella, le daba un aire misterioso, desconcertándolo. El negro le sentaba.

Cuando todos dejaron la casa, mientras Consuelo guardaba los abanicos y las alhajas de doña Francisquita, esta se quedó en la sala conversando con su sobrino.

—Buen teatro que has mandado hoy —comenzó, seria, pero cuando él la miró, sin saber con qué le iba a salir la señora, esta soltó la carcajada y le hizo señas de que se acercase—. Estuviste muy bien, Payo. Me gustó lo que le hiciste a ese petimetre de Oribe. Te darás cuenta de que no lo invitamos. Se ve que extraña las tertulias en lo de

Leonor, y con esa rareza que anda ahora Ignacita, seguro que se enteró de que estaban acá, y se presentó. No me hizo ni medio de gracia, pero, como dicen, a la fuerza ahorcan.

Al rato se les unió Consuelo y comentaron las atrocidades de los últimos días: se pagaría a Bárcena en persona, en cuanto volviera a Buenos Aires y como recompensa por las matanzas, gran parte de la confiscación de los bienes de don Fermín Soaje.

—Sólo de su barraca sacaron veinte carretadas de cueros. Ese demente de Bárcena se ha jactado de que con los cueros les pagaré a sus fuerzas por las «cuereadas» que han hecho de unitarios —dijo misia Francisquita.

—Les van a confiscar los bienes que tienen en Buenos Aires a Félix de la Peña, a Ocampo, Lozano, Pruneda, a los Lastra...

Mientras Consuelo enumeraba a los despojados, Fernando sentía que se le enfriaba el ánimo: algunos de aquellos nombres correspondían a amigos del gobernador. ¿Dónde caía, entonces, la línea detrás de la cual uno podía estar a salvo?

—Y José Norberto... —comenzó su tía, aceptando la copa de anís que le tendía Consuelo.

—¿Cuál José Norberto? —la interrumpió Fernando.

—Allende —intervino Consuelo alcanzándole a él una copa de vino blanco.

—... la ha sacado liviana, dentro de todo —continuó misia Francisquita—. A pesar de que estuvo metido en la revolución de los Álvarez, sólo lo han destituido del cargo que tenía en Hacienda.

—¿Supiste lo que hizo Bárcena para carnaval? —preguntó la joven, sentándose por fin a descansar, con una copita en la mano.

—Seguramente que no, fue cuando estabas en el campo. Entró en lo de Isidora, la arrastró por el pelo, la pateó y estaba por acuchillarla cuando entró José María Aldao, que oyó los gritos, y se la sacó de las manos. La pobre quedó como loca. ¡El desgraciado le cortó la trenza antes de que Aldao pudiera impedirselo!

—¿Hablan de la esposa de Delgado?

—El mismo que fue presidente de la Legislatura —asintió la joven.

—Mira lo que siguen haciendo los hombres de «tu» Facundo —no perdió oportunidad misia Francisquita de refregárselo en la cara.

Fernando se atajó de inmediato:

—Se equivoca, tía. Facundo separó a Bárcena del ejército por mala conducta. Lo desterró a San Juan. Es traicionero —comentó—; se ganó el aprecio del jefe de armas, que lo puso de comandante, y cuando derrotaron a Facundo en Laguna Larga, se volvió contra él y lo entregó a los unitarios, que lo fusilaron.

—El Diablo no desperdiciará ni un retacito de su pellejo cuando se muera —murmuró la señora.

En aquel momento oyeron a una de las chicas que trataba de echar a un perro de la puerta de calle y no lo conseguía a pesar de los escobazos y los admonitorios «¡shús, shús!».

—Por Dios, Payo, saca a ese perro. Hace días que anda dando vueltas.

Fernando se levantó y, cuando se asomó a la vereda, el animal, encogido, flaco, acoquinado, entrecerró los ojos y, en gesto de sumisión, se arrastró a sus pies. Impresionado, Fernando le pidió a la chica que trajera luz, y se acuclilló a mirarlo bajo el candil.

—¿Bayo?

El animal movió la cola y le mostró la panza. Fernando sintió un apretón en la garganta. Era uno de los perros de Calandria. Le acarició la cabeza, tratando de imaginar cómo había llegado hasta allá, detrás de él. Sintió que aquel era un mensaje, no sabía de qué. Estiró la mano, le acarició la cabeza, el lomo que era puro espinazo, y le sobó el cogote.

—Es mío —le dijo a la chica—. Lo voy a entrar.

Llamándolo desde el zaguán, lo fue guiando por el patio, hacia el fondo. Su tía salió de la sala.

—¿Qué estás haciendo?

—Es el perro de Calandria —dijo él, y fue la primera vez que nombró a su mujer delante de misia Francisca. Ella se volvió a una de las chicas y ordenó:

—Que Martina te dé algo de comer para ese animal —y volvió a encerrarse en la sala. Consuelo la vio quedarse dura, la vista clavada en la esquina de la habitación, demudada.

En el fondo de la casa, Fernando, mientras le daba agua y esperaba que Canela le trajera algo para alimentarlo, les dijo a Rosendo y a Leandro:

—Me lo cuidan. Es el perro de mi mujer. Se ha venido por tras.

Un silencio de superstición envolvió a los tres mientras oían el largo lengüetear del animal sobre el bebedero.

Fernando se quedó un buen rato sentado bajo el duraznero, viéndolo comer el puchero que le habían tirado en una vieja lata.

Cuando el patrón se fue, Rosendo y el muchacho se miraron.

—Está cuidando a su prenda —dijo uno de ellos.

Canela pensó que se refería al perro, que se había venido tras el amo. Los otros lo decían por la difunta.

40. DE TAL CUIDADO

«Hasta 1840, en los documentos sólo se decía, ya lo hemos dicho: ¡Viva la Santa Federación!; después de 1841, se añadió los ¡muertas!, a los salvajes unitarios y aun en las cartas particulares debía usarse so pena de ser sospechoso».

Juan M. Olmos, *Historia de Córdoba*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE INVIERNO DE 1841

Don Toribio de Aveira dejó el Cabildo bastante tarde, seguido por su perro; había estado trabajando fuera de hora, y cuando cruzaba el patio alcanzó a ver a su amanuense, el joven Páez, enfrascado todavía en la búsqueda de un documento que había traspapelado en lo que llamaban «el Registro». Se lo veía pálido y cansado, pero no quiso decirle que dejara el trabajo para el día siguiente. Sin embargo, cuando iba saliendo, el joven gritó:

—¡Señor Aveira, lo encontré!

—Déjelo en mi despacho.

—Señor, usted acaba de echarle llave.

—Déjelo ahí, entonces. Mañana me lo entrega —gruñó.

Como ya habían cerrado todas las entradas, el portero, que sostenía la puerta chica que daba al pasaje de las Catalinas para que pasara, se pegó a la pared, pues el perro solía tarasconear los tobillos del que se acercara a su dueño.

Afuera, Ventura ayudaba a uno de los serenos a encender las luces de la calle. Era un atardecer destemplado, de cielo nublado aunque sin ganas de llover, y no se veía a ningún vecino por la plaza. Hasta los templos estaban cerrados, salvo la puerta que se dejaba abierta para el caso de que un desesperado buscara refugio. Las campanas no daban las horas canónicas porque a Oribe no le había dejado dormir, la noche anterior, el son triste, monótono, que había pagado la viuda de San Millán del Signo en recordatorio de su marido, muerto en la Noche Vieja. Decían que la orden de muerte la había dado el mismo Oribe, pues el hombre, leal federal y amigo del gobernador López, era uno de los que pedían Congreso Constituyente.

Aveira oyó el saludo de Páez al portero, y luego la puerta cerrándose. No se volvió a mirar. Una cuadra más allá, seguido por el perro, entró en la casa, donde una negra aseada y gorda lo esperaba.

La casa era una de las tantas arrebatadas a los infelices que se habían expuesto durante la revolución de los Álvarez contra don Manuel López, pero no de las más lujosas. Aveira no estaba preparado para gozar de las comodidades, no quería pagar impuestos altos —Quebracho era riguroso en cuanto a no aprovecharse del Estado—, y tampoco sentía la necesidad de un ambiente agradable para vivir. Las comodidades

que tenía habían quedado de los dueños anteriores, pero hubiera podido pasarse sin ellas.

La negra, que había pertenecido a los desposeídos, tenía un rostro serio y de mal gesto. Él no era hombre de conversación, pero la mujer, menos. Varias veces intentó sonsacarle sobre sus antiguos patronos, y ella cerró la boca como con candado. Cumplía con su trabajo casi sin ruido, salvo que él le pidiera algo que ella no quisiera hacer. Entonces se retobaba como mula. Como cuando él la vio en la calle, sin saber de dónde venía, pues no traía la cesta de las compras, y él le dijo que no le gustaba que dejara la casa sola, ella le replicó:

—Tome un chico, entón.

—No tengo por qué, usted debe...

Ella no lo dejó terminar:

—Yo nací cuando dieron la libertad de vientres. Si quiere que me vaya, me dice.

«No hay caso», pensó él, «estas negras de Córdoba saben más leyes que una caterva de abogados. Esto no pasaría en San Luis».

No tomó medidas, porque Victorina era trabajadora y peor sería preparar a otra para que lo sirviera. Tampoco olvidaba que la mujer le cuidaba bien los animales, lo que para él era importante.

Esa noche la comida fue por demás frugal, y cuando interrogó a la negra, ella le respondió levantando la fuente:

—Usté no dejó plata.

Cualquiera en Córdoba tenía crédito en el mercado, ¿por qué él no?, quiso preguntarle; pero viendo la mirada directa de la mujer, terminó callándose. Se consoló con un té de limón, y se encerró a trabajar, con el mastín a sus pies sobre una alfombra vieja, y el gato barcino enroscado en un escabel roto, cerca del brasero.

Siempre se llevaba trabajo a la casa, no sabría qué hacer si no tuviera eso. Dormía poco y antiguos rencores lo consumían. Pese a todo, iba avanzando, se dijo; avanzando a pesar de que los papeles que mandaba firmar dormían meses, porque algunos se negaban a firmarlos, declarándose enfermos, de retiro espiritual —el gobernador López veía eso con buenos ojos, y hasta lo propiciaba con el ejemplo— o se traspapelaban por algo fortuito: un viento que revolvió los papeles del cuartucho de Registros, una pelea entre un policía y un preso justo en el momento en que pasaban con la carretilla de documentos para archivar, la pérdida del sello oficial. Todo eso, sin contar con la ineptia de Páez.

Mientras se ponía las gafas y acariciaba la cabezota del perro, se dijo que al menos había conseguido que su secretario dejara de beber. No lo había hecho por corregirlo, sino por doblegarlo. No estaba conforme, no obstante, con el resultado, porque en vez de caer en un estado de locura al serle retirado el alcohol, Páez había resistido y últimamente se lo veía acicalado, con un poco más de carne en los huesos, y si bien seguía usando camisas de puños deshilachados y cuellos vueltos del revés, ya no había lamparones en su ropa, por más arrugada que estuviera.

Un día le dijo:

—¿No tiene criada que le planche, Páez?

—No...; no, señor. No tengo.

—Debería separar algo de dinero para una planchadora.

Páez dijo sin mirarlo, pero con completa compostura:

—Señor, hace cuatro meses que no nos pagan.

Vaya inútil. Hubiera sido un buen cliente para él, de los «manejables»: sin dignidad, sin recursos, sin respeto entre sus iguales. Lo tentó con un:

—Hombre, no sabía. Si quiere, puedo adelantarle...

—No es necesario, señor —contestó Páez, enrojeciendo, dejándolo con la mano estirada.

Ya le pagaría el desaire, había pensado, más bilioso que nunca. Ya se encargaría de que sus recibos se perdieran y que tuviese que acudir a él para darle de comer a esa vieja babosa que tenía por madre, a la que llevaba a misa en una silla de ruedas que, decían, había construido él mismo. Una criada tan vieja como la señora era la única ayuda que les quedaba. Decían que estaba en una lista de pobres vergonzantes y con el dinero que la Iglesia le daba anónimamente sostenía a su madre.

Se había tropezado aquella tarde con el Payo Osorio, que andaba nervioso y ceñudo detrás del pedido de expropiación. No importaba que nada hubiera logrado todavía, pensó, haciendo un monigote con la pluma sobre el margen de la hoja, colocándole al cuello una cuerda que pendía del aire. Antes de diciembre, quizá pudiera darle un disgusto a misia Francisca, a su hermana y a aquel garañón rubio y prepotente que había matado a su sobrino. Primero le quitaría Los Algarrobos y todo lo que pudiera; luego lo tendría comiendo la tierra del despojado. Después de que sufriera aquello, quizá lograra involucrarlo en alguna revuelta, y que Oribe o Pacheco le pegaran cuatro tiros contra el paredón del Pasaje de las Catalinas, donde solían darse las ejecuciones por política. «Ya verán los Osorio que soy hombre de cuidado», se dijo.

La mano le tembló y lo que estaba escribiendo quedó como un mamarracho despatarrado: bajo la leyenda que ahora encabezaba los papeles gubernamentales —«¡Mueran los salvajes unitarios!»— había repetido, llevado por su pensamiento, el nombre de la mujer a la que odiaba y sin cuyo recuerdo no podía vivir. Tomó el papel y lo rasgó varias veces, echando a las brasas los pedazos que, al tomar fuego, iluminaron los ojos amarillos del gato.

Ignacia parecía haber recuperado la cordura aunque, cuando Pacheco le mandó al prusiano para que practicara esgrima, ella se excusó de recibirlo haciéndole saber que estaba enferma y guardando cama.

Como su madre decidió que era mejor no despertar resentimiento entre los altos jefes federales, hizo venir al padre Filemón, el curita franciscano que había viajado

con ellas desde Montevideo, para que diera misa en la casa con la excusa de que tanto ella como su hija habían pescado un enfriamiento y no podían salir.

El padre Filemón se quedó tomando un chocolate de media mañana con ellas y les contó que él había pasado un mal rato, pues por cortar el paso a Costa, que perseguía a una jovencita que buscó refugio en el convento porque querían embrearle la cabeza, aquel sacó un puñal y se le fue encima.

—Me salvó el comandante Palau, a quien parece que teme el tal Costa. La pobre chica se quedó con una de las familias refugiadas entre nosotros varios días. Recién cuando se largó el chubasco terrible, y quedó limpia la ciudad de soldadesca, pudimos llevarla a su casa. Ahora llora todo el día, no hay forma de que vaya a misa y quiere meterse a monja. Cuando oye los cascos de los caballos o los gritos de esos perversos, se pone como loca y hay que buscarla por toda la casa, porque se esconde bajo la cama, se mete en los arcones, en los sótanos. Parece que un día que golpearon la puerta tuvieron que agarrarla entre dos para que no se tirara al aljibe. También a su familia les oficio misa, sin que se sepa.

Comentó también lo que había hecho Osorio, sacando a rebencazos al Monitor del negocio de don Fidel Calleja y echando a las cuarteleras.

—Les aseguro que fue valiente. Pudo costarle la vida.

—Es ahijado del gobernador —dijo Ignacia, displicente.

—El gobernador está lejos, señorita Ignacia. Y Oribe, demasiado cerca. Y si hay arrepentimiento después, ¿quién le devuelve la vida al mozo?

Aquello las había llamado a la reflexión, y desde entonces no se sentían cómodas con los jefes y oficiales federales, y sólo hacían tiempo hasta que partieran.

—En último caso, nos iremos a Ascochinga —dijo doña Leonor.

—¿Y por qué no a Los Algarrobos? —preguntó Ignacia.

—Es más lejos y, además, uno de estos días llegarán las tropas a expropiar todo.

—Me gustaría ver qué hace mi primo.

—Si es burla, es muy cruel, Ignacia. En este país, se es alguien por la tierra. Sin tierra, no vales nada.

Ignacia enrojeció, y guardó silencio. La verdad es que tenía curiosidad de ver qué hacía su primo en aquellas circunstancias. La entrada de él a la sala de misa Francisquita llevando al hombre como si no pesara nada la había impresionado, haciéndole comprender que no tenía una idea clara de quién era él.

Pocos días después de llegar de El Oratorio, y cuando Consuelo se había tranquilizado un tanto, se entretuvieron conversando del viaje.

Primero hablaron sobre Laura e Inés, sus maridos, sus niños y La Antigua, y Consuelo la dejó perpleja cuando le contó que, en un principio, Laura detestaba al escocés, y que sólo se habían casado porque él la salvó de morir arrastrada por una correntada. Como ella no entendiera causa y consecuencia, la joven le contó que tuvieron que pasar la noche solos, del otro lado del río, y que a la mañana siguiente, cuando los rescataron, el padre de Laura obligó a Robertson a casarse con ella.

—Es una historia muy romántica, porque él siempre andaba rondándola, pero cuando supo que tenía que pasar por la iglesia, se quiso escapar. Y ella, que lo detestaba, porque lo pescó varias veces en... ya sabes...

—No, no sé.

—Bueno, en situaciones raras. Una vez, en pleno campo, desnudo en una laguna con una china bastante escandalosa. Y otra vez, en esta misma casa, Canela hizo una apuesta con las otras criadas, y cuando él entró, le robó un beso al sonso, y el pobre gringo quedó ahí, en el patio, regalado, y Laura mirándolo a la cara. Además, tenía una viuda por el río, y fue por ella que casi mueren del disgusto, pues la mujer se apareció a decirle a ella que su marido le era infiel, cosa que no era verdad, te diré. Él tenía que irse a su país por un tiempo, y Laura quedó embarazada y con unos ataques de asma que no dejaban dormir a nadie, de preocupación.

Después hilaron fino sobre los poderes de Cora, y hablaron del comandante.

—Me da pena ese hombre —dijo Ignacia—. No merece tal suerte.

Le contó de la yegua que le había regalado y que ella había bautizado «Zeltia», en recuerdo de su heredad en Galicia; le habló de las noches en que se sentaban en la sala, después de comer, a tomar alguno de los brebajes que preparaba el comandante —uvas maceradas en grapa, licor de duraznos— mientras misia Francisquita protestaba que su hermana iba a morir envuelta en llamas porque extendía las piernas cerca del fuego de la estufa, y se levantaba un poco la falda. Su madre, sin escucharla, explicaba a los dos cordobeses qué era un pazo, por qué se llamaba «de Zeltia», la vida que llevaban en Montevideo, la colonia de refugiados unitarios, la gente que habían conocido en la corte del emperador del Brasil.

Ignacia reconoció que le encantaba ver cómo su madre y misia Francisquita se peleaban cuando jugaban al tresillo con Farrell, y le parecía ver en aquella mujer —su madre— siempre discreta, buena moza y dueña de sí, una niña que aún peleaba con su hermana por las migas de una torta.

Confesó a Consuelo que había pensado bastante en Fernando, especialmente después de que enfrentara a Oribe. ¿No le parecía raro que aquel hombre soberbio, impaciente, con el cuerpo de un gladiador y el carácter hecho para el combate anduviera dando vueltas como un desocupado por la ciudad?

—Seguramente quiere estar cerca del poder cuando salga lo de la expropiación —sugirió su amiga—; para pedir ayuda a alguien conocido.

—No puedo creer que se entretenga calentando sillas en el despacho de Cáceres, sin involucrarse en lo que pasa. Sé que detesta a Oribe y recela de Pacheco. ¿Por qué no hace nada? ¿No sería más lógico que anduviera metido en alguna conspiración? Es demasiado hombre para andar de vago.

—No estoy segura de que ande al vicio. Te olvidas de las veces que desaparece. Siempre me quedo con las Núñez del Prado para evitar habladurías, cuando doña Francisca no está, pero cruzo la tapia para ver cómo andan las cosas por acá. Me dijo Martina que a veces, por días, no se le ve el pelo. Nadie sabe adónde va.

—Andará por los burdeles.

—No creo. Quizá, lo que lo ha vuelto indiferente a todo es la muerte de su mujer. ¿Te gusta Fernando, acaso? Ella le contestó, sin mirarla:

—¿Debería?

—¿Y por qué no? ¿O acaso te gusta Pacheco?

—Es buen mozo —dijo, haciendo girar el anillo del anular. No tuvo valor de decirlo, pero había algo en su primo que, desde que volviera de Ascochinga, la atraía y a un tiempo la exasperaba. Lo que ignoraba era que aquella pócima de Cora no sólo tenía el poder de hacer olvidar un mal amor, sino que también se usaba para despertar la predisposición a enamorarse de otro.

Consuelo, que estaba pegando unos botones a una chaquetilla que acababa de coser, le contó que Laura le había mandado noticias de Marcos: Robertson y Luis habían ido a verlo y estaba mejorando. Quizá, dijo, ruborizada, pronto podría ir a verlo; el comandante Farrell le había prometido llevarla. De todos modos, seguía inquieta por doña Mercedes, que no terminaba de mejorarse. Pocas semanas del año había pasado sin malestares y los médicos no sabían qué era lo que la postraba.

41. ORDALÍA

«El Monitor recogía velas de los boliches, las encendía y rodeaba con ellas el busto de Rosas, obligando a los transeúntes a hincar delante de él la rodilla. Capitaneaba meretrices importadas, vestidas de soldados, haciendo abofetear y mesar con ellas a las mujeres que encontraban sin el moño».

Ignacio Garzón, *Crónica de Córdoba*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE INVIERNO DE 1841

Debido a la conciencia que Leonor y su hija iban tomando sobre lo que sucedía en Córdoba, entre los ejércitos llegados de Buenos Aires y los vecinos, habían espaciado, con excusas y dilaciones, la vida social que hacían con los generales enviados por Rosas.

En algunas oportunidades, Pacheco les había mandado un recluta de uniforme para que las escoltara al templo, de compras, o de visitas, pero rechazaron el ofrecimiento y, en cambio, se pusieron de acuerdo con Monserrat para que las acompañara, por si tenían que enfrentarse a alguna provocación. La mayorala, que andaba «conversando» con Rosendo, el lancero de Fernando, solía avisarle de sus salidas y el hombre, disimuladamente, las seguía.

Una mañana Ignacia decidió ir a la Iglesia de Santo Domingo, a buscar unas ropas de altar que su madre había prometido componer para el convento. Acostumbrada a no ser molestada por nadie, debido a su parentesco con Oribe y su relación con el general Pacheco, y resguardándose en que era extranjera, salió a la calle sin acordarse del moño federal, sin cintillo y sin ninguna prenda colorada.

Monserrat la seguía un paso atrás, imponente por su altura y robustez. Solía usar una falda que a veces, si hacía falta, la acomodaba como chiripá, ceñida a la cintura con una rastra, pañuelo de hombre al cuello y muñequeras de tiento. Últimamente, Ignacia había notado que eran algo más lujosas, con algún detalle en plata, como las que vendían las indias en el mercado, cuando aparecían por la ciudad. Seguramente, regalo de pretendiente, se sonrió.

La morena llevaba con naturalidad, cruzado sobre la cintura, un gran facón, y el largo rebenque de postillón enrollado en el puño. Era baqueana con él y más de una vez la había sacado de apuros en los caminos, y no precisamente con animales de cuatro patas.

A su lado caminaba Nombre de Dios, muy acicalada, feliz de pasear por el centro. Iban distraídas, preguntando Ignacia algo de vez en cuando, sorteando las veredas en mal estado, la suciedad y los hombres reunidos en las puertas de las casas abandonadas, ya porque sus dueños habían huido, porque se las habían expropiado o porque, sin orden ni ley, habían sido tomadas por los ejércitos.

Al llegar, se dieron con un grupo de seguidoras del Monitor, que se pasaban unas botellas de boca en boca, metiéndose con cuanta señora se les cruzaba, mientras revolvían un tacho sobre un fuego encendido en la misma vereda del templo.

Al olfato de Ignacia llegó un olor picante, hediondo, y tarde oyó a Monserrat que decía:

—Cuidado, niña.

Había distinguido a otra que, en una cesta inmunda, tenía un montón de moños colorados listos para ser usados.

Una de las cuarteleras, con uniforme de varón, sucio y descosido, se irguió y sin apuro se les puso delante, mientras las otras se acomodaban en un círculo que hubiera podido encerrarlas, si no fuera que Monserrat, dando un paso atrás, sacara la faca de la cintura. El cuchillo era de un tamaño que llamaba a respeto.

—Vos, andate —dijo la mujer señalando a Nombre de Dios, que llevaba su moño punzó—. No nos metemos con gente que respeta las leyes del Restaurador.

Y otra, que mascaba un palillo y tenía las manos en jarra, dijo, por la mayorala:

—Y ella tamién, porque cumple. Lleva el cintillo en el chaleco. Nombre de Dios, paralizada, no sabía qué hacer, y antes de que Ignacia pudiera abrir la boca, Monserrat tomó a la morena de un brazo y la sacó del medio a tiempo que murmuraba:

—¡Buscalo al Rosendo!

Ignacia, conteniendo su irritación, dijo a las mujeres:

—Déjenme pasar.

—No veo... —dijo la otra, mirando el suelo y moviendo la cabeza—. No veo colorado por niún lado.

—Soy extranjera, no tengo por qué usar moño —se plantó Ignacia, maldiciendo por no haber traído un arma. Intentó hacerla a un lado, pero las otras no se movieron. Monserrat hizo un movimiento rápido, pero varias mujeres se le fueron encima, riendo, corriendo alrededor de ella, golpeándola con los ponchos rotos o con ramas, sin hierirla, pero impidiéndole acercarse a su patrona.

—¡Corra, niña; dentre en la iglesia! —le advirtió la mayorala, pero Ignacia pensó que no iba a correr ni aun si fuera para preservar su vida.

Miró a la mujer que tenía delante: era el rostro del resentimiento, de la miseria, de la indignidad humana. Cada vez que se movía, de su cuerpo, de sus ropas, le llegaba un olor acre, a letrina; le faltaban dientes, y la expresión de su rostro era la de una mujer a medias en sus cabales. Borracha, decidió. Pero no lo suficiente para no ser peligrosa. Moderando el tono de voz, aunque con firmeza, claudicó:

—Soy sobrina del general Oribe...

Unas carcajadas guasas, bailoteos, golpes en las rodillas, zapateos, le mostraron que no le creían.

—¡Y yo soy su ahijada!

—¡Y yo... le caliento la cama!

—¡Y yo... le engraso el sable!

Cada una de ellas agregó algo, cada vez más subido de tono, y cuando Ignacia sintió detrás de ella el olor y el chisporroteo de la brea, ciega de terror quiso huir pero la tomaron de los brazos, de la ropa, de la cintura. La obligaron a arrodillarse, porque era alta y la mayoría de las mujeres eran más bien bajas. Se resistió, mordió, recibió un cachetazo que la dejó ciega, se le desgarró la blusa, se oyó gritar y finalmente, sobre su nuca, la brea caliente y el moño y el rugido de Monserrat que ya había ensartado a una, porque oyó gritar: «¡Me hincó, la gran sucia...!».

Alguien se metió a caballo en el medio, y el vozarrón de un hombre y un brazo que la alzaba cuando ya creía desmayarse y rogaba morir ante la vergüenza pública, sus faldas levantadas, le habían cortado las ligas, y de pronto alguien le sacó de encima a la que quería marcarle la cara con un cuchillo herrumbrado, y oyó gritos de hombres y el chasquido de los azotes y el llanto de Nombre de Dios y de pronto estaba sollozando, de cara al cielo, como cuando era niña y se asustaba de los monstruos que su niñera le decía que vivían en los roperos de Zeltia.

Alguien le trajo agua y se encontró con la guardia cordobesa del Cabildo y aquel muchacho que era amigo de su primo y que solía encontrar en lo de doña Mercedes. Allí estaba Rosendo con el rostro arañado y respirando con fuerza, y Monserrat con un golpe en un ojo que se iba hinchando rápidamente.

Páez tomó de manos de Rosendo el poncho que le tendía y se lo puso con delicadeza por encima, para cubrirla de los ojos de los mirones al tiempo que le decía:

—Mandé por el coche del comandante Farrell. En unos minutos estará acá y la llevaremos a su casa. ¿Puedo ayudarla a sentarse?

Mientras los hombres de la policía corrían a las mujeres, que se burlaban de ellos huyendo por diferentes caminos, desapareciendo rápidamente, algunos curas salieron del convento armados con palos. La ayudaron a ponerse de pie y la hicieron entrar a la iglesia, donde la sentaron en un reclinatorio. Ignacia temblaba inconteniblemente y no podía hablar. Decía «sí» o «no» con la cabeza y tomaba un vaso tras otro de agua.

Monserrat preguntó:

—¿No habrá vino de misa?

Uno de los sacerdotes se apresuró hacia la sacristía y volvió con un botellón y un vaso. Ella lo sintió endulzarle la garganta y luego como si un puño interior desanudara los nervios de su estómago.

Eduardito Páez y Rosendo se apostaron en la puerta, esperando el coche; el jefe de policía, Cazaravilla, se paseaba por la nave, las manos a la espalda, y moviendo la cabeza mientras murmuraba maldiciones. A cada rato, dirigiéndose al padre Iñaki, que había sido uno de los que primero llegó con su vara, se excusaba:

—Disimule, su paternidad. Es que esto no tiene nombre.

La primera palabra que pudo pronunciar Ignacia fue «gracias», y luego se llevó la mano a la cabeza, donde la brea, ya fría, se había pegoteado a su melena.

—Ha quedado muy atrás —le dijo un novicio con rostro de adolescente y acento tímido—. Si se pone mantilla, cuando se lo corte no se notará tanto.

Páez avisó que ya estaba el coche. Doña Mercedes esperaba dentro de él, y recibió a Ignacia en sus brazos.

—Montserrat, Nombre de Dios —dijo la señora—. Entren ustedes también.

Eduardito las escoltaba seguido del pelotón de policías que les había cedido Cazaravilla.

Al pasar por una de las casas ocupadas por los mazorqueros, una lluvia de cascotes y botellas se estrelló contra el coche y golpeó a los uniformados. Serafín azotó los caballos y la policía tiroteó sobre los techos y las puertas de la casa. Rosendo y su caballo habían desaparecido.

Cuando Oribe llegó a la casa, doña Leonor, misia Francisquita y doña Mercedes lo recibieron en la sala, acompañadas del padre Iñaki, del padre Ferdinando y del doctor De la Mota. Farrell estaba en Ascochinga.

La situación era tirante. Un silencio recibió al general y a su edecán; Oribe se veía pálido y malhumorado, casi fuera de sí.

Ninguna de las mujeres habló y sólo doña Leonor lo miró a la cara.

—Leonor, esto no va a quedar así —le aseguró él, adelantándose.

Ella dio un suspiro como de cansancio y preguntó:

—¿No, Manuel? ¿Y qué será que vas a hacer?

—Se ha ordenado una investigación... —comenzó el edecán, pero fue interrumpido por el doctor De la Mota, que le hizo notar con suavidad:

—Hace rato que Cazaravilla comenzó a hacerla.

—Esas mujeres serán castigadas, se las encarcelará y...

—Si las agarran —dijo el padre Iñaki.

—¿Usted duda acaso, de nuestra...? —Se ofuscó el edecán.

Esta vez le tocó al dominico suspirar.

—No de la buena voluntad de ustedes, señor edecán; digamos que tengo mucha fe en los recursos de estos grupos que andan sueltos con demasiada... autonomía. ¿Aceptaría esa palabra?

Oribe, que había permanecido callado, levantó una mano llamando a su ayudante a silencio.

Como no le habían ofrecido asiento, arrimó un sillón al de doña Leonor, se sentó y le dijo, convincente:

—No puedes dudar de mi buena voluntad, Leonor.

—No, Manuel; no dudo de tu voluntad; dudo de cuánto se puede llegar a castigar estas barbaridades. Creo que a ustedes se les han ido las cosas de las manos. No tienen mucho control, al parecer, sobre los jefes de la Mazorca, y menos aún sobre la horda de meretrices que han dejado sueltas.

—Ni sobre ese engendro del Demonio —murmuró el padre Iñaki, que nunca había dejado de sentir nostalgia por los poderes de la Inquisición. Pensaba en el Monitor, que incensando el busto de Rosas, obligaba a la gente a adorarlo como si fuera Dios, postrándose ante él.

—¿Decía algo? —Se volvió el edecán, intuyendo que lo que se murmura es para que se sepa aunque no se escuche del todo.

—Pensaba —dijo el dominico, pretendiendo estar perdido en profundas meditaciones— en que a veces el Señor manifiesta de extraña manera su disposición. Como ese pobre hombre que carga el busto de don Juan Manuel de Rosas a modo de quien lleva una cruz, y muy gozosamente. ¿El Monitor, le dicen?

Todos escuchaban, tensos, mientras el padre Iñaki, con su estampa de vasco, su tonsura y su barba gris y aristocrática, les daba la espalda y caminaba unos pasos.

—Monitor; monitor —murmuró, volviendo el rostro hacia ellos—. Cuántas acepciones tiene la palabra: persona que guía en el aprendizaje. O el que amonesta y avisa... algo; o cierto subalterno que acompañaba en el foro romano al orador, para recordarle de qué tenía que hablar, y cómo lo tenía que decir.

Con otra pausa teatral, preguntó a Oribe:

—General, ¿cuál sería el designio de Dios al enviarnoslo, con sus deficiencias benditas, sus pobres Magdalenas, sus granos de estoraque y la simpleza de su jerga?

Levantó las manos y se alzó de hombros.

—Seguramente —dijo Oribe, sin estar seguro de la intención del sacerdote, ya que los dominicos le eran muy fieles— no lo descubriremos esta noche.

El padre Ferdinando no había dicho ni una palabra. Sentado en un sillón, la cabeza hacia atrás, las manos juntas sobre su cintura, parecía ausente.

—Su paternidad —dijo Oribe, dirigiéndose a él porque era el único hombre de la familia que estaba presente—, no sé qué piensa usted, pero le aseguro que...

—Estoy pensando en Ignacia —dijo el mercedario, y enderezándose le preguntó—: ¿Sabe usted que en este momento la están pelando?

El llanto de doña Mercedes se sintió primero como un ronroneo y terminó en un sollozo ahogado. Misa Francisquita se puso de pie y dijo adustamente:

—Esto es demasiado. Ven, Mercedes, vamos a acompañar a Ignacita.

Cuando ambas señoras salieron, abrazadas, doña Leonor les pidió a los otros visitantes:

—¿Podrían retirarse? Deseo hablar con el general a solas.

Y como el edecán se quedara, sin dar muestras de sentirse aludido, ella le dijo:

—Manuel, mejor despides a tu ayudante.

El joven, enrojeciendo, se apresuró a salir.

La conversación duró media hora. El general salió poniéndose la capa, saludó, con el rostro helado, a los que estaban en el patio y abandonó la casa seguido por su ayudante. En la puerta dejó dos hombres con órdenes de no moverse de allí hasta que no fueran a relevarlos.

Toda la noche se oyó el bullicio de las requisas, los gritos de las mujeres detenidas, las botellas estrellándose en el empedrado, los cascos de los caballos de la policía. Aquella noche, no hubo violín ni violón, ni se cantó la refalosa.

La cárcel se llenó de mujeres y el general Pacheco, que se había enterado tarde de los sucesos, fue a la casa de las Arias de Ulloa. No pudo entrar. Le dijeron que Ignacia estaba con fiebre, que deliraba, que habían mandado por el doctor Gordon. Pidió por doña Leonarda. La señora no podía atenderlo; estaba con jaqueca.

Buscó a Bárcena por todos lados para hacerle saber su desagrado y decirle que de una u otra forma, si Oribe aún no lo había hecho, él personalmente ordenaba detener los atropellos. Don Juan Manuel de Rosas no iba a aceptar como si tal cosa que la gentuza que había traído con él injuriara de aquella manera a la sobrina de un general de su más alta estima.

No lo encontró. El general Garzón había mandado a Bárcena fuera de la ciudad a conseguir animales de faena y caballos de refresco para la tropa. Era inminente la partida del ejército en persecución del general Lavalle.

42. TOMAR IDENTIDAD

«El uso del cabello largo ha sido general y muypreciado en todo tiempo entre las mujeres. Consideran una deshonra (el que les corten) el pelo, que cuidan como una prenda de gran valía».

Daniel Granada, *Supersticiones del Río de la Plata*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE INVIERNO DE 1841

Lo sucedido a Ignacia molestó de tal manera a la sociedad cordobesa, que generales y oficiales porteños, santafesinos y uruguayos no tuvieron, por semanas, dónde ir de visita. Los que se alojaban en casas particulares pasaron por el mal trago de que las mujeres de la familia no se presentaran a la mesa, que se retiraran de un cuarto si ellos entraban y que los varones, serios, respondieran escuetamente a su conversación. El trato de estos no era descomedido, pero tomaba distancia de los que, llegados como aliados del gobernador Quebracho, se habían convertido en un ejército de ocupación.

Una de las arpías que había maltratado a Ignacia amaneció atada a un poste en la Plaza de Armas, desnuda, pintada con bosta de vaca y la cabeza cubierta con el cuero de una testa de cabra.

El sobresalto de los primeros que la vieron se convirtió en jolgorio cuando grupos de chiquillos se congregaron para burlarse, haciéndole cosquillas con ramos de hojas y cantándole groserías hasta que llegó la policía y, por cuidar de la moral pública, la puso a resguardo. Mientras la llevaban a rastras, cubierta por una bolsa, los chicos la seguían balando desaliñadamente.

Monserrat y la morena identificaron a las más agresivas, que fueron azotadas públicamente, no por lo del moño embreado —curándose en salud, no fue mencionado por el funcionario, ya que era práctica solapadamente alentada por las autoridades federales—, sino por haber asaltado, golpeado, robado e intentado acuchillar a una extranjera parienta del general Oribe.

A las otras se las bañó a la fuerza antes de ser revisadas por el doctor Gordon, que mandó a raparlas porque estaban infestadas de piojos. Las sanas fueron enviadas a los fortines del chaco y de la frontera sur y el resto conducidas fuera de la ciudad con prohibición de regresar.

Las medidas, sugeridas por Cazaravilla, fueron fundamentadas por Medina Aguirre, y refrendadas por el juez. Ni Oribe, ni Pacheco, ni ninguno de los jefes federales intervinieron para atenuar el castigo, y sólo se salvaron algunas que mantuvieron escondidas los soldados.

Los mazorqueros que quedaron —el comandante González, el «Carancho del Monte», había vuelto a Buenos Aires con parte de la fuerza— dejaron de mostrarse

por un tiempo.

Como un acto de reparación, lo sucedido a Ignacia provocó la liberación de varias damas que estaban presas, familiares de los que habían conspirado contra Quebracho el año anterior, o simplemente sospechadas de unitarias; entre ellas, doña María del Rosario, hermana de don Dalmacio Vélez Sarsfield.

La partida del ejército federal se anunciaba con una serie de medidas, como la insistencia en el acopio de reservas y de caballadas. Los parientes de los prisioneros que tenía el coronel Costa, en el cuartel instalado en la casa de los Igarzábal, en la calle Ancha, rezaban de noche y peticionaban de día ante los influyentes para que los dejaran con vida.

Ya habían llegado noticias de las matanzas perpetradas en el norte de Córdoba y en las provincias del noroeste por los jefes federales mandados a reprimir los movimientos separatistas de Buenos Aires y su gobernador, que pedían se constituyera de una vez el país.

Ignacia pasó dos días mala, pero al tercero, con un esfuerzo, se puso de pie para ir a atender al halcón y a su yegua, a la que había que ensillar cada tanto para que no se volviera arisca. Su madre había mandado cubrir todos los espejos, esperando que se fortaleciera para que pudiera verse y aceptar su nueva imagen.

Esa misma tarde, sentada junto a ella, le propuso volver a España. Ignacia permaneció un rato en silencio y luego se volvió y la miró directamente a los ojos.

—No, mamá, no quiero irme. Es más, el domingo iré a misa, que todos me vean. Esto —y se tocó el pelo, que no tenía más de cuatro dedos de largo— representa la injuria que están sufriendo muchos vecinos, de diferentes maneras.

Y mirando por la ventana la madreselva, todavía sin flores ni cogollos, agregó:

—Lo que me pasó ha conseguido que sienta que pertenezco aquí; que el martirio de esta gente es mi martirio. Así que si usted no tiene algo urgente por que regresar, prefiero que nos quedemos en Córdoba.

—Me siento orgullosa. En realidad, no quiero irme, pero había decidido, por tu bien, que regresáramos.

—No soy tan floja —contestó ella, dejando descansar el brazo sobre la frente. Cuando estaba sola, se atrevía a pasarse los dedos por el pelo.

A veces, de noche, lloraba de furia por el agravio, pero más por el momento de cobardía que había tenido. Cuando tiró del trapo que tapaba el espejo de su pieza, se quedó viendo a aquella otra que la miraba desde la tersura de la luna: una desconocida que era y no era ella. ¡Si la viera Alfonso, pensó, con una sonrisa irónica, tan enamorado de su pelo! Mientras se pasaba una peineta para elevarlo un poco, se dio cuenta de que, en toda una semana, no había pensado ni siquiera un momento en él. El conjuro de Cora funcionaba.

Sin embargo, sí había preguntado por el Payo.

—Por suerte, querida —dijo misia Francisquita, que hacía encaje a su lado—, estaba en Los Algarrobos. Fue a echar una ojeada y a vender algo de hacienda para traer dinero. Soy egoísta, pero me alegro de que no haya estado en Córdoba cuando te sucedió... eso. Quizás hubiera tenido problemas serios, porque no es de tragar escuerzos.

Hizo una pausa, la vista fija en el encaje, y continuó:

—«Los Osorio tenemos la paciencia corta y la espada larga», decía Carlos, y este es Osorio por los cuatro costados. Nada de esa sangre liviana de los Núñez del Prado, que son de buen carácter, los hombres poetas y las mujeres miedositas.

Y con un suspiro, agregó:

—No creas que las tengo todas conmigo; no sé qué es capaz de hacer cuando regrese y se entere de lo sucedido.

—Quizás el ejército ya se haya ido.

—Dios lo quiera —respondió misia Francisquita. Y cambiando bruscamente de tema, preguntó—: ¿No te gustaría aprender a hacer encaje? Nunca conseguí que Luz me llevara el apunte y a Laurita le falta tiempo.

—Si usted me enseña, lo intentaré. Creo que una labor me vendría bien para los nervios.

En aquel momento Canela anunció al doctor De la Mota. El señorón entró con cara de disgusto, siguiendo a doña Leonor.

—Bueno —dijo al entrar en la salita doméstica, levantándose cuidadosamente los faldones para sentarse cerca de su amiga y sin mirar directamente a Ignacia, por no avergonzarla—. El Monitor no volverá a jorobar con el adefesio de yeso.

—¿Se ha ido? ¿Lo han muerto?

—No, no; nada tan terrible, pero sí bastante drástico.

Y mientras Leonor llamaba con la campanilla a una de las criadas para que sirviera un chocolate caliente al caballero, este comenzó a contarles que el Monitor, que había vuelto a criar alas, se había presentado en Santo Domingo, intentando entronizar el busto de yeso de Rosas.

—Pasaba la baranda del comulgatorio, supongo que para acomodarlo en el altar, cuando fray Francisco Bustamante le saltó desde un confesionario y los derribó al busto y a él. El busto se hizo trizas y el buen fraile pateó los pedazos a la calle luego de haberle propinado una tunda al sinvergüenza con el despabilador.

—¡Jesús! ¿Y no le dio un ataque? ¡Está muy viejo para esas iras! —cloqueó misia Francisquita.

—Que no; que se lo veía saludable cuando fui a verlo. Pizarro está pulsándolo y queriéndolo sangrar. No puedo contarte el susto que se dieron los religiosos. Iñaki lo secundaba; los otros querían atrincherarse, pensando que vendría la Mazorca.

—¿Y qué hizo el padre Iñaki?

—Tomó al Monitor del cuello y del fundillo y lo lanzó a la calle. Y fray Francisco lo cascoteó con los pedazos de yeso, mientras le gritaba: «¡Esto va por los vejigazos

que le dieron al padre Barzola en carnaval!».

—Hubiese querido verlo —se solazó misia Francisquita—. El padre Iñaki es un poco extremo, pero de mucho coraje.

—Bueno, pues, ¿en qué terminó lo del padre Bustamante? —preguntó doña Leonor.

—Aunque parezca mentira, en nada. El malandrín escapó a la carrera, cubriéndose la cabeza, y nadie se apersonó al convento a averiguar lo que había pasado.

—Ya ves, Ignacia, tu desgracia ha traído un vuelco en la situación de la ciudad —dijo su tía—. Si esto hubiese sucedido unos días antes de que te zarandeasen esas comadrejas, ni el padre Iñaki ni fray Francisco la hubieran sacado tan barata.

Don Teodomiro pidió cumplidamente una segunda tacita, siempre que alguien lo acompañara. Luego pasó a hablar de la preocupación que tenía por los malestares de doña Mercedes, y de la satisfacción que le producía José María, el hermano de Consuelo, a quien tan bien se le daba la vida de novicio. «Vale cada peso que pagué para su dote. Llegará a prior, ya veréis», era su tema desde hacía un año.

43. REENCUENTRO

«Las noches en que el patrón dejaba las casas y salía a dormir escondido con sus hombres entre las matas de pasto, la marcha precipitada arreando a pecho de caballo la hacienda que se intentaba salvar, la huida a media rienda, tropilla por delante...».

Dionisio Schoo Lastra, *La lanza rota*

LOS ALGARROBOS
TERCERO ARRIBA
PROVINCIA DE CÓRDOBA
FINALES DE INVIERNO DE 1841

Fernando había estado todo el día con Oroncio Videla y los Cepeda, rodeando las reses para la venta y ocultando otras, poniéndolas a resguardo de las requisas del ejército.

Todavía hacía un frío de helarse en el Tercero, y la casa estaba silenciosa, vaciada de presencias, poblada de fantasmas, de pedazos de su vida y de la de los suyos.

Endurecido, presionado por las complicadas circunstancias que debía enfrentar, sólo una idea, sorda, obtusa, visceral, le machacaba en la cabeza: averiguar quién era el instigador del crimen de su mujer, ya que los autores habían sido exterminados por sus peones cuando llegaron al rescate.

De a poco iba aceptando la pérdida de Calandria y abandonando sus recelos con Lienán, pero quería oír de su boca que no habían sido ranqueles renegados los que habían asaltado Los Algarrobos.

Cuando se acercó a la estancia, el cielo plomizo parecía anunciar la tormenta de Santa Rosa, pero un vientecillo insidioso y helado que sintió en los huesos le indicó que no iba a llover. Quería volver pronto a Córdoba a enfrentar de una vez por todas el proceso de confiscación.

Farrell estaba en Ascochinga y no les veía ni a Medina Aguirre ni a Cáceres asentaderas para venirse a caballo hasta el Tercero Arriba. Había dejado a Rosendo de guardián en casa de su tía, y Leandro o Pascual venían dos veces a la semana desde la ciudad, trayéndole noticias.

El campo, su tierra, le devolvían las fuerzas. «¿Qué carajo tengo que andar esperando, que si vienen o cuándo? Hace un año, aquel miserable de la oficina de Propiedades hubiera temblado al verme. Ahora he perdido un mes pensando en qué hará Quebracho, si arremeto o espero un pial. Prudencia, prudencia, me dicen los leguleyos. Me voy ya, y a lo que salga».

El atardecer le cayó encima como un ponchazo mientras se acercaba al tranco a la silueta oscura de la estancia. Había quedado de juntarse más tarde, en su casa, con dos de sus hombres. Se tiraría en el catre un rato, a rumiar el desquite. Hacía tiempo que dormía mal, creyendo escuchar voces, pasos, sollozos que cesaban en cuanto él

emergía sobresaltado de la duermevela.

Las pocas veces que lograba hundirse en el sueño, sentía que estaba en brazos de su mujer en un encuentro salvaje, tal como era ella, con sus caderas rotundas, sus senos duros, las largas piernas, su risa tierna o burlona, y sus dientes, que usaba para castigarlo cuando se enojaba o para incitarlo al juego amoroso.

Al despertar, quedaba sobre el catre —una de las pocas y espartanas comodidades que había en la casa— el cuerpo húmedo, la cabeza ida, respirando como si hubiera hecho el amor por horas. Agotado de rencor, de furia, el cuerpo retobándose en el deseo de la ausente.

Mientras enfilaba hacia los corrales, al trote vivo del zaino que regresaba a la querencia, divisó un parpadeo de luz dentro del último patio. Contuvo al animal con un chistido suave, y le palmeó el cogote para evitar que soltara un relincho de advertencia. En los corrales no había ningún caballo, pero en la casa había alguien.

Sacó suavemente la escopeta que llevaba calzada sobre la derecha del arzón del apero, y palpó en su lugar el cabo del cuchillo. Entró en el patio oscuro con los sentidos listos, las riendas cortas y los talones apretados. El resplandor venía de una fogata sobre la que se asaba un chivito al espetón y el olor a la carne asada le revolvió el hambre que traía. El otro perro de Calandria, el Negro, estaba echado en el lugar de siempre. Levantó la cabeza, movió la cola y se incorporó perezosamente, acercándose a recibirlo.

No se oía ni un ruido, ni una langosta verde, ni un grillo, corridos por el frío. El viento se había quedado fuera de las tapias.

Tenía que ser un conocido, se dijo, porque si no el perro no estaría tan tranquilo. Desmontó y se acercó al cuarto de los fogones, donde unas ascuas resplandecían con cada golpe de aire que entraba por la gran campana.

No había nadie. Apoyó con suavidad el arma en un rincón, y con la faca en la mano empujó sigilosamente la puerta de la próxima pieza, que estaba entreabierta. De reojo, en el piso de la galería, vio la luciérnaga roja, esquiva, el relumbrón de la brasa de un cigarro desparramándose en el suelo.

Ciñó con determinación el cabo del facón, listo para voltearse y parar de un puntazo el atropello, cuando detrás de él, pero no demasiado cerca, escuchó una voz hecha siseo:

—Chañarito, hermano...

¡Era Lienán!

Simulando un gesto de enojo, aunque bailándole en los ojos el contento, guardó el cuchillo y le contestó socarronamente:

—Te has tardado.

Sabía que Lienán sonreía por dentro también, aunque él no podía verlo en la oscuridad de la habitación, iluminada avaramente por el fuego.

—Carnié un chivito. Benito me dijo que ibas a caer con la noche...

Señaló una damajuana al pie del jazmín reseco.

—Del Vasco —se la alcanzó.

Fernando recibió la damajuana, la apoyó sobre el antebrazo y dejó caer un largo trago directamente a la garganta.

El perro los miraba atento, meneando apenas la cola.

—Me conoció... —dijo el ranquel, y Fernando creyó intuir el reclamo, como si hubiera supuesto que después de lo sucedido, ni los perros iban a querer aceptarlo.

Se hizo un silencio largo. Por fin, Fernando preguntó con calma, limpiándose los labios con el dorso de la mano:

—¿Ya sabés...?

Lienán asintió con la cabeza.

—Comamos —dijo—. Hace días que ando a charqui.

—¿Y tu flete?

—Lo encerré en el patio grande. Hay mucho cimarrón suelto. —Y agregó, extrañado—: Es raro que este no se haya ido.

Fernando murmuró:

—Se me hace que todavía la siente.

El ranquel, a quien los franciscanos habían cristianado cuando era chico, se santiguó furtivamente.

—¿Y el Bayo? —preguntó.

—Me siguió. Lo dejé allá. Cuero y huesos ha quedado.

Comieron en silencio, inmersos en ese algo sacramental que tiene compartir el asado al aire libre, entre hombres, bajo un cielo sin estrellas. Hambreados, se les hizo agua la boca al primer bocado.

No entraron a pesar del frío. Se arrebujaron en los ponchos, sentados en el suelo, sobre las caronas, las piernas cruzadas, los ojos fijos en la fogata a la que arrojaban un palo de vez en cuando. Junto a ellos, el perro trituraba encarnizadamente los huesos que le habían tirado.

No lo dijeron, pero ambos recordaron las noches compartidas en el desierto, con otros hombres de lanza, bajo la misma cruz de estrellas, alucinados por el fuego.

Así los encontraron los Cepeda. Se acercaron, saludaron parcamente y se retiraron a los galpones, respetuosos aunque desconfiando de aquel encuentro.

Con el primer cigarro, sin mirar al amigo a la cara, Fernando relató los hechos con firmeza, sin rodeos, tragándose el dolor y la rabia a fuerza de vino.

—Tengo que hallarlos, Lienán; tengo que saber quiénes son —remató la historia con un gesto terminante.

El ranquel, después de un largo silencio, dijo:

—No me entretuve al cuete, anduve averiguando; no eran de los nuestros, eran pampas del Azul. Se cortaron de un malón que desparramaron los milicos de Buenos Aires. Se iban para Chile. No sé entuavía quién es el cristiano que los conchabó.

Permanecieron en silencio por un largo rato, hasta que, medio adormecido de cansancio, de recuerdos, de alcohol y de carne, Fernando propuso, dando la última

chupada a su cigarro:

—Mejor dormimos.

Había sopesado las palabras del indio, y le creía.

Amaron los catres adentro con las pilchas del apero, retomando por momentos una conversación deshilvanada; el sueño los rindió antes de acabar la damajuana.

Fernando se sentía de nuevo el «Chañarito» de los ranqueles y, aliviado, sintió que su amigo le estaba poniendo el hombro para llegar al fondo de la verdad. Y cuando la descubriera, contaba con él y su gente, su brazo y su baquía para hacer lo que tuviera que hacer. Aunque no los veía ni los oía, sabía que sus lanceros rondaban cerca, y velaban por ellos.

En el galpón, Silverio se acomodó a dormir, a medias sentado contra el caballete de los arreos, apoyado en la lanza y el cuchillo al cinto, parando la oreja al menor sonido. Ni Benito ni él confiaban en la amistad con el «infiel».

Fernando durmió de un tirón por primera vez desde que llegara al Tercero. Al amanecer, cuando uno de los hijos de Silverio lo despertó con el mate, el indio ya no estaba. No lo había oído irse.

—¿Y Lienán?

—Se fue hasta el Puesto Encerrado; quería ver la cabeza —dijo el chico, aludiendo a la cabeza que mantenían en un barril de sal.

A media mañana apareció el Vasco a recibir las reses separadas. Ofreció pago en pesos, en armas y en vituallas.

Fernando discutió un poco, pero transó enseguida. Hervía por volver a la ciudad. Pascual había traído la noticia de lo que le había pasado a Ignacia.

Al amanecer del día siguiente, con la tormenta rezongando sin decidirse a soltar el agua, recibió el pago del Vasco, le encargó más balas y fusiles, y se largó con sus hombres para Córdoba.

Uno de los lanceros ranqueles los alcanzó al galope a media jornada de la estancia, rayando con el caballo a unas treinta varas de distancia:

—¡Lienán yendo después. Encontrando en El Pueblito! —gritó desde lejos. Saludó con la lanza y desapareció otra vez al galope, soltando un alarido, antes de que Fernando pudiera contestar.

44. LA PIEDRA DE SATURNO

«El ónix negro es la piedra de Saturno, y corresponde al signo de Capricornio. Hay que ser muy cuidadoso con esta gema, porque es extremadamente peligrosa. Produce reyertas, atrae conflictos, crea miedo y se mueve en un mundo de continuas pesadillas».

El libro de las gemas

CIUDAD DE CÓRDOBA
AGOSTO DE 1841

El domingo en que Ignacia y su familia, con sus criados, se presentaron a la misa de la Compañía de Jesús, el ejército federal todavía no había partido de Córdoba. Aquello fue casi una provocación a Oribe que, como todos los jefes federales, no andaba en buenos términos con los jesuitas, pues estos, a la hora de dar el oficio, se resistían a poner el retrato de doña Encarnación Ezcurra en el altar, o a entronizar el de Rosas. Tampoco habían conseguido que estos rompieran el secreto confesional, delatando unitarios, y mucho menos que, afianzados en el respeto y la admiración que les tenían los feligreses, usaran de él para tratar de convencer a los tibios de que apoyaran al Restaurador.

Aunque a muchos cristianos les costara creerlo, había algunos sacerdotes fanáticos que ensalzaban a Rosas, permitían barbaridades, instaban a los gobernantes a llevar a cabo matanzas, o prometían cometerlas ellos.

Oribe y Pacheco solían ir a la Merced, patrona del ejército, donde doña Leonor y su hija asistían por acompañar al padre Ferdinando.

Ambos generales, acostumbrados a que la misa a veces demoraba en comenzar unos pocos minutos, hasta que llegaban las señoras, se sorprendieron cuando el sacerdote comenzó con los latines. Ambos habían tenido la esperanza de encontrarse con ellas en el atrio, o en la plazoleta de la Merced, cuando acabara el oficio.

El joven prusiano, oficial de Pacheco, que solía cruzar aceros con Ignacia para entretenerla, llegó retrasado y murmuró al oído de este:

—Están en la Compañía. La señorita fue sin mantilla hasta el templo.

Oribe, que alcanzó a oírlo, palideció y, con el gesto reflejo que lo distinguía, se acicaló el bigote con el dedo enguantado.

Hasta entonces, las mujeres vejadas con el moño y la brea solían aparecer luego de un tiempo con mantilla y velo sobre el rostro. El valor de la joven, de ir por la calle en cabeza, con el pelo tan corto como un tribuno romano, fue compensado, a la salida, por la gente que se acercó a saludarla, a preguntar por su salud, a prometer visitas, a pesar de que ninguna de las Osorio llevaba algo colorado encima. Hubo otros, en cambio —y misia Francisquita tomó nota de ellos—, que se escabulleron por temor a acercárseles y ser tachados de unitarios.

Para evitarles males, habían ordenado a las criadas que se pusieran sus moños de tafetán punzó.

Consuelo no fue; se quedó atendiendo a doña Mercedes, y sus hermanas y las señoritas Núñez del Prado prefirieron acompañarla, temerosas de lo que pudiera pasar a la salida de misa a causa de aquellas rebeldes.

—Francisca no era antes así... —murmuró Julita mientras tomaba su chocolate, después del servicio que el padre Iñaki ofició, en la pieza de la enferma, para que no quedaran sin el sacramento.

—A pesar de que es más chica, Leonorcita siempre la llevó a hacer cosas... —comenzó Sagrario, pero doña Mercedes la silenció con impaciencia.

El día anterior habían sido llamados de urgencia el doctor Pizarro y el doctor Gordon, y Consuelo los vio susurrar, al salir del dormitorio de la señora, con cara de preocupación. No se atrevió a preguntarles nada, pero se tranquilizó pensando que el comandante había anunciado su regreso. Seguramente traería noticias de Marcos; Serafín ya le había comentado que su prometido mejoraba.

Ese mismo domingo, Toribio de Aveira y Guzmán se acicaló como nunca. Victorina, que pasaba y repasaba por el corredor, alcanzó a verlo frente al espejo, acomodándose el pelo para tapar la cicatriz horrorosa de la oreja mutilada. Luego, de refilón, vio que sacaba cosas de un arcón que nunca dejaba sin llave. Retiró primero unas cartas y unas carpetas viejas, algo de ropa y, finalmente, un morral de cuero que parecía pesado. Lo llevó sobre la cómoda y de él sacó un bulto cubierto por un pañuelo colorado. Con cuidado desenvolvió la seda y la negra vio una caja de plata que, por lo que le pareció, contenía algo valioso. En puntas de pie fue por la pieza del lado, que estaba a oscuras, y por la puerta clausurada que la unía al dormitorio de Aveira buscó una rendija y lo observó. ¡Eran joyas, monedas de oro y plata! Vio anillos, prendedores, collares, pulseras, rosarios de piedras preciosas o misterios de oro. De entre todas, el hombre eligió un alfiler de corbata, de oro, con un corazón de ónix negro, llamativamente grande. Aveira fue hasta el espejo, se acomodó el lazo que usaba al cuello y lo sujetó con el alfiler, mirándose de costado. Conforme con lo que veía se volvió, y dejó las cosas como las encontrara, después de cerrar todo y acomodar las llaves en los bolsillos del chaleco, sujetas a su reloj de cadena. Tomó el sombrero y, vestido como nunca lo viera, salió dejando al perro con ella y llevando el bastón de puño de plata.

—¿Le arrastrará el ala a una viuda? —se preguntó la negra.

Luego que Aveira dejara la casa, entreabrió la puerta de la huerta y colgó sobre ella un trapo blanco. Minutos después, Eduardito Páez, que era sobrino de los antiguos patrones de Victorina, entraba por allí, como habían convenido.

La mujer lo guio hasta el despacho de don Toribio, ajustó bien los postigos, le trajo una vela y lo dejó solo.

Eduardito buscó rápidamente entre las carpetas y hojas sueltas, y descubrió lo que buscaba: la orden de expropiación de Los Algarrobos. El informe estaba firmado nada menos que por Pedro de Niz, íntimo de Quebracho, que integraba la comisión encargada de clasificar los bienes de supuestos unitarios. ¿Era de esperar que el padrino de Fernando lo ignorara?

—Cáceres tenía razón. Me parece que Quebracho lo va a entregar atado al Payo.

No parecía creíble, pero eso sugería el informe.

Por suerte, Fernando había mandado aviso de que volvía a la ciudad.

Dejó todo como estaba y se retiró de la casa después de tomarse unos mates cebados por Victorina, acompañado de unos fritos que estaba sacando de la paila. Cuando él preguntó por sus tíos, la negra le dijo que continuaban encerrados en el convento de San Francisco, acogidos a terreno sagrado.

Toribio de Aveira y Guzmán estaba justo detrás de Oribe cuando oyó al joven oficial de Pacheco susurrarle lo de las Osorio.

Él también palideció, pues el plan que había maquinado para encontrarse con ellas se le desbarataba. Con la frente húmeda y las manos sudorosas, dejó el templo de la Merced. Pensamientos vengativos y recuerdos atroces le dieron un caminar errático y nervioso. Aquel iba a ser su día, y de pronto lo imponderable se presentaba y todo parecía escurrírsele entre los dedos. La venganza contra los Osorio se le había convertido en una necesidad urgente, indomitable, que lo llevaba a desobedecer las órdenes de Quebracho, que le había escrito —tenía las cartas bien guardadas en su casa, porque no confiaba en Páez— diciéndole que parara la expropiación sobre los bienes de su ahijado y, en una carta posterior, urgiéndolo a que lo pusiera al tanto de lo que ocurría con aquello, pues no le había contestado.

¡Detener las cosas! No le importaba qué pasaría después, si Quebracho le demandaría algún pésame sobre sus acciones, si lo echaba o si se atrevía a encarcelarlo, cosa que dudaba. Él debía cobrarse aquellas viejas deudas, porque vaya que tenía una letanía de injurias para exponer, y que venían de lejos. La oreja que le faltaba no era la menor de ellas, pero nada se comparaba con la primera, la traición de una mujer, y el primer asesinato, mucho antes de que Fernando inmolará a su sobrino: la muerte alevosa de su primo a manos de Carlos Osorio.

Se detuvo frente a la Compañía, pero no entró; se quedó un rato parado, luego se sentó en un banco que había en la plazoleta de la iglesia, bajo un árbol enorme y frondoso, a esperar que salieran los concurrentes. Vio a la joven que se descubría la cabeza ante todos una vez que pasara al atrio, sin vergüenza por el pelo corto; vio cómo la gente se acercaba a saludarlos, y memorizó sus apellidos para ponerlos en las listas de posibles enemigos de Quebracho. Con las manos unidas sobre el pomo del bastón, que era un rostro de gárgola, el de él, que lo imitaba, quedó impertérrito.

Entonces, sintió el peso de una mirada clavada en él; se volvió apenas. Era

Leonor. Le retuvo la mirada, pero ella no pareció impresionarse al verlo, y aquello lo enfureció. Si nunca había podido amarlo, al menos quería que le temiera. «Y si no me temes, haré que me odies», se juró.

Leonor se inclinó sobre su hermana y le susurró algo. Francisca se volvió y lo miró con una expresión tan desdeñosa que, a pesar de los años que hacía que se tenían rencor, Aveira se sintió traspasado por el resentimiento.

Cumplido en parte su plan, se puso de pie y enfiló para su casa.

Apenas si alcanzó a dejar el bastón, sacarse el sombrero y quitarse la chaqueta, recibir un gran vaso de agua de manos de Victorina, después de pedirlo, cuando tocaron a la puerta.

Segundos después, la negra volvió seguida de dos mujeres.

—No quisieron esperar —aclaró al abrir la puerta del despacho y darles paso: eran Leonor y su hija.

Aveira tuvo que apoyarse con los puños en el escritorio para que no se vieran temblar sus manos.

El golpe con que Victorina cerró la puerta resonó en la casa y, una vez solos, Leonor se echó la mantilla sobre los hombros y con un ademán, que le devolvía a la jovencita que él pretendiera en su juventud, se quitó los mitones de encaje y se arregló el cabello.

—¿Podremos sentarnos? —preguntó con una sonrisa teñida de suave ironía.

—Por supuesto —dijo él, señalándoles las dos sillas que había del otro lado del tablero. Una vez acomodadas, y después que él se sentara con cierta torpeza, Leonor le dijo:

—Como estás tan enterado de nuestras vidas, seguramente ya sabes que Ignacia es mi hija.

—No sé nada de vuestras vidas, ni me interesan —descartó él, volviendo la cabeza y mirando a un costado. Entrelazó los dedos con fuerza, pues el temblor persistía.

—¿Y a qué se debe que hoy te has puesto el alfiler que le regalé a Ramoncito hace años?

Él enrojeció y, sin poder contenerse, dijo con una sonrisa feroz:

—El que llevaba puesto cuando tu hermano, su mejor amigo, lo mató a sangre fría, te faltó decir.

Se dio cuenta de que la joven no sabía nada, porque se volvió a mirar a su madre.

—Puedes estar contento; mi hija, como ves, no sabía nada —señaló ella cerrando con un golpe el abanico—. Pero hay algo que siempre quise decirte y creo que es el momento de hacerlo.

Apoyando el codo en el brazo del sillón, doña Leonor se sostuvo la cabeza con dos dedos.

—Mírala; es una hermosa joven. Se parece mucho a mí, ¿verdad? Y pudo haber sido tu hija. Porque, Toribio, nosotros pudimos casarnos y haber vivido en paz —y

volviéndose a Ignacia, le advirtió—: No creas que este hombre era lo que ves ahora. No era buen mozo, es cierto, pero era muy inteligente. Por desgracia, Toribio —continuó, clavándole la mirada—, un día se te ocurrió llevar a Ramón a casa.

Bajó el rostro y, acariciando las piedras de su rosario, continuó.

—Ni él ni yo quisimos enamorarnos, ni traer tanto daño a nuestras familias. Pero si miramos las cosas como fueron, nosotros hemos tenido más pérdidas que tú, y eso me lo adeudas: por tus calumnias mi hermano mató a tu primo, su mejor amigo; por ese crimen yo perdí al hombre que amaba, además de ser maldecida por Carlos y perder su cariño. Murió sin que volviera a verlo después del duelo. Soporté encierro y amenazas, tuve que huir para que no me casaran con un infeliz lleno de taras, mi nombre quedó marcado para siempre y adopté una vida que no era la que me hubiese tocado... si tú no hubieras metido tu cizaña. Más de una vez me sentí desesperada. Más de una vez pensé en regresar a Córdoba y no lo hice temiendo encontrarme contigo. ¡Y hete aquí que llegamos a la ciudad como convocados por el destino, casi al mismo tiempo! ¿Significará eso algo en la trama de nuestras vidas, como dice Francisca?

En el silencio que se hizo, él tomó un sorbo de agua y luego aclaró:

—Sí, Leonor; que soy tu Némesis.

—No, Toribio —dijo Leonor con suavidad, moviendo la cabeza—. Por eso he venido a verte. Hace unos días, mientras los procuradores me decían lo que estás tramando con nuestras propiedades, me di cuenta de que nosotros somos tu Némesis. Te despojamos de tu futuro por el rencor que nos tienes, de las mujeres que pudieron amarte, de la vida que debiste disfrutar. Matamos a un miembro de tu familia...

—A dos —la interrumpió él—. ¡Ese Payo de ustedes, ese unitario disfrazado de federal, mató a mi sobrino, que era como un hijo para mí! ¡Yo quería a ese muchacho!

—Ya veo. Por eso esta revancha contra él...

—Contra todos ustedes. Sin los campos, no son nadie, no tendrán con qué comer, de qué vivir. Serán apenas un montón de mujeres inútiles sin un solo hombre que las proteja...

—¡Mi primo no se va a quedar mirando cómo le quita lo suyo! —intervino Ignacia con énfasis.

—¿Detecto un especial interés por el Payo? Desengáñese, jovencita. Ese sólo disfruta con la carne negra...

Ignacia se incorporó en el sillón, pero su madre la serenó con dos palmadas en la muñeca. Aveira, feliz de haber sacado a la joven de las casillas, continuó con una sonrisa desagradable:

—El Payo no es nadie sin la negra manceba. Aquí están los papeles de la confiscación... —Estiró la mano para tomarlos, pero Ignacia, con un movimiento imprevisto, vivaz, adelantó la suya, que sostenía un estilete largo, de mango de plata trabajado, cuya punta se clavó en el documento. ¿En qué momento lo había tomado,

dónde lo llevaba? Aveira alcanzó a retirar los dedos a tiempo, sin estar seguro de si la intención de ella era lastimarlo o sólo impedirle alcanzar las hojas.

—Tómelas, mamá. Fíjese qué dicen.

Doña Leonor, con un suspiro, las sostuvo delante de los ojos mientras sacaba los impertinentes.

—Efectivamente, es la orden de confiscación.

—Nos la llevaremos —dijo Ignacia, y cuando él iba a amenazarlas, doña Leonor puso la mano sobre el brazo de la joven.

—No, deja. Fernando mismo vendrá a buscarlas.

Se puso de pie, y después de mirarlo como si le diera lástima, agregó:

—Me han dicho que Carlos, cuando te cortó la oreja, la hizo secar en sal. Todavía anda por ahí, en un frasco. ¿Quieres que te la devuelva?

Y sabiendo que lo había herido más profundamente que con un acero, se dirigió a la puerta, seguida por Ignacia.

Iban a salir cuando él, barbotando palabras a las que Leonor no prestó atención, se les adelantó y les cortó el paso.

—¿Es verdad lo que dijiste?

—¿Sobre qué? —preguntó ella, sin inmutarse.

—Sobre lo de que podrías haberme amado... que ella podría haber sido mi hija...

—Sí; pudo haber sido.

Él, descompuesto, se hizo a un lado para dejarla pasar. Ya estaban en el zaguán cuando, con una especie de graznido, llamó a Leonor.

—¿Qué dijiste?

—Toma.

Tenía el puño cerrado. Tomó la mano de ella, la puso con la palma hacia arriba y dejó en ella el alfiler de ónix negro. Luego, atolondrado, entró a su despacho y se encerró.

Cuando ya estaban en la casa, esperando a Francisca que se uniría a ellas a la hora del almuerzo, doña Leonor dijo a Ignacia, que había liberado al halcón y lo dejaba beber en la fuente:

—¿Sabes lo que me dijo un día tu padre, querida?

—Algo interesante, supongo —dijo ella, que todavía estaba digiriendo la historia cuya puerta había abierto aquel hombre detestable.

—El ónix negro es mala piedra. Sólo trae buena suerte a los nacidos en Capricornio. Toribio no debió dármela nunca. Él es nacido en enero. Creo que no me la quedaré.

—¿Y qué hará con ella, entonces? Pertenece al hombre que usted amaba.

—La enterraré cerca de su tumba. Panchita sabrá dónde está.

Después de un silencio, Ignacia preguntó:

—¿Le dijo de corazón que... que usted podría haberse casado con él?

Su madre, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, formó una sonrisa

ambigua.

—Sí, con la sinceridad de un corazón... de un corazón de ónix negro.

En el momento que las criadas abrían la puerta a misia Francisquita y a Consuelo, la joven vio cómo su madre abría la mano, contemplaba aquella piedra extraña, y la clavaba en la tierra de un macetón que tenía al lado.

45. LA ESTOCADA MAESTRA

«La estocada de los doscientos escudos se inicia con lo que llamamos tiempo marcado. Un falso ataque presentando al adversario una apertura en cuarta, para incitarlo a tirar en esa posición. En esgrima, lo simple es inspiración. Lo complejo es técnica».

Arturo Pérez Reverte, *El maestro de esgrima*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE AGOSTO DE 1841

Cuando Fernando llegó a Córdoba, pasó primero por El Pueblito; avisó que llegaría Lienán con algunos lanceros, y dejó unos cuantos de sus hombres. Abandonó el barrio con el resto, que harían noche en lo de su tía. Una vez que pisaron el empedrado, se separaron y cada cual siguió un camino distinto para llegar a lo de misia Francisquita.

Al primero que vio fue a Rosendo. Después de despacharse a dos de los defensores de las cuarteleras, lo habían encarcelado hasta que alguien lo liberó esa misma mañana, él no sabía cómo ni por qué, pero el indio Ventura y Medina Aguirre —que era el oficial escribiente del Cabildo— tenían algo que ver.

—... y como los muertos no reclaman... —fue el colofón del relato, pues ya se sabía que no había incordio mayor que un ofendido que clamaba justicia.

De allí pasó a los patios, a saludar a su tía, y mientras le servían algo de comer, la señora le contó todo, y alabó la entereza de la joven.

—No es la misma que conociste. Algo se quebró en ella, pero algo más fuerte salió de eso. Leonor se la quiso llevar de vuelta a España, pero Ignacia no quiso ni considerarlo. Ahora se siente una de nosotros, no esa marisabidilla que nos miraba desde arriba, arqueando una ceja, mientras salía a pasear con los verdugos y tocaba el piano para ellos.

—Mucho cambio —murmuró él con la boca llena. Le agradaba aquello, era como haberle ganado una batalla a Oribe.

Después de lavarse y cambiarse de ropa, salió con la intención de verla.

Iba llegando a la casa de Ignacia, a pie, cuando desde lejos vio a dos hombres de escolta, con pañuelos blancos. Eran uruguayos. Maldiciendo, saltó la tapia por el fondo. En el establo, vio una yegua hermosa, doradilla, y se preguntó si la habría comprado o se la habría regalado uno de los jefes federales, pero cuando se acercó a verle la marca, se dio cuenta de que era de Farrell. Le palmeó el cogote, pensando que le gustaba más la yegua que el halcón, y se acercó a la casa; escuchó las voces que venían del primer patio y se guareció al reparo de los frutales para ver qué sucedía. Eran Ignacia y Oribe, conversando en la galería.

La joven estaba sentada en un sillón de esterilla, echada hacia atrás. Su pelo corto

le chocó primero, pero luego le pareció que realzaba su perfil hermoso, femenino pero lleno de carácter.

Oribe estaba sentado frente a ella, no demasiado cerca. Le hablaba con gestos medidos, la mirada fija del varón que quiere obtener algo de una mujer: un beso, una sonrisa, su perdón.

No se veía a nadie más, y un silencio extraño embargaba los patios. Una de las criadas volvía del galpón, arreglándose el cabello, y Fernando alcanzó a llevarse un dedo a los labios, pidiéndole silencio. La chica lo reconoció y él retrocedió, preguntándole en un susurro:

—¿Quién más está en la casa?

—Naidés, mozo; la señora y la gringa se fueron a ver a doña Mecha, que está malucha. Clotilde se fue a llevarle comida a un hermano, que está acogido en el hospital. Las chicas juegan a los naipes en la pieza de los arreos.

—¿A qué ha venido el general?

—Llegó pidiendo por la señora. Cuando le dije que no estaba, me rempujó y entró como Pedro por su casa. La niña tuvo que bajar.

—Que no se entere de que estoy.

Se asomó de nuevo, a observar la galería; Ignacia, indiferente al hombre que tenía delante, jugaba con un cordel entre los dedos, formando complicados dibujos.

La conversación se alargaba, así que Fernando se armó de paciencia pampa, sin prestar atención a nada que no fueran aquellas dos figuras. Una brisa helada le erizó la nuca y le produjo un estremecimiento.

Vio a Ignacia levantar la mano y pasársela por el pelo y cuando iba a bajarla, Oribe se la tomó con suavidad. Fernando se enfureció, aunque no había en la escena nada violento. Ignacia hizo un gesto mínimo, como de compromiso, de retirarla; el general la retuvo, pero como dejando en la joven la decisión de liberarse.

—Si la besa, lo despanzurro —pensó, furioso; que Rosas le soltara los sicarios, que él se largaría a Chile.

¿Cómo podía aguantarlo, luego de que la propia gente de ese hombre la hubiera injuriado y humillado?, se molestó.

Ella pareció reaccionar. Hizo hacia atrás el sillón, le retiró la mano con un ademán decidido, pero sin brusquedad, y se puso de pie, obligándolo a él a imitarla. Colocando las manos a su espalda, se apoyó en la pared, quizá para que él no volviera a tomárselas. También dijo algo que hizo que Oribe enderezara el cuerpo y se llevara una mano a la cintura estrecha, fajada en seda, adelantando la pierna. Parecía ofendido.

El viento se detuvo. Se oyó en la calle la voz de un sereno cantando el nublado y pidiendo a Santa Rosa que mandara lluvia.

Oribe sacó una cigarrera, y antes de tomar un cigarro, la ofreció a la joven, que negó con la cabeza.

El gesto sacó de quicio a Fernando, pues evidenciaba un grado de intimidad

inadmisible. El patio seguía desierto, la luz menguaba y las chicas trataban de evitar que Casildo, el morenito de la señora, y la criada andaluza que se había quedado con ellas, fueran a encender los faroles.

De pronto, alguien golpeó en los postigos de la sala, discretamente, y Oribe, que acababa de encender su cigarro, se volvió y dijo en voz alta: «¡Un momento!».

Fernando, por aguarle las cosas al uruguayo, lo mandó a Casildo, con la andaluza, a encender las luces de la galería: la suerte del general se había acabado. Oribe miró hacia ambos lados, y ante la inmovilidad de Ignacia y las llamas que parpadeaban, tiró el cigarrillo, lo aplastó con la punta de la bota, tomó el tricornio y sosteniéndolo con la derecha, el brazo pegado a la tira del pantalón, hizo el último intento de conseguir algo de ella, sin lograrlo.

Una especie de niebla avanzaba desde el río. El uruguayo dejó la casa, el negrito Casildo cerró la puerta suavemente y terminaron de encender todas las luces. Ignacia quedó sola de nuevo. Fernando la vio sentarse, estirar las piernas, cruzar los tobillos y levantarse el vestido casi hasta las rodillas, mostrando unas piernas lindas, sensuales en las finas medias negras.

Se acercó a ella malhumorado, pisando fuerte, apareciendo desde la niebla que jugaba a las escondidas sobre la fuente del patio, entre el aljibe y los poyos.

—¿Conciliando con el enemigo? —preguntó, apoyándose en uno de los pilares. Ella se volvió a mirarlo. Igual que con Oribe, permaneció muda, pero se bajó las faldas con un gesto displicente.

—¿Esperas a algún enamorado?

—No tengo enamorado —repuso ella y le sostuvo la mirada—. ¿Qué haces acá? Creí que andabas en el campo, llorando tus penas.

Le chocó la alusión, pero notó en su tono medido que la dominaba algún sentimiento fuerte: ¿desencanto, ira, exasperación?

—¿Qué tanto te interesa mi vida, o lo que hago? —le preguntó, molesto. Había salido de Los Algarrobos matando caballos, lleno de furia y deseos de venganza por lo que le habían hecho y ahora se encontraba juntando rabia contra ella. Ella y sus devaneos con los orientales.

—El que se inmiscuye en mi vida eres tú —le retrucó ella—. ¿Crees que no te vi espíandome, agazapado entre las plantas?

Fernando arrimó con el pie el asiento donde se sentara Oribe y se tiró sobre él. Sacó un cigarro y lo encendió con el chispero.

—Así que fumas —le echó en cara—. Toma, prueba de estos. No son tabaco de Virginia, son de traslasierra. Tabaco nuestro, no de gringos.

—No tengo ganas de fumar.

—Pero fumabas con tu «tío», ¿verdad? Si no, no te hubiera ofrecido esa petaquita de maricón.

—A veces le acepté uno, cuando mamá no veía —le restó importancia ella—. Finalmente, ¿a qué has venido?

—A verte. Por lo que te hicieron. Creí que te habrías dado cuenta de la clase de gente que son tus amigos.

En ese momento, sintieron que alguien llegaba a la puerta de calle.

—Es mamá —dijo Ignacia y a Fernando le pareció que, más que tranquilizarse con su presencia, se sentía desilusionada por la interrupción.

Sin dudar, enterró la colilla en una maceta, se puso de pie, la tomó de la mano y la arrastró por la escalera hasta la pieza del altillo que solía usar Sebastián, su hermano, para encerrarse a pintar.

El lugar, a la claridad que entraba por la claraboya que aquel había hecho construir, se veía lleno de trastos. Ignacia lo había seguido tironeando de su mano de vez en cuando, pero sin hacer mucho esfuerzo por librarse. Una o dos veces tropezó en los escalones que subían hasta el techo, y él la levantó a pulso.

Arriba, el viento arañaba los vidrios sucios con las ramas del jacarandá. Por la única ventana, que tenía un vidrio roto, las luces de El Pueblito se encendían, vacilaban como si fueran a apagarse, y luego resistían como por milagro. La brisa de la noche que entraba por los huecos de la puerta tenía voz de llorona. Hasta ellos sólo llegaba el atenuado murmullo de la ciudad, como si fuera un ente vivo que contenía la respiración para oír el paso de la tropa.

La voz del sereno sonaba ahora hacia el hospital San Roque, y le respondió una campana que daba la hora canónica. El olor a polvo los envolvía y parecía pegárseles a las manos.

Fernando arrasó con los cacharros que había sobre el poyo, y la obligó a sentarse. Sacó otro cigarro, que le costó encender.

Ignacia, a su lado, miraba a la luz de la llama con que ardía la chala y la hebra gruesa del tabaco, el rostro curtido, la barba tan rubia, la línea fuerte de su mandíbula, el cuello de toro. Se puso de pie y él, todavía con el chispero en la mano, plantó la bota en la puerta, temiendo que escapara escaleras abajo.

Pero no era esa la intención de la joven, que fue hasta la ventana y la abrió. Luego se volvió y cruzó los brazos alrededor del cuerpo, como si quisiera protegerse de algo.

—Dame tu cigarro —cambió Ignacia de parecer, tomándolo de sorpresa—. Si lo soporto, fumaré de tu patriótico tabaco —determinó con ironía.

Él aspiró, avivando la brasa, y se lo entregó. Sus dedos se rozaron.

—¿Tan mal piensas de mí? —preguntó ella, echando el humo hacia el techo—. ¿Te he dado motivos, o todo es porque crío un halcón, manejo el florete y la pistola y a veces monto a lo varón? Pues confesaré, entonces; Pacheco me atrae. Hay algo en estos porteños educados, cultos y sanguinarios que atrae a las mujeres. Quizá sea el refinamiento y la barbarie en un mismo hombre. No estoy segura de qué hubiera sucedido si él persistía. Pero nunca pasó de algunas atenciones. No siguió con el juego porque soy la sobrina de Oribe, o porque cree que Manuel me pretende. Lo que dice mucho sobre don Ángel: que tenía muy presente que está bajo las órdenes de

Manuel, que tenía que recorrer todavía mucho país con él, y dar luego cuentas a Rosas.

—Seguramente a Pacheco le encantaría oírte hablar así de él, como un subalterno.

—Estaba más que molesto con Rosas por haberlo obligado a ponerse bajo las órdenes de un oriental, lo noté y a veces se lo oí decir, cuando creía que yo no escuchaba. Es hábil; cuida de sus intereses. Se las ingenia, hasta hoy, para que la gente crea que es sólo Oribe, y no él también, el que dispone las muertes.

Ella le devolvió el cigarro y Fernando, al llevárselo a la boca, pensó que había algo provocativo en aquella intimidad de la chala rústica, húmeda por los labios del otro.

—No debiera decirte ni una palabra de esto; suena a descargo. No tengo por qué darte explicaciones ni defender mi posición en esta guerra. Es una estupidez...

Ignacia se acodó en la ventana, mirándolo sin que él pudiera verle los ojos.

—En realidad —dijo, restregándose el anular con el pulgar, como si llevara un anillo— no puedo recordar muchos momentos de mi vida en que no haya hecho algo estúpido.

En aquel instante, entre las nubes, se abrió paso la luna y la iluminó desde la espalda, dejándole el rostro en sombras y poniendo en evidencia el rostro de él.

—No sé por qué, pero siento que nos parecemos, Payo. ¿No deberías andar descabezando gigantes, y no perdido entre papeles, con esos leguleyos de aldea?

—A eso he venido, a descabezar intrusos —replicó él, molesto por el desdén de ella—. Pero antes de encargarme de mis molinos, me gustaría saber cómo te sientes, después de haber sido humillada por la gentuza de tu... tu «tío». ¿Te gusta llevar el pelo así?

Una furia súbita le hizo perder las riendas a Ignacia. Sin medir las consecuencias, le cruzó la cara con una cachetada, pero él, sonriendo, otra vez seguro de sí mismo, le tomó las manos, las apretó en un solo puño y la empujó contra la pared. La cabeza de ella golpeó con un sonido acolchado en un viejo capote que colgaba del muro, amortiguado por la tela.

—¿La soltería te tiene a mal traer? —preguntó él mordazmente, empujándola de nuevo contra la prenda.

—Si dices soltería por decir virginidad, hace rato la perdí —se ufanó ella—. En este momento, es mi menor problema.

—¿Y cuál es tu mayor problema? —insistió él, apartándose un poco aunque sin soltarle las manos.

Ella lo miró a los ojos, dudando en hablar. La esgrimista que había en ella quería sangre, aunque fuera metafóricamente. Forcejeó para soltarse, pero él mantuvo firme la presión de su mano. Algo cambió en esos ojos que a veces se veían de un dorado oscuro. Una lenta sonrisa afloró a la boca de Ignacia, como si saboreara una sorpresa. La estocada maestra estaba lista; deseaba dársela desde que el viejo aquel le dijera que sólo las negras podían tentarlo.

—Mi mayor problema, primo, es que soy casada, que dejé plantado a mi marido, y me traje su halcón preferido. Si no viene por mí, uno de estos días aparecerá a buscar a Zegrí.

Fernando quedó sin habla. Su mano aflojó la presión y, soltándola, se apartó de ella.

—No me digas que nunca has tenido amores con una casada —se burló ella, volviendo a sacarle ventaja. Lo miraba sonriendo, las manos detrás del cuerpo, balanceándose levemente hacia atrás y hacia adelante, como ensayando un paso de danza.

Fernando no pudo contestar porque en aquel momento, desde el patio, llegó la voz de doña Leonor llamando a Ignacia.

La joven se asomó a la escalera y respondió:

—¡Ya bajo, mamá!

Volvió a entrar al cuartucho, tomó a Fernando de las solapas y, poniéndose en punta de pie, lo besó en la boca. No fue un beso alocado, ni amistoso. Fue el beso de una mujer ardiente, que parecía haber esperado por él años. Se apartó un poco, y contenta de haberlo dejado desconcertado, se colgó de su cuello y volvió a besarlo. Cuando él quiso tomarla de la cintura, la voz de su tía volvió a inquirir:

—¿Está el Payo contigo?

—¡Ahora bajamos! —repuso él, componiendo la voz para que sonara natural. Ella se escabulló de sus brazos y bajó la escalera a los saltos, como si una revelación le diera alas y la vista de los animales que merodean en la oscuridad.

Tratando de no atropellarla, él murmuró detrás de ella, reteniéndola del cinturón:

—Si llego a encontrarte a solas, más vale que te cuides...

Y ella le respondió con una risa de garganta, discreta, mientras acortaba el paso por la galería de los dormitorios, donde su madre podía verlos desde el patio:

—¿Acaso parece que quiero cuidarme?

—¿Dónde estaban? —preguntó doña Leonor, cuando llegaron al patio.

—La llevé a la terraza. Ignacia quería ver si viene tormenta.

—¿Y viene? —preguntó la señora con un acento indefinible.

—Me parece que sí —respondió la joven.

—¿Nos acompañas a cenar, Payo?

—Tengo que encontrarme con Cáceres, tía.

—No darás con él. Estaba muy apoltronado visitando a Saturnina Rodríguez, la sobrina de las señoras del Signo. Hay un militar del gobierno de Quebracho que no deja de acecharla. La tienen encerrada a la pobre. Ni al templo puede ir en paz.

—Entonces, intentaré ver a Medina Aguirre.

—No andarás mirando a su linda hermana, la que ha venido de Santiago del Estero.

—Ni la conozco, tía —se defendió él y, saludando a ambas, dejó la casa con el corazón todavía saltándole en el pecho y maldiciendo no sabía si a su tía, a Ignacia o

a él mismo.

46. VÍSPERAS DE SANGRE

«En aquellos días aciagos, todas las iglesias y conventos, así de frailes como de monjas, estuvieron por mucho tiempo llenos de gente, sin salir de ellos día y noche, que en el convento de San Francisco se agolpó tanta gente, que los P. P. retirándose a lo más apartado de él, cedieron sus celdas y toda la clausura a una multitud de personas de uno y otro sexo. Por las calles no se encontraba alma ni a la mitad del día».

P. Joaquín Gracia, *Los jesuitas en Córdoba*. Relación del Superior de la Compañía, P. José Fondá S. J., en 1841

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE AGOSTO DE 1841

Fernando encontró a Lienán en El Pueblito, con sus lanceros en pie de guerra. Sin palabras, ambos se apartaron hacia el río y se sentaron a conversar sobre las grandes raíces de un sauce.

—Cuando vi la cabeza, me acordé —dijo Lienán sin muchas vueltas—. El renegado estaba liado a un puntano que se quedaba con cosas de la gente, tierra, minas, plata; vos le mataste un sobrino.

El Payo alzó la cabeza y lo miró sorprendido.

—Íbamos a los Llanos, a juntarnos al Chacho, hace mucho; cruzamos San Luis. Dende una terraza, uno nos tiró y mató al hijo de Lincopay. ¿Ahora te acordás? Vos le devolviste el tiro; murió el huinca. Era sobrino, como hijo del pilón —se tocó la oreja derecha—, dicen que tu padre se la cortó. De ahí viene la rabia.

Fernando recordó vagamente haber oído de chico lo de la oreja, y no haber prestado atención, pero con seguridad tía Francisca lo sabría.

—¿Cómo se llama el hombre?

—Aviera.

—¿No será Aveira?

—Capaz.

Puesto así, todo era comprensible, pero antes debía averiguar un par de cosas. Palmeó el hombro del ranquel, se puso de pie sacudiéndose el pantalón, y le dijo:

—Esperame acá. Voy a ver qué hacen Oribe y Pacheco, si ya se están yendo, como dicen por ahí.

Montó a Galano y bajó al galope, costeando el río hasta caer por detrás de la casa de su tía. Entró por el portón de mulas y, dejando el animal en manos de Leandro, atravesó los patios y entró en la sala chica. Sin saludarla, desde el vano de la puerta le soltó:

—¿Por qué no me dijo usted quién era Aveira?

Misia Francisquita lo miró con la calma de quien no piensa desdecirse. Cerró el libro de devociones que estaba leyendo y dejó la vara con la manito de marfil con que

solía rascarse la espalda.

—Es una vieja historia que no te concierne. Además, conozco bien tus arrebatos y no quería que hicieras algo que te desgraciara. ¿Qué sería de nosotras sin ti? Tu cuñado, el marido de Inés, siempre decía que las mujeres prefieren los hombres vivos a los héroes muertos. Y es la pura verdad.

—¿Sabe que ese Aveira es quien nos quiere quitar Los Algarrobos?

La sorpresa de su tía fue auténtica; evidentemente, lo ignoraba.

—Pero ¿no era que un santafesino...? ¡Dios mío, debí darme cuenta! —Y fuera de sí, apretó los puños, enrojeciendo—. ¿Por qué nadie me dice nada? ¡Seguro que Leonor lo sabía! ¡Con razón andaba con el chico de Cáceres y el otro, el que trabaja en el Cabildo!

—No habrán querido que usted se preocupara —intentó calmarla—. El que le tiene que pedir ahora explicaciones a tía Leonor soy yo... no entiendo...

La señora, apretándose los párpados con el índice y el pulgar, tanteó en el aire hasta tomarlo de la muñeca.

—Payo, tengo que contarte algo. Mejor cierras la puerta.

Media hora más tarde, después de haber escuchado la historia de su tía, comprendió todo. Supo por qué Aveira le había mandado al renegado y a los pampas, y por qué la ofensa, y por qué quería quitarle Los Algarrobos.

También supo lo que tenía que hacer, pero antes se encerró en el despacho que fuera del padre de Laura para pasar el mal trago con la ayuda de un buen jarro del whisky de Robertson. Necesitaba estar solo y decidir, no qué haría, sino cómo lo haría. Quería la sangre de Aveira, de los jefes federales, de los mazorqueros y también de Quebracho, pero si bien era arrebatado, como decía su tía, tenía la prudencia instintiva del que está acostumbrado a vivir en peligro. Respiró hondo, estiró el cuerpo, se sentó en el sillón del escritorio de su tío Felipe y, con las manos en la nuca, cerró los ojos para cavilar.

Quería pensar en venganzas y represalias, pero lo que le vino a la cabeza fue la noche anterior, el altillo, el cuerpo firme de Ignacia pegado al suyo, su boca que prometía entrega, el perfume indefinible de su cuerpo, a esencias que él nunca había conocido...

Sintió ruido en la puerta que daba al zaguán; en dos trancos estuvo junto a ella y le quitó la traba: era el perro de Calandria, gordo, recompuesto. Lo dejó entrar y volvió al sillón mientras el animal se estiraba perezosamente al lado.

Se quedó mirándolo, pensativo.

—Me lo manda Calandria —se sonrió.

Encendió un cigarro y decidió que haría una visita al viejo Ruderiquiz. Ya le había llevado la moneda sacada a la rastra del mazorquero muerto y otras prebendas apreciadas por don Eitán. Sabía por experiencia que tenía que ir dispuesto a hablar de todo y desordenadamente para que, sólo cuando se dispusiera a retirarse, el viejo le soltara una de aquellas agorerías suyas.

La primera fue cuándo y a qué hora el ejército rosista dejaría la ciudad. Fernando comprendió que tenía lo que restaba de ese día para armar una estrategia. Lo otro que le dijo le resultó incomprensible:

—Hay unas cartas esperando por vuesa merced.

—¿Cartas para mí?

—No digo eso; digo que lo esperan y tiene que encontrarlas antes de que al ave la ensarten.

Fernando siempre guardaba algo para entregarle a último momento, además de una promesa.

—Tome, conseguí tabaco en chala. De las viejas de San Javier. Pegados con escupida de arropo —le tendió la bolsa.

A don Eitán lo entusiasmó el regalo y mientras lo recibía, murmuraba cosas.

—Me han dado unos jergones de lana en La Toma —agregó Fernando—. Como para alcalde. Le mandaré uno, pero no me achure al mensajero —se burló.

Ya taloneaba a Galano cuando el viejo tomó la crin del caballo y le palmeó la rodilla.

—Lo que tenga que hacer, mozo, que sea. Y no tema, que lo cuida un ánima.

Fernando se estremeció y se fue al trote, oyendo que desde el rancho don Eitán le gritaba: «¡... las cartas, mozo, en una caja de plata!».

«Una caja de plata», masculló, taloneando al caballo. «Un día de estos el viejo loco me cuenta dónde tiene enterrado el oro de los Césares».

Las tropas estaban en los últimos preparativos y los vecinos más encerrados que afuera. Ya se habían adelantado hacia las provincias arribeñas los jefes más duros del ejército federal y casi todos los mazorqueros.

La Madrid, Lavalle, Acha y otros jefes unitarios andaban «como sable sin cabeza», amagando combates que libraban a medias o rehuían. Iriarte, uno de los mejores militares bajo las órdenes de Lavalle, se había cortado solo hacia Chile, por estar en desacuerdo con la anarquía que imperaba en los restos del ejército.

Los vecinos no entendían por qué, después de aniquilarlo en Quebracho Herrado, Oribe había demorado tanto en salir a perseguir al ejército derrotado. Corrían rumores de que el general se había enamorado —pese a que escribía constantemente a su esposa—, y que sólo cuando se vio rechazado decidió emprender la cacería de los salvajes.

También llegaron noticias de que a Lavalle la pasión por una joven de Anjulí, Solana Sotomayor, que había conocido en su huida, lo detenía en La Rioja, sumido en «una apática y criminal indiferencia», mientras su gente pasaba hambre. La escasez de abastos de la tropa cundía por la feroz sequía.

Después de encontrarse con el viejo Ruderiquiz, Fernando inició febriles

contactos con sus amigos y decidieron intervenir, armados, para detener los desmanes que se esperaba de los rezagados, los encargados de no dejar cabos sueltos.

Se reunieron, tomando los cuidados de costumbre, en la casa ofrecida por doña Leonor, insospechable pues la señora seguía siendo considerada por los federales como parienta de Oribe.

Se acomodaron en una de las salas interiores, mientras la dueña de casa y su hija cuidaban de que no les faltara agua, mate, comida y bebida.

Páez, Medina Aguirre y Cáceres rodearon a Fernando, que había extendido sobre la mesa un plano de la ciudad, más artístico que bien medido, hecho a pluma por Sebastián, pero con los principales edificios y sitios conocidos bellamente dibujados. Cerca de la puerta, el Manco Videla y Lienán esperaban, listos para la acción. Sobre el mapa, Eduardito Páez, irreconocible en esa especie de resurrección surgida de su encuentro con Fernando, demostró inesperadas dotes de táctico. Él tenía muy en claro los pasos a seguir y marcó con tiza los puntos a los que debían prestar atención.

—Primero, la casa de los Igarzábal, en la calle Ancha. Hay muchos prisioneros ahí. Se me hace que no van a dejar uno vivo —señaló—. Luego, los dos mataderos, el que está cerca del Paseo del Virrey, subiendo hacia lo de don Eitán, y el que está en la calle de la Merced, hacia el río. Sé que desde antes de ayer traen muchos detenidos, y esos... —Páez movió la cabeza.

—La cárcel del Cabildo —intervino Medina Aguirre—. Los que están presos ahí corren menos peligro, pero no hay que descuidarlos; aunque confío en Cazaravilla, el hombre no puede estar en todas partes. Tiene preparada la fuerza porque se temen asaltos en las casas de familia.

Cáceres les recordó el cuartel de los Cívicos de Quebracho, el que estaba en el cruce de la calle Ancha con la de San Juan, cerca de donde se levantaba la horca.

El Manco Videla, que no había hablado mucho, preguntó:

—¿Y qué hacemos con los verdugos?

Lienán aseveró con sabiduría ranquel:

—Víbora que perdonas vuelve a picar.

—¿Y si Oribe se entera y nos mandan el escarmiento? —dijo Cáceres.

—No puede distraer mucha tropa para eso... —pensó en voz alta Fernando. Lienán completó la idea:

—Ellos no saben que hay gente de pelea. Hay armas —las del Vasco habían llegado, puntualmente, aquella mañana—. Somos baqueanos, los otros son de ajuera.

—Tal cual —dijo Fernando.

—¿Entonces?

—A lanza y cuchillo —sellaron la suerte de los matarifes del «Carancho» González.

—Prefiero la pistola —reconoció Páez.

El Payo lo miró con seriedad:

—Mucho ruido, Eduardo.

—Sable, entonces —dijo el joven, y Fernando sonrió, recordando al estudiante que, cuando él entró a Córdoba con la tropa de Quiroga, en el año 29, andaba tirándoles granadas desde los techos con Edmundo, el hermano de Laura.

—Hay que avisar a los conventos que no permitan salir a nadie, pero que dejen las puertas abiertas por si alguien debe asilarse.

Todos se volvieron a mirar a Ignacia, que había entrado sin que la oyeran. Se acercó a la mesa, colocándose al lado de Fernando, y señaló lo cerca que estaba la Merced de uno de los mataderos, San Francisco, de los Cívicos y Santo Domingo de la casa de Igarzábal.

—Mucha gente creerá que está a salvo y querrá salir lo antes posible; no saben que quedan asesinos sueltos encargados de la última matanza.

Y levantando la cabeza, miró a cada uno de ellos con sus ojos amarillentos.

—Esas personas, esas familias, hace casi un año que están viviendo apretujados, fuera de sus casas, mal comidos, con poco aseo, con parientes por los que temen y no saben si están a salvo. Saldrán en desbande y los cazarán como a conejos. Hay que advertir a los curas que les hablen, que los aleccionen. Ningún refugiado en sagrado debe salir hasta que la ciudad esté libre de las fuerzas de Oribe.

—La señorita Ulloa tiene razón —dijo Medina Aguirre—. Alguien deberá...

—Eso puede quedar en manos de mujeres, que vamos al templo como a la fuente de agua —dijo la joven—. Consuelo, mis tías, mi madre, señoras de confianza, yo. —Levantó la cabeza y agregó—: Tampoco las mujeres que están en los monasterios deben salir; querrán hacerlo, créanme, pues tienen parientes encarcelados, o esperan hallar entre los presos a los desaparecidos.

Fernando la miraba y la escuchaba con una gozosa admiración, reconociendo en ella la fuerza de su sangre. La joven había sacado una daga larga, que solía llevar siempre con ella, y marcaba sobre la mesa a qué mujer, según su domicilio, le tocaría cada templo. Llevaba la chaquetilla que vestía el día en que Fernando la conociera, con un aire militar que lo seducía. A veces, con naturalidad, ella usaba el puño para correr la mano de él, y en un momento le pareció que, como en el campamento de Quebracho Herrado, ella se le arrimaba discretamente, rozándolo con el brazo, con los hombros, incluso —no podía jurarlo— con la cadera.

—Y a los que sepan o sospechen de gente que está escondida en sótanos o donde sea —había oído de algunos ocultos en pozos—, sería bueno aconsejar a sus parientes que hasta que Arredondo vuelva al gobierno...

—Nunca dejó de ser gobernador —replicó Cáceres, incómodo pues era amigo de don Claudio.

—De forma, pero no de hecho —retrucó ella—. ¡En fin, que no salgan! —terminó, levantando las manos.

Se hizo un silencio denso, absorto cada uno en sus propias reflexiones, y finalmente Fernando pensó en voz alta:

—Debe haber otras órdenes de confiscación además de la mía.

—Las hay —aseguró Páez.

—¿Y qué vamos a hacer con ellas? —preguntó Cáceres. Era tan correcto que no tenía idea de cómo manejar esas cosas.

—Robarlas —dijo Ignacia.

—... y dárselas a los perjudicados. Que se enteren de quiénes los señalaron, quiénes firmaron las órdenes y quiénes las avalaron —completó Fernando.

Medina Aguirre soltó un silbido.

—Después de esto, habrá familias que no volverán a hablarse, se romperán amistades de años...

—¡Ninguna amistad de ley se romperá; saldrán a luz los intrigantes, los hipócritas, los traidores! —replicó el Payo con decisión, apoyando el puño con fuerza sobre la mesa—. Para la próxima, se sabrá quién es quién. Porque esta no será la última revolución, ni la última asonada, ni la última invasión.

—Dividamos las tareas y los hombres —propuso Páez.

Rápida y efectivamente, discutieron el reparto de tropa y de armas, y luego de cambiar algunas consideraciones Fernando se incorporó, el puño apoyado sobre la mesa, la otra mano a la cintura, y dijo, chanceándose:

—Ahora, lo mío. Primero, el Registro y los papeles. Después, la otra oreja de don Toribio de Aveira.

En aquel momento entró doña Leonor con Clotilde, que traía una limeta de caña y algunos vasos.

—Vamos a armar un lazareto, por si fuera necesario. Hemos mandado a las chicas a todas las boticas por hilas, borato, láudano, alcohol. Clotilde nos ayudará, ha trabajado varias veces en el San Roque, sabe manejar heridos.

—¿Ranqueles tamién? —dijo Lienán, socarrón.

Clotilde lo miró de arriba abajo.

—Si he curado godos, bien puedo curar ranqueles. Seguramente son más agradecidos —retrucó la mujer.

—Todo está dicho; lo que falte se verá sobre la marcha —dijo Fernando poniéndose la chaqueta.

Los hombres partieron a poner en práctica lo que habían planeado, siempre esquivándole a las calles céntricas y usando la costa del río para no hacerse ver demasiado.

Lienán acompañó al Manco Videla y a Fernando hasta cerca de la casa de él, seguido de varios ranqueles que iban apareciendo silenciosamente, con sus caballos sin herraduras, desde los baldíos, la ruina de una casa, tras un yugal.

—Mañana a las cuatro —les advirtió Fernando—, cuando se apague el lucero —y trepó la barranca hacia la calle seguido por Ciriaco.

—¿Y Camargo? —preguntó el hombre mientras entraban por el portón de mulas.

—En Ascochinga, con el comandante Farrell. Han formado con otros vecinos una guardia de defensa.

En su carta, Farrell también le decía que habían puesto a resguardo algo de ganado. Poco quedaba ya por la región, pues los unitarios, en su éxodo hacia el norte, los habían dejado sin nada.

Fernando se tiró sobre la cama sin desvestirse del todo; en medio de la preocupación por los hechos que se precipitarían sobre él en pocas horas, se sonrió.

Esa tarde llegó temprano a casa de doña Leonor, y le abrió la puerta Nombre de Dios, diciéndole con su gracioso ceceo que los otros no habían llegado todavía.

—¿Y mi tía?

—Por ahí anda, pegada a la niña —dijo la chica con picardía, pues el negrito Casildo les había ido con un chisme.

Conocía a Nombre de Dios desde que era chiquita, cuando su abuela Adelaida se condolió de ella y la sacó de las Huérfanas, así que le palmeó la cara, metió los dedos en el bolsillo del chaleco y le entregó una moneda.

Poco después bajó su tía con Ignacia, que parecía contrariada. Mientras doña Leonor le decía que pasaran a la sala, Nombre de Dios gritó desde la otra punta del patio, sobresaltándolos:

—¡Un cheleo, un cheleo!

Doña Leonor corrió a ver qué pasaba levantándose muy arriba las faldas, mientras Ignacia quedaba sola sin atinar a nada. Él se le acercó por la espalda, la abrazó apretadamente, le volteó el rostro con una mano, le mordió la boca, la besó en el cuello, y la soltó, dejándola trastornada.

Rápidamente, fue adonde la chica golpeaba el suelo con una escoba y mientras doña Leonor intentaba ponerse los anteojos, a respetuosa distancia del bicho, él le quitó la escoba y dio un pisotón.

—Ya está —la tranquilizó.

—Les tengo terror —dijo la señora llevándose una mano al pecho—. Cuando éramos chicos tu padre me los tiraba encima.

—Me lo han contado —dijo él sonriente, devolviendo la escoba y guiñándole un ojo a la morena. La muchacha, conteniendo la risa, pasó al otro patio.

—¿Qué te quedas ahí? —preguntó doña Leonor mirando a Ignacia, que parecía alucinada.

—¿Qué es un cheleo? —preguntó la joven volviendo en sí.

—Un lagarto ponzoñoso —le dijo Fernando con una mueca—; te saltan encima y si los miras a los ojos, te dejan ciego.

—¿Tienes sangre en el labio? —Se preocupó doña Leonor.

—Con el susto, me mordí —dijo Ignacia pasándose la punta de los dedos por la herida y limpiándolos con la lengua.

47. ÁNIMA SOLA

«En realidad, como en los cuentos populares, no es solamente con objetos inanimados y vegetales con los que se cree que ocasionalmente está unida una persona con un lazo de simpatía física. Se supone también que la misma relación puede existir entre un hombre y un animal. Y cuando el animal muere, la alianza llega a su fin naturalmente».

Sir James Frazer, *La rama dorada*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE AGOSTO DE 1841

A penas se retiraron los hombres, Doña Leonor mandó una criadita de razón para juntar a las señoras en casa de doña Mercedes y comenzar luego la ronda por conventos y monasterios.

Mientras se arreglaba, Ignacia se cepilló el pelo alborotándolo un poco; era cómodo llevarlo corto. Mientras elegía la mantilla con que se cubriría —no quería llamar la atención— se quedó pensando en lo que le había dicho Monserrat dos días antes.

—Disimula pero es muy hombre, niña. ¿Se acuerda de los mazorqueros que desaparecieron? Fue él mismo. Y hasta le sacó un preso a los Cívicos. Nunca lo han agarrado. Ni siquiera se cuida. Dicen que el alma de la difunta lo asiste, por eso siempre sale bien. Ese perro que anda por ahí, como sonso, dicen que se lo ha mandado ella, pa que lo cuide.

El recuerdo de la morena de su primo inquietaba a Ignacia, aunque no quería reconocerlo. Consuelo le había dicho, días antes, que el menjunje de Cora daba el olvido... y hacía conocer al verdadero amor. ¿Sería eso lo que le pasaba?

Esa tarde, después del beso tan audazmente robado, ella le había echado en cara:

—Fue a traición.

Y él le había contestado en el momento en que Eduardito Páez saludaba a su madre:

—Anoche te lo advertí. El que avisa no traiciona.

Por eso, mientras hablaban frente a la mesa de lo que debía hacerse, la venció la tentación de arrimarse imperceptiblemente a él, buscando sentir sobre su brazo, su cadera, en el filo de la mano, el calor que irradiaba el cuerpo de su primo.

Frente al espejo, acomodándose los guantes, se estremeció como si una corriente la hubiera tocado. «Estás perdiendo la cabeza», se amonestó a sí misma. «Vamos con calma». Al menos, esta vez no podía cometer el desatino de casarse. Para bien o para mal, se había unido a Alfonso en un acto irreflexivo, escapándose con él a su propiedad, con la presencia de un prelado y en compañía de los sirvientes.

Cuando bajó la escalera, su madre ya estaba lista. Irían en el coche, que era más seguro, conducido por Monserrat y escoltadas por Rosendo y Pascual, armados.

Pero la ciudad estaba en una relativa paz, con las calles solitarias y las puertas y las ventanas cerradas. Era una tarde ocre, el color del desaliento. Se había ido la neblina y una tierrilla agrisada, levantada por los soldados que cruzaban en pequeños o grandes grupos de un cuartel improvisado a otro, enrarecía el aire.

Ni el más desconfiado de los mirones hubiera sospechado, poco después, al ver a las señoras entrar en templos y conventos, visitar a las monjas, ir al hospital San Roque. Parecía la actividad más habitual de las mujeres por aquellos días: rezar y asistir, llevar comida, remedios, afectos, a los que estaban asilados entre los muros de las órdenes religiosas.

Era de noche todavía cuando Fernando apareció en el barrio de la indiada, dejó allí a Galano y montó el Moro que Leandro le había preparado. Ya habían determinado que a él lo acompañara Lienán con parte de sus hombres, mientras el Manco Videla, con los de Los Algarrobos y algunos lanceros de El Pueblito, esperarían para actuar a que el ejército federal se alejara lo suficiente. Unos cuantos vichadores, atención de los caciques del Alto de las Violetas, escondidos hasta la salida a Jesús María, se iban avisando unos a otros del avance del ejército.

Una vez seguros, Videla entraría en la casa de los Igarzábal, tratando de eliminar rápidamente a los mazorqueros que quedaran, para evitar la ejecución de los cautivos.

Rosendo se encargaría del matadero cercano a la Merced y no hizo falta intervenir en el de San José. Cazaravilla, sabiendo que en el cuartel de los Cívicos la gente de Bárcena tenía preso a un cura amigo de Quebracho, a quien venían respetando, temió que lo mataran antes de partir, a modo de desprecio al gobernador, así que se jugó a presentarse con una orden que Fernando hizo firmar a De la Torre antes de que este marchara con Oribe. Cazaravilla se llevó a los prisioneros aherrojados y cargados de cadenas y los metió, a modo de asilo, en la cárcel del Cabildo.

Lo primero que hizo Fernando fue presentarse con Medina Aguirre y Páez en el Cabildo. El portero no había aparecido y seguramente no aparecería hasta que todo estuviera despejado. El indio Ventura los dejó entrar por los corrales y los cuatro hombres se dirigieron decididamente a la oficina del Registro, la que ocupaba Aveira. Fernando reventó la puerta lanzándose contra ella, y mientras Ventura iba por velas, Eduardito Páez comenzó a abrir cajones; los que estaban con llave, Fernando los hizo saltar con su tremendo facón. Cuando llegó Ventura con las velas, Fernando y Páez, febrilmente, separaron las órdenes de confiscación que encontraron.

—El maldito se llevaba algunas a la casa —comentó el joven entre dientes, mientras apilaba los expedientes. Fernando arrojó todo en un morral y lo tranquilizó:

—No importa. De acá, le hacemos una visita. Lienán lo tiene cercado, no sea que se escabulla.

Al rato, Aguirre volvió con una pila de papeles y se sentó en la mesa a observarlos.

—¿Qué es eso?

—Delaciones, órdenes de detención solicitadas por Bárcena, González, Martínez, Costa... algunas de libertad firmadas por jueces, a las que no se les dio curso por interferencias de algún federal demasiado «neto»...

Dejando pasar unos segundos, murmuró:

—Vayan ustedes a lo de Aveira. Yo me quedo, a ver si puedo liberar a algunos presos y hacer desaparecer las denuncias.

—¿Te dejo a alguien?

—No; con Ventura me basta. No somos sospechosos y trabajamos acá. Los daños los hicieron antes de que nosotros llegáramos.

Fernando y Eduardito dejaron el Cabildo como habían entrado, por los corrales. Pascual los esperaba, con la orden de llevar el morral con los papeles a lo de doña Leonor y unirse luego a ellos, en casa de Aveira.

Ya clareaba, y la ciudad, llena de sombras sucias, se veía extraña, como en trance de Apocalipsis.

Victorina estaba atenta, en la puerta del patio, para correr la traba y dejarlos entrar.

—Está en el despacho, viendo papeles —susurró—. Se está por ir pa'l Cabildo — y con un bulto voluminoso apretado contra el pecho, eludió a los indios con aprensión y abandonó el lugar con rapidez.

Cuando iban entrando, Lienán se apartó e indicó con una seña a dos de sus hombres que se quedaran afuera, disimulados entre los yuyos, por si Aveira se les escapaba, y apostó dos más en la huerta. A mitad del patio de tierra, lleno de malezas, el gran perro negro, que estaba atado, tironeó de la cuerda, ladrándoles con fiereza.

Eduardito los guiaba, pues conocía el lugar, y Fernando con Lienán lo seguían.

Aveira se había levantado al amanecer. Sabía que Oribe dejaba la ciudad y que Quebracho llegaría en unos días —no demasiado pronto, pues era lo bastante ladino para retrasarse hasta que la gente olvidara el baño de sangre que iba a haber esa mañana—, y él estaba ansioso por cumplir su venganza. El mayor Estévez se había rezagado, con permiso de Bárcena, y tenía una pequeña fuerza con la que irían a tomar posesión de Los Algarrobos. Ya tenían a un juez amigo apalabrado y a unos oficiales de justicia. Sabía —aunque Estévez lo ignorara— que posiblemente aquello no prosperaría y que Quebracho, casi con seguridad, obligaría al santafesino a devolver la estancia. Pero el mal rato y la humillación se le atragantarían al hijo de Carlos.

—Y quién sabe, a lo mejor hace una barrabasada, mata al juez, a Estévez, y entonces sí que no se libra de la justicia. Hasta es posible que caiga en desgracia con

su padrino, y Quebracho lo deje al garete —recapacitó, satisfecho.

Estaba en el escritorio juntando las órdenes firmadas cuando oyó ladrar al perro desafortadamente. No recordaba haberlo atado, y se disponía a salir para pedir explicaciones a Victorina cuando oyó pasos del otro lado de la puerta.

Volvió el rostro, y la luz que avanzaba por el corredor le iluminó el cristal de los anteojos cuando abrieron sin miramientos la puerta.

La figura de Fernando ocupaba gran parte del vano. No venía vestido de señor, como lo había visto por la ciudad, sino como hombre de armas, el pelo de un rubio casi blanco atado en la nuca, la barba acicalada, la camisa suelta, ancha, que daba libertad de movimientos, la cintura bien fajada, de chaleco y con un enorme cuchillo cruzado a la cintura, además de una pistola de proporciones. En el hombro derecho, un poncho doblado en listón.

Detrás de él entró Páez, irreconocible. Parecía otra persona, erguido, con cara de avisado, más relleno de carnes, absolutamente despejado de alcohol.

—Para que haya un Cristo, tiene que haber un Judas —les dijo Aveira, sin un ápice de miedo, aunque presentía que esos eran los últimos momentos de su vida. Después de la visita de Leonor, ya nada le importaba.

—Quiero ver el Cristo —dijo Fernando, parándose frente a él y mirándolo a los ojos—. Porque delante mío, sólo tengo al Judas.

Había ido con ganas de matarlo, pero al observarlo de cerca, tan bajo, tan flaco, tan patético con su pelo ralo y su oreja mutilada, sintió que no era de varón golpearlo ni matarlo. Ni siquiera tenía un arma, al menos a la vista. ¡Ojalá manoteara aunque fuera un cortaplumas y le diera una excusa!

—Vengo por los papeles —le dijo.

—No pienso estregárselos; además, hay registros...

—Yo no me confiaría en los registros —levantó una mano Páez.

—Usted, mocito, no tendrá mucha cuerda después de hoy. Cuando Quebracho se entere...

—Para hablar, hay que tener lengua —le advirtió el Payo y dando la vuelta al escritorio lo empujó sobre un sillón, llevándose amenazadoramente el índice a los labios. Páez había comenzado a mirar los folios con premura pero detenidamente.

—Están todos —anunció, e hizo una seña a Fernando—. Victorina dice que hay unos papeles guardados en una caja, en el dormitorio.

Por primera vez Fernando vio hesitar a Aveira, que hizo un intento de incorporarse. Él lo detuvo en seco plantando la bota sobre el sillón donde estaba, más digno en su derrota que cuando andaba de funcionario.

—Qué otra cosa se podía esperar de esa negra fisgona —murmuró despectivamente el viejo.

En el dormitorio, un gato amarillo con orejas de lince que dormitaba sobre la cama bufó y, encrespándose, huyó haciendo sonar las uñas en el piso.

Sin prestarle atención, Páez revolvió en el armario, donde le había indicado la

negra, y encontró la caja. Estaba sin llave, lo que lo sorprendió. Había varias libretas arriba, unos documentos y cartas al fondo. Desplegó una y, como le resultó incomprensible, leyó las otras y comprendió todo. Volvió al escritorio con los papeles.

—No me vas a creer, Payo; son de Quebracho, ordenándole que no toquen Los Algarrobos. Son viejas, las escribió hace meses. En esta otra le pide que le conteste si recibió su apercibimiento, y en la última le exige contestación.

—No me traicionó, entonces —murmuró Fernando, aliviado—. ¿Y qué más encontraste?

—Cosas interesantes; cesiones de minas, de campos, de objetos de plata... todo por cifras miserables.

—¡Deje eso! —Se incorporó Aveira—. ¡Son documentos privados, no tienen nada que ver...!

—¿Seguro? —preguntó Fernando, sacando el facón antes de echarles una mirada—. Lo que dijiste: le gusta quedarse con cosas de otros —habló para Lienán—. Habrá que devolverlas a su dueño...

Aveira perdió el dominio de sí y se lanzó sobre Fernando, que con un movimiento certero, sin errar un milímetro, dejó caer la hoja sobre el costado de la cabeza del otro, rebanándole la oreja de un tajo al tiempo que le anunciaba:

—Por mi mujer, y por el daño que le has hecho a mi familia.

El hombre soltó un aullido y trató de detener la sangre con las manos. El perro, afuera, ladraba desesperadamente, como ahogándose.

Lienán cortó el paso a Aveira, que trastabillaba hacia la puerta de atrás, pero Fernando le dijo que lo dejara ir.

El ranquel dudó, y volvió a decir:

—... víbora que...

El aullido del hombre se perdía hacia los fondos, pero el del perro se acercaba. El animal había roto la correa, entró corriendo a la pieza y saltó sobre la garganta de Fernando, que cayó al suelo por la sorpresa, atinando a cubrísela con el antebrazo envuelto en el poncho. Entre los gritos cruzados, y los hombres que intentaban separar al perro, Fernando vio una mancha dorada que caía sobre el lomo del otro y lo atacaba. Era el Bayo. El perro de Aveira soltó a Fernando y se volvió a defenderse. Los animales se enroscaron en una pelea bestial, mientras la sangre manchaba a todos los que estaban alrededor.

El combate terminó muy rápido, con el perro de Aveira tirado en el suelo tiritando en la agonía, y el Bayo desangrándose un poco más allá. La mirada del animal se dirigió a Fernando y alcanzó a mover apenas la cola. Fernando se agachó a observarlo. No tenía remedio. Le puso la mano sobre los ojos un momento, y le cortó el cogote misericordiosamente. Lo sintió morir bajo su mano, y pensó que algo más que un perro desaparecía con el animal.

Pascual acababa de entrar, y él, incorporándose, le arrojó el poncho.

—Envóvelo al Bayo. Lo voy a enterrar en casa.

Y mirando alrededor, dijo hoscamente:

—Vámonos; acá no tenemos nada más que hacer.

En aquel momento entró un indio con la moharra de la lanza teñida de sangre y, dirigiéndose a Lienán, parloteó rápidamente en ranquel.

—¿Qué dice? —Malició algo Fernando.

—Mataron al bicho —tradujo Lienán.

—¿Y yo, qué ordené? —le espetó.

La mirada de Lienán se demoró en él.

—No fue intención. Con los perros...

Afuera, tirado al pie de la tapia, yacía el cuerpo lanceado de Aveira.

—Habría que enterrarlo —dijo Páez—. Después de todo, es pariente del gobernador.

—Busquen la oreja —ordenó Fernando—. La pondremos en el cajón.

—Mejor si lo enterramos pronto, para que nadie saque conclusiones. El pobre se dio con una partida que lo quiso asaltar —dijo Páez con tranquilidad de funcionario acostumbrado a arreglar entuertos.

Fernando hizo un gesto de bronca.

—Cuando terminen con Aveira, nos juntamos en Santo Domingo. Vos, Lienán, disimulate en la Cañada. Vamos a darle una mano a Videla.

Con pericia de ministril, Páez consiguió que del San Roque le dieran un cajón, contándole al cura, que le debía favores a Quebracho, que al pariente se lo habían lanceado para robarle. También le señalaron un espacio al lado de la iglesia para enterrarlo, y el joven pagó a uno de los enterradores —oficio muy reclamado aquel año— para que lo hiciera, advirtiéndole que marcara la tumba, pues cuando viniera el gobernador la iba a querer visitar.

—¿Y no rezará un oficio de difuntos? —preguntó el cura.

Páez se metió la mano en el bolsillo y le entregó unos pesos.

48. HOY ES DÍA DE MATAR

«Multitud de estos oscuros ciudadanos fueron sacrificados en aquella época. Lucharon contra los facinerosos del 40 y 41, y mataron algunos en los alrededores de Córdoba. Se los provocaba, se los hería y mataba; pero en ocasiones se reunían para defenderse, y a su turno herían y mataban. Imposible fue ahogar el sentimiento popular. Antes de marchar el ejército federal, aparecieron letreros en las paredes, sobre la vía pública, amenazando de muerte a los jefes principales. Los bárbaros no habían conseguido extinguirlos por medio del terror».

Ignacio Garzón, *Crónica de Córdoba*

CIUDAD DE CÓRDOBA
FINALES DE AGOSTO DE 1841

Ciriaco Videla llegó a lo de Igarzábal cuando comenzaba a clarear. Primero habían oteado los fondos, pues desde el patio del convento de los predicadores se trepaba a un ombú, de ahí a los techos y avanzando un poco, se encontraban sobre la casa-prisión.

Su observador le dijo que los guardias estaban tomando mate y preparándose y que se veían muchos prisioneros en muy mal estado; algunos parecían muertos.

La cantidad de soldados era favorable a los mazorqueros, así que debían emplear la sorpresa; como Ciriaco tenía ciertas nociones de táctica, pues había combatido bajo las órdenes del general Paz, decidió entrar por adelante y cuando los atacados se concentraran en defenderse, el segundo grupo iba a saltar desde los techos.

En la puerta del convento, a la vuelta de la esquina, cuatro muchachos de la comunidad indígena del Tejar esperaban con dos carretones cubiertos precariamente con mantas; en ellos transportarían a los prisioneros que no pudieran caminar.

Con las carretillas prestadas por los monjes betlemitas que atendían el hospital, Ignacia, Canela y Monserrat se encargarían de llevar a los muertos al San Roque, para que sus deudos los fueran a retirar. Fernando había pensado que si bien aquello era desagradable, era menos peligroso para las mujeres que transportar prisioneros vivos.

La noche anterior, Consuelo y Cáceres habían hecho una lista con los nombres de los detenidos que conocían. Pensaban avisar secretamente a sus familiares para que fueran a hacerse cargo de ellos cuando los liberaran. Lo ideal era que se los trasladase fuera de la ciudad, hacia el sudeste, pues el ejército se dirigía hacia el oeste.

La puerta de entrada de la casa-prisión estaba abierta, pues los ocupantes confiaban en el terror que inspiraban, y apenas chirrió al empujarla. Todo se hizo en el mayor silencio posible y, antes de llegar al primer patio, prepararon las armas. Los que iban adelante llevaban las armas de fuego, bien cebadas y con la cuerda prendida, los del medio, las lanzas prontas, y detrás, los sables. Los caballos habían quedado junto con las carretas, a cargo de un viejo que había insistido en seguir a los lanceros.

Entraron por la primera puerta que encontraron, que estaba entreabierta. El hedor los detuvo un instante. Había un candil colgado de un clavo y lo encendieron. Vieron varios hombres tirados en el suelo, casi en los huesos, medio desnudos, sin jergones ni mantas, ni siquiera pesebre para atenuar el frío de la losa. Algunos permanecían extrañamente quietos, con los ojos abiertos, pero Ciriaco no pudo dar fe de que estuvieran vivos. Al acercarse con la luz, advirtieron heridas infectadas, algunas agusanadas, el vómito pegoteado en la barba crecida, no pocos con algún miembro quebrado. Dos grandes barriles estaban a la mitad de la habitación: uno tenía agua sucia; el que estaba al lado se usaba de letrina.

Enfurecidos al ver que cordobeses, en su propia tierra, fueran tratados de esa manera por los aliados del gobernador, se dirigieron sigilosamente hacia los cuartos del fondo donde todavía mateaban los soldados mientras afilaban los cuchillos para acabar con los prisioneros.

Sin que el grupo de Videla se diera cuenta, una mujer arrebozada en un mantón negro, que había pasado la noche sentada en los escalones de una casa lindera, se puso de pie al ver que se disponían a entrar, los siguió apresuradamente y se introdujo en la casa. Pegada a las paredes, guarecida detrás de las puertas, se desplazó tras ellos tan silenciosamente que ni los indios la escucharon. A medida que los hombres avanzaban de habitación en habitación, ella se dirigía desesperadamente de un prisionero a otro, buscando a alguien.

Oyó al fondo la salva de los disparos y el tropel de los que se descolgaban de los techos, las imprecaciones de los sorprendidos y las voces de los atacantes y, en unos segundos, entre los ayes y los quejidos de los prisioneros, sólo primaron en el barullo los golpes sordos de los lanzazos, el silbido del metal de los sables y el chasquido sobre la carne y el hueso.

El griterío del enfrentamiento no la distrajo, y siguió de una pieza a otra, encontrándose con el mismo infierno, pero sin hallar al que buscaba. Oyó que llegaba más gente pisando fuerte, y vio pasar corriendo al indio viejo de los caballos que gritaba advirtiéndoles del peligro a los que luchaban en el último patio.

Oyó las palabrotas de los que entraban, los relinchos de inquietud de los animales de afuera, y se acurrucó en un rincón, entre las sombras, cubriéndose la cara con el manto.

Temblando de terror, vio pasar a un grupo de colorados, que venían de la calle, con el facón en la mano y hablando como porteños. Iluminados por la claridad naciente, se enfrentaron con los que habían entrado primero, los cordobeses. Se oían amenazas, juramentos, barbaridades, pero a ella no le importaba. Sólo esperaba que se fueran para el patio, así podía seguir buscando a su hijo.

En ese momento, vio que por la puerta de entrada aparecían varias mujeres y, entre exclamaciones contenidas, comenzaban a levantar los cuerpos y a retirarlos.

Quiso pedirles que la ayudasen a buscar a su hijo, pero estaba paralizada por el pánico.

Uno de los mazorqueros pasó corriendo delante de ella, volviendo desde el fondo y buscando la calle, con el cuchillo ensangrentado, y se encontró con las mujeres. «¡Qué mierda hacen aquí; váyanse, o las achuro!», les gritó, atropellándolas. Entonces una joven con el cabello muy corto se paró delante de él y lo enfrentó levantando el brazo.

La mujer escondida no vio qué llevaba en la mano, pero oyó qué le decía al mazorquero:

—Rece un pésame.

—¿Un pésame, qué pésame? —le respondió el hombre, furibundo, yéndosele encima.

—Mejor arrepentirse —contestó sin alterarse la joven. Se escuchó una detonación y el hombre, abriendo los brazos, cayó hacia atrás, la cabeza reventada.

La mujer del manto negro vio que la joven del pelo corto tenía en la mano una gran pistola que todavía humeaba.

Hubo entonces un estruendo más fuerte, y otro grupo de hombres entró violentamente con los caballos. El que los dirigía, un rubio grandote, le dijo a la joven de la pistola: «¡Cúbranse, que alguno puede salir corriendo!», y mientras la muchacha cargaba de nuevo el arma, la mujer se contrajo en su rincón y vio a un gran caballo moro, seguido por varios indios con lanzas, arremeter hacia el patio donde aún se oía el estrépito de la pelea.

Se desentendió de ellos y se acercó hacia las jóvenes que estaban sacando los muertos y llevándolos a unos carretones que esperaban afuera.

—¡Mi hijo..., mi hijo...! —sollozó.

La joven del pelo corto calzó el arma en su cinturón y la sostuvo de los brazos.

—¿Es alguno de ellos? —señaló hacia los muertos.

—No, está adentro todavía... —y agregó—: Es el joven de la noria...

—Cálmese, ya lo buscamos.

—¿Y si lo matan?

—No lo matarán; no vamos a dejar ni un colorado —le aseguró ella con fiereza.

La mujer se sentó sobre el borde de un estanque, agarrándose las rodillas y meciéndose acompasadamente, atenta a los sablazos y los gritos que todavía se escuchaban. Oyó la voz del rubio del moro que hablaba con la joven.

—¿Se escapó alguno?

—No, están todos tirados.

—Si queda alguno vivo, despéntenlo —ordenó, y asomándose al corredor, gritó hacia ellas:

—¡Acá hay más heridos, díganles a los del Tejar que vengan a cargar!

A poco llegaron los muchachos con unas angarillas armadas con mantas y ponchos, y comenzaron a sacar a los que las jóvenes habían dejado en las

habitaciones. La mujer, comprendiendo que ya podía entrar, corrió hacia el último patio. Pasó con su andar inseguro entre los hombres, esquivando los cuerpos de los mazorqueros muertos, y se detuvo girando la cabeza como un pájaro asustado. De pronto, soltó un grito desgarrador y echó a correr hacia el final del terreno.

Uno de los hombres de Videla quiso atajarla, pero Fernando lo detuvo con un ademán mientras murmuraba:

—Dios Santo, es la madre del muchacho de la noria.

Atado al eje por las muñecas, apenas cubierto con un chiripá mugriento, doblado por la cintura sobre el palo, había un joven. Era uno de los más tristes casos que se comentaban en la ciudad: el famoso coronel Costa distraía a los que iban a visitarlo, o intimidaba a los que se acercaban a pedir clemencia para algún detenido, haciendo traer al muchacho tirado por un cabestro.

—Le presento a mi redomón —decía—; mire cómo bellaquea —mientras ordenaba a uno de sus hombres que lo montara y lo espoleara.

Cuando se acercaron, las heridas infectadas de las terribles espuelas les recordaron a un Cristo.

—Está muerto —murmuró Ciriaco, al ver a la madre que se lanzaba sobre el cuerpo y lo abrazaba, llorando a gritos.

—Déjeme ver —oyó Fernando que decían a su lado. Era el doctor Pizarro, que vivía a media cuadra de allí, haciendo esquina con Santo Domingo. Junto a él, un moreno llevaba la caja de cirujano. El médico se arrodilló a poner un espejito sobre la boca del joven y murmuró, incrédulo:

—¡Señor de la misericordia! —volviéndose a mirar a la madre, le dijo—: ¡Respira, señora, todavía respira!

Mientras la mujer sollozaba de rodillas y con las manos juntas, Fernando preguntó a Pizarro:

—¿Se quedará a ayudar?

—En lo que pueda. Yo también fui perseguido —aclaró.

Desentendiéndose de aquel escenario, Fernando se volvió hacia sus hombres y ordenó en voz baja:

—Sáquenles la ropa a los verdugos, y que se mezclen con los otros muertos. Los desnudos no tienen partido.

Los carretones iban llegando al San Roque, y los familiares recién advertidos corrían, despavoridos, en busca de los suyos. Los cuerpos de los mazorqueros de Bárcena fueron discretamente separados y arrojados a la fosa común.

Ignacia, Monserrat y Canela miraban consternadas las escenas de pesadilla y de horror: los cuerpos todavía flexibles de los que no habían podido sobrevivir a la noche, los que ya llevaban muchas horas muertos y estaban rígidos, los lánguidos cadáveres que comenzaban a verdear.

Los curas betlemitas no daban abasto para recibir y acomodar a los heridos cuyos nombres y apellidos se desconocían. Al interrogarlos, descubrieron que había gente

de otras provincias, un sobreviviente de la compañía de teatro de Casacuberta, un jovencito amigo de Vicente Fidel López, otros llegados con los ejércitos de La Madrid, de Lavalle, muchos revolucionarios del levantamiento contra Quebracho en octubre de 1840. No faltaban maestros ni curas, ni gente humilde que había enfurecido por una tontería a Bárcena o a sus oficiales.

El Payo mandó al lazareto improvisado en casa de su tía a sus peones y a sus indios heridos de gravedad. Los que podían aguantar, se vendaron con pañuelos o las mujeres les hicieron un torniquete, y montaron, para continuar con lo planeado.

Fernando, contento con el éxito, dejó la casa de los Igarzábal.

—Ahora, a la Merced —indicó.

Rosendo era el encargado de aquel punto, y Leandro había buscado a Fernando, diciéndole que la cosa estaba reñida y que no les vendría mal alguna ayuda. Con la llegada de los otros, diezmaron a los últimos mazorqueros.

Al de la calle de la Merced le decían «el matadero de Martínez», oficial que, junto con Costa y Bárcena, ya había partido con el grueso del ejército. También aquí desnudaron a los vencidos y los mandaron, aún calientes, a la fosa del Pilar.

Casi de inmediato aparecieron el padre Mateo y el padre Filemón. Venían del matadero del Paseo del Virrey.

—No quedaba nadie vivo, estaba todo abandonado de hace días. Ni tuvieron la caridad de enterrar a esos pobres desgraciados. Las cabezas estaban apiladas en un rincón...

Fernando, al ver la palidez del joven religioso, comprendió que el padre Filemón se había encontrado con algo peor que el campo de batalla de Quebracho Herrado, pero apechugaba.

En un concentrado silencio, todos contemplaban el espectáculo pavoroso de las barracas y piezas donde se había tenido a los presos; las letrinas desbordadas se mezclaban con la sangre, platos con comida habían sido dejados sobre heces, algunos detenidos habían sido torturados de las formas más perversas. A uno le habían quemado el estómago suspendiéndolo, horizontal, sobre unas brasas, e inexplicablemente, aunque en pésimo estado, sobrevivía.

Eran las seis y media de la mañana y la claridad se acentuaba.

Mientras Fernando ordenaba la retirada, la ciudad despertaba enterándose de lo que había sucedido. Pronto comenzarían las venganzas privadas y los saqueos de las bandas de aprovechados.

Por las calles se veían vecinos sosteniendo a algún preso de los que liberaban el jefe de policía o Medina Aguirre, y otros solos, encaminándose a sus casas con el aire furtivo del que teme que lo vuelvan a detener.

El mayor interés de Fernando y de Páez era que todo se hiciera tan eficazmente que no quedaran rastros de sus intervenciones. La apropiación de documentos, los destrozos, la desaparición de detenidos debían ser sospechados de acciones de revoltosos o inciviles. No debía saberse que los hombres de Bárcena estaban siendo

enterrados apresuradamente por Hermógenes Casas y Antonio Matos, que mientras los cubrían con tierra, los aplastaban a golpes de pisón.

Mientras menos vieran los vecinos de aquella operación de limpieza, mejor. Desde los tiempos de Roma, «el ciudadano no debía ser puesto a prueba».

Pero él, Fernando Osorio, sí había sido puesto a prueba. Al ver el horror de aquellas prisiones, la carnicería, la inhumanidad de los verdugos; al ver que gente de bien había sido robada, dejada en la ruina por amigos y aliados del gobernador propietario; al comprobar que este había permitido que se persiguiera y ajusticiara sin motivo a federales de ley aunque opuestos a Rosas; que había dejado la ciudad expuesta, sin intervenir en su defensa ni aun cuando le mataron amigos y parientes u hombres que habían luchado junto a él, en la frontera, comprendió que ya no podía seguir siendo leal a Quebracho. Era su ahijado, le debía algún reconocimiento por favores antiguos, quizá jamás levantaría un arma contra él, pero ya nunca iba a ser lo mismo.

Se separaron en la esquina del Pilar, los ranqueles y los indios de El Pueblito ya se habían ido, cargados de todo cuanto habían sacado a los que mataron en pelea, incluso algunas armas, y arreando con disimulo, por los bajos del río, una tropilla discreta.

Fernando quería buscar dinero para darles a sus hombres a fin de que se fueran a una pulpería, a los ranchos de mujeres de vida alegre, luego darse un baño, quizá ver a Ignacia y comentar el día, contarles a sus tías el fin de Aveira y la desaparición del peligro de expropiación...

Un hombre a caballo, con aspecto de serrano, lo atajó a media cuadra de la casa de misia Francisquita:

—¿Don Fernando Osorio?

—Soy yo —respondió.

—El comandante Farrell lo necesita en Ascochinga —y le tendió dos cartas. Una era para Consuelo, la otra para él. La rasgó con los dientes y la leyó.

Su tío le informaba que la requisa de ganado se había vuelto feroz; para colmo, un soldado de Pacheco había reconocido a Luis en el campo como antiguo oficial del general Paz, y lo andaban buscando. Tenían que sacar a las mujeres y a los chicos de allí con urgencia.

Era un llamado desesperado, al que no podía dejar de acudir, que involucraba a su familia y a su hijo.

—Salgo con mis hombres de inmediato.

Mientras atravesaban los portones que Martina les abría, el Manco Videla se le acercó:

—¿Vamos pa' La Antigua, entonces? —inquirió.

—Sí, avisen a Lienán; salimos en una hora.

Comió algo, bebió casi un cántaro de agua, contó someramente a misia Francisquita lo ocurrido, le dio la carta para Consuelo y le dijo que tenía que largarse para ver qué pasaba en La Antigua y con Farrell.

Una vez en su dormitorio, se sentó en la mesita, escribió una esquila para Ignacia y se la mandó con Leandro.

Al rato, habiendo cambiado el Moro por el zaino, salió rodeado por sus hombres. Lienán los esperaba en los bajos de El Pueblito, con un baqueano que les mandaba el cacique Tablada. Según él, conocía un camino que cortaba para Ascochinga sin que fueran a ver ni un cristiano en todo el viaje.

—¡Payo!

Ajustó las riendas y se volvió. En mitad de la calle estaba parada Ignacia. Se la veía desarreglada, como si recién dejara el lazareto, la ropa manchada de sangre, el rostro todavía lleno de polvo.

Se volvió al trote y, cuando se detuvo frente a ella, la joven lo miró gravemente.

—Toma —dijo de pronto, y con un movimiento brusco levantó una mano hacia él. Envuelta en badana, estaba una de las hermosas pistolas inglesas que él había visto en su caja de ébano, en Quebracho Herrado.

Él la tomó sin decir nada y se la calzó en la faja, recibiendo la bolsa de balas, que se colgó al cuello.

Siguiendo un impulso, cruzó la pierna sobre la montura y se dejó caer. Sin soltar la rienda, le enlazó la cintura y la besó largamente. La respuesta de ella hizo que la estrechara entre sus brazos, besándola en el rostro, en la cabeza, en el cuello, en los labios. Cuando se separaron, ella preguntó con seriedad:

—¿Vas a volver?

—Como que hay Dios.

Y ya montado se inclinó de nuevo a besarla, y le dijo al oído, para que no escucharan sus hombres:

—No pongas cerrojo a tu puerta de noche —y taloneó al zaino.

Cuando desde la esquina se volvió a mirarla, antes de arrancar al galope, ella seguía en el mismo lugar, con la otra pistola en la mano caída al costado del cuerpo.

No lloraba, y eso le gustó.

Personajes reales y de ficción (por orden alfabético)

Achával, Consuelo

hija de doña Josefita; amiga de Laura Osorio, protegida de varias señoras de Córdoba. De buena familia, sin bienes propios. Sobrina de don Teodomiro De la Mota. Vive con misia Francisquita como señorita de confianza. Aparece en el libro de Laura.

Allende Pazo, Luis

militar; unitario, casado con Inés Osorio, hermana de Fernando y Luz. Quedó mal herido en el combate de Oncativo. Pierde todos sus bienes debido a que era hombre del general José María Paz, destacado jefe unitario. Vive con su mujer y sus hijos en La Antigua, ayudando a llevar la estancia. Viene de los libros anteriores.

Álvarez, doctor José Francisco

personaje real. Gobernador de Córdoba gracias a una revolución contra López «Quebracho», en octubre de 1840. Cuando Oribe entra a la ciudad, debe huir para salvar su vida.

Antonia

tía de Consuelo Achával que dirige su casa. Aparece en En tiempos de Laura Osorio.

Aráoz de La Madrid, Gregorio

Nacido en Tucumán. General unitario, luchó al lado de los generales Lavalle y José María Paz; personaje histórico.

Arias de Ulloa, Clodio

noble gallego; marido de doña Leonarda y padre de Ignacia. Dueño del Pazo de Zeltia. Estudioso de las hierbas medicinales.

Arias de Ulloa, Ignacia

joven nacida en el Uruguay. Hija de doña Leonarda Arias y de un noble gallego, Clodio Arias de Ulloa. Emprende con su madre un viaje desde Galicia hasta el Río de la Plata a mediados de 1840, después de abandonar a su marido, llevándose su halcón preferido. Llega a Córdoba con doña Leonarda, sabiendo que su madre guarda un secreto, pero ignorando su naturaleza.

Arias de Ulloa, Leonarda

madre de la anterior. De buenos recursos económicos, decide regresar al Río de la Plata, y de allí a Córdoba, por algún hecho de su pasado que no quiere comentar a su hija.

Arredondo, Claudio Antonio de

personaje histórico, federal pero de una línea distinta de la de López «Quebracho». Fue gobernador delegado durante mucho tiempo, mientras López cuidaba la frontera. Lo que cuento de él y de su familia es verídico.

Arredondo, señora de

personaje real. Era hija de Juan Bautista Bustos. El hecho que desencadena su locura, la famosa noche de San Silvestre de 1840, es real, y está contado no únicamente por el historiador Ignacio Garzón y otros, sino también por familias que han relatado el episodio a través de varias generaciones.

Aveira y Guzmán, Toribio

personaje siniestro, que odia a los Osorio y tratará de hacerles el mayor daño posible. De él es la idea de despojarlos de sus bienes, aprovechando la ausencia del gobernador López «Quebracho»; denuncia a Fernando Osorio como simpatizante de los unitarios.

Bárcena, Ángel Antonio de la (el «Tuerto»)

personaje histórico, de pésima reputación. El «Fraile» Aldao da muy malas referencias de él. El gobernador López «Quebracho» lo soporta porque se lo ha enviado como apoyo al gobernador de Santa Fe. Todos los hechos sanguinarios que relato están documentados. Algunos estudiosos sospechan que, para entonces, ya padecía de *delirium tremens*.

Belmonte, María

alquilaba transportes de todo tipo. Fue un personaje real. Ver en las apostillas: «Extraño oficio para una mujer».

Biguá (o Viguá)

personaje histórico. Uno de los bufones de Rosas. Comento sobre él en las apostillas.

Bravo Díaz, Lázaro

personaje real. Pariete de José Javier Díaz, de Santa Catalina (Ascochinga). Fue degollado por Bárcena en la noche de San Silvestre de 1840. Los datos sobre él son verídicos.

Braz Ramires de Castro

juez portugués, tío de Ignacia; él los conecta con el halconero del emperador de Brasil.

Cáceres, Manuel

amigo y procurador de los Osorio; socio de Medina Aguirre. Aparece en los libros anteriores.

Caciques de El Pueblito

todos sus apellidos son reales. Juan Crespo era dueño de unos hornos de ladrillo en El Tejar, barrio aledaño a El Pueblito, también de la comunidad indígena. Ver «Guillatrun», en las apostillas.

Calandria

bautizada Rosalinda; mulata, esclava liberta de la familia Osorio, mujer de Fernando. Aparece en los libros anteriores.

Calleja, Fidel

español; comerciante de ultramarinos. Laura Osorio le compró las telas y los adornos para su ajuar de casamiento.

Camargo

guaraní, ayudante del comandante Eduardo Farrell. Hábil en recursos de combate. Tiene conexiones entre los indios de El Pueblito. Aparece en los libros anteriores.

Canela

negra, hija de Martina, criada de misia Francisquita Osorio.

Carmela

madre de Manuel Cáceres. Señora disconforme y enemistada con las Osorio. Aparece en los libros anteriores.

Casacuberta

personaje histórico. Actor de teatro. Los datos que se dan sobre él son verídicos. Huye a Chile con Vicente Fidel López cuando entran a la ciudad las tropas de Pacheco y de Oribe. Algunos actores de su compañía que quedaron en la ciudad fueron muertos por los federales.

Casaravilla (o Cazaravilla), Eusebio

personaje real. Legislador y jefe de policía en la época de López «Quebracho». Durante las matanzas de Oribe ayudó abierta o solapadamente a muchos perseguidos.

Casas, Hermógenes y Matos, Antonio

sacristanes del Pilar, sepultureros de las matanzas de Bárcena y otros crímenes. Personajes reales. Sus actividades y comentarios son verídicos.

Casildo

negrito, criado de las Arias de Ulloa, tomado en Montevideo. Se hará cargo del halcón.

Castelli, Pedro

personaje histórico. Muerto cuando fue desbaratada la Revolución de los Libres del Sur. Los datos son verídicos.

Ciriaco, el Manco

ver Videla, Los.

Clotilde

criolla, ama de llaves de doña Leonarda. Lo fue también de Robertson. Aparece en el libro de Laura.

Cepeda (los)

Benito, Silverio y Zenón (hijo de Benito), peones por generaciones de Los Algarrobos. Aparecen en los libros anteriores.

Cora

india de las sierras de Córdoba. Despenadora (ver apostillas), empleada de Farrell en El Oratorio, herbolaria, dotada de poderes. Aparece en el libro de Laura.

Costa

eran dos: el coronel Costa y «el oficialillo Costa», pariente del anterior. Personajes reales llegados con Oribe. Ver apostillas «Las mazorcadas» y «Los mataderos».

De Bracy, Hubert

francés, personaje siniestro con protagonismo en el libro de Laura.

De la Mota, Teodomiro

abogado de misia Francisquita, tío de Consuelo y de José María Achával, que tiene protagonismo en el libro de Laura, pero en este, sólo es nombrado como novicio de la orden de la Merced.

De la Torre, Ignacio

militar federal, bajo las órdenes del general Pacheco; mujeriego, simpático y jugador. Valiente y osado. Amigo de Robertson y de Fernando Osorio. Aparece en el libro de Laura.

Dolorita

madre de Eduardito Páez. Enemiga de las Osorio. Anciana y baldada.

Eduarda

madre del comandante Farrell. Ella crio a Cora y la protegió en su infancia. Aparece en el libro de Laura.

Eitán Ruderiquiz

viejo estafalario, nimbado de misterios. Vive entre la Capilla de Santa Ana y el Paseo del Virrey. Respetado y consultado. Personaje de la novela inédita de José Ignacio Romero Díaz: Crónica del famoso y heroico coronel Simón Luengo, el constante revolucionario.

El Monitor

personaje histórico que llega a Córdoba con Bárcena. Por más datos, consultar las apostillas. Lo que cuento de él en la novela es fidedigno.

Enmanuel, capitanejo ranquel

indio amigo de Fernando, primer amor de su hermana Luz, asesinado por la familia; enterrado en Los Algarrobos. Aparece en Como vivido cien veces.

Farrell, Eduardo

comandante del ejército de Lavalle. No quiere involucrarse en la guerra civil; tiene parentesco político con los Osorio. Casado con doña Mercedes Villalba. Vive casi siempre en la estanzuela El Oratorio, de Ascochinga. Es pariente lejano, por su padre, de Robertson. Aparece en los libros anteriores.

Farrell, doña Mercedes Villalba de

Esposa del comandante Farrell. Dirigió la Casa de Huérfanos desde el primer libro. Algo cursi y torpe, pero de enorme corazón. En La trama del pasado ha sido desplazada de ese puesto por nuevas «federalas», venidas de otros lados.

Fe de los Desesperados

morena, criada de los Osorio. Ahora, de doña Leonarda Arias de Ulloa. Aparece en los libros anteriores.

Florinda

morena, amante de Farrell, con la que él tuvo un hijo. Ella y el niño murieron durante una epidemia. Aparece en el libro de Laura.

Garzón, Eugenio

general uruguayo. Personaje histórico; llegado con Oribe. Capturado por las fuerzas unitarias en la batalla de Quebracho Herrado, fue liberado por Lavalle en un acto de cortesía. Los sucesos en los que interviene son documentados.

Guzmán, Ramón

pretendiente de Leonor Osorio. Era el mejor amigo de Carlos. Se enfrentan en un duelo, y Carlos lo mata. Eso desencadena un drama familiar que culmina en la huida de Leonor con el maestro de música de los jóvenes Osorio. Su historia se cuenta en los libros anteriores.

Harrison, Brian

comerciante inglés, casado con Luz Osorio. Aparece en los libros anteriores.

Heredia, Gabino

personaje real del capítulo «Lo que guarda la sierra». Lo que se relata sucedió, efectivamente, en esa época y en ese lugar. Yo conocí en Cabana a uno de sus descendientes, el ingeniero Salustiano Yáñez, quien me relató el suceso, además de regalarme uno de sus libros, Motivos argentinos, donde está narrado el hecho.

Isidro

capataz de El Oratorio de Farrell; marido de Cora. Aparece en el libro de Laura.

Josefita

madre de Consuelo Achával; señora venida a menos, muy chismosa. Es hermana de don Teodomiro De la Mota. Aparece en el libro de Laura.

Lavalle, Juan Galo de

general argentino, cabeza del unitarismo. Fue vencido en Quebracho Herrado. Personaje histórico. Lo que se cuenta de él es verídico.

Leandro

peón; gente de Los Algarrobos.

Lezama, Gonzalo y Martín

primos de los Osorio. Son de San Luis y el sur de Córdoba. Su padre, su madre y su hermana Ursulita viajan con Fernando, en la galera, cuando él vuelve a Córdoba desde Los Algarrobos. Aparecen en Como vivido cien veces.

Lienán

capitanejo ranquel, gran amigo de Fernando Osorio. Aparece en el libro de Laura.

López «Quebracho», Manuel

personaje histórico. Estanciero del sur de la provincia de Córdoba; gobernador propietario, impuesto y apoyado por don Juan Manuel de Rosas. Defendía la frontera de los malones. La parte histórica es verídica. La relación con los personajes de la novela es ficción.

López, Vicente Fidel

personaje histórico. Cuando se cierra en Buenos Aires el Salón Literario, viaja con algunos amigos a Córdoba, donde funda un periódico cultural; como la mayoría de sus relaciones estaban involucradas en la revolución contra el gobernador López «Quebracho» (octubre de 1840), este se vuelve político. Se titulaba El Estandarte Nacional. Huye con Casacuberta a la entrada de Oribe a Córdoba; consigue llegar a Chile, donde desarrolla una importante obra educacional para el gobierno del país vecino. Allí escribe dos novelas históricas: La novia del hereje (1849) y La loca de la Guardia. Más adelante hizo una Historia argentina, basada, más que en los documentos, en recuerdos y conversaciones con los personajes históricos involucrados, muchos de los cuales todavía vivían.

Malandra y Mulita

guerrilleros del general Paz, aunque también pelearon junto a Fernando Osorio. Responden a Luis Allende Pazo, unitario, esposo de Inés Osorio.

Martínez (mayor del ejército federal)

personaje real; solía andar con los mazorqueros por el matadero que funcionaba cerca de la Iglesia del Pilar, llamado El Hueco.

Medina Aguirre, José

procurador. Socio de bufete de Manuel Cáceres. Inteligente e irónico. Es también funcionario del Cabildo y del cuerpo de policía de la ciudad de Córdoba. Él lleva los bienes de Fernando Osorio. Aparece en el libro de Laura.

Melchora

india ranquel; curandera o «machi» de Tegua. Aparece por primera vez en Como vivido cien veces. Nadie conoce su edad.

Martina

negra encargada de la casa de misia Francisquita, como lo fue primero de doña Adelaida; amante de Ignacio Osorio, hermano de su actual ama. Aparece en el libro de Laura. Como los antiguos servidores de las grandes casas, conoce las historias secretas de la familia.

Montserrat

mayorala y empleada de las Arias de Ulloa. Tiene semejanza a un personaje real que vivió en Córdoba algunos años después. Ver, en apostillas, «Extraño oficio para una mujer».

Nóbrega

portugués; cambista. Personaje real que aparece mencionado en el capítulo 3. Lo que cuento de su muerte es real.

Nombre de Dios

morena de la casa de Carlos Osorio, ahora con doña Leonarda. Aparece en los libros anteriores.

Núñez del Prado (Julita y otras)

vecinas de misia Francisquita. Parientas de los Osorio.

Ocampo, Esteban

padre de Marcos Mateo, pretendiente de Consuelo.

Ocampo, Marcos Mateo

hijo de don Esteban Ocampo; pretendiente de Consuelo. Amigo de Vicente Fidel López, está en la redacción del diario El Estandarte Nacional. Se involucra con la revolución de octubre de 1840, y debe huir a Chile. Lo hace con Casacuberta y Vicente Fidel López. Herido, debe regresar a Córdoba.

Olivier, James

agregado al consulado británico. Gran amigo de míster Harrison, el marido de Luz Osorio. Relacionado con don Juan Manuel de Rosas y su familia. Aparece en los libros anteriores.

Oribe, Manuel

personaje histórico; general uruguayo amigo de Rosas, quien lo apoyó cuando fue volteado de su cargo de gobernador de la Banda Oriental. Venció a Lavalle en Quebracho Herrado. Famoso por su crueldad en la guerra. Si no ordenó, permitió la matanza de ciudadanos y sí ordenó la de los oficiales y políticos unitarios. Fue comisionado por don Juan Manuel de Rosas para escarmentar los levantamientos contra él en las provincias argentinas. La parte histórica es verídica. La relación con los personajes de novela es imaginaria.

Osorio, Adelaida de

esposa de don Lorenzo. Aparece en los libros anteriores. Habiendo visto partir a los jesuitas al destierro, hizo promesa de no morir hasta verlos de vuelta en Córdoba. Es abuela de los hijos de Carlos y de Felipe. Aparece en las obras anteriores.

Osorio, Carlos

dueño de Los Algarrobos, asesinado en 1831 por los soldados santafesinos que invadieron Córdoba cuando el general José María Paz fue tomado prisionero. Es padre de Sebastián, Fernando, Inés, Luz, Isabel, Ana y Carlitos (los dos últimos viven en Inglaterra). Aparece en el primer libro.

Osorio, Edmundo

hermano de Laura; poeta, periodista. Exiliado por unitario, vive en París con su primo Sebastián. Aparece en los libros anteriores.

Osorio, Felipe

padre de Laura y Edmundo. Asesinado en 1836 por el criado de los De Bracy. Su casa de Córdoba es ocupada por misia Francisquita, su hermana, y en este libro, por Fernando Osorio. Aparece en los libros anteriores.

Osorio, Fernando (el Payo)

personaje principal de La trama del pasado; hijo de Carlos, sobrino de misia Francisquita, primo de Laura y de Edmundo. Dirige Los Algarrobos. Cuenta con una partida de lanceros indios que lo llaman Chañarito. Aparece en los libros anteriores.

Osorio, misia Francisquita

personaje tutelar de la familia, hermana de Carlos, Felipe, Ignacio y Leonor. Señora soltera y de mucho empaque. Aparece en los libros anteriores. Guarda el secreto de un amor trágico.

Osorio, Inés

hermana de Fernando y Luz, casada con don Luis Allende Pazo, unitario. Viven en La Antigua. Tienen varios hijos. Aparecen en los libros anteriores.

Osorio, Isabel

hermana de Fernando, de Luz y de Inés. Es monja. Aparece en los libros anteriores, enajenando los bienes de la familia de don Carlos, su padre, a favor del monasterio y de la Iglesia.

Osorio, Laura

hija de don Felipe, sobrina de misia Francisquita. Dueña de La Antigua, casada con Robertson. Aparece en los libros anteriores.

Osorio, Leonor

hermana de Carlos, Felipe, Ignacio y Francisquita. Siendo muy joven, su hermano Carlos, en un duelo, mató a su mejor amigo, pretendiente de la joven. Debido al escándalo, la familia quiso recluirla en un monasterio o casarla con un hombre enfermo y viejo. Ella prefirió huir con Renzo, su maestro de música. Su historia se cuenta en los libros anteriores.

Osorio, Lorenzo

patriarca, padre de Carlos, Felipe, Francisca, Ignacio y Leonor. Fallecido; se lo nombra en los libros

anteriores.

Osorio, Lucían

hijo de Calandria y de Fernando. Aparece en los libros anteriores.

Osorio, Luz

personaje principal, protagonista de *Como vivido cien veces*; hija de Carlos Osorio, hermana de Fernando, etcétera. Casada con Brian Harrison. Vive en Buenos Aires.

Osorio, Sebastián

hermano mayor de Fernando, Inés, Luz, etcétera, hijo de don Carlos. Unitario, peleó con el general Paz, debiendo exiliarse en Francia, donde vive en París con su primo Edmundo, también exiliado. De gran cultura clásica, es además pintor. Aparece en los libros anteriores.

Pacheco, Ángel, general

personaje histórico. Argentino. Actuaba bajo las órdenes del general uruguayo —oriental se decía entonces— Manuel Oribe. Juan Manuel de Rosas tuvo que convencerlo de que aceptara esa situación. Las acciones de guerra son verídicas. La amistad con los personajes de ficción es ficción.

Padre Ferdinando

mercedario, pariente de los Osorio. Aficionado a la genealogía y a la heráldica. Bendice el matrimonio de Laura con Robertson. Aparece en los libros anteriores.

Padre Filemón

franciscano, hace el viaje con las Ulloa hasta Córdoba.

Padre Francisco Solano Bustamante (dominico)

personaje real. Lo que cuento es verdad. Ver apostillas «El Monitor y las cuarteleras».

Padre Iñaki

dominico, confesor de la familia de Luz. Aparece en los libros anteriores.

Padre Mateo

franciscano; capellán del Cabildo, amigo de Robertson y de Fernando Osorio. Aparece en el libro de Laura, donde hace el viaje con Robertson desde Buenos Aires hasta Córdoba.

Páez, Eduardito

compañero del Colegio Monserrat de Fernando Osorio; pretendiente de Luz, la abandonó a instancias de su madre. Dado a la bebida. En este libro es funcionario menor del Cabildo. Aparece en los libros anteriores.

Pascual

peoncito de todo servicio en Los Algarrobos, también lo fue de Robertson antes de que este se casara con Laura. Aparece en el libro de Laura.

Pizarro (médico)

hubo un doctor Pizarro, al que yo recreo en alguna medida, en los libros anteriores.

Ramos Mejía, Francisco

personaje histórico. Muerto por Bárcena en la noche de San Silvestre de 1840. Lo que cuento sobre él es verídico.

Renzo

italiano, maestro de música, se fuga con doña Leonor cuando ella escapa de su familia, y la lleva a Brasil. Aparece en los libros anteriores.

Richard Adams y Thomas Whitfield

personajes reales. De la comunidad británica en Buenos Aires. Relacionados con la construcción de mansiones para sus compatriotas en las quintas de Retiro y Recoleta (ver *Buenos Aires desde las quintas de Retiro y Recoleta*) (1580-1890), de Maxine Hanon).

Robertson Hardy, Brandon

escocés, soldado de fortuna, marido de Laura Osorio. Dirige la estancia de su mujer, La Antigua. Aparece en el libro de Laura.

Rosas, don Juan Manuel de

personaje histórico. Gobernador de Buenos Aires, jefe del partido federal. Creador de la Mazorca. El hombre de mayor poder en las provincias del Río de la Plata durante el segundo tercio del siglo XIX.

Rosas, Manuelita

hija de don Juan Manuel de Rosas y de Encarnación Ezcurra. Personaje histórico.

Rosendo

hombre de Fernando; antes, lancero de Juan Facundo Quiroga.

San Millán del Signo, Andrés

personaje histórico, degollado en la noche de San Silvestre de 1840 por Manuel Bárcena. Los datos que se dan de él son fidedignos (ver apostillas).

Saravia, Dominguito

sacristán de la Merced. Amigo de las Villalba. Aparece en el libro de Laura.

Serafín

moreno; muchacho de todo servicio de los Farrell, sinvergüenza y confianzado. Aparece en el libro de Laura.

Severa

negra mayor de la casa de Carlos Osorio, madrina de la mulata Calandria y nodriza de Luz. Aunque muerta, su espíritu, al creer de la familia, aún ronda la casa ancestral, y está relacionado con el gran jacarandá del patio. Aparece en los libros anteriores.

Silverio

Ver Cepeda, Los.

Tamini, Luis

italiano, médico excelente. Personaje histórico. Atendía a López «Quebracho». Tuvo mucho que ver con la aplicación de la vacuna contra la viruela y el adelanto en la medicina hospitalaria de Córdoba durante el gobierno de este.

Tola

morena, prima de Canela; criada de las Núñez del Prado, tías de Fernando. En la novela de Laura, el negro de los De Bracy le marcó la cara.

Vallejo, Antenor

baqueano y guía del sur de la provincia de Córdoba. Aparece también en los libros anteriores.

Vélez Sarsfield, María del Rosario

Personaje real, fue una de las mujeres encarceladas por unitaria; hermana de Dalmacio Vélez Sarsfield y tía de Aurelia Vélez.

Ventura

indio empleado del Cabildo. Conoce todos sus vericuetos. Ceba mate y repone las velas del alumbrado público. Facilita a Fernando, el Payo, sus ataques contra los mazorqueros.

Victorina

negra, empleada de Toribio de Aveira cuando este se queda con la casa de sus patronos; unitaria como ellos. Ayuda a Eduardito Páez con los papeles de Fernando.

Videla (Los)

familia relacionada con los Osorio por generaciones. Oroncio es capataz de Los Algarrobos; Juana, su mujer. Sus hijos son:

Aurora, que se queda con los huérfanos que trajeron Fernando y Calandria de La Rioja, y Ciriaco, el Manco, hombre de confianza de Fernando Osorio, antes soldado del general José María Paz. Todos aparecen en los libros anteriores.

Villalba (Las)

doña Mercedes, casada con el comandante Farrell; dedicada a proteger huérfanos y otras obras de caridad; sus hermanas solteras, esperpénticas y casamenteras, Sagrario y Adoración, viven con ellos. Aparecen en los libros anteriores.

Zenón

ver Cepeda, Los.

Apostillas para la trama

Como muchos de estos temas se desarrollan en sucesivas partes de la novela, van ordenados aproximadamente con los capítulos, pero no en orden riguroso. Con ellos he querido dar un panorama más amplio de la sociedad y de los acontecimientos históricos en los que se desarrolla la obra.

El arte de la cetrería

Por alguna razón, siempre imaginé a Ignacia con un halcón en el puño. El dilema se produjo cuando comprendí que tenía que traerlo a América, en un viaje que, según Campbell Scarlett (1838), duraba cerca de sesenta días si se contaba con buen viento.

Se me planteaban dos situaciones problemáticas: cómo transportarlo desde Vigo (Galicia) hasta Córdoba (Argentina) a través de mar y tierra, y cómo mantenerlo con vida.

Aconsejada por un experto argentino, encontré en Internet, en España, varios sitios de cetrería y, más por instinto que por reflexión, elegí el de Ángel Remón Ruiz, maestro cetrero del Centro Cetrero El Ángel, de quien obtuve una respuesta inmediata. Con toda gentileza, en sucesivos mails, me fue instruyendo en el trato y el cuidado de las aves de presa.

Así supe que el material para el manejo de los halcones que se usa hoy apenas si ha variado del que se usaba diez siglos atrás.

Las palabras que definían estos artículos tenían sabor a Medioevo, o aun anterior, a aquellos tiempos en que los árabes comenzaron con la doma de halcones, en cuyos ojos, decían, «se perdían los confines del tiempo».

El «traje» del halcón está compuesto por las pihuelas (correas finas de cuero que se atan al tarso del halcón mediante un nudo especial); el tornillo: pieza de metal formada por dos aros unidos por un eje que, en el extremo de las pihuelas, evita que estas se enreden cuando el ave está atada; caperuza (gorro de cuero que impide la visión del ave para evitarle sobresaltos); lonja (correa de cuero que sirve para atar al halcón a cualquier sitio mediante el nudo cetrero, un nudo que puede atarse y desatarse con una sola mano); y finalmente, los cascabeles: son utilizados para localizar al animal en caso de extravío; va uno en cada tarso. De todo esto, excepto la pihuela y los cascabeles, debemos desprender al pájaro a la hora de ser liberado para que vuele.

Su dueño o adiestrador debe contar con un señuelo, artilugio de cuero y plumas unido a una cuerda que, revoleándolo, se usa para llamar al halcón desde largas distancias; la lúa o guantelete de cuero, sin separación para los dedos —según el diccionario—, que se emplea en la mano izquierda si somos diestros. Es conveniente que el guantelete llegue hasta la mitad del antebrazo. Sobre él se agarrará el ave, ya sea cuando vuelva a nosotros, cuando queramos mostrarlo o, en período de instrucción, le demos de comer sobre él. El *fiador* se emplea en el adiestramiento del ave, o para otras necesidades. Es una lonja que debe tener unos cincuenta metros de largo.

Para transportarlo hacen falta varales y alcándaras, una especie de caballetes muy simples, pero también podía llevarse en una caja especial, de madera, a la que se le coloca un travesaño para posar el ave y que no se ensucie con sus excrementos.

En un viaje largo, había que mantenerlo sin caperuza, debía estirar las alas, tomar

sol, orearse, etcétera. La dieta, unas treinta palomas, debía llevarse en dos jaulas de caña, quince en cada una, y el halcón comería una cada dos días. Si bien algunas aves de presa sólo comen animales con plumas, y otras sólo con piel, el halcón podía sobrevivir, en caso de apuro, con ratas.

Entre las aves de presa, la hembra es más grande y fuerte que el macho; con lo que se alimenta ella, el macho puede vivir diez días más.

Al halcón adiestrado se le da de comer en el puño enguantado, y no debe quedar nunca saciado, para que constantemente tenga deseos de cazar. En el libro de Rodríguez de la Fuente encontré, entre las causas más comunes de alejamiento del ave, el hecho de contar con demasiado alimento provisto por el dueño.

Una vez que mi heroína comenzara el viaje por la pampa hacia Córdoba, ya no tendría problemas, pues con la abundancia de aves que había entonces en nuestro país, podía alimentarse sin depender de su dueña.

Le puse por nombre Zegrí por haber leído, cuando era joven, un libro sobre la historia de la rivalidad, en la Granada española, entre las familias de los Zegríes y Abencerrajes durante el siglo xv, y también en recuerdo de una yegüita que me regaló mi padre, del mismo pelaje que la tropilla que distinguía a la familia nazarí.

Por suerte, encontré cómo introducir un halconero que llevaba aves de cetrería para el emperador de Brasil, y a pedido de un personaje importante, ayuda e instruye a Ignacia en el cuidado del halcón peregrino.

Despertó mi interés la hermosa poesía que sobrevuela —valga la metáfora— a las aves de cetrería. Entre ellas, la del Mío Cid, que parte al destierro, echando una última mirada a su halconera:

La cabeza atrás volvía
Y quedábase mirándolos
Y vio las puertas abiertas
Y cerrojos quebrantados
Y vacías las alcándaras
Sin las pieles sin las mantas
Sin sus pájaros halcones
Sin los azores mudados...

Creo que lo que dice Ángel Remón al terminar una de sus notas resume mi sentimiento hacia Ignacia y Zegrí: «No dudes en ponerte en contacto conmigo para aclararte cualquier duda que te pueda surgir en tu maravilloso viaje desde Vigo hasta la Córdoba argentina con un halcón en el puño».

BIBLIOGRAFÍA

Manuel Diego Pareja - Obregón de los Ríos

Cetrería y aves de presa. Enciclopedia de la caza.

Félix Rodríguez de la Fuente

El arte de cetrería.

P. Campbell Scarlett

Viajes por América a través de las pampas y Andes. Ángel Remón Ruiz (maestro cetrero) del Centro Cetrero El Ángel, de Albalate de Cinca (Huesca) España.

Extraño oficio para una mujer

María Belmonte, a quien las Arias de Ulloa recurren buscando alquilar un coche para viajar a Córdoba, tuvo una existencia real: en el «Almanaque Político y de Comercio de la Ciudad de Buenos Aires» (guía comercial redactada por monsieur Brondel, francés, jurisconsulto y bibliotecario, destinada a los extranjeros que llegaran al Río de la Plata), ella es la única mujer que figura como «Alquiladora de caballos y de coches». Si bien el Almanaque es anterior, me he permitido suponer que una mujer tan decidida continuaba, catorce años después, con su negocio.

De la misma manera, la mayorala Monserrat está basada en un personaje real del que he encontrado unas líneas en algún libro de viajero.

En Córdoba tenía su equivalente, varios años después, en la negra Bernardina. Esta negra era todo un personaje, y se la llamaba también «la Negra Macho», pues gustaba de usar pañuelo de valiosa seda al cuello, como los varones, fumar tabaco grueso, subirse al tranvía a caballo sin que se detuviera, y cortarse el pelo a lo varón... sin desdeñar el uso de un vocabulario atrevido. Frecuentaba el mercado y las pulperías lo mismo que a familias de abolengo, y hasta el gobernador la recibía cordialmente.

Aun así, boca sucia y desparpajada, las monjas la querían mucho, pues les hacía compras y encargos, era bondadosa y muy creyente. Siempre pudo contar con la protección de las religiosas.

La había criado una señora humilde, en el popular Barrio San Vicente, que todos los años hacía un bonito pesebre, muy criollo, con marionetas y sonidos, al que las damas del centro, lo mismo que los niños del lugar, visitaban en Navidad. Cuando murió doña Mercedes, la negra, a quien la anciana le había legado sus bienes, continuó con la costumbre de abrir el pesebre y fabricar juguetes para que los chicos los recibieran en Nochebuena o Reyes Magos.

Bernardina dirigía toda clase de carruajes, aunque habitualmente lo hacía con carros y carretas.

Los diarios de la época hicieron notas sobre ella y su brava forma de ser.

Quise incorporar a María Belmonte y a Monserrat a la novela para dar vida a dos mujeres de carácter, que no se sentaron a esperar por un protector y se dedicaron a un oficio de varones, muchas veces peligroso, pues las obligaba a enfrentarse a hombres que no estaban acostumbrados a aceptarlas en tareas en las que, hasta entonces, sólo ellos se habían desempeñado.

BIBLIOGRAFÍA

M. Brondel

«Almanaque Político y de Comercio de la Ciudad de Buenos Aires para el año de 1826».

Azor Grimaut

Duendes en Córdoba.

Los bufones de Rosas

Antonio Dellepiane se pregunta en su obra Rosas: «¿Qué propósito perseguía, qué idea guiaba a Rosas al tener bufones a su lado y ponerlos en acción?». Y se contesta en la segunda parte de la frase: «Estos eran instrumentos para burlarse de los demás y hasta de sí mismo o de su investidura».

Luego hace la aclaración de que estos individuos no eran aquellos pobres deformes, pero de ingenio ágil y mordaz, con que los reyes solían entretenerse, jugar al ajedrez y permitir que se tomaran alguna licencia con sus favoritos, más verbal que física. Los bufones de Rosas eran escasos de inteligencia y alguno afectado de demencia precoz; sobre ellos, Rosas ejercía un sentido del humor que tendía a las bromas pesadas, cuando no a la crueldad.

Estos infelices ostentaban «cargos» imaginarios de importancia (como el de oficial del ejército —don Eusebio— o dignatario de la Iglesia —el «obispo» Biguá, o Biguá—). Vivían en Palermo, eran apenas tolerados por doña Encarnación, y se dice que Manuelita soportó de ellos bromas pesadas propiciadas por su padre.

El «obispo» Biguá era un mulato siempre vestido con una sotana negra, y su sobrenombre venía de que se parecía a un pato oscuro del litoral del Río de la Plata. Rosas lo había comprado en 1823, por doscientos pesos. Completaban la corte de Palermo el negrito Marcelino y el loco Bautista. Pero el que parece haber tenido más protagonismo fue don Eusebio.

En un suplemento que el diario La Razón sacó con la edición del día 7 de julio de 1966, que abarca publicaciones periodísticas que van desde 1816 hasta 1966, de nuestro país y del mundo, se comenta en la página dedicada al año 1840 que un bufón de Rosas tiene a maltraer a los opositores de don Juan Manuel. «Las chifladuras de este personaje dan que hablar semana tras semana. Dice ser “Majestad de la Tierra, Gran Mariscal de la América de Buenos Aires, Conde de Martín García, Señor de las Islas Malvinas, General de las Californias y Conde de la Quinta de Palermo de San Benito”, títulos estos consagrados por el propio Juan Manuel de Rosas. Al parecer, fue su preferido y se divertía mucho con el estrafalario protagonista de numerosos incidentes. Este bufón, a quien se conoce más como don Eusebio de la Santa Federación, dice además públicamente, ser “EL NOVIO DE MANUELITA”. Buenos Aires lo toma a risa, pero lo odia». Entre otras cosas, don Eusebio debía sentarse sobre hormigueros, dejarse inflar los intestinos con un fuelle, andar en cuatro patas sosteniendo sobre el lomo el peso del amo cuando lo cabalgaba piconeándolo con espuelas.

Don Eusebio era tan temido en Palermo, que aun los personajes más importantes reían con sus impertinencias. Solía andar vestido con levita roja bordada, charreteras doradas, pantalón blanco y un gran sombrero con plumas; acostumbraba salir por el centro de Buenos Aires escoltado por media docena de soldados.

En 1837 Estanislao López, gobernador de Santa Fe, hizo una visita oficial a

Buenos Aires en la cual expresó a Rosas que deseaba erigir una nueva diócesis en Santa Fe —a lo cual don Juan Manuel se oponía— y promover a la mitra a su amigo el sacerdote Amenábar.

En la despedida, Rosas acompañó a los visitantes hasta el puente de Márquez, donde se detuvieron a comer. López viajaba con su esposa, con Amenábar y muchos de sus colaboradores. De pronto, se anuncia la llegada del «ilustrísimo y reverendísimo obispo de Balchitas». Rosas se asombra, pero al fin dice que pase su ilustrísima. Con gran sorpresa de todos, entra un personaje con vestiduras episcopales, y los porteños rompen en carcajadas al reconocer a don Eusebio.

Rosas se incorpora, le hace reverencias, le besa un anillo de vidrio que le cubría toda la mano, y le pide humildemente la bendición. Todos los presentes siguen el juego; el bufón, con insolencia, toma el asiento que ocupaba Rosas entre Amenábar y don Estanislao López. Rosas hace como que no lo ve, y se sienta sobre él; fingiendo sorprenderse de encontrarlo en su silla lo levanta por el cuello, lo arroja al suelo y lo hace rodar a puntapiés con sus ropas episcopales.

El mensaje era claro: Santa Fe no tendría su diócesis. Amenábar y Estanislao López soportaron estoicamente el episodio, pero la esposa de López no pudo reprimir el llanto.

Fue la última vez que ambos jefes se vieron.

Estanislao López se levantó muy enfermo de la mesa, lo que dio pábulo a la idea de que había sido envenenado, cuanto más que se negó a quedarse en Buenos Aires y a aceptar los cuidados del médico personal de Rosas, que este quiso mandarle. En cambio, pidió a don Manuel López, gobernador de Córdoba, que le mandase un médico de su confianza. Desgraciadamente, el doctor Gordon, médico escocés que había hecho la autopsia del cuerpo de Quiroga, llegó tarde.

¿Qué fue de estos locos a la caída de Rosas? Se sabe que Eusebio anduvo mendigando hasta que se lo llevó al Hospital de Hombres, donde José María Ramos Mejía registró las anécdotas que le contaba. Rosasco dice que «gracias a este material de primera mano, combinado con recuerdos de testigos calificados, pudieron reconstruirse las costumbres lúdicas del dueño de Palermo».

BIBLIOGRAFÍA

Federico Barbará

El libro alegre de Rosas. Miscelánea federal, curiosa y divertida (1911).

Eugenio Rosasco

Vida cotidiana - Color de Rosas.

Suplemento de La Razón

Historia viva, 1816-1966.

Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta

Historia de la Iglesia en la Argentina.

Antonio Dellepiane

Rosas.

Dónde podía vestirse y hospedarse un caballero en Buenos Aires

El hecho de que Buenos Aires fuera una ciudad portuaria hacía que el comercio y los vecinos se mantuvieran expectantes a cuanto cosa nueva llegara en los barcos extranjeros.

La moda era un rubro que atraía a los porteños, que querían estar constantemente al día con los usos imperantes en Europa. Existía por entonces un tal M. Coyle, que según se anunciaba en los diarios era, en cuanto a modas, un «artista antiguo y siempre nuevo, cuyo crédito no ha podido ser eclipsado por las más brillantes novedades». Si James Olivier, el delegado británico amigo de Luz Osorio y de míster Harrison, debía aconsejar a Fernando Osorio una tienda donde vestirse con elegancia, seguramente hubiera elegido la casa de este compatriota suyo.

El atuendo masculino del momento comprendía un fraque con faldones anchos, solapa ancha, talle corto, cuello alevitado, botón grande. La levita, en cambio, siempre muy corta, de menos vuelo, cuello de terciopelo y botones chicos. El pantalón era derecho, angosto y cerrado; podía ser a rayas o a cuadros, generalmente oscuro para medio tiempo, y en verano de brin blanco o gris. El chaleco, obligado, tenía un escote más bien en óvalo que en V.

Una moda muy inglesa, que Coyle imponía a los elegantes porteños.

En cuanto a los lugares donde podía alojarse Fernando Osorio, estaba el hotel de James y Mary Faunch, que fue el mejor de Buenos Aires, un edificio de dos plantas que había sido construido por un inglés.

Allí podían albergar ochenta pasajeros con los servicios comunes de un hotel inglés de segunda clase; las habitaciones daban sobre un patio interior, y tenía un salón de recepciones que se utilizaba como sala de conciertos. Cuando James Faunch murió, su esposa, al no poder continuar sola, se lo vendió en 1833 al encargado del comedor, John Quenby Beech.

Años después, en 1841, Beech le vendió las instalaciones al Club de Residentes Extranjeros, haciendo un gran negocio que le permitió volver a Inglaterra convertido en un hombre de fortuna.

Una tal Mary Clarck, o doña Clara, poseía una fonda menos aristocrática pero muy apreciada. Al parecer la señora tenía prontuario en Gran Bretaña pero fue muy bien aceptada en Buenos Aires. Su hotel tenía amplios salones, y en 1839, para el día de Santa Clara, hizo una gran fiesta a la que asistieron Manuelita, doña Josefa Ezcurra y otras damas del círculo de Rosas, lo mismo que don Pedro Esnaola. Hubo banda de música —la del Regimiento de Artillería— y se bailaron hasta el amanecer cielitos, minuets y otras danzas del momento.

En este hotel se alojó Darwin, aunque no se llevó una buena impresión de la famosa doña Clara, según comenta Rosasco.

Había otros hoteles, muchos de ingleses y para ingleses, algunos con comodidades hasta para jugar algún deporte.

Más a las afueras estaba el hotel York, de menor categoría que los del centro, pero bien atendido y tranquilo.

BIBLIOGRAFÍA

Eugenio Rosasco

Vida Cotidiana - Color de Rosas.

Suplemento de La Razón

Historia viva, 1816-1966.

«Almanaque Político y de Comercio de la Ciudad de Buenos Aires para el año 1826.»

Despenadores y despenadoras

Del Diccionario Argentino, de Tobías Garzón:

DESPENAR

verbo activo. Arg.: Matar, acabar con la vida de una persona o animal que está sufriendo, dando fin a sus padecimientos.

Durante cierta época, en la Argentina, no era lo mismo ser despenadora que despenador. La primera tiene un sentido casi benéfico en la sociedad, mientras que el segundo, habiendo nacido como oficio en las mismas circunstancias, toma un tinte siniestro en el segundo tercio del siglo XIX.

La despenadora era llamada cuando había un agonizante que alargaba dolorosamente su vida; el despenador tenía por tarea matar a los heridos enemigos, y a veces también a los propios, para no tener que cargar con impedidos, ni permitir que se repusieran y fuesen a engrosar las fuerzas del bando opuesto en cuanto sanaran. Estos hombres muchas veces no estaban en trance de muerte, sino sólo incapacitados para caminar. Han quedado testimonios de soldados que, habiendo sobrevivido, contaron que se hicieron los muertos para que no los despenaran.

Después del triunfo de Oribe en Quebracho Herrado, cuando el ejército de Lavalle quedó diezmado, cuando las carretas que llevaban a las familias de sus hombres quedaron a merced de los vencedores y se vieron, según testigos, escenas desgarradoras, se presenta en el campo de batalla la reserva federal. La comandaba el coronel Vicente González, apodado el «Carancho», y estaba destinada, en ese hecho, a acabar con heridos pasándolos a degüello. En este caso, la figura del despenador era temible.

No así la de la despenadora. Lo que sé de ellas lo vengo recopilando, desde que soy joven, más que en libros, en versiones orales. En alguna época de mi vida residí cierto tiempo en varias provincias como Santiago del Estero, La Rioja, Mendoza, e hice constantes viajes a Corrientes, donde se había ido a vivir una de mis hermanas.

Como siempre me ha gustado recoger historias, solía trabar amistad con personas del campo, de la sierra, del monte, con las que me sentaba a matear y a escuchar lo que querían contarme. En los lugares que he mencionado, y en las sierras de Córdoba, donde pasé mi infancia y mi juventud, escuché hablar de la despenadora con cierto temor y profundo respeto.

Se acudía a ella cuando el enfermo no podía «cortar» la agonía y estaba sufriendo mucho. Una de las versiones que escuché cerca de Ascochinga decía que un pariente de Bedoya, que había intervenido en el encuentro de cordobeses y santafesinos en San Francisco del Chañar, cuando mataron a Francisco Ramírez, había vuelto de la campaña mal herido; pronto se le declaró la gangrena y sus heridas hedían, martirizando a parientes y servidores. Dolorido por demás, herido en su dignidad,

viendo que no iba a sanar y que la muerte no llegaba, tomó la decisión de que le trajeran una despenadora para librarse a sí mismo y a los suyos del tormento.

Los métodos de las despenadoras eran a veces suaves, a veces cruentos. Iban desde el uso del cuchillo en la garganta, una muerte rápida y, se dice, casi indolora, al uso de una soga para ahorcar; o de hierbas que hacen caer en un sueño del que no se despierta.

Me dijeron que algunas despenadoras de origen africano solían emplear un tambor pequeño. Este se usaba para devolver el ritmo a un corazón que desfallecía, tanto como para hacer que se detuviera. En el primer caso, comenzaba su tam-tam muy lentamente e iba incrementando el compás hasta que el pulso se volvía normal. Si lo que quería era detener el corazón, se invertía el ritmo: se comenzaba tomando la cadencia del pulso del enfermo, y se espaciaban los golpes, amortiguando el sonido, hasta que el corazón dejaba de latir.

Otro método era el de canturrear alguna canción que sólo ellas sabían. La despenadora generalmente quedaba a solas con el enfermo, y se tomaba su tiempo, probablemente para quedar en paz con el que iba a matar.

No recibían dinero, aunque podían aceptar algo de ganado, ya fuera menor o mayor, o alguna donación de los parientes del despenado.

Otras simplemente se negaban a recibir nada, pues el beneficio era el poder que obtenían sobre los que la habían llamado.

BIBLIOGRAFÍA

Ernesto Quesada

Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado.

Patricia Pasquali

Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura.

Guillermo Alfredo Terrera

Sistemática integral del folklore de Córdoba. Tobías Garzón: Diccionario Argentino.

Acción de Sancala (San Carlos Minas)

El general Lavalle, después de ser vencido en Quebracho Herrado, encomendó al coronel José María Vilela que se dirigiera a Cuyo con ochocientos hombres, para continuar luchando con las fuerzas federales. El general Oribe, enterado de esto, envió al general Pacheco, al mando de mil quinientos hombres (otros autores dicen que seiscientos), para que lo detuviera. Pacheco tomó por la cuesta de San Roque, lo descubrió acampado en Sancala y avanzó sigilosamente durante la noche; el 8 de enero de 1841 atacó por sorpresa a las fuerzas de Vilela, que dormían.

Una serie de errores tácticos y estratégicos de Vilela, que suponía que los federales ignoraban sus movimientos, lo precipitaron en el desastre, pues no usó vichadores, baqueanos ni grupos de avanzada o que cuidaran la retaguardia.

La acción fue tan sorpresiva que las tropas unitarias fueron destrozadas por completo. Cientos de muertos quedaron en el campo de batalla y los oficiales tomados prisioneros fueron remitidos por Pacheco a La Pampa del Gato, departamento Totoral, donde estaba Oribe, que ordenó su inmediata ejecución, sin darles tiempo a escribir a sus parientes, a confesarse o a prepararse para el trance.

El coronel Vilela, que tenía consigo una compañera, consiguió ponerla a salvo para que no cayera en manos de los vencedores. El pintor Blanes retrató el momento, cargado de romanticismo, en que el coronel hace huir a su compañera en un caballo blanco.

Vilela logró escapar y se reintegró a las fuerzas unitarias en el norte del país.

La acción de Sancala, de poca importancia y que en muchos libros de historia de Córdoba apenas figura en una frase, fue festejada por los rosistas como una victoria casi tan importante como Quebracho Herrado, y lamentada por los unitarios como uno de los peores golpes que recibieron.

En el libro *La rosa de marzo* se lee en la efemérides del día 8 de enero de 1841:

«Insigne victoria de San-Cala sobre los traidores salvajes unitarios La Madrid y Brizuela - 500 prisioneros, 2000 caballos, y un crecido número de lanzas, fusiles y demás pertrechos, dejaron los traidores en un campo cubierto de sus inmundos cadáveres».

Supongo que se nombra a La Madrid y a Brizuela, y no a Vilela, porque eran más conocidos para los porteños.

La rosa de marzo, aparecida en 1843, es «una verdadera rareza bibliográfica», según se lee en el prólogo de 1941 a la edición facsímil, y estuvo destinada a conmemorar triunfos y hechos sobresalientes en la vida de don Juan Manuel de

Rosas. La edición tenía partituras con la música de Esnaola al Himno de Marzo, y su respectiva letra. Marzo era el mes en que había nacido don Juan Manuel de Rosas y, según comenta el libro, «un mes pródigo para su vida». La primera edición fue hecha en papel rosado.

BIBLIOGRAFÍA

Rodolfo De Ferrari Rueda

Historia de Córdoba, Tomo II.

Antonio Zinni

Historia de los gobernadores de las provincias argentinas, Volumen III.

Félix Best

Historia de las guerras argentinas, Tomo I.

José María Fernández Saldaña

Juan Manuel Blanes. Su vida y sus cuadros.

***La rosa de marzo* (1843). Edición facsímil de 1941.**

Julio Torres

Los salvajes y los santos (novela en preparación).

El Monitor y las cuartereras

La figura del Monitor, que parece arrancada de un mal sueño o de un folletín delirante, de aquellos que se publicaron varios años después de la caída de Rosas, fue, sin embargo, muy real.

No he encontrado de él más datos, en lo que llevo leído, que los que dejo asentados en esta novela. No sabemos si era algo loco o solamente uno de aquellos seres que aparecen en estas circunstancias y son tolerados por los que tienen el poder para utilizarlos como delatores, o herramienta de humillación e injurias contra los que no están de acuerdo con el régimen.

Se puede decir que todo lo que cuento de él está cronicado históricamente. La escena de Fernando echándolo a rebencazos junto con las «cuartereras» que lo acompañaban —venidas de Santa Fe con él, bajo la protección de Bárcena— sucedió efectivamente. La verdadera historia la comento de pasada: un comerciante, Andrés Castellanos, era continuamente asaltado, robado, golpeado y amenazado por él y aquellas mujeres; tanto, que hasta pensó en irse de la ciudad y dejar el negocio. Un teniente coronel, llamado Villanueva, amigo de la familia, le dijo que le avisara cuando el Monitor se presentara a molestarlo. Así se hizo, y Villanueva echó al loco a puntapiés y este no volvió a meterse con Castellanos.

También la escena del templo de Santo Domingo, donde fray Francisco Solano Bustamante, ya anciano, lo echa de la iglesia y le rompe el busto de Rosas, es verdadera.

Además del valor de Villanueva y de fray Francisco, lo extraño es que algunos hombres se arriesgaron por ayudar a sus vecinos, salvarlos de la muerte, del oprobio, se enfrentaron a los mazorqueros... y no fueron encarcelados ni castigados. ¿Sería porque no se los conocía demasiado? ¿Porque los jefes federales dejaban que sucediera, pero no se metían a amparar a los verdugos? No tengo la respuesta.

El Monitor desaparece de las crónicas en la misma época en que se retira de Córdoba el ejército de Oribe.

Detrás quedaría el recuerdo de sus aberraciones, muchas mujeres de las clases altas y modestas golpeadas, robadas en sus pertenencias, y con la cabeza embreada y el moño colorado pegoteado, lo que las obligaba a pelarse.

Hasta hoy, me queda la incógnita de saber cuál era su lugar de origen y qué se hizo de él y de aquellas mujeres vestidas de soldados que escandalizaron a la ciudad por meses, cuando se retiraron de Córdoba.

BIBLIOGRAFÍA

Ignacio Garzón

Crónica de Córdoba. Tomo III.

Roberto A. Ferrero

Manuel López «Quebracho» y la época rosista.

Enrique Martínez Paz

La formación histórica de la provincia de Córdoba.

Manuel Gálvez

Han tocado a degüello (novela).

Luis Carranza Torres

A la sombra del caudillo (novela).

Caballos de novela

El Tratado de la jineta (o gineta) fue un libro muy popular entre los españoles que durante los siglos XVI y XVIII pasaron a América. En él se hablaba del arte de montar a caballo que consiste en llevar los estribos cortos y las piernas dobladas, posición de excepcionales ventajas cuando se entraba en pelea, pues al combatiente se le facilitaba mantenerse sobre la silla aun estando herido. Al decirse «a la jineta», la frase advierte sobre el modo en que cabalga un sujeto.

Se dice que en la lista de libros pertenecientes a Damián Osorio, que llegó a la que sería la ciudad de Córdoba junto con el fundador, don Jerónimo Luis de Cabrera, venían obras de meditación religiosa, otras sobre el arte de la guerra, como el Libro de mano de la regla del arcabuz, y un Tratado de la gineta.

El hecho de acarrearlos en un viaje largo y trabajoso nos está diciendo que a este hombre le gustaba leer, y cuánto le interesaba —como a muchos de su clase— el cuidado de los caballos y el arte de montar. Por eso no sorprende encontrar varias menciones, en el Archivo de Tribunales de Córdoba, registradas por el padre Grenón, sobre sus caballos.

Algunas son anecdóticas, como la que dice: «Y es que Damián Osorio compró una yegua con una potranca que la cría era muy galana, y más tarde regala la madre, porque la cría fue comida por el tigre y sólo la había comprado por el amor a la cría». Esto sucedía en el año 1590.

Galán (a veces galano o galana) es el término que se aplicaba a un caballo de buenas formas, de buena capa y andar armonioso. No era caballo de pelea, sino de lucimiento, de paseo.

También se menciona un «ruano galán» (alazán dorado de crines blancas), como el que monta Fernando Osorio en la ciudad o en viajes cortos, con el que él honra a su antepasado, pues se decía que llevando un animal de aquel color había este presenciado la fundación de Córdoba.

Fernando reservaba el Moro para la pelea, por aquello de que «el moro es de fierro», pelaje que en España, hacia fines del siglo XVI, se consideraba propio de animales muy fuertes. Los romanos habían usado la caballería de «tordillos negros» —que corresponden a nuestro moro— para conquistar un imperio.

Al caballo moro se le adjudica fortaleza, empuje y vigor. El más famoso moro argentino fue el de Facundo Quiroga, aquel caballo que, se decía, lo protegía y le vaticinaba la suerte en las batallas. El general José María Paz relata en sus Memorias que se lo oyó decir a un hombre culto, sin el menor asomo de duda.

Dice la tradición que el mentado Moro, para la batalla de La Tablada, donde Quiroga sufrió una fuerte derrota a pesar de que superaba en hombres y en caballos al ejército del general Paz, no se dejó montar por su dueño, advirtiéndole así que la Fortuna se había vuelto en su contra.

Julio Torres, en *Los salvajes y los santos*, cuenta:

«El Moro amujaba las orejas y blanqueaba los ojos coceando a ciegas, mientras mezquinaba la cabeza al freno, midiendo al changuito para morder.

—¡Mooro, Moooooo! —el vozarrón del hombre, súbitamente tierno, hizo que el animal bajara la cabeza, enderezara las orejas y lo mirara de reojo, salpicando un bufido por los ollares hirvientes—. ¿Qué tenés, loco?

—¡Enqueeee... sabe, patrón: no quiere que se trenzen con el Manco hoy día! ¡El Moro malicea que no le hai d'ir bien! —Se largó el chico, aterrado por su atrevimiento».

En Córdoba se bromeaba —dicho que pongo en boca del comandante Farrell, en Como vivido cien veces— que el país no tendría Constitución hasta que don Estanislao López (gobernador de Santa Fe y no muy amigo del caudillo riojano) le devolviera sus caballos, entre ellos, el famoso Moro; luego de la derrota de Quiroga en Oncativo, había ido a parar a sus corrales y jamás se lo devolvió, a pesar de los reclamos de su dueño. Aquello los enemistó de por vida.

Damián Osorio tuvo también un caballo rucio (se habla de él en 1578) de «buenas prendas», contrariando la idea de que los rucios eran inferiores. El término corresponde, según Solanet, al tordillo, una mezcla de colores claros con oscuros, a veces agrisados, a veces pardos. El de Damián era agrisado y claro. Pero el más famoso de sus caballos, por sus cualidades, era un rosillo, pelaje muy apreciado, del cual se habla en 1579.

La mayoría de estos datos los encontré después que había elegido el color de la tropilla de Fernando, así que me sorprendí al ver que, habiendo seguido los consejos de un amigo, novelista, hombre de campo y versado en caballos, estos pelajes correspondían a los que yo adjudicaba a la estirpe de los Osorio.

En general, los estancieros tenían tropillas de un solo pelo, privilegiando los de tonos oscuros o muy claros: zainos, tordillos, moros, negros, además de los colorados y los muy codiciados gateados —hosco, barcino—, y bayos, a los que se los distinguía por sus múltiples matices: blanco, huevo de pato, encerado (los más codiciados), dorado, rodado, etcétera.

Imagino yo que el comandante Farrell regala a Ignacia una yegua donosa, doradilla, que la joven bautiza Zeltia en recuerdo de su heredad en Vigo, y es que ese color agradaba a las damas. Solanet cuenta en su libro que Manuelita Rosas tenía uno, de cola y crines largas, su preferido para pasear por Palermo.

Doradillo también era el de una heroína de la que, en el interior del país, poco hemos oído hablar: doña Carmen Machado de Deheza, que se unió a la revolución de los Libres del Sur contra don Juan Manuel de Rosas, y que solía pasear por Chascomús en un caballo de ese pelaje. Esta señora fue obsequiada, en el campo de combate, con un overo negro, de mucho ánimo, al que le trenzaron la crin con cintas celestes. Ella, como un reto a los federales, vistió, para montarlo, un traje de muselina color celeste, según cuenta Ángel Carranza, citado por Solanet.

En época de Rosas, el pelaje preferido en Buenos Aires era, por supuesto, el colorado. A veces, por proclama, se pedía que la gente acudiera a los actos que se hacían en honor al Restaurador de las Leyes montada en caballos de este pelo, con las testeras y otros detalles de las monturas en color punzó.

La guardia personal de don Manuel López «Quebracho», gobernador de Córdoba desde 1835 hasta 1852, montaba caballos blancos, que contrastaban con los pantalones colorados de los jinetes.

«López “Quebracho” era afecto a las carreras», dice Luis Carranza Torres, historiador y novelista. «Era un jugador habitual, con la suficiente templanza como para no transformar su afición en vicio». Sabemos por cartas a su hijo Victorio, jefe de Milicias en Villa Nueva, que asistió a una «carrera de bayos», y que tenía fe en un bayo chico, en el que nadie confiaba y que ganó la carrera «desde que se movieron».

En el mismo artículo, Carranza Torres nos cuenta que «Quebracho» solía alejarse de la ciudad por las tardes, «para despejarse» montando un soberbio tordillo.

Las tropillas estaban formadas con una o dos manadas de yeguas de vientre, entre seis y ocho animales, con un padre o «hechor» del color deseado en cada una.

Hay que tener en cuenta que el nombre de los pelajes, o los apelativos con que se designan, varía de una provincia o de una región a otra de nuestro país.

Veamos cómo el tono o los defectos atribuidos a un pelaje se emplean de singular manera: Pangariar (del pelaje pangaré, descolorido en la panza, en las bragas y regiones inferiores del hocico, etcétera): clarear, amanecer, o la luz que precede al anochecer.

Zaino (como defecto de una persona): falso, artero, falaz; viene de una centenaria creencia española, que llamaba zaino al caballo poco confiable, de mala índole, que miraba de costado y agachaba las orejas.

Si bien no he tenido tiempo de investigar a fondo, me ha quedado la espina de seguir indagando sobre los caballos de las familias de Córdoba, especialmente los que vinieron con Cabrera, o poco más tarde, pues de ellos derivaron los pelajes de nuestra provincia.

BIBLIOGRAFÍA

Padre Pedro Grenón (S. J.)

Hípica Histórica

Estudios Filológicos. Del Archivo de Tribunales de Córdoba.

Padre Guillermo Furlong (S. J.)

Historia social y cultural del Río de la Plata. General José María Paz: Memorias póstumas.

Luis Carranza Torres

«López Quebracho, el gobernador que vino del sur», publicado en *El Diario, de Villa María (Córdoba)* el 1.º de diciembre de 1996. Emilio Solanet: *Pelajes criollos.*

Julio Torres

Los salvajes y los santos (novela inédita).

El guillatrun

Un estudioso de Córdoba nacido en 1880, Andrés Rampoldi, alcanzó a conocer personalmente, a fines del siglo XIX, algunas ceremonias rituales de los indios de las comunidades indígenas de El Pueblito, que se extendía en una ancha franja en los extramuros de la ciudad de Córdoba desde fines del siglo XVI.

Rampoldi, director del Archivo de los Tribunales de Córdoba, guardaba borradores de prácticas rituales, como la del guillatrun, y también el nombre de los últimos caciques que entre 1900 y 1920 vivieron en los barrios conocidos como El Pueblito, La Toma, El Alto de las Violetas, El Tejar y otros semejantes.

La ceremonia del guillatrun comenzaba cuando el cacique principal marchaba con gran pompa y autoridad a la plaza de armas de las varias tribus. Entonces sonaban las trutucas (especie de matraca) marcando el galope de los caballos y «se oían, alegres, los aires de la pifulcá o silbato de los indios, mientras los parches del kultrum acompañaban con su ritmo fuerte, profundo y cadencioso la ceremonia rogativa de los dueños ancestrales de la tierra».

Durante la larga y fría noche invernal, ardían grandes fogatas, que podían verse desde la ciudad. La música, obsesiva, tenía un sentido milenario.

El cacique y sus guerreros llegaban engalanados con plumas y collares, con gruesos ponchos tejidos, sus mejores pilchas, luciendo adornos característicos en plata (pectorales, muñequeras), las boleadoras con finos trenzados en tiento, y sus largas lanzas de tacuara con vistosos penachos de cerdas o de plumas atadas bajo la tremenda moharra de hierro. Se pintaban la cara con vivos colores y desfilaban al galope acompasado de sus potros, que bellaqueaban mientras ellos soltaban alaridos de gozo y de bravura.

Los machis, o médicos brujos de la tribu, arrojaban ramas de estoraque, una especie de incienso, a las fogatas, para perfumar el aire. Los machis conocían los cantos religiosos de cada familia, de cada clan y de cada nación indígena que componían la sociedad nativa de Alto Alberdi, y esa noche los cantaban para que los jóvenes guerreros, los niños y las futuras esposas los aprendieran y pudieran enseñarlos a sus descendientes.

Fue por la autonomía de que gozaba y por el respeto por sus costumbres ancestrales que la comunidad de El Pueblito y de La Toma persistió tantos años; se sabe que por 1940 don Guillermo Uriarte, descendiente de las antiguas tribus de Alto Alberdi, todavía bebía y daba de beber sangre caliente de yeguarizo recién carneado a sus hijos.

Otra de las características de los indios de estos barrios es que en general eran pacíficos y de buenas costumbres, aunque bravos en la pelea. El mayor índice de casados por la Iglesia estaba entre ellos, y no en los grupos de negros o de blancos, aunque continuaran solapadamente con la poligamia.

Belisario Villafañe fue uno de los últimos curacas, como se llamaba a sus

caciques, y murió muy adelantado el siglo xx. Según las reseñas que han quedado, medía 1,80 m, era fornido, de piel cobriza y lustrosa, de aspecto manso y de gran dignidad.

Hizo un verdadero trabajo social, luchando por los derechos de los suyos cuando, al ir creciendo la ciudad de Córdoba, se les quiso quitar la tierra. Ya enfermo, su hijo se encargó de seguir con esta preocupación.

BIBLIOGRAFÍA

Guillermo Terrera

Caciques y capitanejos en la historia argentina.

Azor Grimaut

Duendes en Córdoba.

Efraín U. Bischoff

Historia de los barrios de Córdoba.

Manuel López Cepeda

Gentes, casas y calles de Córdoba.

Rodolfo Juárez Núñez

La sombra del Tejar (novela).

Prudencio Bustos Argañaraz

El otro lado del espejo (novela inédita).

Las mazorcadas

Según el historiador Ignacio Garzón, que conoció y escuchó a muchos testigos de la entrada de Oribe en Córdoba, en esta ciudad y en el interior de la Argentina había ya muy pocos unitarios. La durísima represión se dio sobre federales —o federalistas, como dice Ramos Mejía que solían nombrarse— que estaban empeñados en constituir el país y detener el avance de Rosas, favorecido por las oportunas muertes de Quiroga, el caudillo de La Rioja, y de Estanislao López, de Santa Fe. Mientras ellos vivieron, el gobernador de Buenos Aires había mandado —y hasta cierto punto— sólo a través de estos hombres, queridos, admirados y respetados por la gente, especialmente la de la campaña.

Estudiando la filiación de muchos de los degollados, fusilados, encarcelados y torturados durante la estadía del general Manuel Oribe en Córdoba, aparecen reconocidos federales que quedaron, con la ausencia de don Manuel López —el gobernador propietario, que se mantuvo en la campaña durante la estadía de los ejércitos mandados por Rosas—, sin ninguna protección.

Muchos de ellos creían ingenuamente que por ser parientes —aunque lejanos— de López, o gente de su confianza y amistad, no serían tocados por los mazorqueros; uno de los que así pensaba era el doctor Juan Pujol, que casi paga con su vida su «candor», al decir de Ignacio Garzón. Se salvó porque el criado de una familia amiga, mientras pasaba frente al templo de la Merced, cerca del cuartel-matadero del mayor Martínez, escuchó que este, conversando con un grupo de mazorqueros, resolvía, en plena calle y sin cuidarse de que se los escuchara, ir por él y degollarlo. El criado corrió a avisar a Pujol, que salió de la casa y alcanzó a refugiarse en el Colegio Monserrat, donde se lo dejó en paz.

Otro caso muy triste es el del sargento mayor de línea José Andrés San Millán, hombre íntegro, que gozaba de la confianza de López «Quebracho» y que fue degollado por Bárcena la noche de Año Viejo al salir de una quinta. El gobernador López le había expedido en junio cédula de retiro, «con goce de fuero y uniforme militar, por servicios prestados en la Punilla, con laudable interés y entusiasmo», según palabras del mismo Quebracho.

Esa noche de Año Viejo, después de cometer con sus manos varios asesinatos, Bárcena entró a la casa de López «Quebracho» y, como lo cuento en mi novela, hizo rodar una —otros dicen que tres— cabeza por el suelo, entre los asistentes.

Los hechos por los cuales algunas personas se salvaron del degüello fueron dignos de figurar en una antología de cuentos extraños.

Como el caso del señor Vicente Requena, comerciante, que es requerido por un Costa, pariente del coronel Costa, que estaba con varios mazorqueros, para que salga a la puerta de su casa. Allí es tomado prisionero y atado con los brazos a la espalda, para llevarlo a uno de los mataderos. A poco de andar, un perro enorme atacó furiosamente a los mazorqueros, y Requena consiguió escapar, pues como era manco,

no habían podido maniatarlo bien. En una carrera desesperada, llegó a la iglesia de la Merced, cruzó los claustros y penetró en la celda de fray Tomás Tissera, que era federal, escondiéndose bajo su cama. Hasta allí lo buscaron los asesinos, pero el sacerdote, con una serenidad digna de elogio, los convenció de que no había nadie y que debían retirarse, pues era lugar sagrado y el general Oribe no iba a ver aquello con buenos ojos. El hombre consiguió huir a Río Cuarto y quedó bajo el amparo de López «Quebracho».

A estas acciones de asaltos, vejámenes, asesinatos y robos, a veces llevadas a cabo impunemente durante el día y a la vista de todos, otras en las horas de la noche, cuando los muertos se mandaban a enterrar en la fosa común para que nadie los encontrara, que gozaron de total impunidad y no hubo dignatario cordobés que pudiera pararlas, se las llamó «mazorcadas».

Una de las cosas que honra a la gente humilde de Córdoba, y de las provincias, es que rara vez sirvientes, criados o esclavos denunciaron a sus amos o patrones, como sucedió en Buenos Aires, y de eso da constancia Garzón. No puede decirse lo mismo de ciudadanos de las clases más cultas y adineradas, donde rencores particulares, odios ancestrales, pasiones políticas y también la especulación, dejaron a familias separadas, en algunos casos, hasta el día de hoy.

BIBLIOGRAFÍA

Ignacio Garzón

Crónica de Córdoba. Tomo III.

Ana Inés Ferreyra

Élite dirigente y vida cotidiana en Córdoba, 1835-1852. José María Ramos Mejía: Las multitudes argentinas.

Los mataderos

Así llamaron los vecinos de Córdoba, durante 1840 y 1842, a los cuarteles-mataderos donde se llevaba la gente a degollar.

En la novela están señaladas aproximadamente las direcciones de los cuatro o cinco que funcionaron en la ciudad de Córdoba; a veces se los llamó con el nombre del jefe que imperaba en ellos, como el matadero de Martínez, el matadero de Costa.

Los encargados de la fosa común, dos sacristanes de la Iglesia del Pilar llamados Hermógenes Casas y Antonio Matos, pasaron una terrible temporada enterrando todas las noches cuerpos desnudos que les llevaban para la fosa común. Debían sepultarlos antes del amanecer, para que sus familias no encontraran los restos, y estaban amenazados de muerte por Bárcena si no acudían de inmediato al llamado de los mazorqueros que llevaban los cuerpos arrastrados a lazo por sus caballos, o en carretillas.

También el campanero de dicho templo fue mandado a azotar, porque Oribe pensó que no había repicado con suficiente entusiasmo cuando se anunció el triunfo de Sancala.

La prisión de la casa de Igarzábal existió, en la calle Ancha, cerca del convento de Santo Domingo. Según Garzón, las escenas que se sucedían allí eran espantosas, y cuando la gente, al retirarse los ejércitos aliados hacia las provincias de «arriba», fue a ver, esperanzada en hallar a los suyos, se encontró con un espectáculo dantesco.

La historia del muchacho de la noria y su tortura casi diaria es real.

La descripción que hago de esos lugares la he tomado de la reseña, en documentos, en cartas o en libros, de varios presos que sobrevivieron a Santos Lugares u otros centros de detención en Córdoba, y en otras provincias, donde describían el trato que se les daba, la comida, las heridas agusanadas, los cuerpos tirados sobre las heces, la tortura de quemarles el estómago, los simulacros de degüello o de fusilamiento y otras barbaridades.

No he encontrado aún la confirmación de que el muchacho de la noria conservó la vida.

Pero así como se gozaba de impunidad en el trato que se daba a una ciudad de la cual las tropas de Oribe y de Pacheco eran aliadas, también es cierto que muchos ciudadanos comunes, tanto de las clases bajas como de las clases privilegiadas, se unieron para vengarse. No pudo amordazarse ni maniatarse la reacción a tantas barbaridades, y muchos de ellos se armaron y en las sombras atacaron a los mazorqueros, castigaron al Monitor y sus seguidoras, pintaron en las paredes del Cabildo y de la Casa de Gobierno, donde prácticamente imperaba Oribe, leyendas insultantes, llamándolos asesinos y diciéndoles que se volvieran a Buenos Aires. A pesar de la represión, las leyendas contra Rosas siguieron apareciendo en las paredes, lo que enfurecía a los jefes federales, posiblemente porque también la policía hizo muchas veces la vista gorda.

Estos héroes —¿de qué otra manera llamarlos?— que actuaban en las sombras, protegidos por la gente de El Pueblito o de las orillas, consiguieron salvar a alguna víctima de manos de los verdugos, quedarse con sus caballos y armas.

La de Córdoba fue la respuesta más enconada, menos «oficial», más sorda y solapada que presentó alguna provincia.

BIBLIOGRAFÍA

Ignacio Garzón

Crónica de Córdoba. Tomo III.

Roberto A. Ferrero

Manuel López «Quebracho» y la época rosista.

Xavier Marmier

Santos Lugares (citado por José Luis Busaniche en Rosas visto por sus contemporáneos).

Manuel Gálvez

Tiempo de odio y angustia (novela).

Antonio Somallera

Recuerdos de una víctima de la Mazorca (1839-1840).



CRISTINA BAJO. Nació en Córdoba (1937), antes de cumplir los nueve años, su familia se trasladó a Cabana, en plena sierra de Córdoba, sitio que recuerda, hasta hoy, como su «última Thule», un lugar del cual es imposible olvidarse, y aún más difícil regresar.

Comenzó a escribir muy pronto, pero no hizo ningún esfuerzo para publicar, pues le parecía algo inalcanzable. Pese a esto, continuó escribiendo a través de los años, recopilando datos históricos y sobre la vida privada que va del siglo XVI al XIX. Mientras tanto, trabajó como maestra rural, se casó, tuvo dos hijos, bordó tapices infantiles, abrió una librería, diseñó ropa artesanal, protegió animales abandonados y plantó varios árboles, entre ellos, un sauce.

En 1995, sus amigos Javier Montoya y Silvina Rivilli deciden publicarle «*Como vivido cien veces*» a través de la fundación de una editorial (Ediciones del Boulevard). El libro agotó rápidamente cuatro ediciones. Luego, publicó su continuación «*En tiempos de Laura Osorio*», y una novela del siglo XVIII: «*Sierva de Dios, ama de la muerte*» (que ahora es denominada «*El jardín de los venenos*»). También recopiló un libro de leyendas para adolescentes: «*La señora de Ansenuza y otras leyendas*», y otro para niños: «*El guardián del último fuego*».